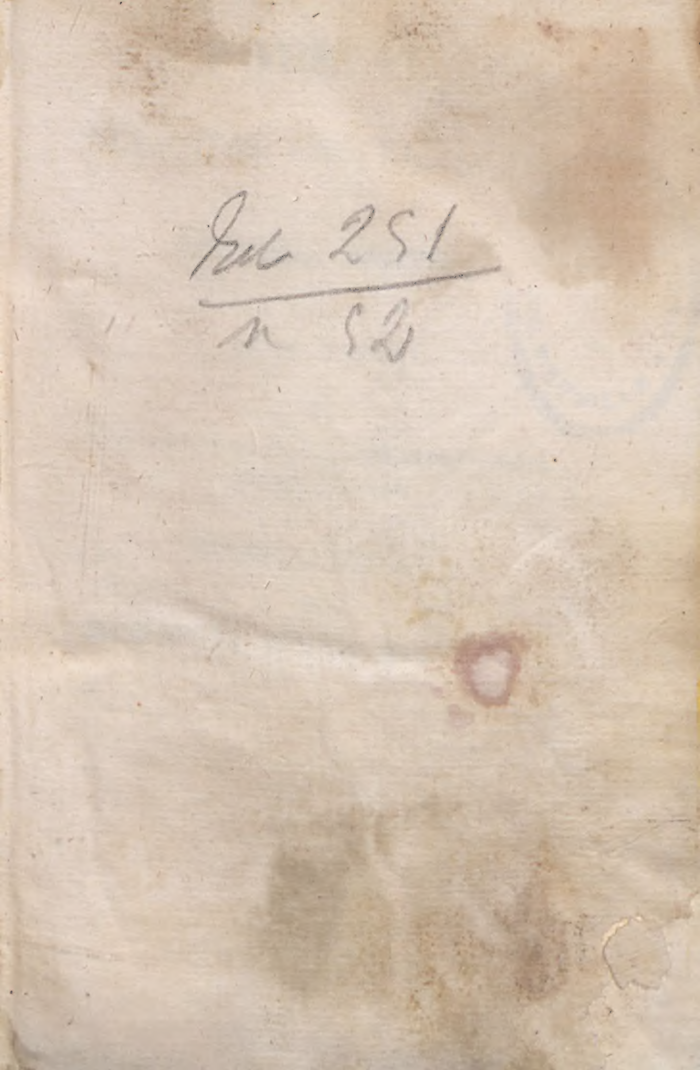





Inc 251
n 52

POESÍAS

SELECTAS CASTELLANAS:

SEGUNDA PARTE.

MUSA ÉPICA:

6

COLECCION DE LOS TROZOS MEJORES DE NUESTROS POEMAS HEROICOS.

RECOGIDOS Y ORDENADOS

POR

D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

TOMO II.

MADRID 1833:
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.

FRAGMENTOS

DEL BERNARDO.



NOTICIAS DE BALBUENA.

El doctor don Bernardo de Balbuena nació en la villa de Valdepeñas, provincia de la Mancha, año de 1568, de Gregorio de Villanueva y Luisa de Balbuena, hijosdalgo de aquel pueblo. No se sabe donde empezó su carrera escolástica, ni quienes fueron sus maestros; pero si consta, que era todavia muy jóven cuando pasó á Nueva España, y que acabó y perfeccionó sus estudios siendo individuo de uno de los colegios de Méjico. Allí se señaló muy pronto por su aplicacion, por su saber, y por el talento que tenia para la poesía, llevándose ordinariamente los premios en las justas poéticas que se celebraban con frecuencia. Por los años de 1608 vino á España, se graduó de doctor de teología en Sigüenza y obtuvo la abadía mayor de la isla de Jamaica, de donde fue promovido á la silla episcopal de Puerto-rico en 1620. En esta isla falleció siete años despues, teniendo de edad cincuenta y nueve, y sus huesos fueron sepultados en la capilla de san Bernardo, que él habia fundado en aquella catedral.

Las obras que de él se conocen son las siguientes: 1.ª *La Grandeza Mejicana* publicada en Méjico en 1609, y se reduce á una descripcion poética en tercetos de la poblacion, riqueza, industria y poder de aquella capital: 2.ª *El siglo de oro*, novela pastoral en prosa y verso, donde insertó doce églogas imitando á Teocrito, Virgilio y Sanazaro, impresa en Madrid año de 1608. Estas dos obras se han reimpreso en Madrid por la real Academia Española, y de la primera ha hecho tambien una edicion pequeña el editor de esta coleccion. 3.ª *El Bernardo*, ó sea la victoria de Roncesvalles, poema heróico en veinte y cuatro libros, dado á luz en Madrid en 1624, y reimpreso por Sancha en 1808. Otras obras compuso, segun parece, entre ellas una *Cristiada*, *La alteza de Laura*, un *Arte nuevo de poesía*, y una *Cosmografia universal* que no se han impreso, y acaso se perdieron, cuando los holandeses invadieron á Puerto-rico y robaron la libreria de nuestro poeta.

Noticia sacada de la que el Colector puso en la coleccion del Bernardo de 1808.

EL BERNARDO.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Invocacion y proposicion. - Dedicacion al conde de Lemos. - Primera hazaña de Bernardo contada por don Teudonio al conde de Saldaña en las prisiones del castillo de Luna.

Cuéntame, oh musa, tú, el varon que pudo
A la enemiga Francia echar por tierra,
Cuando de Roncesvalles el desnudo
Cerro gimió al gran peso de la guerra:
¡Tanto en Alcina hizo un dolor mudo!
¡Tanto el celoso ardor que su alma encierra!
¡Tanto la envidia obró, tanto la saña
De defender su invicta tierra España!

Allí, donde de un grave desafio,
El trágico suceso lastimoso,
A los pies de un leonés, el cuerpo frio
Del francés, arrojó, mas orgulloso.
Tú de esta fuente caudaloso rio,
De su real sucesion fruto precioso,
Por quien la fama ya promete á Castro
Láminas de oro, y bultos de alabastro:

Mientras que de Austria el sucesor divino,
Por honra á su diadema soberana,
A su diestra el asiento mas vecino,
Cual mereces en dártele se ufana;
Y el nuevo mundo, de gozarte indigno,
En voz te adora y en librea humana,
Y tu sangre heredada de mil reyes,
Honor le envia, y moderadas leyes;

Muestra aquí tu valor, que si allanares
Del Parnaso á mi voz las agrias cuestas,
Las alas que en mis hombros levantares,
Te dejaré en tu heróico templo puestas:
Esténse Apolo y Baco en sus altares,
Éste dando furor, y aquel respuestas,
Que tú, que en majestad al mundo sobras,
Con tus grandezas honrarás mis obras.

Donde en el mar cantábrico se acaba
La rica Europa, y en su golfo helado,
Las fértiles arenas ciñe y lava
Al inculto español nunca domado;
Un pequeño rincon solo quedaba,
Que al bárbaro furor habia sobrado,
Y en él el casto Alfonso recogido,
De estrecho y breve término ceñido.

Aquí se conservaba antiguamente,
Como en el duro pedernal guardada,
La santa luz de una centella ardiente,
Jamas del infernal hielo apagada:
Aquella ilustre y belicosa gente
De la fortuna hija regalada,
Corona universal, cetro fecundo,
De honor á España y de gobierno al mundo.

Tuvo el rey Casto una gallarda hermana,
Y hubo en Saldaña un conde valeroso,
Ella Venus en gala cortesana,
Y él en braveza un Marte belicoso:
Y ambos de la nobleza castellana
La fuente de caudal mas abundoso,
En quien mostraron su poder á una
Los tiempos, el amor y la fortuna.

El tiempo les dió en gracia y gentileza
Colmada á sus deseos la medida,
Y del pródigo amor la ancha largueza
Todo el vivo placer con que convida:
Solo de la fortuna la tibieza
Su gloria dejó en llanto convertida,
Con que sus gustos vueltos en dolores
Tuvieron mas de amargo que de amores.

Sobre tres quintos lustros daba el cuarto
De su curso infeliz la mayor parte,
Que de gustos ayuno, y penas harto,
La honra y la fama de Saldaña y Marte,
En el mas solo y encubierto cuarto,
En que un torreado alcazar se reparte,
Vivia en su cadena y prision fuerte,
Si es la vida en prision vida y no muerte.

Guardaba el mundo tan oculto al conde,
Que ya los vivos le tenian por muerto,
Y si está preso, nadie sabe donde,
Que el rey por mas seguro lo ha encubierto;
Y siempre á un desdichado corresponde
Olvido general, favor incierto,
Que la fortuna al trastornar su esfera,
Ninguna gloria antigua deja entera.

Asi en larga cadena aherrojado,
El preso conde sin vivir vivia,
Cuando un hombre de nuevo aprisionado
Su tristeza aumentó, y su compañia:
De aspecto afable, rostro autorizado,
De discrecion un centro y cortesía,
Que son las partes que con fiesta doble
El lustre muestran de la sangre noble.

Ceñido en torno de un doblado muro
En la Mota de Luna un cuarto habia,
Que un ciego caracol por mas seguro
A sus lóbregos senos descendia:
Secreta estancia, calabozo oscuro,
Donde jamas llegó la luz del dia,
Y tal que al delincuente mas amigo
De carcel le servia y de castigo.

A esta bajó Teudonio por mas fuerte,
Que así el honrado preso se llamaba,
Y al afligido conde allí la muerte
Por sobrarle la vida le faltaba:
Llegó el huesped, y tuvo á feliz suerte,
Aunque en la ciega sepultura entraba,
Ver otro muerto allí, que todavía
Consuela en la afliccion la compañía.

Diéronse en cortés trueco afablemente
El pésame y la bien venida á una,
Doliéndose cada uno del presente
Daño que al otro ha hecho la fortuna:
El conde, como aquel que ha estado ausente
Del cielo, el claro sol, y errante luna,
Tantos años cerrado en el profundo,
Podíase ya contar por de otro mundo.

Y deseando saber qué nuevo estado
Las cosas alcanzaban de la tierra,
Quién gobernaba el reino, á cuál cuidado
La dulce paz está, y á cuál la guerra;
Dejando su valor disimulado,
Que quien luego lo dice todo yerra,
Así con un fingido regocijo,
Afable, vuelto á don Teudonio, dijo:

"Señor, aunque en mis culpas he aprendido
Que jamas el castigo faltó en ellas,
Sé tambien que no siempre un afligido
Padece y sufre agravios por tenellas:
Que el tiempo muchas veces compelido
Del contrario rigor de las estrellas
Trocarse vemos, y enviar al suelo,
En vez de alegre sol, borrasca y hielo.

Y ahora vuestra presencia resplandece
Aun entre estas tinieblas de tal modo,
Que en su compuesta gravedad parece
Retrato singular del valor godo.
Yo, señor, soy un hombre en quien fenece
De mi principio y fin el nombre todo;
No tengo mas valor, ni mas estado,
Que ser dichoso ayer, y hoy desdichado.

No os quiero ya informar de mi derecho,
Que en la carcel no hay preso con delito,
Todos estan sin culpa, y sin provecho
Es dorar á la culpa el sobrescrito:
Solo os ruego, señor, si á un noble pecho
Amor con sola ceremonia y rito
Puede obligar, conozca ahora el vuestro,
Que le deseo servir en mas que muestro.

Y en recambio me deis de vuestras cosas
La parte que sin riesgo os pareciere,
Seguro que en las tristes ó dichosas,
Mi gusto os seguirá como pudiere:
Mas, si estas son demandas peligrosas,
Que ni el lugar ni el tiempo las requiere,
Contadme en trueco, porque así se ahorren,
En el mundo qué mundo y tiempos corren.

¿Qué cetro le gobierna y rige ahora?
¿Qué guerras hay de nuevo? ¿qué dictados?
¿Si es ciega todavía la señora,
Que da y reparte reinos emprestados?
¿Quién se señala en armas? ¿quién adora
La fama? ¿quién celebra sus cuidados?
¿Qué ritos? ¿qué premáticas? ¿qué leyes?
¿Ó qué lisonjas privan con los reyes?"

Así el conde, y Teudonio así admirado
De la prudencia y gravedad del preso,
En tanto que habló estuvo colgado
De su dulce discurso y raro seso:
De aquel discreto preguntar pagado,
De las preguntas, y su grave peso,
La entereza del ánimo, y el modo,
Tan de pecho real y heróico en todo.

Y en sus penas suspenso y divertido,
Sin conocer al olvidado conde,
Teudonio, mas de honrado y comedido
Que gustoso de hablar, así responde:
"Si los agravios, con que me ha traido
Fortuna aquí, lugar me dan por donde
Aliviar tu cadena y mis prisiones,
Gran campo han descubierto tus razones.

La tierra está sembrada de portentos,
De grandezas hasta ahora nunca vistas,
Famosos hombres, de altos pensamientos,
Armas, guerras, furor, pleitos, conquistas:
Fieros jayanes, bárbaros intentos,
Altivos reyes, que en copiosas listas
El mundo sacan al soberbio alarde
De un desman nuevo en que hoy se enciende y arde.

En gran riesgo está España de perderse
Preñada de costosos enemigos,
Ligero el rey, y fácil de creerse,
Y sin lealtad y fe los mas amigos:
Harto desto en mis causas puede verse,
Y servir mis agravios de testigos,
Pues mis nuevas cadenas y prisiones
Son de eterna lealtad los galardones.

Estado tuve, y tengo suficiente
Por mí, y por mis mayores levantado,
De reyes como el rey soy descendiente,
Y tan leal con él como agraviado:
Un tiempo me trató por su pariente,
Con favor y caricias de privado,
Mas siempre las privanzas de los reyes,
Como viven sin ley, mueren sin leyes.

Del trono real á descansar bajaba
Al valle de Miduerna comarcano
Tal vez el Casto rey, donde gozaba
De ver correr un oso de verano:
Y el montañés Filarco le hospedaba
Con espléndida mesa y franca mano
En un real bosque, que en hinchada loma
Sobre las puntas de aquel bosque asoma.

En esta insigne casa de contento
De alcaide el fiel Garilo nos servia,
Puesto en olvido el alevoso intento,
Con que á tener mas tiempo me vendia:
Aunque él á la traicion trocando el viento,
La doró con decir que pretendia
Con aquella ocasion verse á mi lado,
Para morir allí, ó salir honrado.

Es facil de engañar un noble pecho,
Y en un traidor jamas faltan engaños;
Este pues, que parece que fue hecho
Para sacar á luz los mas extraños,
Era en Miduerna alcaide á mi despecho
Por el gusto de Arlinda habia dos años,
Cuando de Mahamut la torpe gente
Á Leon llegó con su falaz presente.

Y ahora por grave suma de tesoro,
Ó la esperanza de otra mas cumplida
En él, porque escondió el escuadron moro,
Del Casto rey deseando la venida,
Donde la fuerza los guardó del oro,
Sin ser de nadie su traïcion sentida,
Hasta que el señalado tiempo vino,
Y un notable suceso en el camino.

El Casto Alfonso al real jardin derecho
A espaciar se guió, cuando en un llano,
Que el monte da á la humilde selva hecho,
Un doncel pareció y un hombre anciano:
El viejo alto, feroz, calvo, derecho,
De rostro enjuto, talle cortesano,
Palabras pocas, y modestia mucha,
Dos grandes bienes al que ve y escucha.

Del doncel solo no sabré pintarte
La gallarda postura con que vino,
Que al brio natural llegado el arte,
Era en humano traje angel divino:
Hijo hermoso de Venus y de Marte
En su aire le juzgáras peregrino,
Y humilde de Narciso la pintura,
Si como yo te hablára su hermosura.

Niño que el tierno bozo le apuntaba,
De cuerpo algo mas grande que pequeño,
De alegres ojos, y de vista brava,
Suave en el mirar, y zahareño:
Temor el verlo y alegria causaba,
Y el rostro armado de capote y ceño,
Mezclando á lo hermoso lo robusto,
La cifra hacia del deleite y gusto.

En un bravo fantástico caballo
De la color y lustre del armiño,
Que Genil vió nacer, Betis criallo,
Y de su juncia aun no perdió el cariño:
Sin poder con el freno sosegallo,
Lozano el potro, y el ginete niño,
Y así trocando manos y visages
Heria el jaez, temblaban los plumages.

De azul, tela de plata y encarnado,
Rico jubon, coleto y calza al uso,
El boemio en armiños aforrado,
Que el regalo y la gala juntos puso:
Con broches de diamantes recamado
Y perlas en labor y órden confuso,
Y en el sombrero, en plumas y en airones,
Engastes de rubís hechos florones.

La calza de obra, y ricas entretelas,
Lanzando rayos con vislumbres de oro,
De puntas de diamantes dos espuelas,
Y de rubís por ellas un tesoro:
El blando freno, estribos y charnelas,
Con pardos nieles de artificio moro,
La guarnicion de la gallarda espada
De esmeraldas y perlas amasada.

Varios entalles de oro en cada hebilla,
Sonando del pretal las guarniciones,
De verde brocatel la corva silla,
Y del mismo matiz riendas y aciones;
Gripado lo embutido de platilla,
Y en nuevos trebolillos y florones,
Con asientos de perlas y rubazos,
Floridos brichos, y escarchados lazos.

Así tal vez entre celajes pardos
Suele bullendo en luz resplandeciente,
Con bellas alas de oro y pasos tardos,
El lucero alegrar al rojo oriente;
Y entre peñascos de ámbares gallardos
Dorar las nuevas rosas de su frente,
Recamando de aljófares y grana
El tierno dia, el mundo y la mañana.

Tal el doncel llegó, tal en mirallo
Deleite puso y gusto en los presentes:
El rey por le hablar paró el caballo,
Hecho un tejido muro de sus gentes:
Cuando el sabio gentil, que á presentallo
Al Casto rey venia, estas prudentes
Palabras sembró al aire, y fue escuchado
Del circunstante pueblo descuidado.

"Aunque jamas en mí, rey poderoso,
Ni hubo causa ni habrá para ofenderte,
Por si fuí en algun lance sospechoso,
Y tu gusto agravié por complacerte,
El brazo deste jóven valeroso
De mi culpa podrá satisfacerte,
Cuando su espada ampare, no vencida,
De varios riesgos tu importante vida.

Tienes con él mas parte que conmigo,
Con ser yo por mil partes todo tuyo;
No tardarás en conocerme amigo,
Y en suficiente prueba el valor suyo:
Que el furor de un doméstico enemigo
Te aguarda en este parque, para cuyo
Remedio todo lo posible he hecho
En reducirle á tiempo de provecho."

Dijo, y el Casto responder queria
Del grave anciano al noble ofrecimiento,
Cuando el jayan Fracaso, que venia
Por traidor capitan del falso intento,
Viendo que el rey el paso suspendia,
Feroz salió en su loco atrevimiento,
Temiendo en verle así por cosa cierta
Ser su oculta traicion ya descubierta.

Con cien valientes moros, del castillo
Muera el ingrato rey salió gritando:
Suspendímonos todos en oillo,
Al Casto en frágil escuadron cercando,
Por donde á todo riesgo abrió portillo
Del furor ciego el enemigo bando,
Dejando su confusa arremetida
Los mas bravos Guzmanes sin la vida.

El doncel de la selva compelido
De un brioso ardor, y el gusto de mostrallo,
Niño lozano, y de ánimo atrevido,
La espada sacó á un tiempo, y el caballo;
Y cual si temeroso ciervo herido
Le espoleára el deseo de alcanzallo
Salió contra la bárbara emboscada,
Sacando mas que el sol rayos su espada.

Era Fracaso un moro berberisco,
De grueso cuerpo y ánimo doblado,
En rostro sierpe, en ira basilisco,
En vista torpe, en lengua libertado:
Cuba de alegre vino, que el morisco
Que en esto se desmanda es consumado,
Y á la sazon sobre un frison polaco
Hecho venia recien comido un Baco.

Lleno el celebro de arrogancia y vino,
Cual fantástica torre iba el primero
Cuando el diestro doncel salió al camino,
Vestido uno de seda, otro de acero:
Hízole al moro errar su desatino,
Y acertarle el contrario un revés fiero,
Que dejó por el suelo su braveza,
Y á él y á sus contrarios sin cabeza.

Pasó sin alma el cuerpo en el caballo,
Cual si vivo buscara á nuestra gente,
Donde al miedo primero de mirallo,
La nueva admiracion creció presente;
Acudió á toda rienda por vengallo
De su morisma el escuadron valiente,
Que en confuso alarido sin reparo
Por el nuestro rompió de claro en claro.

Eran los diestros moros escogidos,
Armas, lanzas, caballos, caballeros,
Al alevoso asalto apercebidos,
Y á cualquier trance de ánimos enteros:
Los nuestros solo á caza prevenidos,
Aljabas de color, petos ligeros,
Propios para huir desa manera,
Ó de la muerte ahora, ó de una fiera.

Quedaron los mas bravos por el suelo,
Sembrados los no tales por el llano,
Que ni del rey ni de su honor el zelo
Freno dar pudo á su temor liviano.
Encontróse Dorasto con Tranquelo,
Aquel moro valiente, este cristiano,
Y vinieron al prado sin sentido
El moro muerto, y el cristiano herido.

Volvióse á levantar, cobró sangriento
Su fiel caballo, y el contrario escudo,
Y con él, con su espada, y con su aliento
Del rey lo fué mientras durarle pudo.
Yo á su lado siguiendo el mismo intento,
Vestido de lealtad, de armas desnudo,
La defensa que pude, y que debia,
Sin dar un paso atrás hice aquel dia.

Mas ¡quién dirá entre tantas las proezas
Que el doncel bello en este tiempo hacia!
¡Los peligrosos golpes, las destrezas
Con que unos daba y otros rebatia!
Cortando piernas, brazos y cabezas,
Á este ayudaba, al otro defendia:
Aquí se ampara, y acullá ejecuta,
Y á todo acude con presteza astuta;

Cual rayo ardiente, que en revuelta llama
De tres puntas, los rústicos haberes
Del campo asuela, y la copada rama
Del sáuce, alegre sombra á mil placeres,
Humeando deja, el hueco monte brama,
Gime el cielo al caer, la rubia ceres
Arde en secas aristas, y en su daño
La madura esperanza esconde al año.

El Casto rey entre escabrosas breñas
Á su gente formó frágil reparo,
Y con mañosa industria á sus pequeñas
Fuerzas trazó defensa, y puso amparo:
Bien que contra las armas extremeñas
El vencer fuera incierto, el morir claro,
Si el doncel de la selva le faltára,
Ó su presta venida se tardára.

Sacó el morisco orgullo tres gigantes,
Resplandeciendo en láminas de acero,
Uno en los abrasados Garamantes
Nacido, otro en las Sirtes, otro en Duero:
De gruesos cuerpos, y ánimos bastantes
Á rendir el furor de un campo entero,
Y para en él llevar nuestro rey preso
Un fuerte carro de acerado peso.

El mauro Dragonel que iba delante,
Armadas de un alfange ambas las manos,
Con presto herir, y con feroz semblante,
En campoá un tiempo entró con diez cristianos:
Mató á Feinigue, músico y danzante,
Al duro Orbelio, y á Franconio hermano,
Que en ciego pleito andaban por su herencia,
Y el gigante igualó la diferencia.

Aun todavía con ellos combatiendo,
Muerto el uno del todo, el otro herido,
El gallardo doncel pasó corriendo
Del gran combate por lo mas tejido;
Y ora de intento fuese, ó no pudiendo
Detener el caballo desabrido,
En el jayan chocó, y á todo vuelo
Como una gruesa torre vino al suelo.

Quedó sin la una pierna en la caida,
Y encima della y dél muerto el caballo:
Causó la no pensada arremetida
El dar en el gigante, y derriballo,
Ver el confuso campo de vencida,
Preso el anciano rey, y por librallo
Á toda furia arremetió, y al paso
Le ofreció el cielo el venturoso caso.

Fué á dar con el bascoso desatiento
En el vano Altravicio que venia;
Cayó sobre él, y como leon hambriento
Á rabiosos bocados le comia;
Y él, que en su boca nunca tuvo tiento,
Muriendo en otra conoció aquel dia,
Que es justo el cielo en que permita y quiera
Que allí cada uno con sus armas muera.

Ya el preso rey en su carroza estaba
De la sangrienta lid un largo trecho,
Con diez soldados, cuya vista brava
Cobarde hacia al mas valiente pecho:
Síguenle algunos, pero el que llegaba
No era al segundo golpe de provecho,
Hasta que ya el doncel, muerto el gigante,
Gallardo á su pesar pasó adelante.

Mató un caballo, y manca la carroza
El curso refrenó, y un diestro moro
Alcambisto, nacido en Zaragoza,
Alcaide en Portugal, casado en Toro,
De anciano parecer, y sangre moza,
Armado en blanco con plumajes de oro,
Á encontrallo salió, y pudo encontrallo
Si no cayera su andaluz caballo.

Pasó furioso el moro: el doncel, visto
Su riesgo, revolvió mas concertado,
Dando al segundo encuentro de Alcambisto
Del roto escudo un cerco destrozado,
Por donde el hierro de la lanza listo
Pasó el acero y parte del costado,
Quedando sin escudo, y sin sentido,
Y el buen caballo en un cuadril herido.

El herido doncel, tras un caballo
De los que al rojo campo andaban sueltos
Al ciego bosque entró, y por alcanzallo
En la morisca lid nos dejó envueltos:
Ninguno le siguió ni fue á buscallo,
Hasta que, ya de la victoria vueltos,
De alegre gusto y de despojos llenos,
Su singular valor echamos menos.

El rey, que vió su libertad y vida
Deberla toda á aquella heróica espada,
Y la honra y majestad antes perdida
Con sus famosos golpes restaurada,
No viendo el dueño, y viendo su partida
Tan sin sazon ni tiempo acelerada,
Y que ni el sábio que antes le traía,
Ni él por el campo y bosque parecia;

Á notorio milagro le tuvimos
De nuestro gran patron, que de aquel modo
Ya muchas veces batallar le vimos,
Y á su espada rendirse un campo todo:
Otros que eran los ángeles creimos
Que antes la cruz labraron al rey godo,
Porque de las hazañas la braveza
Sobraba á toda humana fortaleza.

¡Quién pudiera creer que fuera humano
Brazo tan tierno, y pecho tan altivo,
Tras la codicia de buscarle en vano
Sin le poder hallar muerto ni vivo!
Hasta que, por las nuevas de un villano
El rey las tuvo dél, de su ayo esquivo,
De sus heridas, y el gallardo lustre
De su linaje real, y sangre ilustre.

Mas ya esto sobra á mi prolijo cuento,
Y es cansarte añadir nuevas historias,
Que ni son de tu gusto ni mi intento,
Y las mas para tí poco notorias:
Y así digo, señor, que el fundamento
Fué de mi daño, frágiles memorias
De mis servicios y sin culpa mia,
La traidora emboscada de aquel dia.

Que como del florido parque el daño
Nació, en que iba á hospedarse el rey seguro,
De Filarco y de mí temió el engaño,
Y sospechas cobró del fuerte muro:
Mandó arrasarlo, y con rigor extraño
De estéril sal cubrir el campo duro,
Y derribar por él torres y almenas
De mas lealtad que de desastres llenas.

Huyó el traidor alcaide, con que puso
Escrupuloso al rey de nuestro trato,
Y á prendernos de hecho se dispuso,
Por ser tan justiciero como ingrato;
Que olvidar los servicios es el uso
Que en la corte se vende mas barato,
Y el que ni muda ley, ni guarda leyes,
Desde el menor lacayo hasta los reyes.

Esta es la historia y curso de mi vida,
Y la traicion que aquí me trajo preso,
Con otras circunstancias añadida
De menos importancia, y de mas peso:
Mas, porque no sea en todo desabrida
Ni dura mi prision, ahora tu seso,
Señor, la temple, y, si te viene á cuento,
Me dí quién eres, para no ir á tiento.

Que si por la presencia he de juzgarte,
Templanza, autoridad, talle y figura,
Bastantes causas dan de respetarte
Tu mucha gravedad y compostura;
Y aquesta misma estimacion es parte
De hacer la mia en tu valor segura,
Y que desee saber con fundamento
Qué aire alteró de tu fortuna el viento."

Así Teudonio dijo: el de Saldaña
Con pecho y corazon sobresaltado,
Como que en una historia tan extraña
Algun caso le toque no pensado;
Oyendo del doncel de la montaña,
Niño de tierna edad, y ánimo osado,
De sangre real, la suya alborotada,
Así con voz le respondió turbada:

"Señor, si desde luego no he traido
Á tus pies con humilde reverencia
Aquel respeto á tu valor debido,
Y el que pide y se debe á tu presencia,
Esta dura cadena lo ha impedido,
Y el no fiarme aquí de la experiencia,
Para creer que á un príncipe tan alto
Fortuna obligue á dar tan bajo salto.

Mas, ya que el tiempo por consuelo mio
Quiso igualarte á mí en tu desventura,
Y que de mi fortuna el desvarío
Con otro mayor cure su locura;
En mi intencion y tu valor confio
Que alcanzaré perdon y honra segura
De quien la puede dar al mundo todo,
Ó preso, ó libre, de cualquiera modo.

Perdona si dilato y no te digo
Todo el secreto y casos de mi vida,
Que la honra que me hizo igual contigo
No la quiero tan presto ver perdida,
Hasta pedirte ahora como amigo,
Y no como inferior, dejes cumplida
Tu historia, y me declares si has sabido
Quién fué el doncel tan bien encarecido;

De dónde vino á se volver tan presto
Un tierno niño, y un jayan tan fuerte,
Que lo deseo saber, para tras esto
En todo sin estorbo obedecerte.
Perdóname, señor, serte molesto,
Que el ver tan llena mi felice suerte
De tu afabilidad y gracia, ha sido
Quien me ha vuelto enfadoso de atrevido."

Don Sancho así con pecho alborotado,
Aun sin saber de qué, y con voz prudente,
Humilde al gran Teudonio, y reportado
El nombre pide del doncel valiente:
Cuando del dulce estilo acariciado,
Término cortesano y elocuente
Del preso ignoto, en gravedad compuesta,
Esto dió á su pregunta por respuesta:

"En triunfo triste y suspension callada,
El destrozado rey daba la vuelta,
Del riesgo aun la persona alborotada,
Y en deseos de venganza el alma envuelta;
Cuando al sordo bajar de una cañada,
De los cristales de Ezla en flores vuelta,
Dellas cubierto el rústico Silvano
Salia de su vecina selva al llano;

Y ante el brioso alazan que el rey traía,
Postrado con medroso encogimiento:
"Señor, dijo: á la humilde choza mia,
Que á los pies tiene deste monte asiento,
Á la hora vino ayer que se fue el dia
La alegre vista de un doncel sangriento
Con un viejo sagaz que era su guia,
Y á tu real mano este papel envia.

Por enjugar la sangre á las heridas
Del amado doncel paró un instante,
Y en bálsamos de yerbas conocidas
Mitigado el dolor pasó adelante."
Del Casto rey las nuevas recibidas
En gusto general, ver lo restante
En el papel mandó, y el que servia
De secretario dijo que decia:

"Al Casto Alfonso, el mago Orontes griego,
Salud, y muerte al bando sarracino,
Cual la que el cielo hoy dió al del rio Mondego
Estorbo de tu gusto, y mi camino:
El mismo esta partida ordena, y ruego
Al curso eterno del volar divino,
Por tales puntos sus estrellas guie,
Que á tu honra bienes sin cesar envie.

El tierno brazo que con nueva espada
Hoy hizo extremo della en tu servicio,
Y de bárbara sangre barnizada
Dió de la suya real bastante indicio;
No ha vuelto su partida acelerada
Antojo nuevo de inconstante vicio,
Mas celestial impulso que le llama
Por este curso al colmo de su fama.

Conviene á la salud y al noble aumento
De su importante nombre esta partida:
Á tiempo volverá que mas contento
Que pena ahora cause en su venida;
Que yo, que solo á tu servicio atento
Mi tiempo gasto, y trazo el de su vida,
Muerto hoy sin su favor te ví en mi ciencia,
Y ahora en riesgo á él si no hace ausencia.

Esta causa nos lleva, esta nos pudo
Á tus montes volver de los de oriente,
Despues que en turbio cielo, y dia sañudo,
Niño en Miduerna le robé á tu gente:
Dos llenos lustros en silencio mudo
De España por mas bien ha estado ausente,
Probando en el honor de hechos preclaros
La noble vida de sus miembros caros.

No en deservicio tuyo el robo ilustre,
Mas en favor de su importante vida
El hado le trazó, porque deslustre
Su espada el golpe de la mas temida;
Al fin, del reino el bien, de España el lustre,
Es sangre de la tuya producida,
Tu sobrino Bernardo, aquel que ha sido
Tan llorado este tiempo por perdido.

De Francia no te altere el rompimiento
Si guerra da á tu oferta en vez de gracias,
Que es nube hinchada de ambicioso viento,
Que en daño suyo ha de llover desgracias;
Y de tu gran sobrino el firme aliento
Así sus brios y sus fuerzas lácias
De un golpe dejará, que sea testigo
El de ser sangre tuya, y yo tu amigo."

Esta en suma es la carta, oye quién sea
El sobrino del rey, y por qué via:
Junto de Oviedo en una alegre aldea,
Donde la corte un tiempo residia,
En gallardo ademan, y real librea,
Una infanta bellísima vivia,
Niña de tierna edad, y alma lozana,
Y del rey Casto Alfonso única hermana.

Siendo el padrino amor, en lazo ardiente
Unió con ella un conde de Saldaña,
De la gótica sangre descendiente,
Y de la nata del valor de España,
Privado ilustre, y de su rey pariente;
Mas en una desdicha todo daña,
Y así no valió al conde en cosa alguna
Amor, privanza, sangre, ni fortuna.

Tomó en agravio el rey lo que pudiera
Á feliz suerte de su hermosa hermana,
Si el real respeto con rigor no fuera
Contrario en esto á la razon humana:
Quiso que el conde en larga prision muera,
Y en clausura la infanta soberana,
Nacido della ya el doncel gallardo,
Que de su abuelo se llamó Bernardo.

Crióle el Casto rey con nombre de hijo,
Tiernos gustos de amor, y fe paterna,
Hasta que en la ocasion de un regocijo
El sábio Orontes le robó en Miduerna:
La causa ni la sé, ni nos la dijo,
Ni de donde nació amistad tan tierna
Con el doncel, y con el rey gallego,
Siendo el uno español y el otro griego.

El Casto, con la alegre nueva ufano
Del doncel, ya llorado por perdido,
Viéndole vivo, y por su altiva mano
Á su primer grandeza reducido,
Ni al moro teme, ni al poder cristiano,
De la experiencia y la esperanza asido,
Antes para la guerra venidera
Solo que vuelva su sobrino espera.

Y si no son lisonjas de la fama,
Ó el tiempo sin sazon corta la espiga,
No hay lengua en cuanto España se derrama
Que otras grandezas que las suyas diga:
Uno Marte español, otro le llama
Alcides nuevo, y todo en voz amiga
Celebra, ora de vista, ora de oidas,
Sus cosas grandes, ciertas ó fingidas.

La guerra que con Francia está aplazada
Del mundo sin por qué mortal ruina,
Es toda de ambicion ocasionada,
Y de imprudente traza repentina.....
Mas ¿qué accidente ó causa no pensada
Á tal congoja y lágrimas te inclina?
¿Qué desgracia ó pasion puesta en olvido
Mi cuento á la memoria te ha traido?

Si es por hallarte sin por qué enterrado
Á tal sazon en sótanos estrechos,
Que cual yo pienso el ocio desalmado
Carcoma es interior de honrados pechos,
El reino está y el rey tan apurado
De hidalgos que lo sean en sus hechos,
Que no solo abrirá esta cárcel fiera,
Mas aun las de la muerte si pudiera.

Mitiga ahora, señor, tu acerbo llanto,
Y de cualquiera causa que proceda,
Qué podré hacer por tí, me advierte, en tanto
Que este altibajo de fortuna rueda;
Que tu valor en mí ha podido tanto,
Que nada el mio te negará que pueda,
Ora vaya en tu dicha, ora en la mia
El desear yo tanto tu alegría."

Dijo, y el preso conde á sus razones:
"¡Oh invicto D. Teudonio, cuán al vivo
Tus palabras descubren los blasones
De la real sangre por quien muero y vivo!
No tiene ni ha tenido el rey prisiones,
Cárcel cruel, ni calabozo esquivo,
Que puedan agraviar, y hacer ultraje,
Á quien no fuere de tu real linaje;

Y así lo que pudiera al mas perdido
Ser provecho y favor, á mí me daña,
Pues mi culpa mayor es no haber sido
De la sangre real la mia extraña:
Yo soy, si acaso soy, primo querido,
El desdichado conde de Saldaña,
Que tanto ha que enterrado y muerto vivo,
Que no sé si me ví algun tiempo vivo."

"¡ Oh cielo santo! D. Teudonio dijo,
¡Posible es que veo viva la persona
Así agraviada del valiente hijo
Del conde de Saldaña y Barcelona!
¡Oh humano engaño! ¡oh corto regocijo!...."
Mas ya á mi voz el llanto desentona,
Que venturas halladas en cadenas,
Solo para lloradas salen buenas.

CANTO II.

ARGUMENTO.

Poderío de Carlo Magno: ódio que las Hadas, principalmente Alcina, tienen á él y á sus paladines. Conferencian ella y Morgana sobre el modo de destruirlos, valiéndose del valor de Bernardo; á quien Morgana promete las armas de Aquiles.

Reinaba en las regiones de occidente
Carlo Magno, un gran príncipe famoso,
Príncipe á quien las águilas de oriente
Su estandarte volvieron mas pomposo:
Obedecido de invencible gente,
Y sobre mil ciudades poderoso,
Á cuyo nombre ilustre y lirios de oro
Reverenció el cristiano, y tembló el moro;

Los altos muros de trofeos cargados,
(Fama á sus victoriosos escuadrones)
Los altares y templos coronados
De conquistadas armas y pendones;
Despojos de enemigos destrozados
De indómitas y bárbaras naciones,
Que las mas peregrinas y extrangeras
Llenas vieron de espanto sus banderas.

Tenian sus belicosos paladines
Lleno el mundo y la fama de proezas,
Que en lisonjera lengua á varios fines
Nuevas ensanchas daba á sus grandezas:
Sonando en lo mejor de sus clarines
De Orlando las victorias y bravezas,
Los muertos reyes, los gigantes fieros
De su invencible brazo prisioneros.

Del bravo Almonte y nuevo rey troyano,
Y el altivo Agrican la sangre ardiente,
Que halló su espada, y derramó su mano
Sobre las yerbas, aun se está caliente;
Y de Cimosco el instrumento vano,
Ya sin rayos ni luz resplandeciente,
Por orla al vencimiento, y triste caso,
Del sobervio Agramante, y rey Gradaso.

Mas, como no hay valor, siendo extremado,
Sin carcoma de pechos envidiosos,
El mundo, deste antiguo error llevado,
Lleno estaba de quejas y quejosos:
De tan largas venturas enfadado,
Que no hay sin agraviados victoriosos,
Ni hombre tan ajustado, y tan querido,
Que de alguno no sea aborrecido,

Las Hadas, que á las cosas variables
De nuestro inferior mundo dan gobierno,
Y en cavernas y grutas espantables,
Vecinas viven del silencio eterno;
Y del antojo humano los mudables
Gustos al suyo revalidan tierno,
Y en sus vácios asientos desiguales,
Los bienes acrecientan y los males:

Estas de los franceses paladines
En general estaban agraviadas,
Destruidos sus palacios y jardines,
Y su halago y caricias despreciadas:
Alcina sus tritones y delfines,
Focas, ballena, y redes delicadas,
Deshechas ya, y en libertad Rugero
Del torpe lazo en que se vió primero:

Despreciada Morgana y su riqueza,
Febosilla su fama destruida,
Falerina su astucia y sutileza,
Olofana sus gulas y comida,
Filteorana su amor y su belleza,
Y la soberbia máquina caida
De Limaturia, Bruna y Aquilina,
Y el juvenil ardor de Dragontina.

Ninguna en el fatal colegio habia
Sin queja de francés, ninguna al cielo
Sin lágrimas miró desde aquel dia
Que la furia de Francia pisó el suelo:
Sino fué Logistila, que seguia
Desta parcialidad el mejor zelo,
Y sobre todas la afeitada Alcina
Es la que á su venganza mas se inclina.

Esta, en un lago obscuro de horror lleno
Su jardin y su casa destruida,
Consumiéndose estaba en el veneno
De la afrentosa injuria recibida:
Bien que su fértil isla y bosque ameno
Cobrar pudieran la beldad perdida,
Y ella su alcázar con mayor tesoro
De cristal reformar, y lazos de oro.

Mas, ardiendo en deseos de venganza,
Á solo este deleite y gusto aspira,
Que es muger agraviada con mudanza,
Metida en un zeloso infierno de ira:
Conoce que le ofende la tardanza,
Y que si la ocasion se le retira,
Su agravio pasará, que el tiempo leve
Las penas traga, y los agravios bebe.

Y, como con la cólera quemada
Se alumbra y sutiliza el pensamiento,
De uno en otro discurso dió la Hada
En la traza mejor para su intento:
De aquella rica y peligrosa espada
Que Falerina obró en su encantamento,
En conjunciones de menguante luna,
Y temples de mudanzas de fortuna,

Se acuerda: y revolviendo sobre el caso
Los libros de su ciencia peregrina,
Sin dejar del oriente al turbio ocaso
Planeta, signo, aspecto, y luz divina
Que no consulte, siga, y mida el paso,
Llegó á saber que el hado determina
Adquiera aquella espada vigor nuevo
En la templada sangre de un mancebo.

Faltóle un punto cuando fue forjada
En las observaciones de su estrella,
Y esta falta, con sangre reparada,
Sus vivos filos volverán sin mella:
Invencible, y su artífice vengada
La dejara, y á Alcina sin querella,
Si la bañare en una oculta guerra
La mas heróica sangre de la tierra.

De un mago aspecto el abreviado punto
Á decirle llegó, que el mar Tirreno
Ya sobre sus cristales tiene junto
Á un galeon, de amor y de armas lleno,
Un jóven español, que puesto á punto
Se via entrar por su entoldado seno,
A que la autoridad de un rey severo,
Blason y armas le dé de caballero.

Es de suyo el contento bullicioso,
Y Alcina que le ha puesto en la venganza,
Al orgullo de su ánimo brioso,
Cada hora le es un siglo de tardanza:
Una carroza de cristal lustroso,
Que una piedra preciosa á otra se alcanza,
De oro las ruedas, de marfil los tiros,
Los clavos de diamantes y zafiros;

Para ir á los jardines de Morgana
Hace aprestar; y en forma contrahecha
De varia plumería y pompa ufana,
Al yugo dos soberbios grifos echa:
Que en invencible vuelo por la vana
Region del aire, una alba hermosa hecha
La llevan, y ella derramando amores,
Que hechos aljofar llueven por las flores.

En silla de oro y rica pedreria,
En el triunfante carro recostada,
Con mayor luz que la que saca el dia
La mañana de mayo mas pintada;
De perlas, de rubís y argentería
Por el cabello vuela una lazada,
Que haciendo el rostro un sol, sirve de llama,
Que en bellos arreboles se derrama.

De blanca tela de oro con plumajes,
De diamantes y aljófares menudos
Vestida, y por las puntas y follajes
Erres de perlas y cuajados nudos:
Entre doradas nubes y zelajes,
Volando pasa por los aires mudos
Al lago blanco que Morgana habita,
Entre el frio Geta y el helado Escita.

Estampa de las ruedas las molduras
En la vega de Elsingue placentera,
Gozando de las nuevas hermosuras
Que en sus flores sembró la primavera;
Y por entre arboledas y frescuras
Del lago blanco llega á la ribera,
En cuyas playas el mayor espacio
Ocupa de Morgana el gran palacio.

A la honda boca de una obscura cueva
Desceñida la halló el siguiente dia,
Y en medio sus conjuros la luz nueva
El alma la asombró que la seguía;
Huyó á su centro, y ella con la nueva
De deseada venganza y alegría
La vuelta daba, cuando dió con ella
La bella Alcina, en su carroza bella.

Son del mago colegio estas dos Hadas
Las que mas se conforman en los gustos,
Y así ahora de su antiguo amor llevadas
Al cuello hacen los lazos mas robustos;
Y en la carroza de marfil sentadas,
Olvidados de Francia los disgustos,
En tierno labio y pláticas sabrosas
Cuenta se dan y piden de sus cosas.

Llegan al real palacio de Morgana
Cuando ya el sol de lleno le embestia,
Y entre el rocío del campo y la mañana
En lumbres de oro y de cristal se ardia,
Donde el diestro pincel con mano ufana
Bellos dibujos á la vista envia,
Sonando el pueblo dentro, antes dormido,
De las puertas de bronce al gran ruïdo.

Pasaron las dos Hadas á sentarse
En persianos tapetes de brocado,
En una sala, que á dejar mirarse
Su techo de oro y pedrería grabado,
Pudiera de pobreza avergonzarse
Neron con su palacio celebrado,
Aunque fue el desconcierto sin segundo,
Que el oro embebió en sí de todo el mundo.

Exhalando perfumes y vapores
De aromas finas, pebeteros de oro,
Con lo mejor de Arabia, y sus olores
Fiesta á la diosa hacen del tesoro;
Y de cítaras, liras y cantores,
Vihuelas y harpas, un tropel sonoro,
En conforme y suavísima harmonía,
Le añaden gala á la en que nace el dia.

En gozar della, y ver la hermosura
Del fértil campo en bellos miradores,
De la aurora pasaron la frescura,
Y del sol los primeros resplandores:
Mientras el maestresala, que procura
Las mesas adornar y aparadores,
Con vasos de oro, en pompa ufana y larga,
De rica y nueva majestad los carga.

En la sala de Apolo la real fiesta
Por mas ostentacion hizo aquel dia,
Dicha así de una imagen suya puesta
En un rico Parnaso que allí habia,
Con soberbios collados y floresta,
De árboles de oro y varia pedrería,
Aves de alegres plumas y colores,
Y ricas perlas en lugar de flores.

Víase Dafne en medio, convertida
En un fresco laurel; víase á su lado
El dios de amor, la venda desceñida,
Riendo el triunfo, al arco recostado:
Llorando Apolo, Dafne arrepentida,
El mundo triste, y el cruël vengado,
Y entre las arboledas de Peneo
Tañendo á veces y cantando Orfeo.

Es de la altiva sala la techumbre
Un repartido cielo en mil estrellas,
Que del sol de un carbunco enciende lumbre
La plateada luna á un tiempo, y ellas;
Á quien sigue la excelsa pesadumbre
De clavos de cristal y ruedas bellas,
Con su cerco vital, cuyo tesoro
La esfera parte en varios climas de oro.

Los apartados polos, donde el hielo
El blanco nácar dá á las ondas frias,
Las templadas regiones, y aquel suelo
Donde tú, Apolo, soplo ardiente envias;
El orïente abrasador del cielo,
Término de las noches y los dias,
Profunda sima, y anchurosa cava,
Adonde el mundo sin morir se acaba.

El abrasado igual meridiano,
De luz sembrado y puntas de oro fino,
Cuya dorada y no torcida mano
Fiel lumbre al mundo llueve de contino;
Los trópicos de invierno y de verano,
Del sol cerrada cárcel y camino,
Uno de nieve y tempestad cubierto,
Y en siempre nuevas flores otro abierto.

La línea de igualdad, cuyas vertientes
Los montes miran sin ninguna altura,
Que unas tiznadas y desnudas gentes
Cultivan en eterna calentura:
Los coluros que ciñen anchas frentes
Á los dos nortes, y con luz segura,
El estrellado cerco que los guia
Adonde vive sin morirse el dia.

Hay un camino de oro que divide
Del círculo vital la anchura ardiente,
Por quien el rubio sol que el cielo mide
Ya con luto se ha visto entre la gente;
Y la encantada luna, que preside
Al flojo sueño en su mayor creciente,
Se vió alegre salir con sus estrellas,
Y faltarle la luz en medio dellas.

Relumbra aquí el dorado vellocino
Que un tiempo á Colcos hizo ser famosa,
Y el toro que con cuernos de oro fino
Nadando el mar pasó una ninfa hermosa:
Dos niños, uno humano, otro divino,
El cancro y su figura portentosa,
El leon con la cerviz de oro estrellada,
Y la vírgen de espigas coronada.

El peso ajustador de nuestras horas,
El escorpion de su veneno armado,
El que con arco y flechas voladoras
De tierna nieve deja el campo helado:
El frio capricornio, que en sonoras
Borrascas da el sereno mar turbado,
El copero que á Júpiter infama,
Con los dos peces de argentada escama.

Las frias nietas del nevado Atlante,
El dorado Orión armado y fiero,
Que al triste y solitario caminante
De guia á veces sirve y compañero:
El carro de oro en ruedas de diamante,
Las dos osas, las guardas, y el lucero,
Y el fijo norte que á sus pies relumbra,
Que es quien las horas de la noche alumbra.

Ó sea pincel sutil, ó mago aliento,
Fuerza de ingenio, yerbas, ó conjuro,
No hay en el cielo esfera, movimiento,
Signo, estrella, planeta, ni conjuro,
Aspecto, casa, conjuncion, aumento,
Oriente claro, ni poniente obscuro,
Que por esta ancha sala y su discurso
No haga en su natural periodo curso.

El año, la semana, el mes y el dia,
Creciendo en su volar, y descreciendo,
La clara luz á la tiniebla fria
Con bellos rayos de oro hace ir huyendo:
De la flor tierna que el verano envia
Dulce fruto el otoño está vertiendo
Por sustento al invierno y al estío,
Éste rico en calor, el otro en frio.

Sin lo que hermoso aquí la vista goza,
Que es del mundo la máquina abreviada,
La alegre escuadra de aves que retoza,
Toda la vuelve en suavidad bañada:
Canta, gorjea, despierta y alboroza
A Orfeo, que ayude, si á Morgana agrada;
Mas si ella con su gusto no lo entabla,
Todo ello es oro muerto que no habla.

Aquí las reales mesas coronadas
De costosas bajillas de oro fino,
Con preciosos manjares ocupadas,
Vestidas dió aquel dia el blanco lino;
Donde en comida espléndida á las Hadas
Las tazas colman de espumante vino,
Y en graves salvas sirven y aparato
La real ostentacion de cada plato.

Templó en tanto Gadir su laud dorado,
Y todo en furor bélico encendido,
Por el aire sutil dejó sembrado
Del suave acento un resonar medido,
De tan varia harmonía acompañado,
Que el alma cautivó por el oido,
Al dulce son que en los sentidos dejan
Los golpes de las cuerdas que se quejan.

Y dando á los bemoles compañía
La dulce voz de su divino canto,
La beldad comenzó á cantar, que el dia
Al mundo saca en su rosado manto:
Las flores que derrama la alegría,
En que á la noche trueca el ciego manto,
Y en invisible y blando movimiento
De negras sombras barre y limpia el viento.

Hurta á la luna el oro de su esfera,
Y á las estrellas su argentado brio,
Entolda de jazmines su litera,
Respira el aire blando aljofar frio,
Sale el dorado sol, la mar se altera,
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío,
Y de su barro al caluroso aliento
El bajo suelo humea, y arde el viento.

Y ya despues que toda esta hermosura
Al bello rostro acomodó de Alcina,
Y el lisonjero labio su dulzura
Envuelta dió en destreza peregrina:
La antigüedad del largo tiempo obscura
Veloz cantó, y la priesa en que camina
El orígen del mundo, y cuando el cielo
Feliz principio halló á su inmortal velo.

Cantó de las mudanzas de fortuna
En su inconstante esfera el punto breve:
Cantó al sol sus eclipses, y á la luna
La luz que con dorados cuernos bebe:
Cantó el fatal colegio, y de una en una
Las Hadas celebró su canto leve,
Tocando á vueltas no menuda parte
De heroicos hechos del sangriento Marte.

Y acabada la música y comida,
En pomposa grandeza y aparato
La una majestad á la otra unida,
A gozar fueron del jardin un rato:
En cuya alfombra fértil y florida,
Vivo de la beldad dormia el retrato,
Al templar con los árboles y el viento
El tierno ruiseñor su alegre acento.

Habia por él diversos cenadores,
Sobre estanques y arroyos cristalinos,
De estátuas adornados y primores,
Y de diestro pincel cuadros divinos:
Allí burlas y juegos de pastores,
Personajes de risa y desatinos,
Aquí brutescos, acullá grimazos,
Y de olmos y de parras mil abrazos.

Despues que con jazmines y claveles,
Azules lirios y encarnadas rosas,
Lo mas vistoso hurtando á sus verjeles,
Sus cabezas volvieron mas vistosas:
Al márgen de un arroyo entre laureles,
Sobre alcatifas pérsicas preciosas,
A sombras frescas de una vid lozana,
Así Alcina habló, y oyó Morgana:

"Si ya deseas saber, oh reina hermosa,
De mi nueva venida el fundamento,
Que causa hacerme pudo venturosa,
A hurtarle á tu vista este contento;
Negocios graves, ocasion forzosa,
A salir me obligaron de mi asiento,
Aunque el gusto de verte lo hiciera,
Del muerto mundo cuando allá estuviera.

Mas hoy este regalo y mi venida
A tu servicio queden, y á mí cuenta,
Que tú en venirte á ver serás servida,
Y yo en verte cual ves rica y contenta:
Un agravio comun nunca se olvida,
Ni á un noble la memoria de su afrenta,
Ni á un amigo, si lo es en lo que digo,
La injuria que le hicieron á su amigo.

Despues que tu jardin fue destrozado
Por la mano de aquel francés furioso
Que ganó á Balisarda, y ha ganado
Contra nuestra nacion nombre famoso;
Nunca de mi memoria se ha borrado
De la afrenta el ultraje vergonzoso
En que su espada nos dejó, y quedamos
Las que de sangre tuya nos preciamos.

Y aunque ninguna goza en tu linaje
Derecha accion á la fatal bebida,
De cuyo vaso y su inmortal brebaje
El brio desciende á nuestra larga vida,
Que recibido no haya algun ultraje
Desta nacion francesa mal nacida,
Todas sin hacer caso de los suyos,
Como á mas principal lloran los tuyos.

Á tí contenta sola, á tí vengada,
Desea en esta ocasion la mas briosa,
Y yo mas, como mas interesada,
Y en yerros contra tí menos piadosa,
Que como rica debes ser honrada,
Y en solo este cuidado cuidadosa,
Ninguna diligencia he perdonado:
Oye lo que con ellas he alcanzado.

Donde el mar Jónio al Ténaro le baña
Los verdes jaspes de su fértil vena,
Y en bosque espeso y hórrida montaña
Sobre las nubes se encarama y suena:
De entrada obscura, y abertura extraña
De negro hollin, herrumbre, y lamas llena,
Una espantosa cueva se descubre,
Que el cielo y mar con humo altera y cubre.

Por esta se camina al ciego mundo,
Y Alcides á esta luz sacó el Cerbero,
Cuando de las deidades del profundo
Victorioso salió, arrogante y fiero.
Aquí la muerte tiene otro segundo
Caron, que asista y sirva de portero,
Á cuyo aliento y cálido bochorno
El vivo huye, el muerto tiembla en torno.

En cierto aspecto de menguante luna
La obscura cueva está en segura entrada,
Hasta donde en los libros de fortuna
La humana cuenta se nos da ajustada:
Por tu ocasion aquí en hora oportuna,
De fantasmas bajé y horror cercada,
Á consultar tu caso, y ser testigo
De lo que allí hallé, y aquí te digo.

Despues que por torcidos escalones,
Vacíos de claridad, bajé á los senos
De la tierra, y sus negros artesones,
De hollin tiznados, y de sombras llenos,
Antes del triste término y mojones,
Del reino de Pluton vi unos serenos
Campos, y allí un castillo, á quien el dia
De la suya una luz dudosa envia.

En la jurisdiccion de los mortales
Este alcázar está, y quien dentro vive:
De aquí el hado los bienes y los males
Á la tierra despacha, y apercibe:
Aquí con altibajos desiguales
Fortunas labra, y su valor describe;
Y aquí es al fin la casa de moneda,
De cuanta el tiempo por el mundo rueda.

Aquí Demogorgon está sentado
En su banco fatal, cuyo decreto
De las supremas causas es guardado
Por inviolable y celestial precepto:
Las parcas y su estambre delicado,
Á cuyo huso el mundo está sujeto,
La fea muerte, y el vivir lucido,
Y el negro lago del obscuro olvido.

Aquí se labra el siglo venidero,
Y las humanas inviolables leyes,
Que ni el tiempo las muda lisonjero,
Ni las quebrantan príncipes ni reyes:
Cuelga el último dia del primero,
Y en torpe yunta de alquilados bueyes
Ara la vida el mundo, y nadie advierte
Que es el vivir dar pasos á la muerte.

Aquí en negro dosel, sin luz sentadas,
Tres diosas hilan las humanas vidas,
Al curso las madejas devanadas
De nueve ruedas de cristal lucidas:
Donde en el huso apenas marañadas,
Las blandas hebras crecen mal torcidas,
Cuando de todas tres la mas lijera,
Por lo hilado corre la tijera.

Copos de suertes y colores varias,
Unos blancos sin tez, otros lustrosos,
Unos á quien los reyes pagan párias,
Y otros que pechan á los mas astrosos:
Cuales de tornasol hebras voltarias,
Cuales de rica luz hilos preciosos,
Cuales de alquimia, y cuales de oro fino,
Y en cada cual su hebra y su camino.

El siglo venidero, la mudanza
De reyes, reinos, casas y dictados,
Lo que el distrito de fortuna alcanza,
Lo que al decreto toca de los hados:
Cuanto se pesa con mortal balanza,
Los que vendrán, presentes y pasados,
Cuanto es, cuanto ha de ser, y cuanto ha sido,
Aquí se hila, corta, y da tejido.

De los tiempos la masa vi abreviada,
Manar al mundo, y revolver sus cosas,
La vida de congojas asaltada,
La muerte de sus bascas temerosas:
La fortuna dichosa, y desdichada,
Con sus dos caras ambas engañosas,
Volando en sus favores y desdenes
Los males engazados con los bienes.

Y entre estos mundos, al que ya nacia,
Humilde vi la victoriosa Francia,
Que un mancebo y su espada le tenia
Por el suelo sembrada su arrogancia;
Miréla, y admirada en lo que via,
Aquella conocí ser la inconstancia
Del bien humano, que los mas cumplidos
Forzados vienen, y se van corridos.

No me admiré de ver que tanta alteza
En tragedia tan triste se trocase,
Que es cierto que en mortal naturaleza
Todo tiene su fin, y ha de acabarse:
La rueda me admiró con su presteza,
Que apenas deja de la vista hallarse,
Allí, ¡oh fortuna! quien de tí se fia,
Verá cuan firme tiene su alegría.

La espada Balisarda vi presente,
Que un victorioso jóven á tu instancia
En la sangre bañaba de un valiente,
Que asombró el mundo, y dió valor á Francia,
De oro con estas letras en la frente:
"Bernardo, honor de España, aunque en distancia
Brevísima su fama así encogida,
Que apenas al nacer fue conocida."

Es al presente un jóven valeroso,
De real disposicion, feroz denuedo,
Noble, fácil, cortés, compuesto, brioso,
De pecho altivo, y corazon sin miedo;
En paz afable, en guerras desdeñoso,
De España al fin, que es cuanto decir puedo,
Que un ánimo español de sangre noble,
En cuantas goza el mundo es fiesta doble.

En la corte nació del rey su tio,
De adonde el sabio Orontes, deudo nuestro,
Peqneño le robó, y por gusto mio
Ayo le ha sido fiel, guarda, y maestro:
Salió, cual se esperaba de su brio,
En todas armas valeroso y diestro,
Cuya temprana espada y brazo fuerte
Su rey libró de una alevosa muerte.

No se crió en regalos ni en blanduras,
Ni el ocio padre fue de heróicos pechos,
Que del deleite humilde las dulzuras,
Solo son de almas pobres ricos lechos:
Desde que á las primeras luces puras
Abrió los tiernos ojos, los vió hechos
Á soledades y asperezas solas,
Y á oir del sordo mar las roncas olas.

En el crespo Archipiélago copioso
De ásperas islas un preñado monte,
De la jovial Creta al golfo ondoso,
Su cabeza descubre á mi horizonte;
Y entre el Samo y el Mergo pantanoso,
Y entre el principio de Asia y Negroponte,
Hecha deja una isleta y costa brava,
Que Icaria en otro tiempo se llamaba,

En cuyos solitarios arenales,
Del atrevido Icaro la pluma,
Aun eternas conserva las señales,
Sin que el mudable tiempo las consuma;
Y su nombre en las ondas inmortales,
De herviente cubierto y blanca espuma;
Sobre el sepulcro temeroso suena,
Puesto al rigor de su mudable arena.

El sabío aquí por la esperanza mia
Á su cargo tomó la ilustre empresa,
Y en noble crianza y sábia policía,
Salva guardó la destruccion francesa:
Probando en aventuras que fingia
De su niñez la inclinacion traviesa,
Y tras ella sus años juveniles,
Al grave pundonor de hechos gentiles.

Vestíle anoche un rico arnés de acero,
Y armóle hoy caballero un rey persiano,
Guardando á mis lecciones el agüero
De un observado aspecto soberano:
Con que ya su valor veo tan entero,
Que golpe no dará en vacío humano,
Y á darte nuevas desta buena suerte
Las alas me prestó el deseo de verte.

Ya pues, diosa feliz, en lo restante
Por tí mi joven se gobierne y rija,
Y contra el brazo y el furor de Anglante
Armas iguales tu saber le elija;
Que aunque es á todo su valor bastante,
Con prevencion prudente el bien se fija,
Acudiendo á esta empresa por ser tuya
Yo de mi parte, Orontes de la suya.

Hasta ahora el riesgo ha estado por mi cuenta
Del rico engerto, y de la invicta rama,
Que ha de dar sombra al mundo, á Francia afrenta,
Y á su España de honor lustrosa llama:
Haz ahora tú, hermana, que yo sienta
Que en esto vuelvo por tu gusto y fama,
Y que eres diosa del tesoro humano,
Que la guerra y la paz tiene en la mano."

Al dulce hablar de la afeitada Alcina,
Morgana en gran deleite estuvo atenta,
Que es la lisonja dulce golosina,
Que al necio rico en ambicion sustenta;
Y ufana con el nombre de divina,
Así arrogante respondió, y contenta,
Sin mirar que la Hada en cuanto emprende,
Solo á su gusto y no al ageno atiende.

"Siempre creí que en tu cuidado puesto,
Vivia seguro el de mi honra y vida,
Que mas promete tu nobleza que esto,
Y en mas que esto te estoy agradecida:
El cielo á mi venganza está dispuesto,
Que pues la veo de tí favorecida,
Ya no la dudo ni recelo en nada;
Tú quedarás contenta, y yo vengada.

Por varios modos pretendí vengarme,
Y todos ellos me han salido en vano,
Ya del fiel Galalon quise ayudarme,
Ya de la injusta muerte de Troyano:
De Agramante el valor pudo alentarme,
El tártaro furor y el africano
De Mandricardo y Rodamonte fiero,
Mas á aquel mató Orlando, á estos Rugero.

En graves pensamientos ocupada
El placer me halló de tu venida,
Ya en mis perplejas dudas enterada
Del francés riesgo en su fatal caida:
Aunque ignorando la dichosa espada
De tal hazaña digna y tal herida,
Ahora que tu saber me la ha mostrado,
Oye lo que al presente me da el hado.

Ya sabes que son mios de derecho
Los tesoros del mar y de la tierra,
Y que á mi cetro y gusto paga pecho
Cuanto en los senos de los dos se encierra:
Pues donde del mar Jónio el bravo estrecho
De Acroceranio bate la alta sierra,
Cierta joya en el mundo celebrada
Dias ha que á un grave fin tengo guardada.

Aquellas armas que del griego Aquiles
A Ulises se entregaron por sentencia,
De ricas perlas llenas y perfiles,
En quien Vulcano echó toda su ciencia;
Donde en realces de mágicos buriles
Grabada está una oculta descendencia
De héroes ilustres, que vendrán al mundo
Del primer poseedor, y del segundo;

Del crespo mar una áspera tormenta
Allí hasta hoy las dió depositadas,
Sin que el furioso Telamon consienta
Que le sean de mortal mano tocadas:
Vive en su muerto corazon la afrenta
De haberle sido sin razon quitadas,
Y en virtud deste pensamiento altivo,
Muerto para guardarlas se está vivo.

Si ya este nuevo espíritu valiente
El fin supiere hallar desta aventura,
Yo mi favor le prestaré decente,
Y él me hará de su valor segura."
Así Morgana al márgen de una fuente
Al blando viento hurtaba la frescura,
Y yo al sabor de su parlar atento
Tambien bebí de su discurso el viento.

Cuando el tiple marcial que el clarin vierte,
Y el ronco son de trompas y atambores
Con que el mundo camina hácia la muerte,
Su plática deshizo entre las flores:
Cesó el sepulcro en que la Hada advierte
Que el arnés vive lleno de primores
Del griego capitan, á cuya mano
Hector murió, y tembló el muro troyano.

Que el quinto cielo ya en sangrienta rueda
Por la tierra marcial furor derrama,
Y en invisible aliento da el que pueda
Crecer á soplos de ambicion la llama:
Del rey francés los triunfos, con que queda
En majestad vencido el de la fama,
El requemado enojo, los desvíos,
Y del Leonés los indomables brios.

CANTO III.

ARGUMENTO.

Descripcion del templo de la Fama: Aventuras de Ferragut: liberta una ninfa de las manos de un sátiro, que se convierte en la Fuente del desengaño: la ninfa le cuenta su historia, y en un lienzo bordado por ella le muestra en profecía algunos valerosos capitanes de España.

Entre la tierra, el cielo, el mar y el viento
Un soberbio castillo está labrado,
Que aunque de huecos aires su cimiento,
Y en frágiles palabras amasado,
Basa no tiene de mayor asiento
El mundo, ni los cielos se la han dado,
Pues á solo él y su muralla fuerte,
No ha podido escalar ni entrar la muerte.

En las nubes esconde sus almenas,
La tierra y cielo desde allí juzgando,
De anchos resquicios y atalayas llenas,
De ojos cubiertas sin dormir velando:
Y con mas lenguas que la mar arenas,
Agenas vidas y obras pregonando,
Sin que palabra, aunque pequeña suene,
Que de rumor las bóvedas no llene.

Fama, monstruo feliz, vario en colores,
Es quien las torres del alcazar vela,
Y en plumas de vistosos resplandores
Por todo el orbe sin cansarse vuela:
Favores pregonando, y disfavores,
Que allí el parlero tiempo le revela,
De ojos vestida, de alas y de lenguas,
De unos contando loores, de otros menguas.

Vuelan sus claraboyas por la cumbre
De la enarcada bóveda del cielo,
Sobre pilares de oro, cuya lumbre
El aire baña, y da hermosura al suelo:
Vuelve en cuadrados ecos su techumbre
De huecas voces un sonoro vuelo,
Que en confuso rumor los patios llena,
Y un rico mundo de grandezas suena.

Los firmes quicios de las altas puertas,
Sin guardadoras llaves ni candados,
Á todo tiempo y toda gente abiertas,
De cualquier calidad, suerte y estados:
Las ocultas verdades descubiertas,
Los antiguos engaños disfrazados,
Los vulgares rumores, cuyo enjambre,
Al deseo de saber crece la hambre.

Á estos sin que el reciente rastro borre
El vulgo la ignorante oreja aplica,
Y al ciego aliento que en sus patios corre
La mas templada boca multiplica:
Los cuentos que uno oyó en la primer torre,
Tan mudados en otra los publica,
Que volviendo á encontrarlos sus autores
Nuevos los juzgan, y los dan mayores.

El firme umbral de sonoroso bronce
Al grave peso de la gente gime,
Que el vario tiempo por el ancho esconce
A todas horas de aquel mundo esgrime;
Aquí de nudo eterno el mortal gonce
Los siglos vence, y á la muerte oprime,
Y en vuelo infatigable y ancha pompa,
El son retumba de una hueca trompa.

Humilde á los principios se levanta,
De ronca voz y de alas encogida,
Mas crece el tibio vuelo en fuerza tanta,
Que á la luz deja en su cundir vencida;
De feroz vista y proporcion que espanta,
En vivas lenguas y ojos convertida,
Y de tal propiedad y tal sugeto,
Que á todo hace, y no á guardar secreto.

Así á los cielos ruego le suceda
Al vuelo heróico de mi corta pluma,
Que si hoy humilde y por el suelo queda,
Mañana suba á ser de honor la espuma;
Y en lo alto ya de la voluble rueda,
El tiempo ni la halle ni consuma,
Mas con su altiva voz tan hueca suene,
Que el mundo espante y sus regiones llene.

De todas las humanas invenciones,
Soberbias torres, máquinas, trofeos,
Bellos teatros, ricos panteones,
Altas colunas, graves mausoleos,
Anchos doriscos, sacros iliones,
Colosos, arcos, termas, coliseos,
Pincel, estatuas, bronces, escultura,
Y otra si hay mas constante ó mas segura;

En todas cunde la infeliz polilla
Del voraz tiempo, autor de las verdades:
No hay real corona, ni suprema silla,
Sagrado imperio, muros ni ciudades
Contra sus fuerzas; todo lo aportilla,
En todo imprime y causa novedades:
Los reinos muda, sus linderos trueca,
Y hoy, donde ayer fue mar, ya es tierra seca.

¿Quién me dirá de la usurpada España
El cetro obscuro de ásperos Alanos?
¿Qué terrones rompió la inculta saña
De Almonidas y antiguos Turdetanos?
¿Quién los Épalos fueron, cuya maña
Al Betis dió los muros sevillanos?
Los Zacintos, los Celtas, los Ancones,
¿En cuál mundo tuvieron sus regiones?

Ya el tiempo los tragó en ruedas voltarias;
La romana y la griega monarquía,
De Virgilio y de Homero plumas varias,
Murieron, y ellos viven todavía:
Si á sus versos los reinos dieron párias,
Tambien yo espero que á la musa mia
Rinda, á pesar del tiempo y de envidiosos,
Roma sus muros, Rodas sus colosos.

Estos deseos, sabrosa medicina
Contra la muerte son de honrados pechos,
Que el alma eterna, de nacion divina,
Eternizar tambien desea sus hechos:
¿Quién á un famoso nombre no se inclina?
¿Quién la honra no antepone á otros provechos?
¿Quién tan inútil, y de humilde suelo,
Que de una inmortal voz no ame el señuelo?

Pues este altivo monstruo en pasos blando,
De pechos nobles pasto apetecido,
Hoy por un ciego mundo hace volando,
Con mayor voz que nunca, mas ruido:
La nueva infausta guerra pregonando,
El valor del francés nunca vencido,
El aprieto de España, y de sus cosas,
Unas alegres y otras lastimosas.

Y entre las que el clarin con mayor vuelo
Del vulgo humilde al real dosel levanta,
Es de Francia el ejército, que el suelo
Con sombra cubre, y con braveza espanta:
Por cuanto ciñe el mar y abraza el cielo,
Ni otra voz suena ni otra gloria canta,
Que siempre el vario monstruo se recrea
Con los que la fortuna lisonjea.

Tambien la invicta España en contra viene
Del comun enemigo á la potencia
Con cuanto dentro encierra, hasta el que tiene
En religion y leyes diferencia:
El que de arar la tierra se mantiene,
Los que en mandarla alcanzan eminencia,
Al que en alcazar real ó humilde choza,
La nueva guerra asesta ó la paz goza,

Los que á Duero cultivan sus jazmines,
Y al rio Miño las riberas rojas,
Y de Ebro los principios y los fines,
De nieblas frias, y corrientes flojas:
Los que del Tajo habitan los confines,
Y pisan de sus álamos las hojas,
Y el que sin fruto en Guadiana pesca,
Ó al Betis ciñe la ribera fresca.

Marsilio en prevenirse fue el primero
Contra el comun pavor que asombra á España,
Y al rey Casto ofreciendo un campo entero
El de su gente infiel puso en campaña:
Mandando á Ferragut, que al mauro fiero
Por gente pase natural y extraña,
Y á la de Cataluña por Valencia,
De Africa anude y junte la potencia.

Fue Ferragut un bárbaro brioso,
De fornida estatura de gigante,
Miembros doblados, ánimo orgulloso,
Colérico en sus gustos, y arrogante:
En fuerzas firme, en cuerpo poderoso,
Velloso rostro, y áspero semblante,
Y en él llegar con su opinion al cabo
Entre los valerosos el mas bravo.

Á insignes triunfos de armas inclinado,
Y á desvolver del mundo las regiones,
Y dejar fama en él, que es un cuidado
Que no cabe en estrechos corazones:
Todo hasta el marcial pecho era encantado,
Y este lleno de honradas pretensiones
Á sembrar sale belicosa saña,
De Zaragoza á lo mejor de España.

Del Ebro claro á la corriente fria
Alterando llegó en rumor la tierra,
Con rayos de orgullosa valentía,
Que es la paz de su espíritu la guerra;
Y del florido salto que hacia
La preñada cuchilla de una sierra,
Como en grillos de plata vió ceñido
Del humilde collado el tumbo erguido.

Así enfrenada la corriente brava,
De arboledas vestido y de frescura,
Que el sosegado curso que llevaba
A la vista engañára mas segura:
El bosque en sus cristales se miraba,
Y dando y recibiendo hermosura
De Flora, á vueltas via el brazo tierno
Rosas sembrando del florido cuerno.

La fresca vid al álamo sombrío
Sus ramos dulcemente encadenaba,
Y á costa del humor del manso rio
De una inmortal frescura le adornaba,
Donde al ardiente sol, el blando frio
Con pardas frescas sombras convidaba,
Y á contemplar en su cristal profundo
Otro bosque, otro cielo, y otro mundo.

En este alegre soto entretenido
Sus flores Ferragut pisa contento,
Y del lugar, y del calor movido,
Un nuevo busca y apacible asiento:
Este halla fresco, el otro mas florido,
Aquí hay mas verde juncia, allí mas viento,
Hasta que de uno en otro remolino,
De un raudal espumoso al salto vino.

Al sordo murmurar que se despeña,
El hondo valle suena comarcano,
Y de una peña dando en otra peña,
De aljofar lleno salta al verde llano:
Aquí una cueva está que, aunque pequeña,
Hecha parece por divina mano,
En cuyo húmedo seno y hueco frio
Las deidades habitan de aquel rio;

Donde en tiernos cuidados ocupadas,
En grutas de cristal y ondas ceñidas,
Las ninfas sobre telas delicadas
Sus amores dibujan y sus vidas:
Las rubias hebras de oro marañadas,
Entre la blanda lana retorcidas,
A vueltas muestran de sus lazos bellos
Mil lances de primor dellas y dellos.

Aquí entre olores que tributa el prado,
Al ronco estruendo del cristal rompido,
El moro en graves trazas ocupado,
Sin saber cómo se quedó dormido:
Débil Morféo en paso sosegado
El sentir le robó sin ser sentido,
Al blando entrar de una quietud suave,
Que al sueño abrió, y al alma echó la llave.

Y apenas de la vista en las ventanas
El sentido comun fijó dos sellos,
Y de las cosas las figuras vanas
Hechas aire sutil voló por ellos;
Cuando con luces no del todo vanas
El sueño le mostró en retratos bellos
Un alarde, á quien dan rayos adustos
Los malogrados fines de sus gustos.

Sueña que se halla en los alegres dias
Que á Doralice festejó en Granada,
Cuando á un breve favor largas porfias,
La puerta le dejaron mas cerrada:
Las armas y pomposas gallardías
En la amorosa empresa celebrada
De Angélica, y la bella Guadalara,
Del Brabonel amante prenda cara.

Prosigue amor en su pesado sueño,
Y hácele en Babilonia enamorado
De Bagdélia, y que en Persia alzó por dueño
A la Hada Argiran de su cuidado:
Que á la dueña del lago en dulce empeño
Tambien sin premio le entregó el cuidado,
Y de Marfisa fue atrevido amante,
Y oculto de la bella Bradamante.

Que á Flordelis, y á Flordespina quiso
En diferentes partes, y en ninguna,
Ó sea por cuidadoso, ó por remiso,
Favorable le vino suerte alguna:
Ó sea estrella cruel, hado preciso,
Azotes, ó regalos de fortuna,
Ó la aspereza de su rostro y talle,
Que era oílle temor, miedo miralle.

Nadie le codició por tierno amante,
Ni él en saberlo ser halló ventura,
Con que el parlero sueño fue bastante
A despeñarlo en una cueva oscura,
Donde en lloroso vió y mortal semblante
La bella granadina hermosura,
Que á la arrogancia de su pecho fiero
Su primer gusto fue, y su amor primero.

Parécele que en triste cárcel puesta,
Donde halagüeñas lágrimas vertia,
Con medroso ademan y habla modesta
Breve socorro á su afliccion pedia:
Quiso darle las obras por respuesta,
Y del pesado sueño la agonía
Su quietud le hurtó, y en medio el prado
Un sátiro á una ninfa vió abrazado;

Ahora fuese que al sabroso frio
A recrearse sin temor saliese,
Y á gozar de algun álamo sombrío
Su labor y la siesta le moviese:
Ó que en la cueva del cercano rio
En cuidosas lazadas le prendiese,
Ó que ahumado encanto le fingia
Lo que durmiendo oyó y despierto via.

En mil lazos el sátiro encadena
El delicado cuerpo trasparente,
Y la boca de amarga espuma llena,
Ya el dulce aliento de la ninfa siente,
Que á desdeñosos golpes le refrena,
Y en teson duro, y forcejar valiente,
El torpe nudo huye, y feo semblante
Del atrevido deshonesto amante.

Procura libertar el tierno cuello
Del peligroso nudo de sus brazos,
Y el sátiro importuno el bulto bello
Mas encadena en amorosos lazos:
El cendal rompe, troza los cabellos,
Y el cuerpo sin piedad hace pedazos,
Y todo en vano, que aunque no rendida
Está de la ocasion del gusto asida.

Cual parda sierpe, que de nudos llena,
El águila real lleva á su nido,
Las alas con sus roscas encadena,
Y en ellas cuerpo y pies le tiene asido;
Ó escura yedra, que en maraña amena,
El tronco á un olmo deja entretejido;
Ó el blanco risco que la jibia tiñe;
Ó el pulpo en negros lazos teje y ciñe;

Tal el lascivo sátiro envolvia
La bella ninfa en su prision forzada:
El moro que entendió la demasía
Del torpe amor y el tiempo ocasionada,
Del fresco lecho salta en que dormia,
Y al vano amante la desnuda espada
Al ciego corazon le guió de suerte,
Que echó fuera el amor, y entró la muerte.

Cayó descoyuntado al mortal hielo
El corvo fauno, y una alegre fuente
Las nuevas flores del pintado suelo
En su cristal bañó resplandeciente:
Ó fuese influjo de observado cielo,
Ó de mágica fuerza cerco ardiente,
Al desangrado amante entre la yedra
El mundo recibió mudado en piedra.

Y un zeloso cristal por la herida
De desengaños lleno corrió al rio,
Tal que si al gusto á verse en él convida,
Tal vez le vuelve en tristes sombras frio;
Que al pecho no dió amor duda escondida,
Que clara no la dé el licor sombrío,
Los zelos, las sospechas, los antojos,
Descifrados su luz pone en los ojos.

El hijo de Lanfusa fue el primero
Que el alinde probó de la onda pura,
Y ya por culpa agena, ó rostro fiero,
Del suyo le asombró ver la figura:
Ó sea sospecha, ó caso verdadero,
Él lo sabe, y amor, que le asegura
Que de su arco los menos agraviados
Salen, cuando no heridos, asombrados.

Ni importa en nobles gustos ser amado;
Que en alegre verano, y pasto tierno,
Al corderillo que hay mas regalado
A vueltas crece de la lana el cuerno:
El caso de Anteon, ¿á cual honrado
En el alma no imprime miedo eterno?
Pues no hay Diana fiel si se le antoja,
Que en ciervo no convierta á quien la enoja.

Para humillar de su altivez la rueda
En gustos locamente confiados,
Labrada esta parlera fuente queda
De un libre desengaño de cuidados;
Donde el Narciso de favores pueda
En el agua escribir los mas fundados,
Y gozar en sus márgenes y orillas
De los hurtos de amor las maravillas.

Del feo bulto del fauno heredó el nombre,
Y de su pecho y cuernos agua fria,
Y su fama en el mundo tal renombre,
Que de divino oráculo servia:
¡Ciega locura aventurar el hombre
Sin ganancia el caudal de su alegría!
¡Vana curiosidad, locos antojos,
Donde es mejor no ver que tener ojos!

Bien que al cristal de su parlero seno,
Hermosos campos, y pinturas bellas,
Un tierno niño amor de gustos lleno,
Sobre un cielo de flores por estrellas:
Mil bellas ninfas por un bosque ameno,
Venus que alegre se regala entre ellas,
Y al compás de sus sátiros que espantan
Bailan las unas y las otras cantan;

Cuanto el antojo del que al agua llega
Por gusto pide halla retratado,
Montañas de oro la codicia ciega
De Midas, si aun le dura ese cuidado:
Cazas Adonis en su fértil vega,
Desengaños de amor quien no es amado,
El nuevo amante pensamientos tiernos,
El galan galas, el zeloso infiernos.

Los caballeros guerras y aventuras,
Los sábios mil secretos naturales,
La vista melancólicas pinturas,
Los placenteros ojos otros tales:
El labrador sus mieses mal seguras,
El pescador sus cañas y sedales,
La dama bella amor, galas la fea,
Y cada cual al fin lo que desea.

En campo abierto el agua trasparente
Un tiempo al mundo dió sus maravillas,
Mas el ciego concurso de la gente
Que á ver llegó sus márgenes y orillas,
Con disgustos turbada la corriente,
Rojas volvió sus flores de amarillas,
Hasta que en defendida niebla oscura
La ninfa le encantó la hermosura.

Fue esta aparente máquina de cosas
Sombríos cercos de la Hada Alcina,
Que á hacer las de Bernardo mas pomposas
Su nuevo estudio y su saber camina;
Y de España las sangres belicosas,
A que su natural gusto la inclina,
Entre estas sombras quiere y su aparato
Al mundo dar un singular retrato.

A este fin levantó en sus huecos senos
De un rico alcazar la belleza extraña,
Cuyas cornisas y artesones llenos
De lazos de oro tan sutil maraña,
De marciales sucesos mas ó menos
Que en venideros siglos tendrá España,
Crecientes olas que en lenguajes mudos
Los campos honrarán de mil escudos.

Hasta aquel siglo de oro, y rey prudente,
Que como antes la vuelva monarquía,
Y el lleno goce en el de su creciente,
Y sin menguante corra su alegría:
Esto en muros de vidrio trasparente,
Y en cristalinos tumbos de agua fria,
La ninfa dibujó, y en niebla oscura
Encantó hasta su tiempo su hermosura.

Al primer riesgo de la sábia fuente
El lascivo animal perdió la vida,
La ya vengada ninfa en la corriente
Del claro rio sin temor metida:
Viéndose con castigo suficiente,
En su ofendido honor restituida,
A su libertador vuelve lozana,
Y á darle el premio del favor se humana.

Los espumosos tumbos refrenando,
De entre ellos levantó el gallardo cuello,
Con las nuevas vislumbres deslumbrando
Al que se atreve con su riesgo á vello:
Y en lazada sutil de un cendal blando,
En crespos lazos reformó el cabello,
Que á no ser de mas precio su tesoro,
El dia comprára dél sus rayos de oro.

Halló el moro caida entre las flores
De un sirgo azul la tela delicada,
De matices cubierta y de primores,
Milagros de la aguja de la Hada:
Donde en preciosas sedas y colores
Una historia sutil vió dibujada,
Parte labrada ya, parte en amago,
De punto natural, ó aspecto mago.

Nunca de Palas la sutil aguja,
Cuando Aragne intentó su competencia,
Á los heróicos dioses que dibuja,
Igual perfeccion puso ni igual ciencia:
Ni el divino cendal que sobrepuja
Toda invencion de humana suficiencia,
Sembrar pudiera en el atento moro
Igual deleite, ni mayor tesoro.

No entendió las figuras, aunque pudo
Su gallardo ademán entretenello,
Y atento á verlas por un rato mudo
El gusto le dejó del cendal bello;
La sábia ninfa, que del torpe nudo
Del ya muerto animal vió libre el cuello,
Y al caballero en entender atento
De su labor el escondido cuento,

Por conveniente paga que al servicio
En algo iguale de su espada hecho,
Y el premio al recibido beneficio
La majestad descubra de su pecho;
Quiso al moro dejar que es noble oficio
En su presente gusto satisfecho,
Con breve relacion de cuanto incluso
En el rico cendal su aguja puso.

Huyóse de las aguas el ruïdo,
Y por hacerse espejo á su belleza,
El rio en nuevo estanque convertido,
Inmudable volvió su ligereza:
Y ella en palabras de inmortal sonido
Así, al invicto moro vuelta, empieza:
"Bien que sea tu valor en cuanto haga
De su antigua virtud la mayor paga;

Tal vez á un fiel servicio le ennoblece,
Que digno dél quien le recibe sea,
Y el gusto y gloria de la hazaña crece
Cuanto es mayor la parte en que se emplea:
Pues porque el tuyo en lo que en sí merece
Su colmo goce, y su creciente vea,
Contarte quiero á quien por modo honrado
Con tu invencible espada has obligado.

Conocerás de paso los varones
Que en mi heróica labor voy dibujando,
Que sombras de proféticas visiones
No se pueden gozar solo mirando:
Y yo, que el gusto miro en las acciones,
Ya los deseos del tuyo estoy juzgando:
Oye pués, te diré, moro valiente,
Lo que deseas saber, y hay en mi fuente.

Una soy de las ninfas deste rio,
De su juncia nacida en las riberas,
Ya en otro tiempo el ejercicio mio
Fué por los montes fatigar las fieras:
Ninguna selva ni lugar sombrío
Sin los despojos de mi caza vieras,
En armar redes y acechar paradas
Las mas diestras no fueron tan nombradas.

Sin lanudos sabuesos ni lebreles
Al jabalí rendí y al oso fiero,
Y si hay fieras mas fieras y crueles,
Esas trataba de amansar primero.
De rosas coronada y de laureles,
Mas tuve, sin querer, de un prisionero,
Que de lo que yo entonces me preciaba
Era de un arco, un dardo, y una aljaba.

Y no me estraga el áspero ejercicio
La atezada beldad de mi figura,
Que si estimarla en poco no fue vicio,
Nunca mas la estimé de lo que dura:
El terso espejo, cuyo amargo oficio
Es siempre preparar nueva hermosura,
Nunca la mia templó, ni en clara fuente
Por nuevo adorno contemplé mi frente.

Ya Febo estas montañas abrasaba,
En iguales balanzas puesto el dia,
Cuando yo sus collados trastornaba
Rastrando un ciervo que flechado habia:
El cansancio el calor me acrecentaba,
Y una fresca alameda, que nacia
De las orillas deste hondo rio,
Señas hacia temblando á un viento frio.

Tejiendo en frescas hojas y altas ramas
De sombríos sauces y ásperos laureles
Tupidas cuevas, y floridas camas
De azules lirios, carmesíes claveles,
De atada yedra, y revoltosas gramas,
Vistosos lazos, rejas y canceles,
Donde el blanco jazmin hacia ventana
Al tierno grumo de la vid lozana.

La murta, madreselva y arrayanes,
Los almeces cercaban y algarrobos,
Y ellos con sus brutescos ademanes
De hojosas ramas resonantes globos;
Por donde las calandrias y faisanes
Cruzando daban silbos y corcovos,
Y el sol por su tupida celosía
Su luz queria engazar, y no podia.

Bebiendo al fresco viento el soplo blando
Al frio llegué de la ribera amena,
Por donde se iba sin mover pasando
En brazos de cristal la onda serena,
Cuyo profundo seno va volcando
Los granos de oro en la menuda arena;
Meto el pie dentro, y como siento el frio,
Desnuda me arrojé en el manso rio.

Á veces con la una y otra mano
Si asir procuro de las ondas frias,
Ellas, haciendo mi trabajo vano,
De mí se huyen por diversas vias:
Vuelvo y revuelvo el cristalino llano,
Y entre el huir del agua, y mis porfias,
Sentí por ellas nuevos remolinos,
Y vi temblar los árboles vecinos.

El dios deste lugar sagrado rio,
De verdes cañas y ovas coronado,
El rostro y barba llenos de rocío,
Lloviendo arroyos de sudor helado;
En una mano un álamo sombrío,
Y en una urna de vidrio reclinado,
Del lugar con el mio mas vecino
Salió rompiendo el muro cristalino.

Al descubrir el dios quedé turbada,
Y á huir medrosa comencé desnuda,
Y él, viéndome sin ropa despojada
De mi arco de oro, y de su flecha aguda,
Ardiendo sintió el alma antes helada,
Y de su nueva pretension no duda,
Que al gran señuelo que el amor le hacia,
Ningun estorbo en él serlo podia.

Yo huyo dél, cual tímida paloma
Del presto gavilan que le da caza,
Y él en seguirme tan por suyo toma,
Como á paloma el gavilan de raza:
Saliendo deste valle á aquella loma
Subia, y como nada me embaraza,
En lugar de correr creo que volaba,
Y siempre á mis espaldas le llevaba.

En esto veo su sombra de improviso,
Que el sol ya por mis hombros la subia,
Si no era de algun álamo ó aliso,
Y por suya el temor me la vendia:
Mas no era el presto dios nada remiso,
Ni sus pies solos cabe mí sentia,
Que ya casi en mis pasos tropezaba,
Y su aliento el cabello me volaba.

Pasmóme el corazon un miedo helado,
Y allí sin poder mas me vi rendida,
Que al desenvuelto amante el premio amado
Metiendo espuelas via en la corrida:
Los ojos volví al cielo, y el cuidado
Le entregué de mi honra y de mi vida,
Y á la casta Diana en tal estrecho
Esta breve oracion dije en mi pecho:

"Divina diosa, si por mí ofrecidas
Víctimas fueron humos de tus aras,
Y sus puras entrañas encendidas
Llamas en nombre tuyo dieron claras;
Si aljaba y flechas traje á tí debidas,
Y tu selva aprobó sus diestras varas,
Deste fiero enemigo y su torpeza
Defiende, oh casta Diosa, mi limpieza."

Á este fresco lugar en que ahora estamos
Diciendo estas palabras descendia,
Cuando Diana de entre aquellos ramos
Salió esparciendo en mí una niebla fria:
Las dos en medio della nos salvamos,
Y el fugitivo dios, que ya ponia
En mí sus brazos, aunque quedó ciego,
Por mil partes cercó la nube luego.

Yo, viendo tan solícito enemigo,
Aunque de la triforme luz guardada,
Y en su inviolable amparo y casto abrigo
Segura estaba de dañarme nada;
La beldad ciega, que vivia conmigo,
Inquieta me traía y alterada,
Cual tímida cordera, que presente
El lobo en torno del aprisco siente.

Cuando medrosa entre un sudor helado
Me vi ir toda abrasando y consumiendo,
Que á modo de rocío delicado
De sus senos la nube fue lloviendo:
Los huesos ya en cristal se habian trocado,
Y como yelos se iban derritiendo,
Corriendo entre las yerbas, y el amante
Que el agua conoció, mudó el semblante.

Dejó la grave majestad pesada,
Y en ver mis nuevas ondas atrevido,
"La empresa mia, dijo, es acabada,"
Y en sus aguas tras mí se ha convertido:
Yo, viendo pretension tan porfiada,
Rendíme, y al tomarle por marido,
Vi que á mudar el celestial decreto
Ningun humano curso hace efeto.

Entre estos riscos mi morada tengo
De cristal duro y blancos pedernales,
Y aquí con otras ninfas me entretengo
En dibujar empresas inmortales:
Del dios Jano por recta línea vengo,
Y saben las antorchas celestiales
Que es Iberia mi nombre, y mi estandarte
La mejor sombra del sangriento Marte.

Quisiérate mostrar, pero no quiero,
Los preciosos tesoros de mi cueva,
Las grandezas que al siglo venidero
Por todo el orbe su corriente lleva:
Los triunfos, y el camino verdadero,
Que al mundo sacará una gente nueva,
Á reducir debajo de su lanza
Cuanto rodea el sol, y el mar alcanza.

Los apartados reinos, y las gentes
Por los senos del mundo derramadas,
El fin del mar, las playas diferentes,
Y aquellas islas del calor tostadas,
Que al valor de mis claros descendientes
Por las estrellas viven reservadas,
Aunque no caben todas en la tierra,
Lo menos cunden que mi pecho encierra.

Mas, no es posible alcance tantas cosas
El presto huir de un tiempo tan escaso,
Ni tú, en horas tan breves, mis famosas
Grandezas puedas ver si no es de paso:
Á otro brazo las lumbres poderosas
La victoria pasaron deste caso,
Y á tí lugar famoso al márgen suyo,
En honra al real valor del brazo tuyo.

Mas, por bastante paga al beneficio
De haber en mí favor tu espada honrado,
Ya que el precioso hado te es propicio,
Y tanto tu nobleza me ha obligado;
Del mundo por venir un breve indicio
Quiero que en mi labor veas abreviado,
En nueve hermosos rayos, cuya llama
Con los nueve compite de la fama.

Este lienzo entre lazos de oro fino
Al mundo guarda vivos sus retratos,
Cuya estampa y dibujo peregrino
Labrando me entretiene alegres ratos:"
Dijo, y desde el remanso cristalino
La tela desdobló, que dió baratos
Á sus ojos mil rayos de contento,
Y ella así prosiguió su alegre cuento:

"Estos que de mi aguja retratados
Dan gloria á las edades venideras,
Son nueve capitanes celebrados,
Tras de quien vienen todas mis banderas:
Los triunfos á sus hechos reservados
Celebrados quedáran si los vieras,
Que yo ahora no he de darles mas renombres,
De que aquí los conozcas por sus nombres.

Este que ves entre moriscas lides
Con seis azules roeles señalado,
Antiguas armas del gentil Persides,
En tiempo del rey Artus celebrado,
Es el godo aleman Nuño Belchides;
Y este escuadron que en sombras abreviado
Aun se está en los principios de mi aguja,
Y su luz la del cielo sobrepuja,

El fruto es de su tronco, que al cercano
Mundo que ha de venir promete el cielo,
Y yo en su nombre al reino castellano
Príncipes dignos de su invicto suelo;
Y á Castro y Lemos, colmo soberano
Desta creciente, cuando en feliz vuelo
Nazca un Apolo por patron y guia
De una famosa historia suya y mia.

El que tras él no quiere atrás quedarse,
Y su opinion tan adelante lleva,
Que á todo el ancho mundo hará estimarse,
Si á hacer llegare de su espada prueba;
Pues aquí no pudieron dibujarse,
Celebre sus hazañas con voz nueva,
Y al conde Hernan Gonzalez sin segundo,
No solo España, pero todo el mundo.

De la real sangre que sucede y mana
Á Sandoval desta sagrada fuente,
Lerma gozará duques, y hará ufana
Á España un soberano descendiente;
De cuya sábia y fiel prudencia humana,
El grave sucesor de un rey prudente,
Hará el mejor gobierno que en Castilla
Haya tenido la española silla.

Este de blancas plumas señalado,
Que el campo de morisca sangre baña,
Si el frigio Héctor no ha resucitado,
Famoso Cid será, y honor de España:
Temblará Mauritania en verle armado,
Y en el frio ataud ¡grandeza extraña!
Hecho á vencer con su ademán altivo,
Tan bien vencerá muerto como vivo.

Mira tras este al que por propio nombre
El de Gran Capitan será debido,
Y si el retrato te parece de hombre,
Es porque en mortal lienzo está tejido:
Su fama, sus hazañas, su renombre,
No en colunas de mármol esculpido
Al mundo dejará para memoria,
Mas toda Italia cantará su gloria.

Este á quien favorece la fortuna
Al parecer con tan alegre cara,
Si los hados le sacan de la cuna,
Marqués será famoso de Pescara:
Victoria eterna en inmortal coluna,
Digna promete á su grandeza rara,
Y él al honor de España un gran tesoro,
En el rey preso de los lirios de oro.

Aquel por tantos mares venturosos
En pequeños bajeles engolfado
Es Hernando Cortés, que en mil colosos
Su nombre ser merece eternizado:
Descubrirán sus ojos venturosos,
Y rendirá su esfuerzo afortunado,
Otro mundo, otro cielo, y otro polo,
Que es poco para él un mundo solo.

Este que tiene el venerable cuello
De un bello toison de oro enriquecido,
Y colgado del peso dél y dello
Del suelo lo mejor y mas florido;
Si acaso el mundo mereciere vello,
Como el ser su monarca ha merecido,
Duque de Alba será, y honor de España
En Portugal, en Flandes, y Alemaña.

El que sobre este carro cristalino
El mar gobierna en venturoso freno,
Si al mundo hallare su valor camino
Para dejarlo de victorias lleno,
De Santacruz será Marques divino;
Y si la parca en su enlutado seno
Antes de tiempo su valor no encierra,
Temblar hará el furor de la Anglia tierra.

Aquel en quien las horas presurosas
El curso abreviarán con tal corrida,
Que apenas á las puertas deleitosas
Llegar le dejarán de nuestra vida,
Cuando entre negras sombras tenebrosas,
La tierna faz de amarillez teñida,
Dejará el aire claro y nuevo dia,
Que en su real presencia amanecia;

Yo digo de aquel príncipe famoso
Que á España vestirá de luto y llanto,
Despues que su valor vuelva espantoso
El seno de Corfú, y el de Lepanto:
Y desde allí con triunfo victorioso
Al espanto del mundo ponga espanto,
Mostrando en esto ser hijo segundo
De Cárlos Quinto, emperador del mundo.

Oh estrellas! ¡cómo fuistes envidiosas
A la gloria de España! ¡oh duro hado!
Si al golpe de sus suertes valerosas
No les faltára tiempo señalado,
Tú solo á mil regiones poderosas
Pusieras yugo y freno concertado,
Desde donde se hiela el fiero Scita,
Adonde el abrasado Mauro habita.

Dadme, oh hermosas ninfas, frescas flores
Para esparcir sobre la tierna frente,
En sacrificios y debidos loores
Deste mi soberano descendiente:
Y vosotros, divinos resplandores,
Deshaced los agüeros felizmente,
Y aquella sombra y triste centinela,
Que sobre su cabeza en torno vuela.

Destos nueve bellísimos luceros,
En oro ahora y rosicler grabados,
Sin otra inmensa copia de guerreros,
Entre sombras y luces esforzados,
A los siglos prometen venideros
Honra á los vivos, gloria á los pasados.
No sé si diga en tan veloz corrida
Otro que aquí de intento se me olvida.

Vive en el mundo, y es el adversario
Mayor que ha de encontrar tu brazo altivo,
Por quien un nombre heróico el tiempo vario
Para siempre dará á tus obras vivo:
Dejára el alabar á tu contrario,
Mas véotele mirar con rostro esquivo,
Y es de tan grandes llenos la figura,
Que aun asombra su luz puesta en pintura.

Es pues el valeroso brio dispuesto,
Que allí campea entre plumajes de oro,
Y en tierna edad, y en ademán compuesto
Al francés rinde, y doma al pueblo moro,
El invicto Bernardo, en quien he puesto
De mi esperanza el sin igual tesoro,
Cuya braveza ha de librar la mia
De un yugo de ambiciosa tiranía.

Lugar precioso en esta rica tela
Queda á otros nobles hijos de la fama,
En cuya heróica historia me desvela
La industria de mi mano y de su fama;
Y aquesta luz que en torno dellos vuela,
Es la que á eterno nombre y voz los llama.
Ahora, en tanto que ellos nos suceden,
Oye lo que los hados te conceden.

Si en esta clara fuente siete veces
Al rayo de la luna te lavares,
Y á los difuntos dioses tus jüeces
Con nocturnos inciensos aplacares,
Y una sagrada víctima le ofreces
Al dios conservador destos lugares,
Con lumbre de laurel y hojas de olivas,
Harán que al mundo eternamente vivas,

Y tu edad y tu siglo se renueve
Como los campos con las frescas flores,
Sin que tu vista eterna noche pruebe,
Ni tus sentidos sientan sus temores;
Mientras Ebro á la mar tributos lleve,
Y por abril nacieren los amores,
Y el cielo coronaren las estrellas,
Y los años volaren en pos dellas.

Mas, si por no observar las impresiones
De los celestes astros lo dejares,
Y destas ceremonias y oraciones
Indigno el limpio y grave arnés juzgares,
De las otras forzosas ocasiones
Este rocío temple los azares,
Y en tu antes duro trato vuelva el mio
Gusto agradable lo que fue desvío.

Perderás las congojas del profundo
Sueño que te inquietó la fantasía,
Pues gozar de inmortal vida en el mundo
El cielo te lo da por otra vía,
Si merecieres el lugar segundo
En los contestos de una historia mia,
Que ha de durar mas siglos en la tierra,
Que ondas derrama el mar y arena encierra."

Dijo, y de en medio del sagrado rio
Con la mano arrojó licor bastante,
Con que al valiente Moro creció el brio,
Y lo áspero lavó al feroz semblante,
Volviendo lo argentado del rocío
El antes rostro bárbaro elegante,
Desnudo del primer capote y ceño,
Que de horrible le hacia zahareño,

De una apacible gravedad compuesto,
Hasta en los ojos de la envidia amable,
Así en gallarda proporcion dispuesto,
Que aun el áspero gusto volvió afable:
Que mas se da con la ventura que esto,
Como sin ella es todo abominable:
El agrado, la gala, y la hermosura
No son mas que un rocío de ventura.

CANTO IV.

ARGUMENTO.

Bernardo, llevado por el mar en un barco encantado, llega á bordo de un galeon, donde halla presa á Angélica la bella. Pide al rey de Persia, que la llevaba, que le arme caballero: el rey le arma, y Bernardo hace batalla con él por la libertad de Angélica, la cual es arrebatada por el aire en un carro de fuego.

El que con su primer atrevimiento
Sobre el agua halló nuevos caminos,
Y del incierto mar, y sordo viento
Los rincones buscó mas peregrinos,
Fijo al principio con medroso tiento
En la ancha playa y puertos convecinos,
El viento en calma, y con la mar serena,
No osa apartar los ojos de la arena.

Crece el aliento, crece la osadía,
Y olvida poco á poco la ribera,
Engólfase hoy, engólfase otro dia,
Y halla la mar mas blanda, y menos fiera:
Pierde el primer temor que le tenia,
Y á nuevo cielo y mundo abre carrera,
Ni golfos teme ya, ni de la airada
Scila la herviente espuma aljofarada.

Que el gusto en sus presentes pretensiones
Atropellando pasa inconvenientes,
Descubre otras riberas y regiones,
Otro cielo y estrellas diferentes,
Otras costumbres, leyes y naciones,
Otra habla, otro trato, y otras gentes;
Y llega al fin del mundo, y playas solas,
Adonde el ronco mar quiebra sus olas.

Tal mi pequeño esquife va rompiendo
El peligroso golfo en que me hallo,
Unas veces en calma, otras corriendo,
Y apenas del temor puedo apartallo,
Por nuevo mundo y cielo discurriendo;
Y pues ya el detenello es anegallo,
Nobles deidades que guiais mi intento,
Socorred mi barquilla con buen viento.

Y tú, gloria y honor, cetro segundo
Destas ricas antárticas regiones,
Que cerradas de inmenso mar profundo
Ven otro cielo, estrelllas y oriones;
Vuelve los ojos á su nuevo mundo,
Oye mi voz, atiende á sus razones,
Serás mi Apolo, y en la lira suya
Pondrá mi canto y la grandeza tuya.

Darle has honra y favor en escuchallo,
Y en brio lozano con su nuevo aliento,
El barco tras quien va podrá alcanzallo
Con mas facilidad el pensamiento:
Que conforme á la altura en que me hallo,
Si aquí me falta de tu soplo el viento,
En calma quedaré, y en golfo incierto,
Sin esperanzas del amado puerto.

Por el mar ancho en desenvuelto vuelo
Un barquillo sin alas discurria,
Y ahora ¡oh lustre del iberio suelo,
Sucesor digno del que en él venia!
Luego que al mundo el sin igual modelo
De tu raro valor, con el que cria
Tu antigua sangre real, hizo en Miduerna
Principio ilustre á tu memoria eterna.

Venciendo el campo aleve con su espada,
Su tio en libertad por ella puesto,
Sin darse á conocer dejó asombrada
La corte al rey, y del contrario el resto;
Y con la bella oculta retirada
Mas lustre en sus hazañas, y tras esto,
Con las nuevas del nuevo coronista,
Nuevos deseos de gozar su vista.

Despues que el griego Mago á sus heridas
Con frescas yerbas dió salud bastante,
Por montañas y sendas conocidas
A las playas guiaron de levante;
Por breñas y quebradas escondidas
Entreteniendo al generoso infante,
A fin que en la distancia del camino
El curso hiciese de un contrario sino.

Los floridos collados que Ezla riega
Dejan atrás, y la Sublancia loma,
Donde el gran Trismegisto en fértil vega
La ciudad hizo que deshizo Roma;
Y allí de un cerro, que á las nubes llega:
"Ves, hijo, dijo Orontes, donde asoma
Tras de aquel risco y áspera montaña,
Tu antiguo patrimonio de Saldaña.

Allí el que te dió el ser su estado tuvo,
Y en todo este ancho mundo tus mayores,
Y á tí mas fama en él que en ellos hubo
Te espera en tus divinos sucesores."
Desde allí hasta Fontible se entretuvo
En ver las fuentes de Ebro, que entre flores
Lloran hechos cristal por sus mejillas
Dos riscos en las torres de Mantillas.

Templando el sol con los alientos frios
De las nevadas cumbres de Iduveda,
Pasan por bosques y árboles sombríos,
Entre Bribiesca y Burgos la fresneda:
Pisan de Rioja los alegres rios,
Los collados de Nicla y Valvaneda,
De Orbion las altas sierras y peñones,
Sitio antiguo de Uracos Pelendones.

Aquí miran el lago monstruoso
Que á Duero da las aguas y arrogancia,
Y de á donde con ímpetu furioso
Baja á buscar los muros de Numancia;
Y entre Ágreda á la diestra, y el frondoso
Bosque de Tarazona á igual distancia,
Pasan del rio Moncayo la alta sierra,
A quien dió nombre el que á Palatuo guerra.

Bajan de allí á Tudela, y á Ebro el llano
Vadean humilde por canal estrecha,
Dejan á Jaca á la siniestra mano,
Y á Huesca en Aragon á la derecha;
Y entre Urgel y Cardona el gran pantano,
Que al pedregoso Ayton sus aguas pecha,
Y el campo de Girona ven seguros,
Y allí el de Francia en torno de sus muros.

Era pública voz que la persona
Del César al ejército asistia,
Y de sus paladines la corona
Con la suya llevaba y componia;
Y Bernardo en el campo de Girona
Que le arme caballero pretendia:
Mas, desabrido ya de la inconstancia
Del Casto, el rey tomó la posta á Francia.

Triste al doncel la no esperada nueva
Dejó, viendo alargar su deseo santo
De dar al moro de su brazo prueba,
Y al mundo nuevo con su espada espanto;
Y este cuidado tan sin él le lleva,
Y en su disgusto divertido tanto,
Que el caballo sin rienda, y él sin tino,
Al tomar de una senda erró el camino.

De su ayo astuto, y su encubierta gente
Perdido, se halló en un bosque espeso,
El sol, ya en las montañas del poniente,
De las tinieblas trastornando el peso:
Dió en caminar sin luz confusamente,
Y por derecha senda, ó curso avieso,
Llegó al mar de Colibre, cuando el dia
En el de la Coruña se escondia.

Era en la sorda playa la resaca
El son con que la noche iba creciendo,
Y á cada tumbo por la selva opaca
Las fieras con bramidos respondiendo:
El viento, que ni crece ni se aplaca,
Las estrellas sus rayos esgrimiendo,
Él con su gusto, y sus deseos en guerra,
Suspenso, solo, y sin saber la tierra.

Dejó la silla, y el caballo suelto
Pacer sin rienda en el florido llano,
Receloso que su ayo allí le ha vuelto
Para del César le apartar en vano;
Y en este antojo el suyo fue resuelto
De no tomar las armas de otra mano,
Ni heróica hazaña acometer que importe,
Hasta ser uno de su casa y corte.

Mas, luego que el descuido entre las flores
Robando el alma le dejó dormido,
Una voz tierna hecha de temores
Pidiéndole favor llegó á su oido:
Ó fuese el viento, ó sueños burladores,
Ó el sábio que se huyó lo haya fingido,
Porque en principios no del todo humanos
Él lo diese á sus hechos soberanos.

Parécele haber visto una doncella
De un su enemigo sin por qué afligida,
Y que era el enemigo tal, que en ella
El gusto tiene puesto de su vida:
Que el querella causaba su querella,
Y el ser amada la hace desabrida,
Y sin mas ocasion que esta agonía,
Breve socorro á su afliccion pedia.

Salió alterado, y puso con presteza
Furiosa mano á su atrevida espada,
Buscando en vano la mortal belleza,
Que de su favor vió necesitada:
Sacude el sueño, y culpa su pereza,
Y con el alma inquieta y voz turbada,
Por no la haber con tiempo socorrido,
Así despierto habló á quien vió dormido.

"¿Dónde, oh nueva deidad, mandas te siga?
Muéstreme mi ventura, ó tú, el camino,
En que tu intento y gusto se consiga,
Y el mio de tanto bien no salga indino."
Dijo, y por ver en vano se fatiga
Por donde fue lo que en el sueño vino,
Que el no ver lo que vió en sombra tan bella
Que es falta cree de luz, ó sobras della.

A su lado halló unas armas bellas,
De flores de oro y pedrería sembradas,
Blancas y salpicadas con estrellas,
De un verde azul y rosicler grabadas;
Como pudo mejor se armó con ellas,
Y á su cuerpo y á su ánimo ajustadas,
En belicoso fuego se encendia,
Deseando ver lo que durmiendo via.

Un rastro de oro, cual cometa ardiente,
Volando vió cruzar el hueco viento,
Por rayo de un rumor, que de repente
Sacar pareció al mundo de su asiento:
La cercana deidad Bernardo siente,
Y adórala en su oculto pensamiento,
Con los pasos siguiendo y con la vista
Del rayo ardiente la dorada lista.

Llegó á la playa, y de la mar salada
Los pies mojó en la combatida arena,
Pasando entre el silencio sosegada
La noche de quietud y sueños llena:
Sin viento el golfo, en calma sosegada,
Como en estanque claro agua serena,
Y el cielo noche y vidas abreviando,
Sobre ejes de oro sin parar volando.

Un pequeño batel en la arenosa
Playa, sin ver con qué, vió detenido,
Y embarcándose en él ¡extraña cosa!
Volando se engolfó en el mar tendido:
De entre las manos no tan presurosa
Sale dejando el ave el caro nido,
Ni el arponcillo de oro mas ligero
De su arco despidió el mejor flechero.

Cual ave ó flecha por el blando viento
Sin dejar rastro el agua va cortando,
En varias cosas puesto el pensamiento,
Y como en todas acertar trazando:
De unas en otras su alto pensamiento
Cual va su esquife por el mar volando;
Mas siga ahora su gusto, huya su pena,
Que de lo que él propone el cielo ordena.

El carro de oro sobre el hombro diestro
Del mauritano Atlante volteaba,
Y en el del sol el carretero diestro
A los caidos antípodas bajaba,
Y de su vela al marinero nuestro
Rendir el primer cuarto convidaba,
Cuando el esquife á un galeon armado,
Sin ver cómo, ó por quién, se halló abordado.

El quieto mar en calma le tenia
Pegadas á los árboles la velas,
La gente aun su bullicio mantenia,
Y el primer cuarto sus recientes velas:
El bullicioso esquife que venia,
Al temor puso y alboroto espuelas,
Tales, que el que llegaba mas atento
Temia por uno que miraba ciento.

Llegó al real bordo el encantado barco,
Y en deseos de mostrarse los primeros,
Alperso el rojo, y Galbarin el zarco,
Dentro saltaron con braveza y fieros:
Uno diestro en espada, el otro en arco,
Y ambos de los persianos caballeros
De mas denuedo, y opinion mas sábia,
Aquel nacido en Persia, este en Arabia.

El altivo español con la templanza
Que á disfrazar bastó su desden fiero,
Brioso y comedido á la pujanza
Salió del uno y otro caballero;
Y á qué deseado puerto la esperanza
Al pesado galeon lleva ligero
Humilde preguntó, y al cómo, y dónde,
Así de dos el uno le responde:

"A la gran Siria la derrota lleva,
Si Éolo nos ayuda con su aliento,
Que encerrados los aires en su cueva,
Con prolijo calmar nos da tormento,
Y andar haciendo de los vientos prueba,
Es propiamente andarse tras el viento:
Orimandro, famoso rey de Oriente,
Navega aquí con su invencible gente."

Bernardo entonces "lo que á mí me toca
Sabrás, dijo, que soy un navegante,
Que no he hallado con fatiga poca
De mi viaje el fin que veo delante:
Mi nombre el caballero de la Roca,
Poco famoso, y menos importante;
Busco á tu rey, y solo hablarle quiero,
Si se deja hablar de un caballero."

"Mi rey, respondió Alperso, dar no excusa
En todo tiempo á todos grata audiencia,
Ni el verdadero príncipe rehusa,
Ni en calidades hace diferencia."
Entró Bernardo por la nao confusa,
Y á los dos que le dieron la licencia,
El contrahecho barco á lo profundo
Libre arrojó de aquel mudable mundo.

Pasó gallardo, la visera alzada,
Sin ser de nadie en nada defendido:
La cámara de popa vió labrada
De precioso marfil y oro bruñido,
De persianos tapices entoldada,
Y allí á una bella dama un rey rendido,
De aspecto bravo, bien que ya no lo era,
Que le habia vuelto amor de acero en cera.

La reina del Catay, la luz mas pura,
Que fue de Europa y Asia fuego ardiente,
La que entregó á Medoro la ventura,
Y á ella los reinos del rosado oriente;
La angélica beldad, la hermosura
Que á nadie dejó libre, el rey potente,
Hecha su alma un altar de amor injusto,
Por ídolo traía de su gusto.

Y en contemplar su hermosura atento
Mas que hombre estatua muerta parecia,
Insaciable en hartar el pensamiento
Del sabroso veneno que bebia:
Cuanto mas bebe queda mas sediento,
Que es el amor mortal hidropesía,
Y el gusto que se veda en quien padece,
El que solo se estima y apetece.

Con blandos ruegos la sazon buscaba
De hallar menos altiva su aspereza,
Mas ni ese ni otro medio aprovechaba,
Que donde falta amor todo es dureza:
Cuando él á su desden mas se humillaba,
Mas ella hermoseaba su fiereza,
Que es la muger de suyo áspera roca,
Si amor de cerca ó lejos no le toca.

"Gloria de esta alma tuya, le decia
En su dolor y en ella transformado,
Si por haber aquesta vida mia
Al gusto de tu altar sacrificado,
Con ese llanto anegas mi alegría,
Y el adorarte pagas con enfado,
¿Qué mas grave tormento se me diera,
Si contra tí otra culpa cometiera?

Bien sabes que fue el término de verte
Feliz principio de rendirte el alma,
Ni te es del todo oculto que en quererte
Al mio ningun amor llevó la palma:
Si solo el dulce bien de obedecerte
Mis gustos tienen por el tuyo en calma,
Anatomía suficiente han hecho
Tus bellos ojos en mi humilde pecho.

No con mayor lealtad el cristal puro,
Ni sosegada fuente en valle ameno,
Detrás mostró del transparente muro
A los ojos su limpio y casto seno;
Ni en torreado alcazar mas seguro
Príncipe fue de sobresalto ageno,
Que en mi pecho se vió, y está en mis ojos
Gozando un casto amor dobles despojos.

Si con temor te sirvo y reverencia,
Y adoro y temo tanta hermosura,
Si entre mi sufrimiento y tu violencia
Cada hora el oro de mi fe se apura;
Y si es justo vivir en tu presencia,
Siendo mi cielo en carcel tan oscura,
Aborrecido y lleno de firmeza,
Hable por mí, responda tu belleza.

Ponme al sol que la seca arena abrasa,
Ó á donde él muere envuelto en tierna nieve,
Ponme al cielo que llueve ardiente brasa,
Ó al que nieve, granizo, y rigor llueve,
Por donde el dia con su carro pasa,
Ó la callada noche el suyo mueve,
Que en luz, tinieblas, en calor y en frio,
Dejaré por ser tuyo de ser mio."

Dijo, y cual si de blanco mármol fuera
Quedó sin habla, sin color, sin vida;
Solo dió el llanto muestra verdadera
De estar al triste cuerpo el alma asida:
¡Duro paso de amor, que enterneciera
Del Caspio mar la roca mas ceñida!
Y en Angélica obró su sentimiento,
Lo que en acero duro el blando viento.

Cual parda encina en años arraigada,
De un desabrido cierzo acometida,
Que mientras mas de aquí y de allí asaltada,
Mas á su firme centro se halla asida;
Ó cual peña en revuelto mar sentada,
De una y otra y otra ola combatida,
Que el aire y agua lavan las estrellas,
Y firmes quedan en sus montes ellas:

Tal á los dulces ruegos y blanduras
Del persa rey Angélica quedaba,
Rotas de la razon las ligaduras
Con que las suyas convencer trazaba:
Volviéndose á las voces mal seguras
Del deleitoso son que la encantaba,
En muda lengua, y en semblante duro,
Sierpe enroscada al mágico conjuro.

Bernardo con razon quedó admirado
De dos tan diferentes voluntades
De aquel amor y desamor, causado
De sus mismas contrarias cualidades:
De Orimandro el valor considerado,
De su pena y dolor las propiedades,
A compasion y lástima obligaba,
Mas que á quitarle lo que aun no gozaba.

Mas aquel firme y generoso aliento,
Y aquella fuerza del autor divino,
Que por el ciego mar, y sordo viento,
El alto fin guió de aquel camino,
Era á todo su bien impedimento,
Y la violencia del contrario sino,
Que en no admitido gusto determina
Que muera el rey por la gallarda China.

Llegó el doncel el rostro descubierto,
Y el Persa en verlo entrar salió alterado,
Que ante su ingrata dama el pecho abierto,
Dándole estaba el alma arrodillado:
La que dormido vió halló despierto,
Y viendo el tierno gusto violentado
En que allí está, contra el presente agravio
Así á Orimandro vuelto movió el labio.

"Por tales cursos el del cielo guia
El vario fin de las humanas cosas,
Que á veces gloria del dolor se cria,
Y de un contrario azar suertes dichosas;
Y en la fruta que al gusto parecia
Sazonada, en lisonjas mentirosas
Suele estar la ponzoña entremetida,
Y tras la flor la víbora escondida.

Y así, famoso rey, si al justo cielo,
Que aquí por varios trances me ha traido,
Con mi venida diere algun recelo
Al gusto en que te hallo entretenido:
El discurrir de su piadoso vuelo
A nuestro bien va siempre dirigido,
Y aquel que de su mano y trazas viene,
Es el que mas á quien lo da conviene.

Si del incierto fin de mi venida
De propósito hubiese de informarte,
Seria tomar tan lejos la corrida
Con desabridos cuentos enfadarte:
Mas la causa entre muchas preferida,
Que en tanto riesgo me obligó á buscarte,
Es pedir de tu mano el verdadero
Honor, título, y voz de caballero.

Soy un mancebo, como ves, dispuesto
A recibir, señor, lo que te pido,
Noble en linaje, y la probanza desto,
El valor que á este punto me ha traido,
Que en pecho hidalgo un corazon compuesto,
Ya por su propia sangre es bien nacido;
Yo siento ahora en mí que soy cual digo,
Y cada uno es de sí el mejor testigo.

Lo demas, si tú gustas por ahora,
Para tiempo y sazon mas larga quede,
Que descubrir de un hombre en sola un hora
El pecho, ¿quién sin Dios hacerlo puede?
Esto, señor, por la que el tuyo adora,
Pues nada pido injusto, me concede;
Despues sabrás de la venida mia,
Quién soy, á lo que vengo, y quién me envia."

Dijo, y el rey con esto satisfecho
Quedó, si no seguro, reportado;
Bien que el medroso amor, el noble pecho
No le dejó, aunque libre, asegurado:
Que lo mas imposible da por hecho,
Porque el amante viva recatado,
Y en las leyes de amor quien no temiere,
Burla, si dice que de veras quiere.

Y asi le respondió: "de tu venida
La causa podrás darnos que quisieres,
Y á los largos discursos de tu vida,
Ó añadir gustos, ó acortar placeres:
Que una imaginacion tan divertida
En nada dudará que le dijeres,
Baste por tí que el título pedido,
Ya en desearlo le hayas merecido.

Y si al honroso peso estás dispuesto,
Que en la voz del heróico nombre carga,
Y en esos delicados hombros puesto,
Pesado yugo no es, ni grave carga;
Si no reparas en lo mas que es esto,
Menos el riesgo de la muerte amarga
Tu brio enfrenará, yo te concedo,
Si no cuanto me pides, lo que puedo."

Dijo, y en silla de marfil labrada
Por mayor aparato fue á sentarse,
Antiguo rito, y ceremonia usada,
En que actos tales suelen celebrarse.
Bernardo, desciñéndose la espada,
Fue á la oriental princesa á presentarse,
Y á los pies puesto del soberbio estrado,
Así le dijo ante ella arrodillado:

"Retrato vivo del valor humano,
Si no eres sombra ó lumbre del divino,
Reseña y toque del pincel y mano
Que á tan gran perfeccion abrió camino;
Ó seas toda del coro soberano
Angel de luz, ó bulto peregrino
De la masa mortal, en lo que quiero,
Séame tu alta beldad dichoso agüero.

Esta espada, señora, que te juro
Que en servirte estará siempre ocupada,
De esa tu tierna mano, ó marfil puro,
Para nuevas victorias me sea dada;
Que este favor me guardará seguro,
Y á ella de agenas fuerzas inviolada,
Mostrando que al caudal humano excedes,
Si esto es lo menos de lo mas que puedes."

La suspensa beldad de divertida
Apenas dió al doncel grata respuesta,
Que en sus disgustos y afliccion metida,
Estaba en tristes sentimientos puesta;
Que aun de cuidado ageno es ofendida
La mujer que de veras es honesta,
Y su fama y honor tan delicado,
Que á un soplo ó queda muerto, ó destemplado.

Calló, y fue su callar templadamente
De discrecion tan lleno y de cordura,
Que al discurso mas vivo y elocuente
En proporcion venciera, y en dulzura;
Y en grave pundonor la altiva frente,
De arrogancia mas llena y hermosura
Que de flores la aurora aljofarada,
Al gallardo doncel ciñó la espada.

El persa rey en nuevo triunfo á parte,
De una trompa marcial al ronco estruendo,
Espuelas calzó de oro al novel Marte,
Ya todo en belicoso fuego ardiendo;
Y de perlas un bárbaro estandarte,
Con las persianas armas descogiendo,
Así en semblante y ánimo severo,
La fe juró debida á caballero:

"Por estas invencibles armas juro,
Y los secretos desta noche muda,
Que envuelta va pasando en aire oscuro,
De espantos llena, y de color desnuda;
Por ese claro y estrellado muro,
Que nuestras vidas con sus vueltas muda,
Y el resplandor de sus lumbreras bellas,
Y la deidad que asiste en él, y en ellas;

Que la inviolable fe de caballero,
Que al nombre heróico debo que hoy recibo,
Segura y salva á todo un mundo entero,
El tiempo guardaré que fuere vivo:
Ni por mi punto perderá el severo
Marte el grave rigor del suyo altivo,
En cuanto en sus sagradas leyes manda
El feroz rey que gobernó en Irlanda.

Daré favor á quien pidiere el mio,
Y á quien no le pidiere si está opreso,
Y en libre campo, y justo desafio,
Ni hacer consentiré ni haré exceso."
Dijo, y dejando con gallardo brio
Del bárbaro estandarte el grave peso,
Así en nuevo ademan al Persa fiero,
Que atento le escuchó, le habló severo:

"Invicto rey, si al celebrado pacto
En tus heróicas manos se le debe
Asiento firme, y que en respeto intacto
Siempre delante el de su intento lleve;
Si ya no en sola ceremonia el acto
Presente ha de acabar su curso breve,
Mas la justa promesa á tí debida,
El suyo es bien que iguale al de mi vida;

La misma fe á tu real valor jurada
Sin culpa me ha de dar nombre de ingrato,
Si tú con voluntad mas concertada
No grangeas ese cielo, ó su retrato:
Y su hermosura, al parecer forzada,
En su libre la das y honroso trato,
Donde podrás por término debido
Grangear, pues lo mereces, ser querido.

Vuelve, señor, pues á tu honor conviene,
El que hasta aquí á esta dama has usurpado;
Busca otras reglas, que el amor las tiene,
Mejores que estas para ser hallado:
La humildad no disgusta, y entretiene,
Que amor no cabe en corazon hinchado;
Servir y porfiar todo lo alcanza,
Cuando ambas cosas se hacen con templanza.

Y esto no yo, mas la razon lo pide,
Y la obligacion nueva en que me hallo:
Con ambas cosas tu apetito mide,
Porque ninguna en tí pueda estorballo;
Que lo que sin sazon su efecto impide,
Yo estoy resuelto ya de atropellallo,
Y que esta vez nos dé la incierta suerte
Ó á ella la libertad, ó á mí la muerte."

Cual suele destrozado peregrino,
Del largo mar y tierras enfadado,
De lejos viendo el fin de su camino,
La amada patria y puerto deseado,
De un no esperado viento repentino
Hallarse en nuevos riesgos arrojado,
Cuando ya libre consagrar queria
Su roto barco al dios que fue su guia,

Tal el persiano rey oyendo estaba
Cuanto el doncel del mar decirle quiso,
Que de iras lleno su furor llegaba
En desesperacion á ser remiso:
Y ya por esto, ó porque su alma brava
Mostrar pudiese en trance tal su aviso,
En grave aspecto, á la demanda puesta
Dió este breve discurso por respuesta:

"Aunque en vuestras razones se conoce
La mucha que es seguir su dulce acento,
Ni el tiempo quiere ni mi honor que goce
El de un tan acertado pensamiento,
Que el bien mezclado al mal se desconoce:
Y así, aunque en mi confuso pecho siento
El bien y el mal, y lo mejor apruebo,
Aquello solo sigo que repruebo.

Si la vida, la honra, y el contento
En mí se han de acabar todo en un dia,
Y á la fortuna, amor, y mi tormento,
Tanto estorbo les es la vida mia,
Nada me podrá ser impedimento
Que no muera vengando mi alegría;
Y consuelo es al fin de desdichados,
A no poder ya mas, morir vengados.

Y vos, valiente y nuevo caballero,
Si á vuestros pies quedare sin la vida,
Cuando sepais la causa porque muero,
La juzgareis por bien ó mal perdida;
Que por lo que padezco, y lo que quiero,
Tengo por experiencia conocida,
Que en materia de gusto, y pretendello,
Estorba al alcanzallo el merecello."

Dijo: y cual bravo toro, que admitido
Ve en su lugar quien le ha desafiado,
En rabia ardiendo, en zelos encendido,
Corva la frente, el pecho levantado,
Escarvando la tierra al fresco ejido,
A un golpe piensa de quedar vengado,
Y la contienda y zelos acabada,
Libre y señor de su vaquilla amada;

Bien así el rey de Persia en rabia ardia,
Y á la incierta venganza se aprestaba,
Con los medrosos zelos no podia
La cólera enfrenar que ardiendo estaba:
El yelmo de oro, que á la noche fria
Un nuevo sol de pedrería formaba,
Se enlazó, y la ancha plaza del navío
Palenque dió al dudoso desafío.

Era en forzosos trances el persiano
En golpes diestro, en ánimo orgulloso,
En gusto y paz discreto y cortesano,
En guerra y armas fiero y peligroso:
Ahora con su ardiente amor lozano
En nada halla á su quietud reposo,
Ni al novel tierno en su español denuedo
Un mundo de contrarios pondrá miedo.

Los brazos altos, y altas las espadas,
De un bélico furor dejan llevarse,
Y las valientes fuerzas abreviadas
De un golpe quieren por igual vengarse;
Que es flaqueza en defensas excusadas
Buscando tiempos sin sazon cansarse,
Y no abreviar pudiendo la victoria
Hacer el pecho indigno de su gloria.

Crece el furor, y ponen sus espadas
Lumbres al aire, y á la mar plumeros,
Y al cortar cercos de oro en las celadas,
Las rodillas por tierra sus guerreros;
Cuyas robustas fuerzas alentadas
Así se aumentan con los golpes fieros,
Que en cada cual parece que revive
Nueva fuerza y vigor del que recibe.

A la argentada luz de Cintia bella
Son en el diestro herir retrato vivo,
Uno del Orion armada estrella,
Otro del rojo Serpentario esquivo:
De lá vara fatal del dios que en ella
Trae dos dragones de oro fugitivo,
Que en contiuo anhelar los pechos llenos
De ira derraman sin cesar venenos.

Dos largas horas la victoria en duda
Suspensa tuvo la neutral batalla,
Y á cada golpe la opinion se muda
Ya en este, ya en el otro de alcanzalla:
Y sembrado el combés de la menuda
Blanca hebilla y de enlazada malla,
Entre la roja sangre que corria
Un escarchado rosicler fingia.

Mas, ya cansado el Persa de reparos,
De fieros golpes y de sangre lleno,
Del roto escudo los grabados aros
Del ciego aire arrojó al cristal sereno:
Rompió al caer del mar los tumbos claros,
Y desatando al sufrimiento el freno,
A dos manos tomó la firme espada,
Que ha de dejar su cólera vengada.

Con ella, y con la furia que alcanzaba,
Que á las parejas con su amor corria,
Al español buscó, que le esperaba
Debajo el medio escudo que tenia:
Si lo halla esta vez, con ella acaba
De sus rabiosos zelos la porfia,
Que donde quiera que su golpe acierte,
Si hallare vida meterá la muerte.

Mas el diestro novel, que vió el mandoble
Bajar cortando en dulce silbo el viento,
Del presto cuerpo hurtó el aliento noble,
Dando lugar á su furor violento;
Y él un pequeño rasgo al peto doble
Abrió del hombro á la escarcela á tiento,
Tal que entre su grabado y pedrería
La ecliptica del cielo parecía.

Y él, al volver en sí del golpe fiero,
Con tal violencia le arrimó una punta,
Que no bastando del templado acero
Contra su fuerza la defensa junta,
Por un costado entró, donde ligero
Un nuevo rio de roja sangre apunta,
Y ayudando otra, y de un revés el vuelo,
El grave rey de Persia vino al suelo.

Mas, no tan presto al jugador valiente
El hueco globo salta á la ancha mano
Desde la firme losa, que en ardiente
Vuelo le escupe por el aire vano,
Como el Persa feroz la altiva frente
Del suelo que hirió levantó ufano,
Y en no vencido aliento, con voltario
Luchar se anuda y ciñe á su contrario.

Las firmes garras codicioso emplea
En anudar al gran pilar de España,
Que con igual codicia le rodea,
Y el cuerpo, hombros y piernas le maraña:
Nuevo, aunque humilde modo de pelea,
Donde las fuerzas prueban, y la maña,
Entre un estrecho revolver de brazos,
A hacer las vidas ó el honor pedazos.

De las heridas las sangrientas fuentes
Al mar tributan con calientes rios,
Y su falta en los firmes combatientes
Las fuerzas mengua, pero no los brios:
Dánse en abrazo cruel nudos valientes,
De sangre propia llenos y vacíos,
Y aqui y alli en teson revuelto y vario
El menos brioso lleva á su contrario.

Mas el Leonés brioso, á quien agrada
Ver su alegre victoria antes del dia,
Libre de sí le sacudió, y la espada
A buscarle tras él furiosa envia:
Y hecha dos la riquísima celada,
Dió fin el ciego amante en su porfia,
La de su ingrata dama antes cumplida,
Que ella de su crueldad arrepentida.

Triste y sin gusto el castellano pecho
En la caida quedó del rey persiano,
Temiendo haber su indigna muerte hecho
Cruel principio al de su heróica mano:
Y él en su sangre y su furor deshecho,
Si á todos dió dolor, no al inhumano
Corazon de su dama, que quisiera
Que porque mas penára no muriera.

La feroz gente del vencido amante,
Que su rey vió en tan triste estado puesto,
A vengarlo ó morir salió arrogante,
Con armas dobles, y con paso presto:
Cercan al vencedor, que en brio bastante
A toda aquella injusta furia opuesto,
Ningun golpe recibe, que el mas fuerte
Su herida no le pague con la muerte.

Cual leon de Libia, ó jabalí cerdoso,
De mastines sin dueño rodeado,
Que entra, acomete, y sale victorioso
Del tímido escuadron desordenado,
Y á uno, á dos, y á tres deja brioso
De sus blancos colmillos hostigado,
Y el mas lozano, y de mayor guedeja,
Que antes mas le seguia, mas se aleja:

Tal del leon montañés en sangre envuelto
Las nuevas garras dan espanto y grima
Al pueblo infiel, que en paso desenvuelto
Medroso huye su espantosa esgrima:
Y él, libre ya del vulgo inútil, vuelto
Al desangrado rey, que aun vive, anima
A volver del desmayo, y dar aliento,
Si ha quedado por donde, al pensamiento.

Como el que en tristes sueños se hundia
Al ciego buche de una sierpe brava,
Si entre sus negras garras le halla el dia
Despierto ve lo mismo que soñaba;
Tal el persiano amante en sí volvia,
Y tal en sangre envuelto contemplaba
La oscura imagen de la muerte fiera,
A cuyo autor habló desta manera:

"Justa venganza de mi injusta vida,
Para esto de los dioses enviado,
Déjala ya de un golpe concluida,
Abrevia tu victoria y mi cuidado;
Que es cruel compasion, piedad fingida,
Dejar con vida un cuerpo desdichado,
Y el que mas de oro á su placer se viste,
Es á una alma sin él sepulcro triste.

Ya he visto por mi mal lo que amor puede
En un pecho á quien falta la ventura,
Cuanto á un breve placer la pena excede,
Y el mas fundado bien cuan poco dura:
Si esto así al mas dichoso le sucede,
Dame de un golpe suerte mas segura;
Que es dar la vida á quien la muerte agrada
Género de crueldad disimulada.

Mas, si este bien con los demas me veda
La estrella que á este paso me ha traído,
Este ahora á lo menos me conceda
Por premio á lo que en daño la he seguido:
Que esta tasada vida que me queda
Se pierda donde el resto se ha perdido
A los pies de una ingrata, con que vea
Cada uno de los dos lo que desea.

Ella mi alegre muerte, y yo su amada
Cara, en verme morir grata y contenta,
Veré tambien si estar desenojada
Su hermosura y gracias acrecienta."
Dijo: y la real cabeza reclinada,
Que Bernardo en sus brazos le sustenta,
En diversos remedios que le aplica,
Así el de la esperanza fortifica:

"No se ahogue en tu mal la confianza,
Que los tiempos trocar podran su suerte,
De los vivos es propia la esperanza,
Que llega hasta las puertas de la muerte:
Vive, que si fortuna y su mudanza
Han podido á tal término traerte,
El pardo cielo de celages lleno,
De turbio suele amanecer sereno."

Asi le anima, si en tan triste estado
Palabras son materia de consuelo;
Y habiéndole la sangre restañado,
Curar le hace, y levantar del suelo,
Y de la bella dama al rico estrado
Llevarlo, como á trono de su cielo:
Mas ella le dejó, y se salió fuera,
Que es darle vida el esperar que muera.

Quedó el Persiano viendo la aspereza
Ni de nuevo sentido ni admirado,
Que habia ya hecho en él naturaleza
Ser con desdenes y rigor tratado:
Bernardo la crueldad con la belleza
Amasada juzgó en un mismo grado,
Sobre el tirano pecho que en el mundo
Ni en desden tuvo ni en beldad segundo.

Iban pasando entre el silencio mudo
La oscura noche y sus calladas horas,
El aire negro de color desnudo,
Lloviendo en sueños sombras burladoras,
Que en dulce lazo y encantado nudo,
Las penas atan en su herir traidoras,
Y el sosegado mar riendo en calma
De la tormenta en que se anega el alma,

Cuando el cielo en sus ejes trastornando
La húmeda noche con sonoro estruendo,
Las circunstantes sombras fue aclarando
De una fogosa nube el bulto horrendo:
En sesgo vuelo por el aire blando,
Con prestas alas de oro descendiendo
Sobre el suspenso mundo, á quien traía
Antes del alba el no esperado dia:

Y ella en ardientes cercos repartida,
Al ronco son de un espantoso trueno,
La luz dejó de que venia tejida
El aire de dorados rayos lleno;
Y una nueva deidad de luz vestida
Feroz salió de su abrasado seno
Con tanta majestad, que en el navío
Al pecho mas brioso quitó el brio.

Un carro ardiente de metal sonoro,
Cuyo pesado yugo en sus prisiones
Hace humillar con las coyundas de oro
La enroscada cerviz de dos dragones,
Volar se vió, y ardiendo entre el tesoro
De sus grabadas ruedas y florones
Un tierno corazon, y allí esculpido
De fuego azul *Venganza de Cupido.*"

Al tiempo que estas sombras temerosas,
Nocturnos monstruos de celages hechos,
Las fuerzas refrenaron mas briosas
Con luz medrosa á los presentes pechos,
La grita comenzó y voces llorosas
De Angélica, que en lazos de oro estrechos
Por superior violencia el bulto preso,
Al grave carro dió liviano peso.

Y luego que huyendo en sombra vana
Las fantasmas volaron por el viento,
Y el rojo oriente y lúcida mañana
De luz al mundo dió dorado aliento,
Todos por justa dan de la inhumana
Reina la grave pena y el tormento,
Y bien que el cielo así lo ordene y mande,
Porque á ingratos ningun castigo es grande.

Májicos cercos de la Hada Alcina,
Al encantado carro dieron vuelo,
Y allí apremiado de la ingrata China
En silla ardiente el corazon de hielo:
Ó sea al persiano rey dar medicina,
Ó de la Hada cuidadoso zelo
De su Leonés, y el riesgo que corria
En la angelica dulce compañía.

Que era en trato y beldad tan poderosa,
Y así eficaz en un sabroso engaño,
Que nadie la vió afable, ó desdeñosa,
Que libre se escapase de su daño:
Despues diré de la carroza hermosa
Y su celestial robo el curso extraño,
Que es largo aquí tan dilatado cuento,
Y corto á ingratitud cualquier tormento.

El persa rey, á quien la Hada en vano
Para sanarlo le quitó la vida,
Quedó cual sin sus flores el verano,
La esperanza tambien en flor perdida:
Sin alma, que en el carro soberano
A la belleza fue del robo asida,
Y él en el ciego caso no pensado,
Cual con hora menguada hombre atajado.

Las manos con mortal dolor torcia,
Y al riguroso cielo levantadas,
"Si allá algun dios, con lágrimas decia,
La cuenta toca de almas desdichadas,
De las injustas penas de la mia,
¡Cómo, estrellas, volais tan descuidadas!
Y tú, muerte, que el gusto en hiel conviertes,
¡Cuando con una acabarás mil muertes!

Ligero tiempo, que cual libre flecha
Del mundo haces correr el curso blando:
Veloces dias de medida estrecha:
Ruedas que el bien y el mal vais devanando;
Y tú, mi gloria, que á su corte hecha
Por el aire deshecha vas volando,
¿Cuando daréis la vuelta á mis enojos,
Y volverán á ver su luz mis ojos?

Mas, ya que el ofendido cielo ha sido
Quien en venganza de mi loco intento
La robada beldad habrá traido
La vez segunda al triste altar sangriento,
Y de la infeliz Creta el encendido
Fuego abrasa á vueltas mi contento,
Dando al cuchillo, sin poder valella,
El blanco cuello de mi imagen bella;

Si á peso del dolor se da el contento,
Si al peso de los bienes dan los males,
Si á breve bien pequeño sentimiento,
Si á pérdida mayor penas iguales;
Conózcase por esto mi tormento,
Que soy quien perdió bienes celestiales,
Y grangeó por un regalo tierno
De vida celestial muerte de infierno."

Dijo: y en la experiencia de su daño
Concluyó que era falto de ventura,
Basa en que estriba el laberinto extraño
Del intricado error de su locura:
Mas del amor el deleitoso engaño
Con nuevas esperanzas le asegura,
Que aunque dudosa y larga medicina,
Las postas son en que el deseo camina.

Y el gallardo español, con el recelo
De que tan noble rey sin culpa muera,
Así le dice, y da por mas consuelo
De su venida relacion entera:
"Si por la cuenta y cómputos del cielo
La nuestra viene á ser mas verdadera,
No hay por qué un golpe tanto te lastime,
Ni adverso azar que un alma desanime.

De tus gustos no temas, que si el viento
No con fantasmas me engañó aparentes;
Y en sueño vano, y loco fingimiento,
El tiempo á conocer me dió á tus gentes:
Del grave riesgo de ese altar sangriento,
Y el cuchillo que así en el alma sientes,
Libre tu dama la conserva el cielo,
Ó en tronos de oro allá, ó acá en el suelo.

La noche ya en el denegrido oriente
Sus cortinas de luto desdoblaba,
Y el torpe nudo á la cansada gente
Los lazos del cuidado desataba;
Y en ocio los sentidos blandamente
Con dulce delirar encadenaba,
Cuando mi cuerpo sobre un verde prado
En su nudo tambien quedó ligado.

Y no tan presto por la sombra vana
El alma á su quietud volo sabrosa,
Cuando la bella imagen soberana
Mis ojos vieron de tu ingrata diosa;
Y en grave presuncion, y en pompa ufana,
Mas que en el tierno oriente el alba hermosa,
A mí se vino, y con semblante amigo,
"Ven á librar mi honor de su enemigo."

Dijo: y dando la vuelta con sereno
Rostro, vestida de una luz rosada,
De olor dejó divino el aire lleno,
Y el resplandor mi vista deslumbrada:
Y ella subida al estrellado seno,
De una vislumbre celestial bañada,
Mi atenta vista tras su presto vuelo,
Aquella estrella mas contó en el cielo.

Estas armas despierto vi á mi lado,
Y el pequeño batel en que venia,
Donde sin ver por quién me hallé embarcado,
Tras el deseo de ver lo que antes vía;
Y el barco, por sí mismo gobernado,
Aun que iba que volando parecia,
Hasta el bordo real deste navío,
Donde en entrando en él vi hundirse el mio.

Pues si del mundo el superior gobierno
Aquí me trajo en tan sabroso engaño,
Y á librar de tu fuerza el bulto tierno
El fin guió de mi viaje extraño,
La oculta traza del saber eterno,
Ni por el suyo fué ni por tu daño,
Que para haberle de quitar la vida,
Superflua hubiera sido mi venida."

Dijo: y por el oriente el alba helada
Falta salia de luz y de alegría;
La mar aunque sin viento alborotada
Con sordas olas el galeon batía
En huecos tumbos de cristal preñada;
Y cuando á veces sin pensar venia
Un tardo viento que en las velas daba,
Mayor tristeza y soledad causaba.

El deseado sol turbio encogido
A sembrar comenzó lumbre al oriente,
Entre negros celages escondido
De su ancho rostro de oro el rayo ardiente:
Y el ronco son de un áspero gemido
Suena en la nao y su afligida gente,
Que donde al gusto huye la alegría,
Así amanece el sol, y nace el dia.

CANTO V.

ARGUMENTO.

Llegan Bernardo y Orimandro á una isla, donde hallan un español que cura á Orimandro sus heridas, y cuenta á Bernardo quién es. Prosiguen los sucesos de Feragulo, y se cuenta su extraña aventura con la hechicera Arleta.

Y no sabiendo para cual derrota
Las velas amurar al tardo viento,
Que en crespas olas con tibieza brota
Del cristalino y húmedo elemento,
Desde la gavia al sur no muy remota
Una isla vieron de agradable asiento,
Que llena desde lejos se figura
De agradables florestas y frescura.

Parece alegre sitio acomodado
Á curar al rey persa sus heridas,
Y que el vencido pueblo destrozado
Las fuerzas cobre entre el temor perdidas;
Y ver si halla tambien puerto poblado,
Donde de aquellas playas no sabidas,
Isleño natural, ó gente extraña,
Navío le flete en que volverse á España.

La errada proa el práctico piloto
Al punto á sus cercanas playas vuelve,
Y de comun consentimiento y voto
La blanca costa en que surgir desvuelve:
Salta la chusma, crece el alboroto,
Suena el ruïdo, y el clamor revuelve
Quebrado en ecos por las altas rocas,
Que azotan los delfines y las focas.

Salió á reconocer Glauro la tierra,
Gran piloto y cosmógrafo persiano,
Á quien Planco obligó á seguir la guerra
Por haber muerto á Periarcón su hermano:
Este subió á la cumbre de una sierra,
De á donde descubrió un florido llano,
Y en la mar en la punta de un bajío
Destrozos de una barca y de un navío.

Á la orilla de un rio entre las flores
Sobre un pequeño monte vió enredada
Una humilde chozuela de pastores
Antigua al parecer y despoblada,
Desiertos los demas alrededores,
Y al esconce del cerro una ensenada
Playa figura y abrigado puerto,
Entre una selva y un peñasco abierto.

De la áncora mordaz el corvo diente
Firme agarró por el arena blanda:
Saltó Bernardo en tierra, y diligente
Al rey llevar mandó de la otra banda;
Y un rico pabellon, resplandeciente
Por el mucho oro y perlas, plantar manda,
Sobre arrimos de plata y argollones
En que repose, y curen sus pasiones.

Y en tanto que se planta y adereza,
Con corvo arco pasó tras un venado
Del bosque inculto la áspera maleza
A la vecina cumbre de un collado,
Donde una humilde choza alzar cabeza
Vió alegre, y, aunque sola, halló á un lado
Unas armas y escudo, y recien hecho
De yerba y flores un pintado lecho.

Púsose á atalayar desde la puerta
A un lado y otro, cuando junto al rio
Un hombre vió venir por la encubierta
Que al sol hacia el páramo sombrío,
Flaco, mústio, sin tez, la color muerta,
Aunque gallardo en el semblante y brio,
Que hácia Bernardo en viéndole se vino,
Y él á encontrarlo le salió al camino.

Saludáronse afable y cortesmente,
Y humilde el español pidió al isleño
Si lo sabe le diga de la gente
De aquella isla florida y de su dueño:
Si es desierta ó poblada, si al presente
Sabe en ella lugar grande ó pequeño
Donde curar un caballero herido,
Que allí fortuna le arrojó perdido.

"Señor, dijo el isleño, esta ancha tierra
Toda es de suelo y clima desdichada,
Un mar profundo y áspero la encierra,
Desierta en lo demas y despoblada:
Y si algo habita aquí en discordia y guerra
Es á mi parecer gente encantada,
Que en fantasmas y bultos inhumanos
De noche cruza por los aires vanos.

Poco ha que la fortuna desdeñosa
Su arena hizo estampas de mi huella,
Con un viento y borrasca peligrosa
Que armó en el aire mi contraria estrella,
Quedando yo en su playa pedregosa
Vivo para morir despacio en ella,
Que á quien como ahora á mí se muestra brava
Por no acabar sus males no le acaba.

Otro mancebo se salió conmigo,
Los demas sorbió el mar por sus riberas,
Y este sin culpa mas que ser mi amigo
Ya por los montes es manjar de fieras:
Que solo basto yo para testigo
De su inconstancia, y los que mas de veras
En su rueda midieron altibajos,
Ni se vieron tan altos ni tan bajos.

Es de mi vida larga la tragedia,
Y tal que amarga aun el contar la historia,
Que mientras un dolor no se remedia,
Siempre es pesada y triste su memoria:
Vamos á ver tu herido, que en la media
Ladera deste monte, si en mi gloria
Mi seso no quedó tambien deshecho,
Una yerba he notado de provecho.

Y aun, segun de tus armas las señales,
No á tí te dañará el precioso pisto,
Remediará siquiera agenos males,
Quien ya los suyos sin remedio ha visto."
Dijo, y Bernardo con palabras reales
Las gracias rinde, y él en paso listo
A toda diligencia va, y revuelve
Mil yerbas, y una entre ellas coge, y vuelve.

Llegaron á la playa, y en su lecho
Al rey de Persia hallaron desangrado,
Que en la mudanza y ejercicio hecho
Se habian las rojas llagas reventado:
Mostró el médico allí su hidalgo pecho,
Y de la yerba el bálsamo preciado,
Mitigando el dolor de las heridas,
Que las dejó á dos curas guarecidas.

Agradó tanto al valeroso Godo
Del esculapio nuevo la cordura,
El trato afable, el cortesano modo
De sales lleno, y grave compostura,
Que, deseoso de saber del todo
De su vida el suceso y la ventura,
Que en dolor vivo y esperanza muerta
Le echó en parte tan áspera y desierta;

Un dia al delgado viento de la playa,
Sobre una roca en que la mar batia,
Y al resurtir en una corva raya
La blanca espuma aljófares bullia,
Sirviendo á sus cristales de atalaya,
Y haciendo dellos mas alegre el dia,
Puestos los dos entre el peñasco fijo,
Así al isleño el español le dijo:

"Las muchas partes que el valor descubre
En las noblezas de tu heróico pecho,
Y la sabia prudencia que en él cubre
El dolor fiero en que le traes deshecho,
Cuanto con tu recato mas se encubre,
Tanto mayores cosas dél sospecho,
Y hallo en sus señales y costumbres
De un hidalgo español claras vislumbres.

Sácame desta duda, y pueda ahora
Contigo algo el amor que en mí has hallado:
Dime de la fortuna burladora
Las varias vueltas con que aquí te ha echado:
Cuéntame en fin tu vida, y su mejora,
Si alguna en esperanzas te ha quedado,
Y cree, si aquesto mucho te parece,
Que ya lo que te estimo lo merece.

Y mas te juro en fe de caballero,
Que jamas por mi culpa te arrepientas
De haberme hecho este gusto, con que quiero
Que solo el tuyo en mis intentos sientas:
Y si en los tuyos puede un verdadero
Amigo aprovecharte, me consientas
Que ocupe yo el lugar del que te falta,
Pues no la hay en mi amor ni en fé tan alta."

Dijo, y el noble isleño entre no poca
Confusion se halló corto y atado,
Oyendo al caballero de la Roca
(Que así el bravo español era llamado):
Es fuerza obedecer por lo que toca
Dar gusto al que es de todos adorado,
Mas halla sus discursos tan extraños,
Que no los contará en un siglo de años.

Admírase tambien que en su pregunta
Le llamase español por alabanza,
Que en tan tierno sugeto se halle junta
Con tan grande braveza tal templanza:
Al fin, aunque ni entiende ni barrunta
Que sea quien es, conoce en su crianza
Que es digno de que en todo le obedezca,
Y que el lo mismo que le ofrece ofrezca.

Y así le respondió: "pues que no puedo
Á tan nueva merced dar recompensa,
Ni á las obligaciones en que quedo
Pagar sin le hacer notoria ofensa,
Con referirte el espantoso enredo,
Y aquella nube de peligros densa
Que aquí me despeñó en eterno luto,
Te habrá pagado mi alma su tributo.

Es mi nombre Gundémaro, y yo todo
De la nobleza montañés nacido,
Criado en el palacio del rey godo,
Y de su corte y dél favorecido,
Hasta que el tiempo por extraño modo,
De mi enemiga estrella compelido,
Mudó el curso feliz, y ya impedida
Su corriente trocó la de mi vida.

Ya por tres veces la inconstante lumbre,
Que desde el primer cielo el mar revuelve,
Sus mudanzas siguiendo y su costumbre,
En plata el oro de sus cuernos vuelve;
Y otras tantas Faeton de su vislumbre
Le bañó el hueco rostro, que desvuelve
De las tinieblas los ocultos casos,
Y en los hurtos de amor medrosos pasos,

Despues que ausente á la asturiana corte
Al curso voy de mi contrario sino,
Ciego en la tierra, y en la mar sin norte,
Y aquí y allí sin rumbo ni camino:
Fuera de estilo, y de hallarle corte
De mi vida al confuso desatino,
De una desgracia en otra, y de una en una
Exprimentando azares de fortuna.

Un mes ha ya que vivo en este yermo,
Solo, sin esperanza ni alegria,
Que ni de dia ni de noche duermo,
Ni sé cuando es de noche ni de dia:
El alma alborotada, el cuerpo enfermo,
La vista absorta, el desear sin guia,
Asombrado de noche con legiones
De espantosas figuras y visiones."

Asi el leonés Gundémaro la historia
De sus prolijos males abreviaba,
Y el carro en que Faeton perdió su gloria
Las ruedas de oro el crespo mar bañaba,
Cuando en soberbio triunfo y vanagloria,
En carroza de nacar que volaba,
Al puerto ven llegar una doncella,
Mas que el sol rubia, y que la luna bella.

Venus sobre su concha parecia,
De perlas y esmeraldas coronada,
Que nuevamente de la mar salia,
De su antigua belleza acompañada:
Mas apenas el carro en que venia
Vió la arena de aljofar escarchada,
Cuando la luz trocó de su tesoro
En blanca cierva con los cuernos de oro.

Y sentada sobre ella la hermosura
Que antes sobre sus nácares volaba,
Con ligereza igual por la espesura
Del bosque entró, que al mar sus sombras daba:
Cuando los dos que en la enriscada altura,
Oyendo el uno, el otro hablando estaba,
Á ver el fin de tan mudables puntos
La espantosa beldad siguieron juntos.

Gundémaro al entrar en la montaña,
Ni la corcilla vió, ni á quien seguia:
Bernardo entre sus breñas una extraña
Maravilla halló de mil que habia....
Mas ya de Ferraguto la maraña,
Que el ciego amor en sueños le fingia,
Ardiendo el pecho en amorosa llama,
Mi nueva voz á sus grandezas llama.

Puesta la luz del cielo en dos balanzas,
Y al mar de Atlante lo último del dia,
Por sus gonces, sus puntos y mudanzas
El sol se entraba, y Hécate salia;
Cuando perdido el tiempo y esperanzas
El moro que el caballo antes seguia
Solo se halló, confuso y atajado,
A la orilla de un rio, en medio un prado.

Y enfadado de ver el nuevo enredo
Con que á pie se quedó, pasó adelante
Asi altivo y feroz, que daban miedo
Su fiero ceño y áspero semblante;
Cuando la furia le templó y denuedo
De una tienda el primor asi elegante,
Que al rayo de una luz que dentro habia
Tambien el oro del brocado ardia.

Entre frondosos árboles plantada
Estaba al murmurar del manso rio,
Sitio oportuno, y parte acomodada
Para en ella hurtarle el cuerpo al frio:
Llegó cortés á demandar posada,
Y halló el albergue y pabellon vacío,
Con rico estrado y prevenida cama,
Y al rayo de una luz sola una dama.

De poca edad y mucha hermosura,
Niña de alegre gusto parecia,
La frente un claro cielo, en cuya altura
Sobre la nieve el sol resplandecia:
De gentil cuerpo, y agradable hechura,
El rostro del color que nace el dia,
La garganta gentil, y el blanco pecho
De frescas rosas y jazmines hecho.

Dado al descuido un nudo en el cabello,
Donde el sutil amor quedó enredado,
Para hacer lazos y marañas dello,
Y el pensamiento atar al mas delgado:
Dos arcos de un dorado y sutil vello
De cien flechas y mas cada uno armado,
Que van volando, y dan en las entrañas
Al mover de las cejas y pestañas.

Dos mayos de azucenas y claveles
En un verano son sus dos mejillas,
Sus dulces labios de coral fïeles
Con que rie el placer por sus orillas:
De aljofarados dientes dos caireles,
Y en cada uno un millon de maravillas,
Verdes los ojos, y sus luces bellas
Mil soles, que son poco dos estrellas:

De un mirar regalado y halagüeño,
Que acaricia, ocasiona, y necesita
Á dar el alma libre en dulce empeño
Al precio de beldad tan exquisita·
Con el donaire de un capote y ceño,
Que mas á un muerto gusto resucita,
Ni asi el ambar y música provoca,
Como el aliento y habla de su boca.

Los tiernos pechos dos pequeñas pomas
De rosas hechas, y apretada leche,
De un real valle de amor menudas lomas,
Que al ensancharse le hacen que se estreche:
No hay Pancaya con todas sus aromas
Que olor mas fino que sus pechos eche,
Ni Venus de marfil ni de oro indiano
Con dedos mas bien hechos que su mano.

De tela de oro azul manteo bordado
De armiños, rica turca de escarlata,
De alcatifas de Persia el grave estrado,
Con bufete de nácares y plata;
Donde en follages de cristal grabado,
De un ardiente blandon la luz retrata
Un agradable cielo en la figura
De aquella nunca vista hermosura:

La rosada mejilla en la una mano
Mostrando el brazo, y la otra descubierta
Como al descuido en ademan profano
La rica holanda en gayas de oro abierta;
Dando por mas deleite al gusto humano
La belleza que guardan encubierta
De la aguja las redes peligrosas
En el pecho de tierna nieve y rosas.

No habia en el pabellon mas que una lumbre,
Ni mas que aquella hermosura sola,
Que cual fino diamante su vislumbre
Todo con bellos rayos le arrebola:
Es de la tienda real la altiva cumbre
Una encantada y cristalina bola,
Por donde las estrellas y la luna
Sus cursos hacen sin mudanza alguna.

Toda de oro bordada y pedrería
Por dedentro parece y por defuera,
De árboles, cazas, flores, montería,
Una agradable y fresca primavera:
En perlas el jazmin se contrahacia,
Cuya hoja de esmeraldas finas era,
Los florones de escarches amarillos,
Gripados de argentados trebolillos.

Dejó asombrado al moro la belleza
De la suntuosa tienda y de su dueño,
Las sedas, perlas, oro, la riqueza,
El bosque oculto, y el lugar pequeño;
Y sobre todo la real grandeza,
Y aquel mirar alegre y zahareño
De la beldad mayor que el mundo supo,
Que allí entre las demas grandezas cupo.

Tambien la nueva soledad le admira,
Sin gente de respeto ni servicio,
Con una sola luz que alumbra, y mira
Todo el mudable y único edificio,
Y que suspensa y sin querer suspira,
De algun mal interior notorio indicio:
Todo esto contempló desde la puerta,
Sin que la dama al parecer lo advierta.

Mas, ya determinado por su gusto,
El secreto saber de esta aventura,
Con rostro humilde y corazon robusto
El rico umbral pasó, y en voz segura,
"Guarde, señora, dijo, el cielo justo,
La gloria de tan rara hermosura,
Haciendo mas suave y menos larga
De los cuidados la pesada carga."

Alzó los ojos, con que dar pudiera
Á los ya muertos de sus lumbres vida,
Á ser las leyes de la muerte fiera
Como las del amor mas homicida;
Y por mejor probar su fuerza entera
En fingido alboroto desabrida,
Con vista afable y lengua zahareña
Le atrae á un mismo tiempo y le desdeña.

Al fin, despues de varios cumplimientos,
Lugar le concedió en el rico estrado,
Pidiéndole la causa y los intentos
De haber en tiempo tal allí arribado:
Contóselos el moro en breves cuentos
La empresa del caballo desgraciado,
Y como ya era próspero y dichoso,
Pues á lugar le guió tan venturoso.

Rió en grandes donaires la doncella
La no entendida burla del villano,
Y por sacarle con sosiego della,
"Señor, le dijo, en este verde llano,
Aquella cristalina fuente bella
Está encantada por la sabia mano
De la hechicera Arleta, que un engaño
En ella puso de artificio extraño.

Esta tuvo amistad con cierto moro,
Gran capitan de Zaragoza y Baza,
Á quien, sin guardar término y decoro,
Una mora usurpó de humilde raza:
Es rica, y donde quiera manda el oro,
Y él con mayor codicia que no traza
Dejó la dama pobre por la rica,
Que á todo un gusto sin lealtad se aplica.

Tiene un castillo cerca de esa fuente,
Y en él el falso amante entretenido,
De á donde salen cuando el dia al oriente
Los dos á monte por el verde ejido:
Á este fin la zelosa diligente
Del agua emponzoñó el cristal lucido,
Porque saliendo á caza sea quien fuere,
Sus disgustos le pague si bebiere.

Quita el sentir la fuerza del veneno
Por largo rato, mientras con bastantes
Fuerzas el gusto trueca, y lo hace lleno
De lo que le solia enfadar antes:
Pudo ser que bebiesen deste cieno
Aquellos dos villanos caminantes,
Y sin sentir ninguno lo que hiciese,
La referida burla sucediese.

Yo, señor, estoy sola, que mi gente
Toda se fue á un castillo de mi hermana
Cerca de aquí á la parte de poniente,
Para volver con ella á la mañana:
Quedóse una doncella y un sirviente
Á hacerme compañía, y hoy con vana
Curiosidad se entraron por la selva,
Sin que hasta ahora ninguno dellos vuelva.

Mas ya entiendo sin duda por las señas
Que son los que cogieron tu caballo,
Y sin juicio van por esas breñas,
Y yo en el riesgo en que me ves me hallo,
Triste, sola, y metida entre estas peñas;
Mas ya que tú veniste á remediallo,
Podrás darme tu amparo, y ser mi abrigo,
Si no te causa miedo estar conmigo."

Dijo esto por tal modo la doncella,
Y asi en suaves ojos halagüeños,
Que sin sentido el moro quedó en vella,
Entre deleite y gustos no pequeños:
Hasta que al fin ocasionado della,
De sus halagos y fingidos ceños,
Preso en sus lazos, y en su lumbre ciego,
Tierno le dijo su amoroso fuego.

Ella ni le acaricia ni desecha,
Ni contenta se muestra ni enfadada,
Que todo á veces en donaire lo echa,
Y á veces todo al parecer le agrada:
Va haciendo la cadena mas estrecha,
Y el moro ya con alma enamorada,
Del todo se le rinde y aficiona,
Y por ojos y boca lo pregona.

Calla, y con no rehusar le da licencia
Que entre sus blandas manos se regale,
Y en trato afable, y grata diligencia,
Á convidarle con los gustos sale:
De un rico cofre saca á su presencia
Preciosos dulces, donde el moro iguale
Su gusto en todo, porque en todo vea
Que ya de veras dársele desea.

El ya rendido amante no consiente
Semejantes excesos de tal mano,
Mas que á él con alma y corazon ardiente
Mostrar le deje huesped cortesano:
Crecen los fuegos, y él que arderse siente
En el de amor, no cabe de lozano,
Adorando entre sí el primer trabajo
Que á tan dichoso punto y fin le trajo.

"No es el caballo, dice, desgraciado,
Como por burla me contó la dama,
Pues á tanta ventura me ha guiado
De collado en collado, y rama en rama:
Siempre del mal ó el bien exagerado
Son menores los hechos que la fama,
Cuando tenga mil tachas mi caballo,
Este bien solo me hará adorallo."

Asi en pláticas dulces y sabrosas
Cenando están los dos de oro en un plato,
Dando ella de sus manos amorosas
Presas de amor al moro cada rato,
Ya preguntando diferentes cosas,
Ya con libre decir, ya con recato,
Que le importa saber si tiene dueño, 91
Si es de gusto comun, ó zahareño.

El moro á todo en cortesano estilo,
Ya en veras le responde, ya en donaire,
Y mientras del parlar siguen el hilo,
Si acaso da en la vela un soplo de aire,
Que humillando la luz muestra el pabilo,
Todo se turba y desvanece en aire,
Que sin la llama el pabellon no luce,
Antes cual débil sombra se trasluce.

Parécense los árboles y el cielo,
Y aun se apaga en la dama la belleza,
Mas luego que la luz cobra su vuelo,
Todo se vuelve á su primer riqueza:
Cree viendo esto el moro sin recelo
Que es desvanecimiento de cabeza,
Que el mucho caminar, y el comer poco,
Le trae el sentido divertido y loco.

Y metido ya en veras con la dama
Libremente le dice su deseo;
Ella con vano escudo de su fama
El gusto le entretiene por rodeo:
"Ser verdad que adoréis esta que os ama,
Yo en esto, dice, lo conozco, y veo
Que pudiendo salir sin demasía
Con vuestra voluntad pedís la mia.

Mas yo de todo en todo seré vuestra
Si me jurais lo que pediros quiero
Por ese noble pecho y mano diestra,
Y la fe que debeis á caballero:
Que nuevas culpas ni ocasion siniestra
De vos me apartarán, sin que primero
Me deis satisfaccion de una doncella,
Que usurpado me ha un gusto por mas bella.

Hame tiranizado un caro amigo,
Que era otro tiempo el alma de mi gusto,
Y en fe que dió de se casar conmigo,
De mí le dí mas parte que era justo:
Y aunque por vos, señor, en lo que digo
Tratar cosas pasadas sea disgusto,
Es fuerza que me deis esta palabra,
Y asi mi voluntad su puerta os abra,

Que cuanto á desear esto me mueve
Ya no es gusto de amor, sino venganza."
El moro, que en su rostro entre oro y nieve
Ardiendo en fuego siente su esperanza,
No solo una palabra y don tan leve
Le otorga, jura, y da: mas si en balanza
De un mundo entero el contrapeso hiciera,
Y el mundo fuera suyo, un mundo diera.

Y ya con la licencia que le ha dado
Quiso en mas libre trato entrar con ella,
Hacer campo de amor el rico estrado,
Y allí suya del todo la doncella:
Cuando con el burlar desordenado,
El sujetarla, y defendérsele ella,
La vela se cayó, y sin lumbre alguna,
Lo que encubria la luz mostró la luna.

Sobre una cama de pajizo heno
Abrazado se halló á una flaca vieja,
El turbio rostro de verrugas lleno,
De solo un ojo, y con ninguna ceja;
La hundida boca, cavernoso seno,
Con los podridos dientes mal pareja,
Dando al vecino olfato grueso aliento
De algun recien abierto monumento;

Duro el cabello, entre aplomado y cano,
Peor que el de Tesífone y Megera,
La encorvada nariz, que al gusto humano
En flaco iguala, de color de cera:
De nudosa raiz el cuerpo enano,
Con mas años que el tiempo, y toda entera
Tal, que al valiente moro y su denuedo,
Lo que el mundo no pudo, puso miedo.

Así el hambriento pobre peregrino,
En seca paja de un rastrojo echado,
Rico se sueña al fin de su camino,
En cuadras de oro, y camas de brocado:
Y en medio el gusto un viento repentino
El sueño vuela, y hállase abrazado
Á su estéril bordon, y hambre ayuna,
Al frio rayo de la blanca luna.

Con secos nervios, y con duros brazos,
Así al moro ciñó, que no podia
Del cuello huir los escabrosos lazos,
Por mas que la apartaba y deshacia:
Quiso de rabia hacérselos pedazos,
Á no ser en los suyos villanía,
Y ella mas firme que la yedra al olmo
Llegar su antojo quiere y gusto á colmo.

¿Quién ha visto en un águila enroscada
Víbora azul, ó pardo cocodrilo
Á una palma enredarse levantada
De las crecientes del vadoso Nilo?
¿Ó á Mercurio en su vara celebrada
De dos serpientes el nudoso hilo?
Tal parecian los dos, y en tal hechura,
Él en la rabia, y ella en la figura.

"No es razon, dice, ni camino justo,
Que poniéndome yo en vuestra tutela
Por solo ser en fuerzas mas robusto,
Esta me hagais sin que mi honor os duela."
Pensó quizá el envejecido gusto
Que aun todavia ardia la candela,
Y así llevaba el frio melindre al cabo
Con el amante ya rabioso y bravo.

Mas viendo que de veras la desecha,
La sacude de sí, huye, y aparta,
Que sin luz su invencion quedó deshecha,
Medrosa que la deje, y que se parta;
Las duras garras por el cuello le echa,
Y de su aliento y tósigo le harta,
Pidiendo á vueltas á la amada presa
La fe debida á su primer promesa.

"No soy tan fea, le dice, cual parezco,
Que ya fuí cuando moza celebrada,
Y aun hoy pena por mí quien no apetezco,
Y me trae con sus lágrimas cansada:
Si estos enfados y desden merezco
Por daros yo tan franca mi posada,
No os envié yo á llamar, vos me buscastes,
Y con falsas promesas me engañastes.

Cumplidlas, falso, pues, ó á todo el mundo
Por cruel os mostraré, y por alevoso,
Sin que de mí os huyais, aunque al profundo
Rincon bajeis del centro cavernoso:
El galan que por vos hice segundo
Quiero me deis para que sea mi esposo,
Y me vengueis de quíen me le ha quitado,
Y os honreis hasta entonces con mi lado."

Bastante prueba dió de su nobleza
En esto el reportado sarracino,
Pues templando á su enojo la braveza
De hacer se abstuvo un nuevo desatino:
Solo arrojando la infernal fiereza,
Que asido le tenia; "ese canino
Rostro, dijo, será quien te ha usurpado,
Si ya alguno te amó, el haberte amado.

Dél será bien vengarte con hacelle
Un Euclides de rayas y figuras,
Sin que puedas ya mas entretenelle
En vanas aparentes hermosuras."
Así dijo, y porque iba á detenelle
Con nuevos embelecos y posturas,
De sí la desvió con tanto brio,
Que yéndole abrazar abrazó al rio.

Cual encogida y débil hojarasca,
Que de árbol seco arranca el raudo viento,
Y volando la lleva su borrasca
Trocando puntas y mudando asiento;
Tal la hechicera fue con mortal basca
De uno y otro traspie rodando á tiento,
Hasta dar en el agua, en que se hundiera,
Si ya de carne, y no de pluma fuera.

Fuese el moro feroz desesperado
Viendo el deleite vuelto en amargura,
Y del caballo mal afortunado,
Aunque de noche clara la ventura:
Mas no mucho se fue, cuando á su lado
De Arleta vió la hórrida figura,
Que para mas enfado del que tiene
Á pedirle la fe y palabra viene.

Pensó rendir el alma de corage
Volviendo el moro altivo el rostro á vella,
Y sin que ya el hidalgo honor le ataje,
Con la espada alta arremetió tras ella:
Huyó la vieja haciéndole un visaje
Que le asombró miralla, y por cogella
En unos mimbres tropezó sin tino,
Y el feroz rostro le abrazó un espino.

No hay sierpe á quien la azada del villano
Haya en dos medias partes dividido,
Que asi fiera vomite por el llano
El humo del veneno recocido,
Como el aragonés Moro inhumano,
Viéndose en tantos modos perseguido
De aquella que matalla es caso indino,
Y sufrir sus locuras desatino.

Y así por apartarla de sus ojos
Á correr comenzó por la espesura,
Y ella para seguille, y dalle enojos,
Con las alas del viento se apresura:
"Traidor, hasta que cumplas mis antojos,
Le dice, y la palabra y fe perjura
Que me diste, en desierto y en poblado,
Ó viva ó muerta, me traerás al lado."

Así corriendo por la selva espesa
Dos largas millas fueron sin cansarse,
Que ni él dejó el huir á toda priesa,
Ni ella el decir injurias y acercarse;
Hasta que un hondo rio que atraviesa
El paso les tomó, y forzó á pararse,
Y el moro revolviendo de repente
Viva cogió la vieja impertinente;

Y á un árbol de los muchos de su orilla,
Harto ya de sufrir, la dejó atada,
Y en huida veloz para no oilla
Apresuró hasta el dia su jornada:
Salia ya el alba en su argentada silla,
De rosas y azucenas coronada,
Cuando el moro salió del bosque al llano,
El ancho rio á la derecha mano.

CANTO VI.

ARGUMENTO.

Muestra del campo español delante de los muros de Sansueña. Comienza la aventura de Cardiloro, Argildos y Florinda.

Que ya Tibalte á vista de los muros
Y levantadas torres de Sansueña
Á trinchear y hacer fosos seguros
Del gran Leon encamina la alta seña:
Y en distintas escuadras por sus duros
Collados va en bellísima reseña,
Tal que la antigua majestad de España
El aire, aunque oprimida, en triunfos baña.

De Sansueña el alcaide un tiempo esposo
Fue de Brunilda, hermana del rey Silo,
En quien de un parto tuvo peligroso
Dos hijos, y mil lágrimas á hilo,
Muriendo para dar fruto precioso,
Con mas gracias que flores riega el Nilo,
En una bella niña y un infante,
Como la luz que al dia va delante.

Al niño hurtó un esclavo en un desierto,
Ó cruel le mató sin culpa alguna,
Mas de la niña el cielo hizo un enjerto
En su rostro del sol y de la luna:
Tomó en sus ojos la hermosura puerto,
Desde donde ella y el amor á una
Los dulces tiros hacen, cuya guerra
En un cielo de paz vuelven la tierra.

Fue su nombre Florinda, y ella un mayo
De flores, cuyo pecho y alma altiva
De un fuerte amor el poderoso rayo
Al primer golpe la dejó cautiva:
Y hoy de una larga ausencia el frio desmayo
Apenas la esperanza tenia viva,
Cuando en sus vueltas la fortuna incierta
Viva con una la volvió de muerta.

Del conde D. Tibalte un noble hermano,
Que Argildos de Velasco se decia,
Por su teniente en el real cristiano
Puesto en favor de la ciudad venia:
Altivo, jóven, de ánimo lozano,
Pecho fuerte, y robusta gallardía,
Que en la corte de Oviedo con bastante
Favor fue desta dama tierno amante.

Vino el valiente Godo á la jornada
Solicitado de amoroso ruego,
Á ver su gloria con la vista amada,
Cuyas ausencias le han tenido ciego:
Y porque el rayo de su ardiente espada
Allí importa que ayude á sembrar fuego,
Al fin, entre el furor que el alma encierra,
En busca de su paz vino á la guerra.

De finos jaspes con relieves de oro
En lo mas alto de una torre habia
Un bello mirador, que el campo moro,
Y de Arga la ancha vega descubria:
Aquí á las voces de un clarin sonoro,
Que descubrió la hermosa infanteria,
En rico estrado de oro la gallarda
Florinda su vistoso alarde aguarda.

Cercada de bellísimas doncellas,
Y de esperanzas y deseos cercada,
Por ver la entrada de los campos ellas,
Y ella por ver de su amador la entrada:
Con rica cinta de esmeraldas bellas,
Y un delfin que las traga por lazada,
En agüero feliz que está en bonanza,
Ceñida ya del fin de su esperanza.

Puesto á su lado el venerable Altero,
Que, plático en la guerra, les dijese
Bandera por bandera el campo entero,
Y quien su capitan y escuadra fuese.
Fue la gente llegando, él con severo
Aunque alegre semblante, en que se viese
De su cordura y discrecion el modo,
Así fue señalando el campo todo.

El que á su cuenta trae el estandarte
Real, y el aire enciende con su acero,
Debajo cuyas grevas viene un Marte,
Mas que el que en Tracia riñe altivo y fiero:
Aunque de godo tiene una gran parte,
De la antigua montaña es el primero
Tibalte de Velasco, y desta gente
Digno caudillo y general prudente.

Bello Centauro en medio á los derechos
Pinos de Osa parece en brio y talle,
Cuando con dos espaldas y dos pechos
La espesa selva rompe, asombra el valle:
Tiemblan á sus pies anchos los barbechos,
Las fieras y ganados le hacen calle,
Y él, dejando tras sí la alta montaña,
Las fuentes turba, y hunde la campaña.

Del antiguo Idubeda, que ya puso
Nombre á esta inculta sierra, es descendiente,
Y la gallarda escuadra que en difuso
Monton le cerca de su casa y gente,
Diestra en la alegre caza, y en el uso
De herir de lejos con venablo ardiente,
Cuyas flechas y dalles enastados
Por los aires alcanzan los venados.

El que sigue tras dél con su bandera
Es el valiente joven Coribanto
De Teucra sangre casta verdadera:
El siguiente es el noble Radamanto,
Que una hidalga escuadra rige entera
Del valle de Solorzano, y el manto
De hoces de verde, plata, y lirios de oro
Siembra en su nueva gala un real tesoro.

Claverindo es aquel, y las legiones
Que de la fértil Rioja el valle opaco
Con rejas rompen, y los ricos dones
De Ceres gozan, y del libre Baco:
Aquel es Aldigér, cuyos florones
Del limpio arnés, y del bruñido jaco
Los rayos dan, que ahora con sus brios
Vuestros ojos deslumbran, y los mios.

Del valle de Bastan los mas valientes
Aquellos son de los escaques de oro,
Hechos á defender por sus vertientes
De sus famosas minas el tesoro:
Aquel es Berlicano, los siguientes
Son Peralta y Cerdan, que al pueblo moro
Han ganado en diversas ocasiones
De sus graves escudos los blasones.

De dos mil es su bella escuadra junta,
Gente insigne, ligera y belicosa,
Arrogante, feroz, y que se apunta
En cólera y furor por cualquier cosa:
No sabe en general herir de punta,
Ni de lejos la flecha peligrosa
Despide á donde haga golpe vario,
Mas pecho á pecho rinde á su contrario.

Allí viene Fabricio, ¡oh adverso hado!
Sin su querido hijo cual solia,
De su alma vida, abrigo de su lado,
Y bella lanza, si en Leon la habia:
Con la hermosa Gaviria desposado,
Por festejar sus bodas salió un dia
Á caza, y el correr de un oso fiero
Hizo un segundo Adonis del primero.

De Bardulia mil fuertes moradores
Siguen el tremolar de su bandera,
Hombres duros, incultos, sufridores
De los trabajos y la hambre fiera:
Menosprecian las penas, son mejores
Cuanto mas el rigor les persevera,
Cantan en los tormentos, y las furias
Al verdugo acrecientan con injurias.

Son de su natural duros y atroces,
Que su tierra de hierro y pedernales
Hecha una dura pasta, los feroces
Ánimos cria á su cosecha iguales:
Á la ira prestos, al herir veloces,
Y al aceptar pendencias liberales,
La madre mas piadosa al hijo amado
De acero le arma, y le ocasiona armado.

Está toda Cantabria á la influencia
Del fiero norte y su importuno hielo,
Hiriéndola de lleno la inclemencia
De aquel cuartel de rigoroso cielo;
Con sola esta pequeña diferencia,
Que en las figuras de su tardo vuelo,
Los dragones, los osos, las serpientes,
Son allá arriba estrellas, y acá gentes.

Pues ya con el clarin de aquesta guerra
Sus belicosos pechos alentados,
No quedó valle en su fragosa sierra,
Que cual Tebas no espigue hombres armados:
Los que en desentrañar la dura tierra,
Ó en las ardientes masas ocupados,
El metal labran, que de luz vestido
En las hornazas hierve con ruido.

Briganto es el que allí con plumas varias
Cual rojo leon fantástico campea,
Y Arnesto el que se sigue, de contrarias
Opiniones y modos de pelea:
Aquel quita á las armas ordinárias
El entero espaldar, donde se vea,
Que yendo en las espaldas sin abrigo,
Jamas las ha de dar al enemigo;

Mas Arnesto de solo acero viste
Las espaldas, y el resto desarmado,
Á su contrario mas seguro embiste
Que si de dobles petos fuera armado:
En prevenirse con recato insiste
Al que puede venir descaminado,
Que el enemigo que delante halla
Harto hace en defenderse en la batalla.

Quinientos firmes hombres de armas lleva
Cada uno destos dos, á quien se junta
La gente que del rio Arajes prueba
Romper los hielos con pesada yunta:
La de Arracilo antigua, y la mas nueva
Del Irnio monte, y su nevada punta,
Gentes todas indómitas, feroces,
De diestras manos, y de pies veloces.

Tienen por triunfo de su brazo fuerte
No perdonar la vida al enemigo,
Mas vencer ó morir de cualquier suerte
Sin otro que su escudo por abrigo:
Juzgan por sola venturosa muerte
La que en la guerra queda por testigo
De su braveza, y sin valor ni fama
Quien tras largo vivir murió en la cama.

Mas ¿qué diré de tí, oh Alces valiente,
Sino que tú eras solo poderoso
Con tu gran corazon, y el de tu gente
Á volver desta guerra victorioso?
Tras ti los que del Dueña en la corriente
De beber gozan su cristal sabroso,
Y los que de Gijon los fuertes muros,
Obra romana, aun guardan hoy seguros.

Entre ellos van los mismos que al rio Deva
Ven ir volcando yelmos acerados
De sesenta mil moros, que con nueva
Muerte los dejó el cielo allí enterrados:
Huesos y armas al mar trastorna y lleva,
Los labradores calzan sus arados
Con los arneses que de la alta sierra
El rio que la carcome desentierra.

Fabio es aquel que en rayos de diamantes
Y acero ardiendo lleva el yelmo duro,
Gran capitan de Orense, y sus triunfantes
Pueblos aquellos de aquel polvo oscuro:
Estos con sus cuchillas relumbrantes
Hechos un escuadron tejen un muro,
Mas fuerte que de mármoles cuadrados
Á los que dentro dél se hallan guardados.

Allí segura encierran su bandera,
Y aun su reino pudieran todo junto
Si en tan estrecho término cupiera,
Sin dél perder ni de su honor un punto:
Con los que al rojo Miño su ribera
Cultivan, y un fantástico trasunto
De Marte hechos, sus montañas yermas
Labran, y gozan las romanas termas.

Van los que de su rio la ancha fuente
Ven, y al de Lugo fecundar la sierra,
Y el noble pueblo, á quien de Baco ardiente
El nectar baña la abundante tierra:
Hierven las cubas, su licor caliente
Hace al mundo sabrosa y dulce guerra,
Y ellos de anchas cortezas de alcornoque
Rodelas usan, y acerado estoque.

Pintadas de serpientes y leones,
Bandas, castillos, águilas, estrellas,
Sin poner por trofeos ni blasones
Los bellos rostros de sus ninfas bellas:
Tienen por sacrilegio en sus cuestiones
Que yendo allí sus damas den en ellas,
Y caso á su arrogante pecho injusto
Que aun las sombras ofendan de su gusto."

Asi el leonés decia, y la hermosa
Florinda, "dime, dijo, oh sabio Altero,
De aquellos dos hermanos la pomposa
Librea que allí descubre el limpio acero:
De un talle son, de un cuerpo, y una airosa
Alma pienso les da el aliento entero,
Segun en sus acciones se remedan,
Que ambos van, ambos pasan, ó ambos quedan."

Rió Altero, "y no sois, señora, dijo,
Vos sola quien cayó en esa sospecha,
Que ya en muchos se dijo, y se desdijo,
La misma conjetura por vos hecha:
Y ellos no hermanos son, mas padre é hijo,
Y si mas firme puede, y mas estrecha
Ser la fe y la amistad, mas firme y bella
La dió á los dos su venturosa estrella.

Leonardo es el padre, que en Valencia
De una hija del rey hubo á Lisardo
En una cueva, donde la violencia
Huyendo le llevó de un suelto pardo:
Hallóla allí, y no hallando resistencia
En su gusto, no fue en cumplirlo tardo,
Niño, y niña tambien la mora bella,
Que salió madre, donde entró doncella.

Parió á Lisardo, y en mantillas de oro
Á su padre le envió en grave presente;
Gastando él en criarle un gran tesoro,
Nada á su real grandeza diferente:
Y hoy en el rostro, el talle, y el decoro,
Lo mismo cree que vos toda la gente,
Y ellos con gusto del sabroso engaño,
Siempre se visten de un arnés, y un paño.

Mas el que allí con plumas amarillas
El oro aviva del grabado escudo,
Si bien la débil vista percibillas
Entre el contento y sobresalto pudo,
Mi nieto Alcindo, diestro en ambas sillas,
Fuerte en la brida, en la gineta agudo,
En el brio me parece, en que sin tasa
Honra da á mi vejez, lustre á su casa.

Ya conozco de su águila la aguda
Vista, y las plumas de oro con que vuela.
¡Oh jóven bello! á quien mi lengua muda
Siempre en contar tus hechos se desvela,
Dete el cielo feliz próspera ayuda
Cortando tarde la preciosa tela,
En que tu heróica juventud recama
Honra á tu patria, y á su nombre fama.

Tenga en tu diestra la fornida lanza
Mas firme encuentro, y golpe mas cumplido,
Que tu padre infeliz tuvo en Arlanza,
Donde á mis flacos pies le vi tendido.
Apenas me dió en tí nueva esperanza
El cielo, apenas tú de un mes nacido
Eras, cuando se halló viuda tu madre,
Yo sin mi amado hijo, y tú sin padre.

Del bárbaro Argalin la inútil clava,
Mientras él con Chaquin, y el fuerte Ardante,
Á una su espada y su ánimo probaba
Con diez vencidos moros por delante,
Bajó á traicion. ¡Oh cielo! á quien tocaba
Vida y brazo guardar tan importante,
¿Por qué al padre infeliz darle quisiste
Golpe tan grave, confusion tan triste?

Cayó muerto á mis pies, ¡oh hado inhumano!
Que aun lugar no me dió el dolor que siento
Á cerrarle los ojos con mi mano,
Ni á mi boca pasar su último aliento:
Mas al cruel homicida no con vano
Furor el mio pasé, que así sediento
De su sangre la mia satisfice,
Que honor, vida y victoria le deshice.

Vengué tu muerte al fin, pluguiera al cielo
La suerte, oh hijo amado, se trocara,
Y con mi inútil carga el rojo suelo
La tuya alegre y nueva rescatara...."
Así en perlas bañando el blanco pelo,
Que venerable adorno da á su cara,
Altero, entre el dolor y la alegría,
Del vivo y muerto hijo proseguia.

Movió así el grave llanto el noble pecho
De las tiernas doncellas, que ninguna
Dejó de acompañarle: él satisfecho
De aquella compasion de su fortuna,
Enjugando los ojos sin provecho,
"¡De cuantos, dijo, ¡ay Dios! sin culpa alguna
Mi vista ver su gallardía no supo,
Mientras sin fruto en lágrimas me ocupo!

¡De cuantos sin razon no he dado cuenta,
Dignos de que la haga el mundo dellos!
¡Cuantos de aquella nube polvorienta
La sombra cubre, y el placer de vellos!
Allí ha de ir Alfajardos, la sangrienta
Luna, y los dos luceros son aquellos,
Que á vista de los moros de Tafalla
Quitó á Almanzor en singular batalla.

Allí va el pueblo que la corva raya
Del fresco monte de Bilbao cultiva,
Y para grandes flotas por su playa
Los gruesos robles y álamos derriba:
El de Vermeo cabeza de Vizcaya,
Y el que de los Pelasgos se deriva,
Y á sus consultas públicas aplica
Su grave sombra el árbol de Garnica.

Mas mirad ya el que al resto de la gente
Tanto en su mismo esfuerzo se adelanta,
Que debajo de sí su altiva frente
Los campos mira, y á quien mira espanta:
De seis cercos de acero es el valiente
Escudo con que da vislumbre tanta,
El limpio arnés grabado de oro fino,
Y en vez de lanza un desmochado pino.

Este es el bello Argildos, que en la tierra
Ni hay beldad ni braveza que le iguale,
En quien con aparato real se encierra
Cuanto luce en amor, y en la honra vale:
Despues del general de aquesta guerra,
La que mas en valor campea y sale
Es su persona, y la que en grita y pompa
Mas de la fama suena en la ancha trompa.

Aun no del rubio bozo el blando vello
La limpia tez del rostro le ha escarchado,
Y en cuatro campos el altivo cuello
De otros tantos jayanes ha cortado:
Trae por empresa en campo verde un sello
De una flor, y por letra "es mi cuidado,"
Y aunque el sagaz intento oculto guarde,
El fuego muestra que en sus venas arde."

Así el prudente Altero en voz severa
Á la bella Florinda describía
Del campo real bandera por bandera
El alarde pomposo en que venia:
Y ella, colgada de la voz postrera,
Con nuevos alborozos de alegría,
Al bello joven por su triunfo y palma
Desde allí por los ojos le dió el alma.

Y no hallando de amor el fuego ardiente
Lugar de dilatar su gran contento,
Á dar órden en ver su amado ausente
Dentro se retiró de su aposento:
En nada halla quien ama inconveniente,
Todo lo allana un amoroso intento;
Á esto se entró, y á reposar á solas
De sus deseos las crecientes olas.

CANTO VII.

ARGUMENTO.

Continúa la aventura de Cardiloro, Argildos y Florinda: Serpilo y Celedon, compañeros de Cardiloro, hacen de noche un grande estrago en el real de los cristianos.

En tanto en el ejército pagano,
Que al amparo del muro de Pamplona,
Con tremolantes lunas, y en lozano
Contorno le ciñó feroz corona,
El asiento escogia de su mano
En que alojar su campo, y su persona,
El bravo Cardiloro, que aquel dia
El real baston de general regía;

Fantástico y soberbio, porque un moro
Mágico y lisonjero le adivina,
Que ahora sea de gusto, ahora de oro,
Allí le espera una abundante mina,
De á donde ha de robar de un gran tesoro
La joya en su valor mas peregrina,
Con que avariento y vano ya se sueña
Señor de todo el oro de Sansueña.

Por un oculto soto que hace el rio
Solo se entró á buscar con pecho ardiente
Para un asalto el puesto mas vacío
De pertrechadas fuerzas, y de gente;
Cuando al fresco de un álamo sombrío
Un barco de oro vió, y en él presente
Una beldad, que al moro descuidado
Suspenso en verla le dejó, y turbado.

Metida en un profundo pensamiento
Con el recelo y gusto, parecia
Que entre olas de pesar y de contento
El cuidado en el alma iba y venia:
Ya el rostro entristecido y soñoliento,
Ya con nuevo alborozo y alegría,
Que á quien con atencion lo considera
Cuanto hay dentro en el alma sale fuera.

Así en alto blandon tierna candela,
Dispuesta á todos vientos da y recibe
Sombras y claridad, se abrasa y hiela,
Y una vez se amortigua, otra revive:
Y la eclipsada luna, puesta en vela
Del nocturno silencio, así concibe,
Al trasponerle el sol sus resplandores,
Un mudable color de mil colores.

Estuvo el moro á contemplar un rato
En nuevas avenidas y concursos,
De miedo, de osadía, y de recato,
Buscando á su dolor varios recursos;
Donde la alteracion de rato en rato
Mas claros le mostraba los discursos
De la suspensa dama, en quien sin duda
Amor vió ser el que la altera y muda.

Cobró desta sospecha atrevimiento
Para llegar con ánimo á hablalle,
Que cualquiera liviano pensamiento
Baja la estimacion, y humilla el talle:
Y al tiempo que salió á probar intento,
Ella se entró sin velle ni miralle,
Quedando deslumbrado, y el altivo
Gusto entre su esperanza muerto y vivo.

Y como si la vida le llevara
El aire de aquel bulto de alabastro,
Sin fuerzas queda, y sin vigor se para,
Cual mago absorto al contemplar de un astro:
Sin brio el pecho, y sin color la cara,
Solo muriendo por sacar de rastro
Quién sea la luz que allí le dejó en calma,
Y con vista de paz le venció el alma.

Venian en guarda de su real persona
Serpilo, y Celedon, moros valientes,
Nacido uno en Sansueña, otro en Pamplona,
Pláticos en su tierra, y en sus gentes.
Estos de un mirto espeso en la corona
Ocultos mandó estar, porque presentes
Con la suya no estorben la salida
Del bien que ya es el todo de su vida.

Y él, vuelto á su lugar como primero,
Sin los ojos mover de la ventana,
Si á salir vuelve mira del lucero
La segunda vislumbre soberana:
Mas viendo al dia en su escalon postrero,
"A gozar de la noche es cosa llana
Salir estrellas, dice, mas la mia,
Si es sol, ¿cómo la espero antes del dia?

¿Qué mucho que el mancebo Salamino,
Que vivo el sol dejó, le halle ahorcado
Del firme acero de un balcon divino,
Que cielo un tiempo fue de su cuidado,
Si al fin le vió su dama? Mas yo indino
De semejante bien, aunque he colgado
Cuerpo, alma, y pensamientos de tus rejas,
Ni me quieres mirar, ni verte dejas.

Mas tiéndase esta noche á eternos años,
Que tantos seré yo de tu esperanza,
Sin dar un paso atrás en los extraños,
Por donde amor me arroja y abalanza:
Ó sea este el tesoro, ó sean los daños
Que fortuna me agüera, y su mudanza,
No sé nada de mí, ni quién me ha puesto
En un deseo de morir tan presto."

Dijo, y no mas atento el engolfado
Piloto en medio de la noche obscura,
El instrumento puesto, y el cuidado
De dar mas cierto el punto de su altura,
La vista tiene fija en el nublado
Que del norte escondió la hermosura,
Ni está en mas suspension, alta la ceja,
Que el moro en la ventana y en su reja.

Y no en vano del todo, pues ya cuando
Del horizonte pardo el aire puro
Fue entre el mudo silencio desdoblando
De la vecina noche el manto obscuro,
Entre esperanza y miedo vacilando,
Volver al balcon vió en pecho seguro
La beldad misma, que antes tan acaso
El alma libre le llevó de paso.

Era del gran Bastán la prenda bella,
Que allí á esperar salia un tierno amante,
Que ya á la luz de la primera estrella
Prometió amor ponérselo delante:
Y el miedo, el gusto, el sobresalto en ella
Las mudanzas hacian del semblante,
Que en mil cuidados puesta entre ola y ola,
Miedo la enfria, y gusto la arrebola.

Desearon enlazar su honrado gusto
En nudo santo, y en contrato honesto,
Volviendo el ciego antojo estado justo,
Y el apetito libre en regla puesto:
Mas, no saliendo todas siempre á gusto,
Las graves diferencias que hubo en esto,
El vano pundonor de los tratantes,
Nuevas lágrimas fue en los dos amantes;

Hasta que puestos ya en romper por todo,
Libres quieren gozar de su derecho,
Que honra y amor son fuego, y tiene el godo
En una y otra llama ardiendo el pecho:
Y á concertar la traza, y dar el modo,
Para esa noche está el concierto hecho,
Y ella á esperar allí su caro amigo
Salió, y acertó el moro á ser testigo.

Es la esperanza una tormenta fija
Puesta entre los cuidados y el contento,
Que cuando mas se acerca, mas prolija
Su dilacion le vende al pensamiento;
Por cuyo fin la enamorada hija
Del que á Sansueña rige, hurtando el viento
Al cansado esperar, que en tales casos
Suele donde no hay uno dar mil pasos;

Tomó una árpa, á cuya melodía
Las ansias y el ardor de su deseo
Admirados quedaron, como un dia
El feo Pluton á la del tracio Orfeo:
Que ni le era inferior en su armonía
La bella dama, ni en sus males veo
Otro infierno mayor, si en curso iguales
Fuera el suyo inmortal, ó ellos mortales.

Nunca en el alto Péloro cubierto
De blancos huesos voz mas regalada
Parténope entonó, cuando en su puerto
Sonó del griego Ulises la jornada;
Ni con mas riesgo el caminante incierto
Del peligroso canto y voz se agrada,
Que dió Florinda, cuando lengua y mano
Puso en su arpa, y la escuchó el pagano.

De la Medusa Górgon la cabeza
En insensible mármol convertia,
Los ojos que miraban su fiereza,
Aunque no al ciego que su voz oía:
Mas de la dama el canto y la belleza
Así ambos los sentidos suspendia,
Que oida y vista en agradable calma,
Piedra volvia el cuerpo, y fuego el alma.

Tal quedó el moro al son del instrumento
Y la celestial voz de la doncella,
Cuando á su canto y su regalo atento
Pasos oyó de recatada huella:
Detuvo sosegado hasta el aliento
Por ver el fin de la aventura bella,
Y vió un armado jóven que llegaba
De vista al parecer gallarda y brava.

Vióle que estuvo un rato desde afuera
Por gozar de la música escuchando
Quejas de la esperanza lisonjera,
Que siempre va los gustos dilatando:
Haciendo enternecer la voz entera
Un dulce suspirar de cuando en cuando,
Que el deleite aumentaba y la alegría,
Si ya no en quien cantaba, en quien oía;

Hasta que al fin, llegando donde pudo
Con menos voz hablar, y mas recato,
"¡Oh gloria, dijo, en quien amor desnudo
La suya toda muestra en un retrato!
¡Dulce voz, que mi llanto ha vuelto mudo!
¡Sirena, á cuya música el ingrato
Mal, que en mi pecho vive y daña tanto,
La virtud ha encantado de tu canto!

¡Salve el cielo tal gracia y hermosura,
Y esta próspera entrada me conceda
Por el premio mayor de mi ventura,
Que ya gozarla sin recelos pueda:
Que si este alegre agüero no asegura
Mi gloria de una vez, ya no me queda
Basa en que estribe y ponga mi esperanza,
Ni en tal tormenta soplo de bonanza!"

Dijo, y la voz del nadador de Abido
Nunca en las rocas y peñascos huecos
De la torre de Sesto entre el ruido
De sus olas formó mas dulces ecos;
Ni fue en mayor deleite recibido
Sobre sus playas y arenales secos,
Que un dia abrieron puerta á su ventura,
Y otro á sus huesos, fama, y sepultura;

Que el noble godo, y venturoso amante,
Fue de su tierna dama acariciado,
En dulce afecto de ánimo constante,
Y corazon sin tasa enamorado.
Al fin, despues que en relacion bastante
De sus cosas contaron el estado,
La alegría de verle, y la impaciencia
De las sospechas, y del mal de ausencia,

El bien, y el mal, las penas, los contentos,
Los varios altibajos de su vida,
Hasta de los soñados pensamientos,
Si alguna tienen, la razon fingida;
Dejando en dulces pláticas y cuentos
De la noche gran parte consumida,
Y á la siguiente remitido el modo
De hacerse de una vez dueños de todo;

Son de acuerdo comun que aquella parte
Donde ahora están tratando su ventura,
Para escalar el foso y baluarte
Escala traya el montañés segura:
Y añadiendo el horror del ciego Marte
Al negro manto de la noche oscura,
Una arma falsa toquen, que en Sansueña
Del robo y del recato sea la seña.

Y en hábito de mora disfrazada,
Como á nueva cautiva en la contienda,
Ni del vulgo ofendida ni notada,
Salva la ponga en su encubierta tienda;
Donde de honor y riesgo asegurada,
Es facil que su padre condesciencda
Con las pedidas bodas y razones
Que han estorbado vanas presunciones.

Con esto ya que se acercaba el dia,
Y el tierno despedirse á los amantes,
Toda vuelta esperanzas su alegría,
En igual soledad se hallaron que antes;
Y el moro oculto que escuchado habia
El fin de los conciertos importantes,
De zelos impaciente ardiendo en ira,
Si en estos muere, en su calor respira.

Quiso fiero y zeloso hacer pedazos
Al español caudillo, y bien pudiera
Dejarle muerto en los traidores lazos,
Antes que el golpe ni su alfanje viera,
Si no le parecieran embarazos
Á otras mejores trazas en que espera,
Al hacer su venganza mas cumplida,
Dejarle sin honor, y con la vida.

Tiene por caso á sus designios llano,
Conforme al encubierto trato hecho,
Ganar al uno el juego por la mano,
Y en el otro los gustos de su pecho:
Y á la jornada en que ahora viene ufano
Segura entrada en aquel paso estrecho,
Y hacer á su victoria puerta llana
Del cielo de su gloria la ventana.

Deste discurso reportado el moro,
Por donde vino se volvia á su gente,
Lozano en las sospechas que el tesoro
Era aquel de su próspero ascendiente:
Daba ya al frio polo en cercos de oro
Casi entera su vuelta la serpiente,
Y el perezoso carretero helado,
Al sol tenia su yugo trastornado,

Cuando el enamorado sarracino,
Á vista del ejército cristiano
Al suyo iba pasando, en el divino
Bulto ocupado el discurrir liviano:
Y el gallardo Serpilo, que el vecino
Campo advierte en quietud y sueño vano,
Y de las ya dormidas centinelas
Los muertos fuegos, y acabadas velas;

Vuelto á su capitan: "mira, oh valiente
Cardiloro, le dice, qué olvidados
Tus contrarios del brio de tu gente
En sueño están, y en vino sepultados:
¿No es posible, señor, que no te afrente
Enemigos tener tan descuidados?
Mas quien, estando tú en el campo, duerme,
Bien es que á no sanar durmiendo enferme.

Si el justo cielo con silencio ayuda,
Y á mi espada le da el valor que espero,
Al sordo amparo desta noche muda,
Darte mil enemigos menos quiero:
Yo solo, yo, señor, por mal que acuda
Mi espada, haré mi dicho verdadero,
Á tí, y mi amado Celedon, tu tienda,
Siguiéndola os dará esta estrecha senda;

Que á mí no sé cual dios el pecho ardiente
Á tan heróica empresa me levanta,
Y al muerto real desta dormida gente
Ahora me arroja con violencia tanta:
Tú, amado Celedon, si este potente
Brazo es la muerte de mi empresa santa,
Al muerto cuerpo ya en el campo frio
Serás en darle sepultura pio."

Dijo, y saltando la primer barrera,
Desnudo al campo de temor se arroja;
Pasmóse Celedon la vez primera,
El sobresalto le atajó, y congoja:
Del arriscado amigo considera
El fiel denuedo que á morir le antoja,
Impedido el seguirle, y obligado
Á no dejar del general el lado.

Mas, viendo su peligro manifiesto,
"Espera", dijo, y vuelto á Carlidoro,
Con tiernos ojos, de rodillas puesto,
"¡Oh gloria, prosiguió, del pueblo moro!
Si algun dia te tocó de amor honesto
Tu noble pecho dulce flecha de oro,
Si sabes que es amar á un caro amigo,
Oye, oh invicto señor, lo que te digo.

El que allí ahora en temeraria muerte
Un campo asalta de enemigos lleno,
Desta alma es la mitad, desta alma, advierte,
Es por fe y amistad cielo sereno:
Juntos nacimos, la dichosa suerte
Juntos nos dió una patria, un pueblo, un seno,
Un gusto, unos placeres, una vida,
Que ahora teme amor verla partida.

Por la beldad que adoras (si de alguna
Noticia el soberano amor te ha dado),
Por tu alma, por tu honor, por tu fortuna,
Por tu vecino reino, por tu estado,
Por cuanto está debajo de la luna,
Ó sobre ella te da gusto, ó cuidado,
Permitas que á los que hizo uno la suerte
En vida, no los haga dos la muerte:

Mas que con tu licencia ahora pueda
Escolta y muro hacer á un caro amigo,
Que el breve espacio que á tu real nos queda
Seguro está, y sin riesgo de enemigo."
No dijo mas, que el tiempo se lo veda,
Y el moro de tan fiel lealtad testigo,
El amor nota, y la braveza advierte
Del tierno corazon, y el pecho fuerte;

Y "acude, oh alma gentil, dijo el severo
Cardiloro, á tu gusto: acude, y anda,
Y déos la alta victoria, que yo espero,
El cielo que esos nobles pechos manda;
Con tal que de los dos sea yo el tercero,
Como lo fuera aquí en vuestra demanda,
Si como es de mi oficio el concedella,
Permitido me fuera entrar en ella."

Así dijo, y siguiendo su camino
Celedon á su amigo llega, y dice:
"¿Por dicha, oh invicto Cid, ya por indino
De tu lado me tienes? ¿ya desdice
En mi pecho la fe de quien contino
Tantos alardes en su abono hice?
¿Así pagas mi amor? ¿así me obliga
Tu gusto á que hasta el fin el mio te siga?

¿Yo por ventura, yendo en el abrigo
De tu gallarda espada, no sabria
Sus golpes imitar, y un enemigo
Darte siquiera menos con la mia?
Y si esto no, á lo menos por testigo
Presentarme podrá tu valentía,
Aunque sea tal que no le importe nada
Otro abono mayor que el de su espada.

Mas ya por demas tratas de excusarte;
Ruede como quisiere la fortuna,
Que como de tu lado no me aparte,
De las suyas no temo vuelta alguna."
"¡Oh de mi pecho fiel la mejor parte,
Serpilo respondió, con quien ninguna
Desgracia temo, ya que con tal lado
Poco es acometer un campo armado!

No creas, oh noble aliento de mi pecho,
Que quiebra de mi amor, ni de tu brio,
Tu espada me quitaba, y mi provecho,
De quien ya el todo de mi empresa fio:
Mas dejar solo un gran resguardo hecho
En tu heróico valor al riesgo mio,
Y si moria, morir con esperanza
De pío entierro, y de cruel venganza.

Á este fin te dejaba, oh caro amigo,
Y por tu anciana y tierna madre ausente,
De su larga vejez único abrigo,
Y de tu nueva esposa gusto ardiente:
Mas, ya que tu valor viene conmigo,
Y en mi alma el brio que me das se siente,
No dilatemos mas el hecho altivo,
Ni hombre nos quede de importancia vivo.

Ven tras mí, y con atenta vista advierte
Por donde ahora el honor tras sí nos guia,
En esto está acertar ó errar la suerte,
Ser descuidada ó cuidadosa espía:
El sueño es viva imagen de la muerte,
Ó ser muerte caliente, ó muerte fria,
Dormir en nudo obscuro, y paz interna,
Ó noche temporal, ó noche eterna.

Mira cuan cerca están nuestros contrarios
De pasar un extremo en otro extremo,
Y del cielo y sus altos lacunarios
La nueva luz que sola adoro, y temo:
¿De qué estamos perplejos? ¿de qué varios?
Fuego es de honor en el que me ardo y quemo;
Á ellos, gran capitan, que es excusado
Quererle suspender su curso al hado."

Dijo, y sacando la luciente espada
Por entre los nevados fuegos vuela,
Y á Isarco, y Zaldiban, que en camarada
Hecho habian hasta entonces centinela,
En torno de su hoguera amortiguada,
Ya con el vino, y la pasada vela,
Confiados en tener campo seguro,
Blanda cama les daba el suelo duro.

Allí entre el fuego y la ceniza fria
Segó al uno y al otro la garganta,
Dichosos, á velar hasta que el dia
Vestido vieran de su lumbre santa:
Uno era cazador, y otro seguia
De la caza de amor la red que espanta,
Mas del feroz Serpilo el brazo airado
Á aquel quitó el afan, y á este el cuidado.

Mató tras esto en la segunda posta
Cuatro dormidas centinelas juntas:
Mató al vano Alfager, al noble Acosta,
Y á Enrique el fiel, de tres agudas puntas:
Y por la raya de una senda angosta
Al pabellon fue á dar, donde trasuntas,
¡Oh sutil Targa! en bronces lo que Apeles
Con sus conchas no hará, ni sus pinceles.

Abriendo en sútil lámina de acero
De Píramo y de Tisbe los amores,
Aquel dia le halló el sueño postrero,
Y del cruel Serpilo los furores:
Pasóle el corazon de un golpe fiero,
Y saltando la sangre dio colores
Al relieve infeliz, que en triste suerte
Ocasion fue y agüero de su muerte.

Puesto cabe él en éxtasis profundo,
No dormido, mas ciego en su cuidado,
Al alquimista vió sutil Raymundo,
Sobre su antiguo escudo recostado,
Midiendo del napelo, y del segundo
Eligir la sustancia, el punto, el grado,
Y de quintas esencias fabulosas
Una imposible máquina de cosas.

Habia gastado en experiencias vanas
De su hacienda la flor y de sus dias,
Y trocando el cabello negro en canas,
Aun no se habian trocado sus porfias:
Mas llegó el fatal golpe, y sus livianas
Esperanzas volvió de ardientes frias,
Librándole ocasion tan oportuna
De otros mayores golpes de fortuna.

Y entrando por el campo soñoliento
Horrible estrago hace el moro fuerte,
Dando su espada y su furor violento
Mil diferencias de una sola muerte:
Á este barrena el pecho, aquel á tiento
Deguella, y pasa al fin la adversa suerte
Del modo que halla al grande, y al pequeño,
Del sueño temporal á eterno sueño.

Este en su corvo escudo recostado,
El otro sobre el yelmo adormecido,
Uno encima la blanda yerba echado,
Y otro en las grevas de su arnés tendido;
Cual con nuevo dolor desatinado
La boca abre á dar voces, y embebido
Por ella el hierro de la presta daga,
La voz se vuelve atrás, y el morir traga.

Coello, un portugués de ánimo ardiente,
Hidalgo tierno en sangre y en amores,
Poeta, amante, músico y valiente,
(Cuatro heróicos y célebres furores)
Con el retrato de su dama ausente,
Á quien habia cantado mil primores,
Como el sueño le halló en su fantasía,
Las manos en la cítara, dormia.

Torcido el rostro hácia el retrato bello
En señal de caricias á su dama,
Dormido al gusto y al placer de vello
En las corazas de su arnés por cama,
Segó el alfanje el desmayado cuello:
Estremecióse el cuerpo, el pecho brama,
Y al palpitar las manos con instancia
En las cuerdas formaron consonancia.

Marcio, y Catino, grandes bebedores,
Que parte de la noche han ocupado
Con la taza y los dados, en vapores
Del dulce mosto el sueño habian brindado:
Los enjutos barriles por las flores,
Cada uno sobre el suyo recostado,
Dormian en torno de la mesa y fuego,
Á donde el vino los dejó, y el juego.

Debia de soñar Marcio que brindaba,
Y abriendo la ancha boca, bebió entero
El sangriento cuchillo, que llegaba
De degollar al torpe compañero:
Triste el alma salió en ver que dejaba
Posada tan alegre, cuando el fiero
Golpe por quien la suya dió Catino,
En vez de roja sangre vertia vino.

Mató tras este á Marco, y á Sarrento,
Escuderos de Marcio: mató á Soria,
Que entre sus dos caballos soñoliento
Para ir no tuvo á su cuartel memoria:
Pasó el celebro á Furnio, que de viento
Mil torres exhaló, y de vanagloria,
Y al truhan Galba, que despierto, y quedo,
Entre los frascos se escondió de miedo.

De allí entró donde el docto Algeo dormia
Á la luz de una vela, en que su pluma
De un grave poema heróico que escribía
De versos habia hecho una gran suma:
Un rico arco grabado de ataujía
Á su lado, y un libro á donde suma
Del triforme Gerion de ambas Españas
El reino antiguo, y célebres hazañas.

El arco que allí tiene fue el que Alcides
Al templo del Lucero dió en despojos,
Donde colgado le halló Almonides,
Cuando á vengar de un conde los enojos
Pasó con Muza á España, cuyas lides
Los rios volvieron y los campos rojos:
Él lo envió á Zelin, Zelin á Oncalla,
Y él á su bello nieto, el rubio Abdalla.

Cuando en sangrienta lid los Albaneses
Á Abdalla despojaron sobre Duero,
El docto Algeo entre otros dos arneses
El rico arco ganó al gigante fiero:
Y en sus pomposos versos los reveses
Del tiempo, arco invencible, aquel postrero
Sueño le halló pintando, cuando el hilo
Del canto y cuento le cortó Serpilo.

Puso en el arco los curiosos ojos,
Y al sabio poeta, que admirando estaba
Las musas con su espíritu, entre rojos
Suspiros lanzar hizo el alma brava:
Quiso de su victoria por despojos
Llevarse el arco y la dorada aljaba,
Y por matar á Egil, y al Turnio Mesa,
Que á su lado halló, olvidó la empresa.

Cansado de herir, soberbio mira
Las varias muertes, y el estrago hecho,
Y ni por eso se alza, ni se tira,
Ni atrás da un paso del dudoso estrecho;
Antes entre el sangriento horror suspira
Hirviendo en ira el arrogante pecho,
Y las armas ya botas, y él sin fuerza,
Á nuevos daños su crueldad le esfuerza.

Cual tigre hircana en el aprisco mudo,
Harta de degollar grueso ganado,
La tierra en roja sangre, y el membrudo
Lomo de nuevas manchas salpicado,
Carleando cesa un rato, y en menudo
Anhelar cobra aliento el pecho airado,
Y mientras del destrozo se retira,
Cuanto el hambre menguó crece la ira.

Ni el bello Celedon, gallardo Marte,
Menor estrago y mortandad hacia,
Que del plebeyo pueblo una gran parte,
Gente sin nombre y cuenta, muerto habia:
Mató á Gilberto, que en decir con arte,
Y herir de punta su primor tenia,
Á Terpandro cantor, y al fuerte Etolo,
Marte en braveza, y en belleza Apolo.

Corren los rios de sangre, y por la tierra
Las perlas arrebolan de la aurora,
Y él en su oculta y alevosa guerra
Con ella misma á mas herir se azora:
Entra donde á medir Ulloa se encierra
Del precioso hado el ascendiente y hora,
Ulloa digo, un astrólogo ignorante,
Que mas cielos halló que cargó Atlante.

Habia toda la noche astrologado
Gustoso, que su estrella le asegura
Tras prolija vejez sepulcro honrado,
Mas mintió su astronómica figura;
Que el bello Celedon con su dorado
Puñal le dió temprana sepultura,
Y abriéndole el celebro con dos puntas,
Volaron dél dos mil estrellas juntas.

Mató á Hepódamo, á Tirsas, y á Falerno,
Al rubio Telga, y á Lisardo el fuerte,
Y al bello Demorato, jóven tierno,
Esposo ayer de Alcida, hoy de la muerte;
Y á tí, oh siempre infeliz viejo Salerno,
Que antiguo pretensor sin hacer suerte,
Cansado en corte de esperanzas nuevas,
Los memoriales convertiste en grevas.

Llegó la muerte al fin, y si no entero
El premio, dióte el pago de su mano,
De haber dejado el hábito primero
En que á Dios consagraste el pecho humano:
Y viendo entre los rayos del acero
El tierno rosicler del dia cercano,
"Ya, dice, oh gran Serpilo, hace el alba
Al dia, y á esta dormida gente salva.

Ya basta el venturoso estrago hecho,
Y victorias que el cielo nos ha dado,
La honra toda es tuya, sea el provecho
Mio en que no violentes mas el hado:
Este luciente yelmo, que del lecho
Quité á un muerto enemigo, he reservado,
Para que sus pomposas plumas sean
Alas en que volar tus glorias vean.

Solo este para tí codicié en cuanto
Oro y plata encontré del enemigo:
Toma, oh Serpilo, y vamos, que ya el manto
Estrellado, que ha sido fiel testigo
De tu braveza, entre el nocturno espanto
Sus broches de oro esconde: toma, amigo,
Y por este encubierto valle huyamos,
Antes que lo hecho con la luz perdamos."

Dijo, y Serpilo, "oh gloria, le responde,
De tus mayores, y honra de la mia,
Yo tambien otro don codicié, donde
Uno entre libros sin temor dormia:
Un arco bello, cuya aljaba esconde
Cien flechas entre nacar y ataujía,
Que luego que le ví, el robusto oficio
De tu caza le di por ejercicio.

Y con el gusto de quitar la vida
Á otros que estaban en la misma tienda,
El alma en tantas muertes repartida
De traerte se olvidó la rica prenda:
Mas tuya es, y ha de ser; aquí escondida
Tu persona se esté, y aquí me atienda,
Que junto aquel hogar que allí blanquea
La prenda está que darte amor desea."

Dijo, y sin ser á detenerlo parte
Los ruegos del amigo, que adivina
Sus malogrados fines, dél se parte,
Y por el infeliz arco camina:
Ó fuese nuevo ardor del duro Marte,
Ó Apolo, que vengar la alma divina
De su poeta quisiese, ó que ya el hado
Al fin habia de su virtud llegado;

El breve tiempo que duró esperalle
En el puesto, sobre él dió de repente
Argildos, que á correr salia el valle
Con una escuadra de lucida gente:
Dióle al amor la noche, y quiso dalle
Á Marte el alba, y en ginete ardiente
Recorriendo las postas de las velas
Venia por las nocturnas centinelas.

Vieron á Celedon, que al corto abrigo
De una encina trataba de esconderse,
Donde esperando á su imprudente amigo
Amor pudo obligarle á detenerse:
Cércale el español bando enemigo,
De quien él por huir y defenderse
Gallardos golpes con su alfanje hace,
Su vida ampara, y su honra satisface.

Trebonio fue el primero que atrevido
Llegó pidiendo el nombre, el pueblo y gente
Del victorioso moro, y aturdido
Á sus pies le arrojó un golpe valiente:
Mas ¿qué te vale, oh mísero, el cumplido
Brazo y esfuerzo de tu pecho ardiente,
Si al tejido escuadron que se abalanza,
Ni el firme escudo, ni el alfanje alcanza?

Ya el gallardo mancebo en sangre tinto
Con las varias heridas tenia el suelo,
Cuando el vano Serpilo en el distinto
Rumor las señas vió de su recelo;
Que victorioso en tachonado cinto
La rica aljaba de arrogante vuelo
Le bajaba á los hombros, y en la mano
El arco duro hacia gemir ufano.

Suspendió el paso y el medroso pecho,
No de su riesgo, mas del caro amigo,
Atenta y triste centinela hecho,
Puesto al tronco de un árbol por abrigo:
Conoce á Celedon, y el sin provecho
Brio de sola su bondad testigo,
Con que en confusa brega se revuelve,
Y diez por cada golpe juntos vuelve.

Y él con las nuevas flechas que traía,
Encorvando sobre una el arco duro,
Al confuso escuadron diestro la envia
Desde el hueco troncon del roble oscuro:
Acertó á Breño, y el reciente dia
Que iba naciendo por el aire puro
De los ojos le esconde, y en las sienes
Clavada le hace dar ciegos vaivenes.

Vuélvense todos á la oculta parte
Que la homicida flecha trajo el vuelo,
Buscando á tiento el encubierto Marte,
Cuando otra por el mismo paralelo
De la tirante y firme cuerda parte,
Y al medroso Blodon, que con recelo
Gritaba, "¿quién tiró?" la punta aguda
Su voz clavó, y dejó su lengua muda.

Argildos, que de afuera entretenido
En ver pelear el fuerte moro estaba,
De su gallardo aliento conmovido
Guarecerle la vida deseaba:
Mas por los nuevos tiros ofendido,
El alma vuelta de piadosa en brava,
"Matalde, dice, y vénguese en su pecho
El grave daño por su causa hecho."

Y un frio venablo que en la mano tiene
Con tal destreza al firme pecho arroja,
Que ni el grabado escudo le detiene,
Ni de su peto la acerada hoja:
Cual destroncado toro á tierra viene
Con la parda asta, ya en su sangre roja:
Su amigo que caido le vió en tierra,
Furioso salta á descubierta guerra.

"Yo, yo, dice, yo soy quien hizo el daño:
Teneos, que nada os debe ese inocente;
Yo el autor fuí del riesgo y mal tamaño,
Y del sangriento estrago en vuestra gente;
Yo la ocasion tracé, yo urdí el engaño,
Yo soy quien os hacia la guerra ausente:
Él nada os debe, el cielo me es testigo,
Sino es el ser de un desdichado amigo."

Dijo, y lanzando el arco por el suelo
Furioso su sangriento alfanje saca,
Y con desesperado brio el zelo
Venga de su amistad, y su ira aplaca;
Y á Salmino, y Parolo, que á su vuelo
Delante halló por resistencia flaca,
Uno en el muslo herido, otro en el brazo,
Libre el paso le dieron de embarazo.

Y á ser de su mortal rigor testigo
Á pesar de mil puntas llega, y mira
El peligroso golpe, el enemigo
Dardo, y del firme heróico brazo la ira:
Y viendo así morir su caro amigo,
De rabia brama, y de dolor suspira,
Y el desangrado moro en habla breve
Á que se salve así le alienta y mueve:

"Huye, amigo, de aquí, huye ligero,
Mientras muriendo yo salvo tu vida;
Dame este dulce bien por el postrero,
Y no hallaré la muerte desabrida:
Y cuando haya ocasion, ó por dinero,
Ó por sangre en mejor sazon vertida,
Á mi afligida madre el cuerpo lleva,
Y á ser su nuevo amor el mio te mueva."

Dijo, mas ni el dolor, ni los contrarios
Lugar le dan de responder al moro,
Que de heridas y golpes temerarios
Sobre él descarga un martillar sonoro:
Parece al recebir los tiros varios
En coso estrecho jarretado toro,
Y en el herir y acometer gallardo
En escombrada plaza suelto pardo.

Á este hiere, aquel da, y al otro acierta
En revuelto y confuso torbellino:
Mató á Cerdan, hirió de un golpe á Berta,
Luchador diestro aquel, y este adivino:
Y ya el amigo y la esperanza muerta,
Aunque á su real pudiera abrir camino,
Y salvarse, no quiso, mas el lado
Muerto guarda, que vivo habia guardado,

Hasta que á golpes y dolor deshecho
El noble corazon del moro fuerte,
Pasado de un cruel venablo el pecho
Mas fiel que amor tocó, ni hirió la muerte;
Ya sin aliento ni armas de provecho,
Cerrando el curso de la humana suerte,
Y haciendo al mundo de su fe testigo,
Sin vida dió á los pies del muerto amigo.

¡Oh heróico ejemplo de amistad divina,
Aunque en bárbaros pechos descubierta:
Si de mis nuevos versos la adivina
Virtud del todo en mí no ha sido incierta,
Jamas el tiempo, que inmortal camina,
Del ciego olvido te verá cubierta,
Antes de siglos y años vencedora
Tu fama irá como tu sangre ahora!

CANTO VIII.

ARGUMENTO.

Muerte de Cardiloro, y fin de la aventura de Argildos y Florinda.

En tanto el nuevo amante Cardiloro
Impaciente en sus gustos y alterado,
Del ya vecino sol los rayos de oro
Presentes mira, y aborrece airado;
Que de tinieblas hecho su tesoro,
Cuanto con la luz ve le causa enfado,
Y entre esperanzas un deseo fuerte,
Es lucha de la vida con la muerte.

Llegóse al fin el tiempo, y prevenido,
Como prudente y recatado amante,
De suficiente escala, y de escondido
Recato, y armas, y ánimo bastante;
Con un cristiano page el mas querido,
De fe mas sana, y pecho mas constante,
Dos breves horas antes del concierto
De la noche infeliz salió encubierto.

Comenzó el campo moro el nuevo asalto
Con que él hiciese el robo mas seguro,
Que el torpe miedo y ciego sobresalto
La vista turban mas que el aire oscuro:
Comenzóse la grita: él, puesta en alto
La escala, abierto de Sansueña el muro,
Vió la ventana donde amor le envia,
Puerta á su gloria, y sol antes del dia.

La bella amante súbito engañada
Con las dulces memorias de su esposo,
Del son de Marte y del amor turbada,
Del pagecillo, y de su hablar medroso,
La alta escala bajó, y fue disfrazada,
Haciendo el traje moro mas airoso,
Si las tinieblas consintieran vello,
Del gallardo ademán el bulto bello,

Con solo un cofrecillo en que traía
Lo mas precioso de sus joyas puesto;
Y viendo que el rumor de armas crecia,
Con paso apresurado y descompuesto,
Dando á entender el moro que huía
No el miedo de la gente, sino el puesto,
Comenzó á desviarse por el llano
Del muro hácia el ejército cristiano.

Viene todo en las armas encubierto
Para no ser de nadie conocido,
Y el page astuto con sagaz concierto
Á cualquier lance impuesto y prevenido:
Y poco á poco por el campo abierto,
En son de huir la gente y el ruido,
Llevar queria la dama á una espesura,
Donde estuviese del tropel segura;

Cuando el moro infeliz que iba delante,
Haciendo franco el paso con la espada,
Ciego dió en una escuadra, á la importante
Defensa de aquel paso diputada:
Y sin volver el nombre el vano amante,
De veinte su persona rodeada,
Por mil partes le hieren, y por una
Á la muerte abrió puerta su fortuna.

Entre el izquierdo brazo, y la loriga,
Una encubierta punta desmandada
Tan dulcemente entró, que sin fatiga
Del cuerpo cortó al alma la lazada:
Cayó el moro, y tras él la dulce amiga
Del capitan cristiano desmayada,
Con el engaño de tener por cierto
Que no era el moro, mas su esposo el muerto.

Fue á tiempo el darle muerte á Cardiloro
Que el montañés llegaba alborotado,
Por ver del repentino asalto moro
El que él iba á hacer anticipado:
Y oyendo de las armas el sonoro
Ruido ir en aumento recatado,
Con una oculta escuadra de Guzmanes
Venia á requerir sus capitanes.

Venia tambien á hacer secreta guarda
Al balcon de oro, de su gloria puerta,
Cuando muerto vió al moro, y la gallarda
Dama á su lado desmayada, y muerta:
No conoció su luz, ni á verla aguarda
De la amorosa suspension despierta,
Mas en su amor el alma divertida,
La que buscando va deja perdida.

Creyó que fuese alguna dama mora
Del que á desgracia han muerto en la contienda,
Y ella, y el page que cabe ella llora,
Presos manda llevarlos á su tienda:
Y tras el bien que deja, y el que adora,
Con su escuadra tomó una estrecha senda
Que á la torre va á dar, donde su gente
Ya culpándole está de negligente.

Va buscando la gloria que ya tuvo
Caida ante sus pies sin conocella,
Cuando la culpa de perderla estuvo
En no llegarse como pudo á vella:
Mas ¿quién lo advierte todo, ó en quién hubo
Tan sábia prevencion, que pueda en ella
Medir las ocasiones, y en ninguna
Perder lance á las vueltas de fortuna?

No hay descuido en amor que no se pague,
Ó sea el cobrar remiso, ó sea contado,
Ni estado tan feliz que no lo estrague
El desman de un suceso no pensado;
Que si da la fortuna antes que amague,
¿Qué escudo bastará á su golpe airado?
Fue á dar con el balcon el godo tierno,
Y en vez de alegre gloria halló el infierno.

Vió escalado su muro, y puesto fuego
Ya por allí al balcon resplandeciente,
Y que en tropel confuso y furor ciego
Por él entraba la morisca gente:
Y un soberbio jayan, de nacion griego,
Señor de Negroponto, puesto en frente,
Que da favor y fuego á los de arriba,
Y á voces el combate y cerco aviva.

Reverberan las llamas en las hojas
Del arnés limpio de bruñido acero,
Y el aire oscuro con vislumbres rojas
Al jayan vuelve mas horrible y fiero:
Crece el rumor, el fuego, y las congojas
En el dorado alcazar, y él entero
Con su furor el gran teson sustenta,
Y á todos golpes da, y armas presenta;

Cual tal vez cabe un risco cavernoso
De negra escama pálido serpiente,
Que en renovadas conchas poderoso
Muestra la cresta azul resplandeciente,
Y si del fuego que hizo el perezoso
Gañan junto á su cueva el calor siente,
Saltando á él sin que temor le ocupe,
Tres lenguas silba, y la ponzoña escupe;

Quedó el amante de la dama bella,
Que en salvo puesta sin pensar tenia,
Viendo la escala, y que el jayan sobre ella
La torre con su gente entrado habia;
Suspensa el alma, alborotado en vella,
Y en vario discurrir la fantasía,
Dándole vuelta á su pesar la suerte
En tormento el placer, la vida en muerte.

Así tal vez villano entretenido
En acechar de una perdiz medrosa
Para hallarla de noche el caro nido,
Si al extender la mano codiciosa
Al escorpion tocó que la ha comido,
Atrás rehuye, y con la temerosa
Luz de sus vivos ojos ve el engaño
Del riesgo suyo, y del ageno daño:

Tal de Velasco la nobleza antigua
Suspensa se quedó, viendo al gigante
Como nocturna y lóbrega estantigua
Entre el humo y el fuego resonante,
Y del confuso vulgo y gente ambigua
El tropel ciego y el furor bastante
Á tomar la ciudad; mas en un punto
El miedo y suspension se acabó junto.

Y como el que en los brazos de Morfeo
Se sueña de un leon fiero asaltado,
Que, despierto, en el bosque Dodoneo
Le ve sobre algun risco encaramado:
Hallando ser verdad el devaneo
Del sueño, sale á él alborotado,
Trocada en riesgo la apacible caza,
Y con la fiera y su furor se abraza;

De tal manera Argildos, viendo el paso
Á que sus cosas trajo la ventura,
Furioso hácia el gigante Radagaso
Sale, amparado de la noche oscura:
Y antes que el feroz moro sienta el caso,
Un reves le alcanzó por la cintura
Que le hizo dar de manos, y le hiciera
Dos, si el filo al cortar no se torciera.

Saltó el gigante cual dragon herido
Del duro cesped que arrojó el villano,
Y al tierno amante en fuego convertido
Del mismo en que arde el torreon cristiano
La respuesta volvió con tal ruido,
Que acertando en el yelmo sonó el llano,
Como si por socorro en ver que se arda
La torre disparára una lombarda.

El español, que dos deidades juntas
Honra y amor le hierven en el pecho,
Una tras otra hiere de dos puntas
Al que su gloria puso en tal estrecho:
Que del fornido acero por las juntas,
Lago de roja sangre dieron hecho
El antes verde prado, cuyas flores
Muertes respiran, y solian amores.

Al recibir el moro la una herida,
Otra al bravo leonés le dió en un brazo,
Que, aunque sin daño y riesgo de la vida,
De acero y carne le llevó un pedazo:
Y dando y recibiendo una avenida
Y tempestad de golpes, hizo el plazo
De su vida mas breve un altibajo,
Que un brazo al rey de Ponto le echó abajo.

Mas, como si la fuerza se pasara
Del destroncado brazo al brazo vivo,
Así con nueva fuerza da y repara
Golpes á su contrario el Griego altivo:
En esto el fuego con su rubia cara,
Para hacer el combate mas esquivo,
Apoderado del dorado techo,
Con su costoso daño hacia provecho.

Y la española escuadra que venia
Por guarda del hermano de Tibalte,
Y en ciega tropa arremetido habia,
Cubriendo el campo de sangriento esmalte,
Mezclada entre los bárbaros subia
Por la alta escala, haciendo que no falte
Quien con la sangre mora no pequeña
Parte apague del fuego de Sansueña.

De el son confuso el resonar valiente,
Y de la llama el rechinar sonoro,
Asombró al pueblo, que tenia su gente
Segura por allí de el campo moro.
Caen almenas, y vuela en brasa ardiente
La ancha techumbre de artesones de oro;
Y de gruesas colunas jaspes varios
Tristes sepulcros dan á sus contrarios.

Hizo el fuego las señas con sus llamas,
Y acudió á aquella parte el furor todo,
Los unos á perder vidas y famas,
Y otros á hallarlas por el mismo modo:
Al fin, del ciego bosque entre las ramas
Del asturiano campo y pueblo moro
Lo mejor se juntó, y duró el rebato
De la confusa noche el mayor rato.

Murieron muchos de una y otra parte
En la confusa bárbara refriega,
Á unos dando el rendido baluarte
Muerte comun y sepultura ciega,
Á otros la espada del sangriento Marte
Los vendimia en agraz, y en flor los siega
Por varios trances, que el morir es cosa
De todas la mas cierta, y mas dudosa.

Argildos ya, despues que á Radagaso
Con gallardo esgrimir quitó la vida,
Y á Arganda, un moro capitan, de paso
Cabeza y pecho abrió de una herida;
En compañía del prudente Eraso,
Que una escuadra á sus pies tenia rendida
De alarbes berberiscos, que en España
La gente fue de mas corage y saña;

Ganando el paso de la escala y muro
Á costa de su sangre y de la agena,
El amante subió libre y seguro
Á ver su gloria, y á hallar su pena:
Que entre el negro carbon del humo oscuro
Á vueltas de otros tristes llantos suena
Que Florinda murió, ó es cosa cierta
Que está cautiva y presa, si no es muerta.

Creese que consumida de la llama
Entre carbones de oro es ya ceniza,
Y que de su valor sola la fama
Viva ha dejado la sangrienta riza;
Porque el oculto cuarto de la dama
Puerta fue del asalto, y la postiza
Escala su balcon, y el mauro fiero
En ella ejecutó el furor primero.

Llegó la fama ya verificada
Con bastantes indicios al amante,
Que de dolor el alma traspasada
Quedó á una muerta estatua semejante;
Como el preso sin culpa, que ya dada
En su causa sentencia, ve delante
El verdugo que á darle muerte viene,
Cuando por libre en su opinion se tiene.

Tal quedó Argildos, que un morisco pudo
De un golpe echarlo desde el muro al suelo,
Que ni para la espada ni el escudo
Fuerza dejó ni brio el mortal hielo:
Dado de pena en la garganta un nudo,
Caido el corazon, y el desconsuelo
Mayor que tal desgracia se atribuya,
Ó á poco amor, ó á negligencia suya.

Quiso darse la muerte con su espada,
Ó dejarse matar de un enemigo,
Si no fuera en su honor, ó en su pasada
Culpa un breve morir corto castigo:
Mas esto, y la esperanza amortiguada
Aun no muerta del todo, abrió un postigo,
Por donde entró una furia de tal modo,
Que pensó hundirlo en su venganza todo.

Tocaba á recoger el campo moro,
Viendo engrosado mas que convenia
El asalto que el mozo Cardiloro
Sin justa causa comenzado habia;
Cuando el valiente Argildos, al sonoro
Rumor de los clarines, revolvia
Á hacer cruel venganza y escarmiento
De la triste ocasion de su tormento.

Y aunque cubierto del nocturno luto,
Y de tinieblas lóbregas revuelto,
Al rayo de su espada el campo bruto
En un confuso infierno quedó vuelto:
Cogiendo en negra sangre horrible fruto
Del rabioso dolor en que va envuelto,
Dando golpes á ciegas, que de dia
Tendrá bien que contar la pluma mia.

En tanto la afligida hermosa dama,
Ya persuadida que es su esposo el muerto,
Con los perdidos lustres de su fama
En el trazado fin de su concierto,
El pecho ardiendo en amorosa llama,
Su amor llora perdido, y descubierto,
Sin sombra ni apariencia de disculpa,
Que encubrir pueda ó disculpar su culpa.

Al ciego amparo de un rincon oscuro
De la tienda, que fuera cielo claro
Á saber cuya era, y cuan seguro
Allí tenian sus males el reparo,
Con llanto amargo, que un peñasco duro
Tierno hiciera en su triste desamparo,
Asi de sus dos manos hecho un nudo
Quejas al cielo da en lenguaje mudo.

"¡Oh cielo que ya tienes el tesoro
Cuya memoria un pecho enriquecia,
Y á mí en triste ocasion de eterno lloro
Para nunca haber fin la pena mia!
Si del sol que perdí, y perdido adoro,
Ya en tu horizonte amaneció su dia,
Y mi alma, que es sin él noche profunda,
Jamas espera ver su luz segunda,

¿Por qué en este desvan lóbrego y triste,
Para solo llorar desgracias hecho,
Quedar penando el cuerpo permitiste,
Que es sin su vida de ningun provecho?
Las vislumbres del gusto con que diste
Mas dulce al alma el nudo, y mas estrecho,
¿Dónde se fueron á volver estrellas,
Llevándose mi bien volando en ellas?

¡Ay tierno esposo! ¡nombre regalado,
A quien yo por mi mano di la muerte!
¡Cruel piedad! ¡concierto desdichado,
Debajo el dulce fin de complacerte!
¡Inconstante fortuna! ¡adverso hado!
¡Menguada hora de infelice suerte,
Que tantos juntos abracé conmigo,
Para solo quitarme un dulce amigo!

¡Alma dichosa, que en amor ardiendo
Sobre tu mismo fuego te levantas,
Y ya campos de gloria van midiendo
De tus pies santos las divinas plantas,
Mientras del tercer globo estás cogiendo,
Entre sus rosas y azucenas santas,
Los castos pensamientos en que tuve
La fe sembrada que en tu ley mantuve!

Vuelve los ojos, mira el sacrificio
Que ahora á tu deidad hacer espero,
Que vivir fuera yo de tu servicio
Ni puedo ya, ni aunque pudiese quiero:
El alma en ir tras tí hace su oficio,
Y yo el mio en morir, pues por tí muero;
Acoge ahora esta piadosa ofrenda,
Que el dolor sana, y el honor remienda.

Y el cielo justo, pues que lo es, ordene,
Que en honra de un amor y fe tan pura,
Lo que apartados al morir nos tiene,
Muertos nos junte en una sepultura."
Dijo, y toda turbada en ver que viene
La infeliz hora de la muerte oscura,
Resuelta ya en tomarla en cualquier via
Antes que asome con su lumbre el dia;

Con varias trazas considera el modo
Mas facil de matarse, y mas honesto,
Antes que haga por el campo todo
La fama el primer yerro manifiesto:
Al fin, con pecho real y ánimo godo
Entera en su memoria halló puesto
El camino mejor, mas breve y llano,
En tomar un veneno de su mano.

Acuérdase que en guarda y fiel recato
Le dió su anciano padre un pomo de oro
De mortal confeccion, con que un ingrato
Indio, por órden de un esclavo moro,
Matarle quiso, y descubierto el trato
Los quemó vivos, y el mortal tesoro
Ella por mas guardado y mas recluso,
Entre sus joyas sin pensar le puso;

Y que en el rico cofre que allí viene
Su desgracia le puso, ó su ventura;
Y así vuelta ya alegre en ver que tiene
Tan vecina la muerte y tan segura,
Ni perpleja ni en duda se detiene:
Tómale, y al buscar la cerradura
Halla menos la llave, que al ruido
Allá se le olvidó, ó se le ha perdido.

Vuelve cuitada á su primer congoja,
Y tanto el cofre aquí y allí revuelve,
Que el acero, sin ver cómo, se afloja,
Y abierto á su primer contento vuelve:
Todo quiere que muera, ó se le antoja,
Las joyas saca á tiento, y las desvuelve,
Hasta que á hallar al fin entre ellas viene
La que la muerte en fiel custodia tiene.

Mas como oscuro está, ni acierta á abrilla,
Ni su artificio sabe, ni lo entiende,
Y asi llorando dice: "¡oh gran mancilla,
Que tan cara la muerte se me vende,
Que ni buscalla basta, ni seguilla!
De mí se esconde sola, y se defiende:
¡Que es posible que ordene el cielo justo,
Que aun no alcance el morir porque es mi gusto!

¡Oh como tiene el corazon humano
Vislumbres ciertas de saber divino!
¡Cuantas veces me dijo el miedo en vano
Que era lo que intentaba desatino!
¡El huir de mí sin me tocar la mano,
El no me hablar palabra en el camino,
Todo era igual congoja y agonía,
Que á ambos un triste fin nos prometia!"

Esto entre sí decia, revolviendo
La muerte aquí y allí, cuando en las manos
Cierto licor sintió, ¡suceso horrendo!
Que sin mas consultar temores vanos,
Cierta ya que el veneno iba saliendo,
Llegó la boca y labios soberanos
Para beber por ellos lo que cupo
Al corazon mas fiel que el mundo supo.

Y apenas el licor pasó la boca,
Cuando quedó la dama sin sentido,
Tal que mirarla á lástima provoca,
Y dejá al mas cruel enternecido:
Ó muerta, ó, si no muerta, con tan poca
Esperanza de vida, que perdido
Ya el sentimiento, en lágrimas cubierta,
Desde ese punto se contó por muerta.

Ya en esto del color de la azucena,
De aljofar lleno el manto de brocado,
Cercada el alba de una luz serena
De oriente entraba en el balcon dorado;
Cuando de sobresaltos y de pena
El noble Argildos vuelve acompañado
Con rostro triste, y paso perezoso,
Ni vencido, ni alegre victorioso.

Como tal vez sobre los bosques de Ida
Soberbio toro vuelve á su manada,
Sin traer consigo al pasto la querida
Novilla que á traicion le fue robada,
Que el paso lento, la cerviz caida,
La piel en sangre y en sudor bañada,
Al cielo á cada paso vuelto brama,
De amor se queja, y su becerra llama;

Así el valiente Godo se retira,
Vuelto ya el campo á su primer concierto,
De congojas cercado, ardiendo en ira,
De triste luto el corazon cubierto,
De sombras lleno cuanto en torno mira,
Al dolor vivo, á la esperanza muerto,
Y á su real tienda llega, cuando el dia
Á ver lo que el asalto obró salia.

Halló á la puerta en hábito de moro
Al cautivo Roselio envuelto en llanto,
El page con quien hizo Cardiloro
El enredo que á todos costó tanto:
Miróle Argildos, y en la nieve y oro
De su rostro y cabello, cuerpo y manto,
Vió al natural á su Florinda bella,
Y fue admirado á arrodillarse ante ella.

Creyó que, como estaba concertado,
En hábito morisco habia salido,
En el de page el de mujer trocado
Por mas ligero, y menos conocido:
Mas cuando de mas cerca vió burlado
Su antojo, y ser de veras ha entendido
Hombre en el habla, y diferente el trato
De aquella de quien es vivo retrato;

Volvió otra vez á su dolor primero,
Aunque con nueva admiracion y espanto,
En ver aquel gallardo prisionero,
Que á su Florinda se parezca tanto:
Dióle razon del caso un escudero,
Diciéndole: "señor, á noche, en tanto
Que el asalto duró, el capitan Bueso
Trajo una mora, y á este moro preso.

La mora en tristes lágrimas metida
Allá dentro, y el moro en este prado,
Llorando están la libertad perdida,
Y la nueva afliccion del triste estado."
Dijo, y Argildos la alma divertida,
La vista, el sentimiento, y el cuidado
En su primer dolor, apenas siente
La breve cuenta de su leal sirviente.

Y de congoja y sobresaltos lleno,
Ni á esto, ni á aquello atiende ni repara,
Entrándose en la tienda cuando el freno
Del sol asoma con su lumbre clara;
Dándole luz bastante el dia sereno
Para ver la belleza al mundo rara,
Que la ventura ya quiere que vea,
Sin saber como, ni por donde sea.

Como tal vez el labrador cansado
De buscar el novillo que ha perdido,
En quien todo el caudal tiene empleado
De las pobres cosechas de su ejido,
Entra bajando el monte descuidado
Á una cueva sin luz, y allí escondido
Acaso se halla entre las ollas de oro
De un antiguo y riquísimo tesoro;

Así el tierno amador, con los temores
Que su imaginacion triste le ofrece,
Sin pensar encontró los resplandores
Del tesoro mayor que le enriquece:
De su bella Florinda vió las flores
Con que de nuevo ya su amor florece,
Á un rincon de la tienda desmayada,
Toda de joyas y beldad cercada.

Danae quizá, cuando entre lluvias de oro
Bajó á su lecho celestial riqueza,
Tuvo en sus faldas otro igual tesoro,
Mas en su rostro no otra igual belleza.
"¡Oh soberano cielo en quien adoro!
(Dijo el godo, aun no libre de tristeza)
¿Anda fortuna haciendo devaneos
Entre su ciego antojo, y mis deseos?

¿No es este el bello sol que mi alma alumbra?
¿Este no es su retrato verdadero?
¿Es sueño, ó sombra, ó luz que me deslumbra?
¿Ó la fingida imagen por quien muero?
¿Ó es la imaginacion con que acostumbra
Pintar la gloria amor, que sigo y quiero
Para volverme con deseos loco
Del mismo gusto y bien que veo y toco?

¿Hase quebrado en dos el limpio espejo
En quien solia mirarse la hermosura,
Que tan por un nivel, tan por parejo,
Se muestra en dos mitades su figura?"
Así dijo, y con ánimo perplejo
En el secreto de la enigma oscura
Llegó á la bella dama, y á un pequeño
Moverla le rompió el sabroso sueño.

Despertó sin sentido alborotada,
De sudor y de lágrimas cubierta,
Y en ver su tierno amante mas turbada
Sospecha todavía que está muerta:
Hasta que vuelta en sí, y desengañada,
No que en vana fantasma y sombra incierta
Su esposo está, mas en alegre vida,
En nueva admiracion quedó metida.

Así en la escena trágica aparece,
Al desatarse el nudo y la maraña
En que su alegre ó triste accion fenece,
La antes oculta novedad extraña,
Con que la pena ó la alegría crece,
Que las pasiones mueve, y las engaña,
Poniendo los sucesos diferentes
Admiracion y espanto en los presentes.

¡Extraño caso! en la bujeta de oro
Que el veneno mortífero traía,
La contrayerba del mortal tesoro
Por sí en licor suavísimo tenia:
Que tal fue siempre en esto el uso moro
Dar el remedio donde el mal venia,
Y á la dama tambien su buena suerte,
Hallar la vida por buscar la muerte.

De un frio aspid de Libia soñoliento
La mortal confeccion era amasada,
Y el mitridato por el mismo intento
Durmiendo la dejaba reparada:
Trocó á las cosas la ventura el viento,
Y la afligida dama alborotada
Bebió, por beber muerte en la bebida,
Un dulce sueño que le dió la vida.

Publicóse la nueva venturosa;
Y el amante sagaz, viendo trocada
En ocasion honesta la amorosa,
Que antes viniera á ser grave y pesada,
Al triste alcaide, padre de su diosa,
Que por muerta la tiene, ó por robada,
Aviso envia, y da nueva cumplida
Ya de su libertad, y de su vida.

Vino el anciano capitan gozoso
Al real en grave pompa y aparato,
Resuelto de no ser al valeroso
Godo á tan nuevo beneficio ingrato:
Si él gana hija, que ella gane esposo,
Y el premio todos de un honroso trato,
Trocándose por casos semejantes
En paz la guerra de los dos amantes.

Fue el valeroso alcaide recibido
En real aplauso y majestad decente
De la gallarda dama, y su querido
Amante, y la demas guerrera gente:
Donde luego que vió al recien venido
Preso, en nada á Florinda diferente,
"¡Santo Dios! dijo, ¿qué ventura es esta
En tan notable maravilla puesta?

¿Quién trajo aquí esta nueva hermosura
En jóven tan gallardo, y tan apuesto?
¿Es de claro linaje, ó sangre oscura?
¿Quién me sabrá decir lo que hay en esto?
¿Ó es el que yo dejé en una espesura,
Cuando, en amargo llanto y luto puesto,
La traicion me dejó de un moro ingrato,
Robándome este rostro, ó su retrato?

Decidnos, bello moro, ó fiel cristiano,
Vuestra tierra, nacion, ley, y nobleza,
Á quien el alto cielo dió la mano
Tan abundante en gracia y gentileza."
Así el alcaide dijo, y el lozano
Doncel con nuevas prendas de belleza,
De empacho y sobresalto de quién era,
Turbado respondió desta manera:

"Señor, de mis parientes y linaje
Mas noticia no tengo ni experiencia,
Que haberme desde niño visto page
De Abdalla, rey tirano de Valencia,
De á donde hasta aquí hice un viaje
Por un rodeo lleno de violencia,
Que así, señor, pasó...." y así queria
Decir lo poco que de sí sabia;

Cuando en confusa trápala y ruido
Por la real tienda entraba un moro bravo
De un vulgo y furia popular asido,
Y un valiente caudillo de otro cabo:
Hanle entre los cautivos conocido
Por el rojo Alfaquiz, antiguo esclavo
Del alcaide, y aquel que ahora dijo
Que en una caza le robó á su hijo.

Fue de la arma pasada el desconcierto
De tanto riesgo en el real pagano,
Que hallando lo mejor del campo muerto
El viejo Zumail, moro liviano,
Desesperado huyó, huyó encubierto,
Y el resto se dejó al furor cristiano,
Entre cuyos despojos y tesoro
Raulin prendió al antiguo esclavo moro.

Prendióle, y todo lleno de cuidado
A que del tierno padre en la presencia
El rico hurto descubra, aprisionado
Le trajo en tanta guarda y diligencia:
Quedó de nuevo el campo alborotado....
Mas mientras se sosiega, y dan audiencia
Al nuevo preso, de Bernardo quiero
La luz seguir de su invencible acero.

CANTO IX.

ARGUMENTO.

Bernardo, queriendo libertar á Angélica de un dragon, la sigue por las oscuridades de una cueva, donde se halla enredado en un extraño encantamiento. Proteo le descubre quienes son sus padres: sale de allí vestido de las armas de Aquiles.

Ya despues que con trágico lamento
Fin dió á su historia el español gallardo,
Y deslumbrado en su beldad á tiento
Se entró tras una corza el gran Bernardo
Por la incógnita selva, en el aliento
Y ligereza que un dispuesto pardo,
Cuando en la Libia la hambre le persigue,
Y un lobo por las breñas de Atlas sigue:

De las ásperas quiebras de la sierra
Corrido un no pequeño trecho habia,
Cuando abrirse de lejos vió la tierra
Que en tumbo hinchado sobre el mar caía,
Y al negro abismo que su vientre encierra
Arrojarse la luz tras quien venia:
Admiróle el suceso, y fué con nueva
Curiosidad á entrarse por la cueva,

Cuando en el verde suelo vió caida
La hermosura de Angélica, y sobre ella
Una enroscada sierpe, que atrevida
En sus artejos quiere deshacella:
Aquella beldad misma que su vida
En aire oscuro vió cual clara estrella,
La noche que á Orimandro en su presencia
Su luz arrebató maga violencia.

Admiróse el mancebo, y condolido
De la ingrata belleza, aquella espada
Que ella por mas favor le habia ceñido,
A volver por sus causas obligada,
Bravo sacó, y con ánimo atrevido
Corre á librar la dama desmayada,
Que el dragon en la boca se la lleva
Por las entrañas de la oscura cueva.

Entró tras él el animoso Infante
Al sordo estruendo de la sierpe horrible,
Sintiendo detenerse por delante
De un fuerte y singular brazo invencible;
Hasta que en fuerza y ánimo constante
Vencido de la máquina terrible
El importuno estorbo en son horrendo
Fue por el negro sótano cayendo.

Piensa que haya bajado hasta el profundo,
Segun las vueltas y traspies que ha dado,
Cuando de nuevo se halló en el mundo
Con dos gigantes sobre un fresco prado,
Que el uno ha muerto el animal inmundo,
Y el otro por el oro ensortijado
Del hermoso cabello á toda priesa
La Angélica beldad se lleva presa.

"Deten, negra fantasma," el jóven grita,
Y tras él sale á remediar el caso,
Cuando el otro jayan le ataja y quita
Con firme maza el importante paso:
Tal, que si el primer golpe no le evita
Un salto atrás en aquel campo raso,
Contra el valor de los eternos astros
De su muerte quedáran tristes rastros.

Cobró el invicto Montañés sosiego,
Vencido aquel fantástico enemigo,
Y á dar alcance y guerra corre luego
Al que se lleva á Angélica consigo:
Vióla entrar por la llama de un gran fuego,
Y sin buscar mas puerta ni postigo
Tras él se entró, que á quien honor pretende,
Ni el fuego espanta, ni el temor le ofende.

Así el fuego se cuenta que en su esfera
Es con su tibia luz tan perezoso,
Que aun no llega á esponjar la blanda cera,
Ni á ser mas que un vapor claro y lustroso:
Pasó libre la luz que reverbera,
Y hallóse en un sepulcro tenebroso,
Que en una oscura tumba parecia
Al débil rayo de un farol que ardia.

Rondaba en torno dél un cuerpo muerto,
Negra fantasma, ó sombra descarnada.
Quedó pasmado, y el cabello yerto,
Suspenso el paso, y la color mudada:
Hasta que reportado: "oh, tú, encubierto
Cadáver, dijo, dime en voz prestada,
Si no la tienes propia, por cuál cueva
Un jayan bruto preso un ángel lleva."

Juzgó que en las honrosas pretensiones
Del ir tras la virtud, es caso indino
Pensar que aun á los muertos las razones
Falten para mostrar senda y camino:
Ni que puedan fingidas ilusiones
Torcer el curso del saber divino,
Que á cada vida tiene, y cada hado,
El punto fijo y centro señalado.

Esto á pedir con libertad le obliga
Al carcomido bulto luz bastante
Del huido jayan, y él con amiga
Caricia le adestró con ir delante,
Pidiéndole por señas que le siga
Por un hundido sótano distante,
Que secas las arterias y pulmones
Aire le falta en que formar razones.

Fueron bajando un caracol difuso
Al rayo de la lámpara de fuera,
Que en aire negro, y cóncavo confuso,
Con luz dudosa y tibia reverbera;
Hasta que de los pies las plantas puso
De un negro rio profundo en la ribera,
Que con ronco furor de peña en peña
Por sus hondas cavernas se despeña.

Un pequeño batel puesto á la orilla
Está entre cañas y ovas zabordando,
Donde aquella mortal sombra amarilla
Se entró, al ilustre jóven convidando:
Notable y nunca oida maravilla,
Que obedeciéndole él, y ella bogando
Por los despeñaderos de aquel rio,
Mas recio va que el agua su navío.

Cercado de figuras temerosas,
Que á la luz se descubren, que levanta
El oro de las sierpes escamosas,
Que con su horrible centellear espanta:
Y sobre negras ondas espumosas
El frágil leño al centro se adelanta,
Donde la luna sus mudanzas mide,
La noche reina, y el horror preside.

Así en el requemado Flegetonte
La barca de la muerte, y su barquero,
Temple á las almas muda, y horizonte,
De un claro mundo, á un espantoso y fiero:
Y Alcides cuando entró por Aqueronte
Á enlazar las gargantas del Cerbero,
Así en el débil leño á todo vuelo
Los límites feroz pasó del suelo.

Sintió en el sosegado movimiento
Del temeroso viento denegrido,
Haber ya hecho la barquilla asiento,
Ó en agua mansa, ó puerto conocido:
Buscó el piloto por el barco á tiento,
Y, viendo que se le ha desvanecido,
Causóle horror, que en golfo tan esquivo
Aun hace un muerto compañía de vivo.

Hiere á una parte y otra con la espada,
Y en el fondo del agua con los remos,
Y ni halla de aquí ni de allí nada,
Ni al rio corriente, ni al remanso extremos:
Solo de horribles sierpes ve cuajada
La negra espuma, como ver solemos
Con el presto relámpago que embiste
Los pardos bultos de la noche triste.

Así el menudo centellar que sale
De las sierpes al agua, y los dragones,
Solo con sus vislumbres tristes vale
Para aumentar del miedo las pasiones,
Haciendo que un temor á otro se iguale,
Las negras sombras, y húmidas visiones,
Con el espanto del lugar horrible,
Bastante prueba á un ánimo invencible.

El valeroso jóven, que se halla
Ni bien en este ni en el otro mundo,
Sin guia, senda ni luz, ni en que buscalla
En el herviente lago y golfo inmundo,
Que ni su barca sabe gobernalla,
Ni cómo vadear el rio profundo,
De un bordo en otro en vano se fatiga
Buscando el puerto ó la ribera amiga.

"Sin duda, dice, el cielo me ha traido
Por alguna soberbia culpa mia,
Donde en eterna noche confundido
Con el miedo ande siempre en compañia:
Mas si en esta caverna y lago hundido
Mi nombre ha de quedar, y aqui me guia
El mal dispuesto influjo de mi estrella
Á morir sin por qué tan mozo en ella;

Deme un famoso brazo con quien pueda
Quedar como quien soy de un golpe honrado,
Que no es gran cosa hacer la fatal rueda
Que un hombre, si es mortal, muera ahogado:
Y si algun tiempo por vivir me queda,
Tampoco es bien pasarlo aquí encerrado:
De cualquier suerte quiero ver si puedo
Destas cuevas romper el ciego enredo."

Dijo, y con ambos remos presuroso
Boga á buscar el fin de la laguna,
Y sin tomar aliento ni reposo
Se cansa en vano sin mudanza alguna:
Parécele que vuela mas furioso
Su barco que la esfera de la luna,
Y no se mueve mas, ni da mas paso,
Que en Tesalia las cumbres del Parnaso.

Y así en silencio y suspension callada
Todo permaneció hasta el nuevo dia,
Que un rayo entró de luz amortiguada,
Por donde un muro sin pensar se abria:
Y en una hermosa sala matizada
De oro precioso, y varia pedrería,
Sobre una rica cama de brocado
Con sus congojas se halló embarcado.

Vió que eran los dragones y serpientes,
Que antes le perturbaban con vislumbres
De oro y preciosas piedras trasparentes,
Que á la cuadra enlazaban las techumbres:
Las espumas aljófares pendientes
De un rico pabellon alegres lumbres,
Y la barquilla en que iba tan estrecho,
La blanda pluma de un dorado lecho.

Tuvo por sueño todo lo pasado,
Sus temores riendo y su recelo,
Y saltando del lecho apresurado,
Corrió alegre á gozar del claro cielo:
Abrió una puerta de marfil grabado,
Por donde entró la luz, y halló que el suelo
Era todo de un vidrio trasparente,
Como el cerúleo mar resplandeciente,

En que de los tesoros de la sala
Caían unos vivísimos reflejos,
Que en vista y proporcion no les iguala
La industria de los cóncavos espejos,
Siendo serpientes de oro hechas por gala
Los que dragones parecian de lejos,
Fingiendo las vislumbres de un topacio
El contrahecho asombro en el palacio.

Mas, ya saliendo por la eburnea puerta
Tras el sabroso fin del dulce engaño,
Un nuevo mundo vió, á quien da cubierta
Un cielo de agua sin lesion ni daño:
Admiróse de ver que al aire abierta
El ancho mar por artificio extraño
La bellísima bóveda levante
Á la de un claro cielo semejante:

Y que los rayos del dorado Febo,
Que por las cumbres vuelan celestiales,
Con nuevo dia en aquel mundo nuevo
Luz á su nacar den, y á sus corales;
Y en claros visos con sutil relievo
Del mundo así relumbran los cristales,
Que con vislumbres de oro y resplandores
Iris hagan bullir de mil colores.

Entre las aguas los ligeros peces,
Con sesgo movimiento y curso blando,
Por varias partes, y en diversas veces,
Las crespas ondas ir se ven cortando;
Y al rubio sol sus escamadas teces,
Como cuerpos opacos relumbrando,
Su luz en globos lúcidos se cuaja,
Y en contrarios aspectos se baraja.

Así el vulgo sospecha que en el cielo
El sol camina, y vuelan las estrellas,
No asidas, mas cada una en suelto vuelo,
Ó mas bellas en luz, ó menos bellas,
Dando en confuso y suelto enjambre al suelo
Del oro de su lustre las centellas,
Con un eterno curso sin trabajo,
Cual es de un grave cuerpo el irse abajo.

Admiróse de ver la hermosura
Que en claros y argentados arreboles
Por el agua entremete la luz pura,
Tejiendo en ella varios tornasoles;
Y del lustroso nacar la blancura,
Que en conchas y revueltos caracoles
Las aguas crian, y con tez de plata
Sus suelos cubren de beldad barata.

Dase en aquellos campos espaciosos
El rocío en aljófares cuajado,
De balages, jacintos, y lustrosos
Carbuncos y amatistas retocado;
De espejado cristal riscos lustrosos;
Árboles rojos de coral preciado;
De zafiros, crisólitos, topacios
Los montes llenos, muros, y palacios;

Ricas florestas, huertos y jardines,
Con parras de oro y pámpanos de plata,
Rubíes por uvas, perlas por jazmines,
De aljófar argentada cada mata:
Dorados pavos, bellos francolines,
De azules plumas, nieve y escarlata,
Que por las esmeraldas y cristales
Vuelan, y dan vislumbres celestiales.

Así en triángulos da el cristal cuajado
Al encrespar los aires con plumages,
De oro, nacar, azul, verde y morado,
Pomposas sombras, lúcidos follages:
De que el bravo español mas admirado,
Que de los antes lóbregos visages
Del contrahecho barco, y de su dueño,
Piensa que es todo engaño, ó todo sueño.

Y entrando por los campos, no distante
De la ancha puerta, un prado deleitoso
De tiernas flores lleno el radiante
Asiento muestra de un castillo hermoso,
De arquitectura y fábrica elegante,
Aunque de vidrio frágil y lustroso,
Cuyas resplandecientes torres bellas
Con sus follages tocan las estrellas.

Es de la juventud y la hermosura
Tierno albergue el alcázar delicado,
Donde la alma, salud, y su frescura,
La alegre sangre, y el vivir templado,
Vida á su parecer gozan segura,
Si bien de frágil vidrio el real tejado,
Y por vecina una importuna vieja,
Que hora de gusto el suyo no les deja.

Puesto en frontera deste gran palacio,
Sobre una parda carcomida roca,
Otro distante dél no largo espacio,
Las nubes con sus rotas cimbrias toca:
En campo estéril, agostado y lacio,
De oscuros senos, y de vista poca,
Lumbreras cortas, patios mal seguros,
Antiguas torres, y arruinados muros.

Habitan dentro horribles sabandijas,
Necias mugeres, de ánimas voltarias,
Flacas, feas, fantásticas, prolijas,
Frias, falsas, caducas, herbolarias,
De arrugas llenas, callos, y de rijas,
Enfermedades, y apostemas varias,
Por caudillo una vieja así enfadada,
Que á nadie placer da ni gusto en nada,

Toda menor que de la mano al codo,
De enfermedades y de horror cubierta,
Corto el cano cabello, el cuerpo todo
De flacos pliegues lleno, y color muerta,
De raices hecha, y hecha de tal modo,
Que corza no hay tan viva ni despierta,
Águila real, neblí que se abalance,
Á quien no dé su ligereza alcance.

Es la triste vejez de edad cansada
Ligera posta en alcanzar mortales,
Y las brujas de que anda acompañada
Ciega baraja, y confusion de males:
Melancolía, flaqueza, y la pesada
Enfermedad de puntos desiguales,
Tejiendo á vueltas dellas mil engaños
Las edades ladronas de los años.

Todo este infausto campo de enemigos,
Sin dormir noche, ni excusarse dia,
Por las ventanas da, y por los postigos,
Al vidrioso alcázar batería:
Dejando á sus victorias por testigos
La mustia tez, y muerta gallardía,
Que á cada hora lastiman, y con vanos
Escudos se defienden de sus manos.

Dejó admirado al español caudillo
La nueva guerra y desigual batalla,
Viendo pelear con flores del castillo,
Y hacer dellas defensas y muralla:
Y el contrario escuadron, que á resistillo
Peto no basta ni acerada malla,
En diestros tiros, y con maña astuta,
Irreparables golpes le ejecuta.

Vió á Angélica la bella á una ventana,
Por quien tan largo afan tomado habia,
Y que una bada envejecida y cana
Ya por cogerla á su balcon subia:
No aguardó mas, salió en alma lozana
A defender la que á librar venia,
Cuando en ciego tropel y alto alarido
Del sin ley escuadron fue acometido.

Rodeado de fantásticas quimeras,
Horribles gestos, lóbregos visages,
De aquí y de allí le dan de mil maneras
Pesados golpes, bárbaros ultrajes:
No los negros moscones, ni las fieras
Llamas, ni los nocturnos personages,
Por donde allí llegó, ni todo junto,
En tal riesgo le puso, ni en tal punto.

Ni fue con mayor ímpetu asaltado
En venganza de el muerto Polidoro,
De Hécuba y sus mugeres el malvado
Y fiero rey de Tracia hambriento de oro:
Ni Orfeo al pie del Ródope sentado,
Selvas plantando su cantar sonoro,
Herido en mas confuso desatino
De la bacanal turba hirviendo en vino,

Que el tierno jóven del enjambre esquivo,
Que al frágil vidrio con furor contrasta,
Y las bellezas de su muro altivo
Con sordas invisibles limas gasta:
Mas, porque herir su pecho fugitivo
Indigna hazaña sale á su real casta,
Y es bajeza manchar en tan vil gente
El limpio acero de su espada ardiente;

Con el trozo de un remo carcomido,
Que en el húmedo suelo se halló á mano,
Tras el escuadron dió descomedido,
Haciéndole la fuerza ser villano:
Y aquí un monstruo espantado, y otro herido,
Todos medrosos huyen por el llano,
Sola la vieja que al balcon subia
En alcanzar á Angélica porfia.

Cual pardo huron, ó astuta comadreja,
A cazar sube un pájaro en su nido,
Que al hueco abrigo de una corva teja
Seguro se juzgaba, y escondido:
Tal la arrugada y carcomida vieja,
Pegada al muro sin hacer ruido,
Poco á poco se acerca á la hermosura,
Contra quien no hubo libertad segura:

Cuando el gallardo jóven, que volvia
De los vencidos monstruos victorioso,
El bulto asió de la mordaz arpía,
Que trepando iba el muro peligroso;
Y arrojándolo al suelo, ya queria
Ponerle el pie como á raton medroso,
Cuando ella, humilde, á su furor rendida
Aís merced le pide de la vida:

"¡Oh invicta gloria del valor de España!
No ofendas las grandezas de tu mano
Mostrando ahora sin sazon tu saña
En dar injusta muerte á un vil gusano:
Sabe que no saldrás de esta montaña
Si yo el camino no te diere llano:
Oye, que no hay tan mustio y seco heno
Que para algun efeto no sea bueno.

Proteo es cierto espíritu marino
Que las llaves del mar inmenso tiene,
El que abre y cierra el paso, y da camino
A cuanto de sus aguas se mantiene,
Alcaide de este alcázar cristalino,
Y el que atalaya cuanto al mundo viene,
Y en él alcanza á ver lo que desea,
Antes que salga á luz, y antes que sea.

Este en lo hondo de una gruta oscura,
Que el ciego seno ocupa desta cueva,
Luz, si lo vences, te dará segura,
Y de cuanto deseas saber nueva:
Mas es de tal ingenio, y tal hechura,
Y tal rodeo en sus discursos lleva,
Que si ya no es venciéndole primero,
Dél no sabrás suceso verdadero.

Con cadenas de perlas has de atalle,
Que será lo demas cansarte en vano."
Dijo: y cuando mas puesto en escuchallo
Sin sospechas estaba el asturiano,
De entre los pies salió cruzando el valle,
Cual nocturno murciélago, el enano
Bulto de la encubierta hechicera,
Ó sea Alcina, ó la vejez parlera.

Sospechas hay que fué la misma hada,
La que en su natural figura quiso,
Sin fiarla de otros medios recatada,
Al doncel dar de España el nuevo aviso:
Otros que la vejez torpe y cansada,
Que es de suyo habladora de improviso,
Con el vano temor se fué de boca,
Y por pies luego á su arruinada roca.

El jóven, que al principio no hizo caso
Del sábio aviso de la astuta vieja,
Viendo cerrado del castillo el paso,
Las puertas ó con llaves, ó con reja;
Y junto al muro, en medio el campo raso,
De una cueva la boca mal pareja,
Y en un padron sobre ella por trofeo,
"Morada del mudable dios Proteo."

Habiendo leido en el romano Homero
La historia deste monstruo variable,
Bien que la tuvo por ficcion primero,
Ahora le pareció cosa probable:
Y entrando sin mas láminas de acero
Que de su espada el brio irreparable,
Un jayan viejo vió en un risco echado,
De larga barba y rostro descarnado;

Y de aljófar menudo una cadena
Caida ante sus pies: quizá seria
Con la que el brazo de Aristeo se suena
Que apretado le tuvo y preso un dia;
O con la que él se deja atar sin pena
Cuando alguno le vence su porfia:
Al fin, él por las señas y el trofeo
Del jayan, conoció que era Proteo;

Y deseando saber de su camino,
De su patria y linaje lo mas cierto,
De quien su ayo por modo peregrino
En sombras siempre le babló encubierto,
Sobre él ligero entró, y el adivino
Que vió violado su sagrado puerto
De humanas plantas, arrogante y fiero
Asombrar quiso al español guerrero;

Y en un pardo dragon haciendo roscas,
Y echando por la boca y ojos fuego,
Se fué mudando entre las peñas toscas,
Que antes servian de cama á su sosiego:
Mas el valor que á las horribles moscas
Volvió en preciosas joyas, cerró luego
Con el marino monstruo nigromante
Con nuevas fuerzas y ánimo bastante;

Y por las alas, cresta, y las escamas,
Le anuda y ciñe los fornidos brazos,
Sin temor de los silbos y las llamas
Con que asombros le finge y embarazos:
Cuando crecer de un árbol vió las ramas
Por entre sus fortísimos abrazos,
Y las escamas de oro vió en figura
De un grueso tronco y su corteza dura.

Sonrióse el mancebo valeroso,
Y "ahora mas firme, dijo, estás conmigo,"
Cuando en horrible fuego sonoroso
Á arderse comenzó el vano quejigo:
Quiso ya allí soltarlo, receloso
De quemarse abrazado á su enemigo,
Y reportóle el ver que es llama santa,
Que solo con fingir quemar espanta.

El humo es quien le ciega y da congoja,
Por ser la gruta lóbrega y pequeña,
Hasta que vuelto en aire se le antoja
Que está abrazado al gajo de una peña,
Y que entre el fuego de la llama roja
Humo se volvió el árbol con su leña,
Y el sábio se le ha ido de la mano,
Quedándose él á un risco asido en vano.

Queríale ya dejar desconfiado
De sujetar un trasgo tan mudable,
Cuandó en lo alto de un risco vió asomado
Su calvo rostro y barba venerable:
Á solo Atlante he visto así pintado,
Hecho de un monte el cuerpo inexpugnable,
Al tiempo que de peñas y maleza
Lo amasaba la górgona cabeza.

Bernardo se admiró, y con la cadena
Que al pie de aquel peñasco halló asida,
Probó en torno á ceñille, y de agua llena
En rio quedó la peña convertida:
Anegarle pensó, y salir de pena
El mago con la súbita avenida,
Mas el firme español ni abrió los brazos,
Ni le aflojó los cristalinos lazos.

Es gran Proteo el tiempo en sus mudanzas
¿Á quién no se le trueca entre las manos?
A unos se huye, á otros da esperanzas,
Y á todos reglas y consejos sanos:
Oráculo y reloj de adivinanzas,
Teatro universal de los humanos,
Presa del sábio, pérdida del necio,
Y del mundo la joya de mas precio.

Ya en dragon vuelto muerde de su cola,
Ya en su fuego consume las edades,
Ya con sus avenidas de ola en ola
Piedra toque se vuelve de verdades:
Ya tizna con su humo, ya' arrebola
Con nuevo rosicler nuevas beldades,
Y al fin en tantas cosas se convierte,
Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida, y muerte.

Todo lo vence y muda, y si algo puede
Al natural vencer de su inconstancia
Fijar su rueda, ó que por mas que ruede
No le lleve á la vida su importancia,
Es no perder ninguno, con que excede
El sabio al que vestido de ignorancia
Con cualquiera ocasion y miedos vanos
Se le desliza y huye de las manos.

Mas al que en no dejarlo persevera
Altísimos secretos le descubre,
Y de la edad pasada y venidera
Cuanto el olvido y su silencio encubre:
Y en triunfo ilustre y honra verdadera
Su fama de inmortales lauros cubre,
Como al sábio español constante avino
Con el mudable espíritu marino.

Quedó en tan obstinada fortaleza
Apurado el teson de su porfia,
Que vuelto á su primer naturaleza
De bascas reventaba, y de agonia:
Cuando lleno el semblante de fiereza,
Hecho del siglo por venir espía,
"¿Qué buscas, dijo, oh invicta fortaleza,
En la sorda quietud de esta aspereza?

Ocho siglos ha ya que condenado
A perpetuo silencio me ha tenido
En esta horrible gruta el Hijo amado
De Dios, que vió Betlem recien nacido:
¿Quién de nuevo perturba mi cuidado?
¿Quién á tan bajos mundos te ha traido?
¿Qué pretendes, qué buscas, qué me pides
Con tan estrechas é importunas lides?"

"Bien sabes tú, le respondió Bernardo,
¡Oh autor de las edades, rico archivo
Del mundo y sus historias! el gallardo
Deseo que me trajo á verte vivo:
Lo que sabes de mí, lo que al resguardo
De mi viaje importa, y al motivo
Que vencerte me hizo, aquesto quiero
De tí en lenguaje y cuento verdadero."

Dijo, y el sábio desabrido viejo,
De un divino furor arrebatado,
Con turbado capote y sobrecejo,
Torciendo el cuerpo al uno y otro lado,
En ronco son y aliento mal parejo
El duro pecho abrió al rigor del hado,
Y con rabiosa basca y desatino
Dió así á las cosas por venir camino:

"Quebrante el cielo, oh España, tu grandeza,
A quien el mundo todo veo rendido,
Y á mí contra mi orgullo y fortaleza,
A las presentes ansias compelido:
Y tú, imagen mortal de su braveza,
Cuyo brazo á este punto me ha traido,
No esperes ver de mí, si no es forzado,
Bien ni favor que te prometa el hado.

Sobrino eres del rey que ahora gobierna
El reino de Leon, y el Asturiano,
El mismo que libraste tú en Miduerna
De la alevosa espada de un tirano:
Hijo de hermana suya, y por paterna
Línea de un sucesor de Vimarano,
Conde en Saldaña, y porque tú naciste
Puesto en dura prision y carcel triste.

Tu ilustre madre en religion sagrada
El rigor tiene de tu casto tio,
De que te dará cuenta mas fundada
Un noble preso al desbravar de un rio:
Librarle has de la muerte, y con doblada
Razon harás por ambos desafio;
Mas no esperes en tiempos ni ocasiones
Tus tristes padres libres de prisiones.

Bien podrá el cielo darte con exceso
Triunfos contra el francés y el pueblo moro,
Y al tuyo su valor vencido y preso
En Duero, Benavente, Orbejo, y Toro:
Y que en Orcejo rindas á don Bueso,
Y todo un infiel campo en Valdemoro,
Y hagas otros lances semejantes
En moros, paladines, y gigantes;

Y que tan noble sangre con fecundo
Curso y ricos favores de tu estrella
Gobierne á España, y lo mejor del mundo,
Naciendo reyes y monarcas della:
Que seas en tus empresas sin segundo,
Amor de una honestísima doncella,
Y sucedan de tí por mas extremos
Mil principes á Castro, Sarria y Lemos;

Y que el difunto bulto que encontraste
El sepulcro guardando de su cueva,
En ricas armas tu persona engaste
De tu invicto valor bastante prueba;
Que del fragil alcazar que libraste
De la vil gente que tras sí lo lleva,
Los presos saques victorioso y grave,
Y yo te dé para ello puerta y llave:

Que en el furor de Francia, que ya viene
De Leon á usurpar el reino y tierra,
El cielo trace, y tu ventura ordene
Por tuyo solo el triunfo de la guerra:
Que tu invencible espada y brazo llene
De franca sangre la Gascona sierra,
Y que de lo demas que dé esta gloria
Tu fama trace una inmortal historia:

Todo ese colmo junto podrá el cielo
Darte como lo tiene decretado,
Y hacerte mientras vivas en el suelo
Invencible, querido, y respetado:
Mas no hará, por no trocarle el vuelo
Al gran decreto del divino hado,
Que libre goces de prision tu padre,
Ni halagos tiernos de amorosa madre."

Dijo, y de un ronco trueno y son quebrada
La bóveda de vidrio que tenia
Del hondo mar la máquina cargada,
Que el contrahecho cielo componia:
A un tiempo en sordo estruendo despeñada
La voz clara ahogó que antes se oia
Con el futuro hado entre las gentes,
Que en las torres vivian trasparentes,

A quién dejó la súbita caida
Del cielo de cristal, y sus estrellas,
Sin sentimiento, ya que no sin vida,
Entre riscos, coral y conchas bellas:
En tanto que el raudal de la avenida
Sus gruesas olas derramó, y con ellas
Bañó otra vez los nácares profundos,
Y el uno se trago de los dos mundos.

Mas ya despues que el espantoso estruendo,
Que dejó á todos fuera de sentido,
En su rumor cesó, y el sol volviendo
La clara luz volvió que habia perdido;
Libre Bernardo vió que iba saliendo
De un real jardin á un mirador florido,
Por una sala que en dorada altura
Las nubes vence, y rinde su hermosura.

Admiróle el bellísimo edificio,
Todo de lazos de oro artesonado,
Sin que viese antes dél sombra ni indicio,
Ni por dónde ni cómo allí ha llegado:
Y ya del todo vuelto en su juïcio,
De nuevo se espantó viéndose armado
De unas tan ricas armas, que parece
Que el dia por sus vislumbres amanece;

Cuajadas de preciosa pedrería,
Peto, celada, grevas, brazo y mano,
De oro un leon por cresta, á quien hacia
Sombra un plumero por el aire ufano;
Y en el grabado acero descubria
La obra de los buriles de Vulcano,
En las nieladas sombras por concetos
De historias por venir varios secretos;

En el lumbroso escudo relevada
La fama vuelta muda de parlera,
Las alas cortas, y la lengua atada,
Su trompeta quebrada, y ella entera:
De una confusa niebla rodeada,
Con esta letra de oro por defuera:
"Tiempo vendrá que estos nublados rompa
Nueva ala, nueva lengua, y nueva trompa."

Admirado de tantas novedades,
Dudoso en entender sus mismas cosas,
Los ojos vuelve á ver las variedades
Que el jardin muestra de árboles y rosas;
Cuando venir á el vió dos beldades,
Mas que el lucero y la mañana hermosas,
Que en trato afable y noble cumplimiento,
Grato le dan y dulce acogimiento;

Y el gallardo mancebo cortesano,
Con igual compostura y reverencia,
"El cielo, dijo, haga de su mano
Próspero agüero tan gentil presencia;
Y sepa, diosas, yo, si el seso humano
Al punto alcanza de tan alta ciencia,
¿Qué deidad rige, qué saber profundo
En torno trae este encantado mundo?

¿Qué majestad encierra este palacio
En la de sus soberbios edificios,
A cuyo cargo está en tan breve espacio
Tanta máquina y suma de artificios?"
Dijo, y la rubia Arbelia, que un topacio
En lustre, resplandor, viso y bullicios
Es su cabeza, y ella un cielo en todo,
Así respuesta dió al valiente Godo:

"Prueba al invicto ardor de tu persona
Las maravillas son de nuestra tierra,
Y sus vencidos monstruos la corona
Del inmortal valor que en tí se encierra:
La fama, quien aprecia y galardona
Los justos riesgos de la paz y guerra,
Y ese tu brazo al fin, quien solo pudo
De esas armas vestirse, y de ese escudo.

La diestra lima del autor del fuego,
Cual ves las hizo para el fuerte Aquiles,
Y dél las heredó un astuto Griego
Por viva lengua y pláticas sutiles:
Perdiólas Telamon, y el que hizo ciego
A Polifemo, entre otras cosas viles,
Al mar las arrojó, como el prudente
Que el oro arroja por salvar la gente.

Llegaron al sepulcro sobre aguadas,
Que por ellas se abrió, y el Jónio altivo
Quizá las estimó por mas guardadas
En Ayax muerto, que en Ulises vivo:
Allí las tuvo hasta hoy depositadas
La horrible sombra de su bulto esquivo,
Para que tú heredases sus perfiles,
Y ellas en tu valor un nuevo Aquiles.

Hoy se cumplió el decreto de los hados,
Y á darle el lleno á este lugar veniste,
Donde por senda y pasos nunca usados
Ya con victoria y con tu honor saliste:
Estos bellos alcázares dorados,
Y este jardin que un mayo eterno viste,
Son de la hada Alcina, en cuya mano
Todo el deleite está del gusto humano.

Ella en mi lengua este secreto ha puesto,
Y á que de mí lo sepas me ha enviado,
Rogándote que bajes á su honesto
Jardin, á ser de nuevo acariciado
De los que libertaste del compuesto
Castillo de sutil cristal labrado,
Y de Orimandro, á quien tambien Alcina
Ya á sus males ha dado medicina."

CANTO X.

ARGUMENTO.

Cuenta Orimandro á Bernardo el origen de los males y portentos que afligian á Creta: nacimiento, amores, y muerte de Dulcia: venganza del cielo por ella.

¿Querrás saber á donde hallaron fuente
Los males que han á Creta perseguido?
¿Qué furor los crió? ¿que rabia ardiente?
¿A qué deidad en ella se ha ofendido?
Oye el extraño caso, advierte y siente:
Suceso es raro, mas verdad ha sido:
Ni tú lo dudarás, ni yo lo dudo:
Hízolo el cielo, que hacerlo pudo.

De Alencastro, gran duque de Colonia,
Único hijo, y único deseo,
De la española sangre, y la apolonia,
Es, segun dice el mundo, el rey Tifeo;
Cuyo cristiano rito y ceremonia
De su patria llevaba al pueblo hebreo,
Cuando amor al viaje peregrino
Los pasos atajó, y cortó el camino.

Y la cretense ilustre monarquía,
Que hoy en soberbio cetro de oro enfrena,
Toda por suya se la dió en un dia,
Aunque de ley cristiana y patria agena:
De la infanta Calipso que regía
Su reino entonces vió la luz serena,
Y tanto en sus cuidados pudo el vella,
Que su patria olvidó y su Dios por ella.

Gozó su amor, y en nudo y lazo honesto
De duque de Colonia en rey de Creta
El estado mudó, y mudó con esto
En mas sabrosa ley su ley discreta;
Pues este noble rey, grave y modesto,
Y de Calipso la beldad perfeta,
Que hoy desde su gran reino al de la China
La fama nos la vende por divina,

Una hija tuvieron, que en grandeza
Y beldad diosa humana parecia,
Dúlcia llamada, cuya gentileza
Cuentan que á las mas grandes excedia.
De un año era la niña, y en belleza
Con todas las tres gracias competia,
Cuando su madre quiso hacer propicios
Los dioses con devotos sacrificios.

Un real jardin en el palacio habia,
De un bosque espeso antiguo coronado,
Que de regalo y muro le servia,
A los caseros dioses dedicado:
Era cierto rumor que en él vivia
De las ninfas el coro consagrado,
A donde en vivas plantas escondidas,
Estrechas gozan y delgadas vidas.

En medio del jardin al cielo abierto
Un inviolable y sacro altar estaba,
Que lo alto de un espeso laurel yerto
Con su confusa sombra le amparaba:
De los Penates aposento cierto,
Donde ordinario incienso humeaba,
Aquí la reina con horrible espanto
El altar vió temblar, y el laurel santo.

Ó fuese de los signos causa oculta,
Ó del hado justísimo decreto,
Ó en la divina celestial consulta
Tuviese lo interior algun defeto:
Nuevo prodigio del temblar resulta
Que el sacrificio se quedó imperfeto,
Los muertos animales consultados
Sucesos dieron sin pensar turbados.

De rosas y jazmines coronada
El huerto tiene una preciosa fuente,
Del tiempo sin artifice labrada,
Que al bosque fertiliza su corriente:
La fiesta no del todo celebrada,
Con el fuego el altar resplandeciente,
Calipso con mil flores en la falda,
Aquí llegó á tejer una guirnalda.

Y una ama honesta que á la infanta hermosa
En el pecho abrigada entretenia,
Y con templada leche sustanciosa
Su dulce y tierna carga mantenia:
Junto al estanque una encarnada rosa
Gravinia, que así el ama se decia,
A la niña cortó, y el dulce oficio
De sus desgracias fue el primer indicio.

Cuento notorio fue sabido en Creta
La primer rosa apenas fue cortada,
Y en rojas gotas dió y sangre perfeta
La tierra en torno el ramo salpicada:
Tembló Gravinia, y la deidad secreta
Adora que en la planta está encerrada,
Cuando al vecino bosque fue corriendo
Nuevo temblor y movimiento horrendo.

Temerosa Gravinia atrás volviera
Los prodigios huyendo pavorosos,
Si en el sangriento prado no se asiera
Arraigándose en él sus pies hermosos:
Procura con dolor sacarlos fuera,
Y ellos vueltos en lazos revoltosos,
Desnudos ya de su primer figura,
Corriendo se entran por la tierra oscura.

Entre una bruta y áspera corteza
Escondiendo se fue el semblante airoso,
Y su antigua hermosura y gentileza
Del duro tronco huyó en bulto espantoso:
Las manos da furiosa á la cabeza
Contra el tesoro del cabello hermoso,
Y de otro ser vestidos ella y ellos,
Verdes hojas arranca por cabellos.

La tierna niña endurecer se siente
El blando pecho á que colgada estaba,
Y falto de sustancia, la caliente
Leche ya poco á poco le faltaba,
Del duro tronco la áspera creciente
Hasta el delgado estómago ocupaba:
Gravinia, allí la reina te ayudara,
Si con las fuerzas que perdió se hallara.

Lo que pudo guardó, y á toda priesa
Cogió del árbol la primer manzana,
Y huyendo el nuevo asombro, á la princesa
Pecho le dió, y posada mas humana:
Corrió el cretense pueblo á ver la empresa
De la violenta furia soberana,
Glauro ya sin muger presente estaba,
Y los calientes ramos abrazaba.

Toda dentro del árbol se escondia
La arraigada beldad, cuya belleza
En ásperas crecientes deshacia
Por el tronco la rústica corteza:
Ya de los labios el coral se huía,
Tiemblan los hombros, sienten la dureza,
Caen por las hojas lágrimas, y en ellas
Mil perlas son entre esmeraldas bellas.

En tanto que la voz halló camino,
Y el nuevo ser no entró por la garganta,
Así dicen que dijo tu destino,
Hermosa niña, aquella nueva planta;
Que el órden celestial, brazo divino,
Es quien las cosas de su ser levanta:
"Si alguna fe se da á los desdichados,
Oye, Dúlcia, tu suerte, oye, tus hados.

Por las deidades soberanas juro,
Que almas son ya destas calladas plantas,
Que estoy sin culpa del castigo duro
Con que ora, ¡oh hado adverso! aquí me plantas:
Y si es falso mi ánimo, ó perjuro,
La aguda hacha arroje al fuego cuantas
Ramas me diere el tiempo, y sin frescura
Mis troncos cayan por la tierra dura.

Y á tí tambien sin culpa, desdichada,
Corta suerte tu estrella te ha ofrecido,
Tierna niña, tu vida está engastada
En aquel tronco en fuego consumido:
Creta con él vendrá á ser abrasada,
Así en el cielo queda establecido,
Mientras puedo sentir su tierno brazo,
Consentid que me dé el último abrazo.

Y si piedad en vuestros pechos queda,
De estos mis nuevos ramos la frescura
Del agudo cuchillo haced que pueda
Vivir sin daño de los dos segura:
Y á la raiz que este jardin enreda
El fresco humor le dé inmortal verdura,
Sin que jamas rigor de brazo airado
Mi cuerpo deje y tronco deshojado.

Ya la voz, ya la vista se me acaba,
Siento en los ramos irme dividiendo,
Y frio el calor que espíritu me daba
Entre el macizo tronco consumiendo."
Dijo, y el bello rostro que quedaba
Se fue, viéndolo todos, deshaciendo,
Helóse la garganta delicada,
La palabra quedó en la lengua helada.

Dejó el ser y la habla todo junto
Gravinia en árbol nuevo convertida,
Y al mas brioso de temor difunto,
La color, el aliento y voz perdida:
La reina al rojo altar sin perder punto
A guarecer en el tizon la vida
De su hadada y tierna infanta pasa,
Donde ya ardiendo estaba vuelto en brasa.

Del fuego le sacó, y en agua muerto
Cobraste, oh Dúlcia, nueva hermosura,
Y en un lugar seguro y encubierto
Tu vida con su muerte se asegura:
Divino ramo, pero extraño enjerto,
Poner en seco tronco la ventura,
De humor y no de lágrimas enjuto,
Señal que ni promete flor ni fruto.

Creció la infanta, y su tizon hadado
En oro incorruptible se guardaba,
A su cruel madre fue en custodia dado,
Y no á quien mas su guarda le importaba:
A tí se habia de dar, Dúlcia, tu hado,
Pues á tí sola el bien ó el mal tocaba,
Si nadie quiere ser de sí homicida,
¿Quién guardára mejor que tú tu vida?

Calipso otra parió tras esta diosa,
Como tras de la aurora nace el dia,
Segunda en tiempo, pero en ser hermosa
A todas competencias excedia:
Otra Diana, ó Venus amorosa,
Dúlcia ausente, Crisalba parecia,
Si la beldad segunda no naciera,
Dúlcia fuera en su mundo la primera.

Esto digo, señor, por relaciones
De los que oí contar el caso en Creta,
Sin disminuir ni acrecentar razones,
Ni á las suyas buscar causa secreta:
Mas no, porque en humanas perfecciones
Piense que alguna iguale en ser perfeta,
Ni juntas todas, á la real princesa,
Que amor me puso en la memoria impresa.

Fue Crisalba de todos preferida
Por suerte, condicion, gracia, y cordura,
Del reino y de sus padres escogida,
Que mas que esto se da con la ventura:
Dúlcia graciosa, y nada desabrida,
Y en belleza un milagro de hermosura,
Faltóle dicha, y fueron en su pecho
Los tesoros del tiempo sin provecho.

Iguales sin igual, la soberana
Suerte cayó en Crisalba mas cumplida,
Siguió Dúlcia la alegre caza ufana,
Cuyo ejercicio le quitó la vida:
Ceñida al talle y rito de Diana,
La púrpura igualmente recogida,
Y descubierto aquello que podia
Fuego ardiente volver la nieve fria.

De la rodilla abajo descubierto,
Cual clavel sobre nieve deshojado,
El pecho de alabastro y grana abierto,
Y el un brazo y el otro arremangado:
El dorado cabello sin concierto,
Como al descuido con un nudo atado,
Un arco corvo, y una aguda flecha,
Este en la izquierda, y esta en la derecha.

Colgada de los hombros rica aljaba,
Donde sonando van las flechas de oro,
Hasta la torva envidia enamoraba,
Que de lejos contempla su tesoro:
Así la corte en general la alaba,
Y así el palacio real por su decoro
Un divino pincel le dió en un rato,
De esta muerta beldad vivo un retrato.

Allí en el ademan se ve pintada
Que al presto corzo ó jabalí seguia,
En tan viva destreza, que engañada
La vista deja llena de alegría:
Cabe ella una alta haya coronada
Con despojos de varia montería,
De osos las presas, de leon los niervos,
Y cuernos duros de ligeros ciervos.

De allí aprendí á decirte la manera
Con que siguió esta infanta su ejercicio:
Dichosa ocupacion, si su hado fuera
Tanto como el amor le fue propicio:
Mas cuando el bien decir se queda fuera,
No hay suerte sin azar, beldad sin vicio,
Que subir sin ventura en esta vida,
No es mas que andar trazando la caida.

Cuentan que el dios Mercurio por el viento
Á negocios del cielo abria camino,
Cuando la bella infanta en firme aliento
Un leon flechaba sobre un pardo encino
Siente trocado su primer intento,
Vuelto amante mortal de hombre divino,
Tuerce la via derecha, deja el cielo,
Y ofrece todo su cuidado al suelo.

Y no se esconde á la mortal Diana,
Tan confiado va en su gentileza,
Que sabe cierto que á la vista humana
Dulce y tierna prision es la belleza:
Y bien que su hermosura es soberana,
El cuidado le da mayor fineza,
Que para la beldad es el cuidado
Lo que la fuente para el verde prado.

El cabello compone, ajusta el manto,
Las alas, y el dorado caduceo,
Que tanto alumbran y relumbran tanto,
Que Apolo queda en su presencia feo:
Causó á la vírgen su belleza espanto;
Y el dios cumplió con ella su deseo,
Si antes le era la caza deleitosa,
Ya le es muerte dejar la selva umbrosa.

No escondieron los montes su delito
Por mas que acrecentó á la caza el uso,
Siendo el crecido talle el sobrescrito
De lo que allí encubierto el tiempo puso:
El mustio rostro en su color marchito
El de su incauta madre trae confuso,
Siente arrogante con dolor la afrenta,
Y mas del vulgo siente que la sienta.

Y como la honra en nobles corazones
Á toda otra importancia es preferida,
Y el sentir que anda puesta en opiniones,
Peor que muerte en una honrada vida:
Calipso abreviar quiso sus pasiones,
Beber la muerte en sola una bebida,
Y "muera, dijo, quien su honor deshonra,
Pues es muerte civil vida sin honra."

Saca el ramo fatal de oro vestido,
Que era de su valor la mayor seña,
Y del engaste ya desguarnecido
Entre frágil le pone y seca leña:
Y al enemigo fuego lo ha ofrecido,
Que otra venganza tiene por pequeña,
Tres veces encenderlo intenta, y luego
Otras tantas lo hurta al mortal fuego.

Ya lo saca una vez, y otra lo arroja,
Ya el fuego apaga, ya lo resucita,
Con lágrimas el seco tizon moja,
Ya en la brasa lo pone, y ya lo quita:
La honra y el amor en una hoja
La muerte tienen y la vida escrita,
Si lo que el uno quiere el otro niega,
¿Quién podrá componer lucha tan ciega?

Ya el miedo del delito que intentaba
El rostro mancha de color de cera,
Ya el encendido enojo le alteraba,
Y le robaba la color primera:
Ya en cruel muerte á su hija amenazaba,
Ya se mostraba madre verdadera,
Cual inconstante nao en mar airada,
De un viento y otro aquí y allí llevada.

En la mano el fatal tronco tenia,
En su cruel intento ya quemado:
"Si de este el fuego ha de nacer, decia,
Que el triste reino dejará abrasado,
Perezca aquí tu vida con la mia,
Antes que el daño llegue á ser doblado,
Que los raros principios portentosos
No prometieron fines mas dichosos."

Dijo, y temblando el brazo desmayado,
El rostro vuelto que su error no viese,
El funesto tizon al fuego ha dado,
Que un gemido mortal se oyó que diese:
De la invencible llama rodeado,
Como por todas partes se encendiese,
Dúlcia ignorante, y de su mal ausente,
Con un nuevo calor arder se siente.

Las entrañas el fuego le consume
Sin causa, y de repente procedido,
Y aunque con su valor y brio presume
Vencerlo, queda su valor vencido:
Ya la enemiga parca se resume
En dejar el estambre dividido,
Cae en el triste lecho desmayada,
Cual tierna fruta sin sazon cortada.

Crisalba entre sus brazos soberanos
El desmayado cuerpo sostenia,
Apriétale las suyas con sus manos,
Como quien darle su salud queria:
No juzga sus dolores por livianos,
Mas tampoco creyó que se moria:
Dúlcia perdida la color de rosa,
Así le habla y tiembla temerosa:

"Llamarme con delgadas voces siento
Del seno oscuro de la tierra helada,
Tristes sombras cruzar veo por el viento,
Y que me llaman todas de pasada:
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento:
Cielos, ¿á cuál deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
Con tan nuevo rigor quiere que muera?

Siento, hermana, el dejarte, y no la muerte,
¿Qué mayor muerte quieres que dejarte?
Si me era paraiso y gloria el verte,
¿Qué gozaré dejando de gozarte?
Si el morir siento menos que perderte,
No es porque quedas, mas por no llevarte
Donde me llaman: ¡ay Crisalba mia,
Que es temeroso trance esta agonía!

Sola á ti he dado cuenta de mi vida,
Sola á ti he descubierto mis amores,
Como á la secretaria mas querida,
Que el cielo pudo darme en sus favores:
Si eres desta alma la mitad partida,
Si te obliga el amor á mis dolores,
Esto, ¡oh mi amada prenda! solo pido
Por alivio del paso á que he venido;

Que si acaso aquel dios, cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,
Llegare aqui, despues que la victoria
Mia esté por la muerte declarada,
Le cuentes con dolor mi amarga historia,
Y por fin de la muerte desdichada
Diráslc, hermana, que á este paso fuerte,
Mas me mató su ausencia que mi muerte.

Que si con estos ojos ver pudiera
Su beldad cual está en mi fantasía,
Pequeño brazo el de la muerte fuera
Para dejarme sin la vida mia:
Y si por ser mortal al fin muriera,
Muriera no tan falta de alegría,
Sirviéndome su boca de aposento
Á este mi último espíritu y aliento.

Y si es de veras dios, y no ha fingido
El encendido amor que me ha mostrado,
Hiciera al fin con su valor cumplido
Este paso y dolor menos pesado:
Siento la muerte, porque no he vivido,
Y en edad peligrosa me ha hallado,
Cuando al mundo mi vida parecia
Alegre flor al despertar del dia.

Siento que esta semilla soberana,
Que ahora viva en mis entrañas siento,
Antes de ver la luz muerte temprana
Compre á cuenta de darle yo el sustento;
Y que la parca cruel en la hebra vana
Antes de urdirla dé el golpe violento,
Y en el breve morir solo le cuadre
Ser hija y heredera de tal madre.

Siento que ya la vida se me acaba,
Y que el alma comienza á desasirse,
Y el fresco aliento que vigor me daba
Dentro del pecho en fuego convertirse."
Así la bella Dúlcia se acababa,
Cual se ve tierna antorcha consumirse,
Y Crisalba, mas muerta que su hermana,
Así le aplica una esperanza vana:

"Vive, mi Dúlcia, de temor segura,
Que no será tu mal tan poderoso,
Aunque se junte á él mi desventura,
Que de tal vida salga victorioso:
No se desdore así tu hermosura,
Que el carmesí de ese clavel hermoso
No le verá la muerte, aunque atrevida,
Por no cobrar en verlo nueva vida.

Si el cielo me da un nudo como puede,
Yo ligaré tu alma con la mia,
Y haré que entre las dos así se enrede,
Que sigan ambas una misma via:
Ni la mia vaya, ni la tuya quede
Ausente de su dulce compañia,
Antes iguales en ventura y suerte
Pasen por una vida, y una muerte.

Gozarnos hemos tiempo sin medida,
No estés de lo contrario recelosa,
Y allá la muerte tras la edad cumplida,
En su lugar será pieza forzosa:
Vendrá menos aceda y desabrida,
Que al fin es la vejez carga penosa,
Y en un mismo sepulcro venturoso
Un lecho gozaremos, y un reposo."

Así Crisalba á Dúlcia consolaba,
Y así Dúlcia se estaba consumiendo,
Y aquella poca vida que faltaba
Por el aire sutil se fué huyendo:
Huyó el aliento que el vivir le daba,
Como marchita y débil flor cayendo,
La brasa consumida y acabada,
Entre blanca ceniza amortiguada.

Si cien lenguas distintas y acordadas
El cielo á esta sazon me concediera,
Y en ellas las palabras mas limadas
Que hay en la clara discrecion pusiera,
Fueran de aliento corto y limitadas,
Si encarecer con ellas pretendiera
El dolor, sentimiento, angustia y llanto
Que en Crisalba causó el mortal espanto.

¡Oh humana suerte de inconstancias llena,
Con quien ni vale gracia ni hermosura,
Ni el cetro real que un mundo y otro enfrena
En su misma grandeza se asegura!
¡No hay tiempo claro, ni alma tan serena,
A quien no siga invierno y noche oscura,
Ni alegre sangre en juveniles años
Libre de riesgo y máquinas de engaños!

¡Ahora el cabello enlace y la garganta
Con las perlas del mar que Arabia cria,
Y en púrpura de Tiro asiente cuanta
Riqueza el monte Imabo á Persia envia!
¡Ahora de la beldad que al mundo espanta
Las flores goce, y donde muere el dia
Suene su voz, y corra desde oriente
Libre de lengua en lengua, y gente en gente!

¡Todo ello es sombra, fábula y engaño,
Despiertos sueños de la humana vida,
Que corre y vuela de uno en otro daño
Hasta donde la muerte está escondida,
Cortando á todos de vestir de un paño,
Sin hacer diferencia en la medida,
Que son el pobre, el rico, el flaco, y fuerte,
Iguales á las puertas de la muerte!

¡No del Tigris las ondas espumosas,
Que en furiosos raudales van pasando,
Ni de Venus las aves amorosas
En sesgo vuelo por el aire blando,
En curso igualan las humanas cosas,
Que los tiempos tras sí llevan volando,
La pena sola, y el dolor mas breve,
Parece á donde está que no se mueve!

Desta muerte infeliz el golpe extraño
Los males dió que á Creta han perseguido,
Desta crueldad nacieron, deste daño
El reino está en desgracias consumido:
Alzáronse las nubes con el año,
Dejo su fuego el aire corrompido,
Y el fértil campo, ya agostado y seco,
De sus tributos hizo estéril trueco.

Sembró Mercurio horrible pestilencia
De fieras sierpes y aires venenosos,
Que la reina mataron sin clemencia,
Y fueron menos que ella rigurosos;
Cumpliéndose del hado la sentencia,
Que á Creta dió en agüeros espantosos
De su llama infeliz una centella,
Á fin que su quietud se abrase en ella.

Está el ignoto laberinto hecho
Por la mano de Dédalo ingeniosa,
De la rica ciudad un breve trecho,
Al ciego amparo de una selva umbrosa:
Donde un real monstruo de doblado pecho
Posada tuvo y cárcel engañosa,
Y al fin la luz de un hilo delicado
Hacerlo pudo claro de intrincado.

De aquí espantosos nacen todavía
Disformes bultos, sombras infernales,
Este el fuego encendió que en Creta ardia,
Y parió en ella los presentes males:
Sobre este oscuro laberinto un dia
Un rico templo de arcos inmortales
Se vió nacido, ardiendo su tesoro
En las basas de cien columnas de oro.

En medio la alta fábrica preciosa,
De un enlutado pórfido labrada,
Una sombría tumba está pomposa,
Sobre diez ninfas de cristal sentada:
Y otra enlutada bóveda vistosa
De mosaicos follages antorchada,
Así en arcos levanta su tesoro,
Que humilde hace en su respeto al oro.

En hombros destas ninfas se sustenta
La enlutada y funesta pesadumbre,
Y con sus diestras manos se alimenta
Al templo una inmortal y eterna lumbre:
Y así al mundo sus luces acrecienta
Con la que al oro enciende en su techumbre,
Que hizo bajando al mar que se dijese,
Que el dia en Creta á no morir naciese.

Del real sepulcro en las doradas barras,
Con que su arqueada bóveda crecia,
De un dragon de oro en las azules garras
Una guirnalda daba lumbre al dia;
Brillando toda está luces bizarras
De flores de tan rica pedrería,
Que igualar su tesoro á los de Craso,
Es comparar la mar á un chico vaso.

Por hojas, esmeraldas, y por flores,
Rubís ardientes, perlas cristalinas,
Rubios topacios, iris de colores,
Blancos jacintos, amatistas finas,
Camafeos cubiertos de primores,
Y entre las agoreras amandinas
Con esta letra un real carbunco frio,
"Por la venganza tuya, y honor mio."

En el hueco sepulcro otro letrero
La muerte entre diamantes descubria,
Y aunque amasado de oro el rostro fiero,
Con el verso mataba, que decia:
"En cada luna una doncella espero
Que aquí degüelle la venganza mia,
Hasta que ponga otra mayor belleza
Esta hermosa guirnalda en su cabeza."

Turbado del prodigio de la muerte
Á ver el nuevo templo el pueblo vino,
Confuso del rigor con que le advierte
Su destruicion el celestial destino:
Ley sin piedad, cruel, y adversa suerte
La juzgára el tirano mas sanguino,
Librarse quieren todos del tormento,
Mas no poner ninguno el instrumento.

Del Consejo del rey salió acordado
Que se ejecute lo que el cielo ordena,
Y el sacrificio, cual lo pide el hado,
Se ofrezca cada mes la luna llena;
Hasta que en sangre laven su pecado,
Y con la culpa quede igual la pena,
Y á este fin se procure por la tierra
La beldad que mayor caudal encierra.

De los reinos de amor las más hermosas
Á grande expensa y gastos son buscadas,
Y para las exequias dolorosas
En pronósticos tristes alistadas:
Aquí solas las feas son dichosas,
Y todas las hermosas desdichadas;
Si ser en algo venturosa quiere
Váyase á Creta la que fea fuere.

Sus gentes en las islas comarcanas
Ni oro han dejado ni doncella hermosa,
Escogiendo en las flores mas tempranas
Para su triste altar la mejor rosa:
Al fin, entre estas víctimas humanas
Un dia cautivaron á mi diosa,
Y el rey, viendo la luz por quien yo vivo,
De una cautiva se sintió cautivo.

Pervirtió el nuevo amor los sacrificios,
Y la que iba á ser víctima sagrada,
En lugar de los dioses mas propicios
Por diosa instituyó fuese adorada:
Mas ya el cielo cansado de sus vicios,
Al nuevo altar de la beldad amada
Dió por verdugo la disforme fiera,
Que le vengára si por mí no fuera.

De allí, cual dije, liberté la vida
De quien la mia en pago me ha quitado,
Y en triunfo ilustre á la ciudad traida
Nuevo decreto el real Consejo ha dado,
Que á las primeras suertes sea admitida,
Y sujeta al rigor del duro hado,
Sin que mando de rey ni otra potencia
En algo altere esta última sentencia.

De doce de la urna aborrecible
La última fué á salir mi amada diosa,
Con que el cielo mostró en señal visible
Ser la menos decente y mas hermosa:
Ya once altares corrian sangre horrible
De infeliz hermosura, ¡extraña cosa!
Que mas la hambre y mortandad crecia
Cuando algun sacrificio se hacia.

Un año en Creta me dejó encantado
El vano amor, y mil me entretuviera
Con un cabello sin quebrarse atado,
Que es la esperanza dulce hechicera,
Despues que le quité en el fértil prado
Mi bella diosa á la serpiente fiera,
Porque me diese la enemiga suerte
Con el fin de su vida el de mi muerte.

Ya el enlutado dia se acercaba
Que al mundo habia de echar en noche oscura,
Y el sol que á él y á mí nos alumbraba
En la indigna y temprana sepultura:
Ya el verdugo el cuchillo aparejaba,
Y la luna sin luz y sin figura,
Su variable curso apresurando,
Iba creciendo, y mi placer menguando.

Y aunque incierta su muerte, la sospecha
Bastó á turbar el gusto de mi vida,
Que un desdichado siempre da por hecha
Contra sí la desgracia mas temida:
La cadena arrastrando mas estrecha
Que en la prision de amor fue conocida,
De un mal en otro procurando en vano
Un favor breve de su ingrata mano.

Trazando de un dolor varios intentos
En uno me resuelvo y determino,
Que es no poner en duda mis contentos,
Ni fiar mas suerte á mi contrario sino,
Mas romper del altar fueros sangrientos,
Y del robar el sacrificio indino:
Pensé acertar, y tiene amor mandado,
Que no acierte á servir quien no es amado.

Puse en el puerto á punto este navío,
Mi gente por el bosque entretejida,
Y á pesar del cretense señorío
De la muerte otra vez libré á mi vida,
Sin darle cuenta del intento mio,
Medroso que de altiva y desabrida,
Fuera el altar del sacrificio injusto
De mas gusto en el suyo, que mi gusto.

Allí robé la que mi alma triste
Donde quiera que está tiene robada,
Y aquí la traje, y como tú la viste
Siempre sin ocasion la vi enfadada:
Que el dulce premio en que el amor consiste
Es suerte, y fué la mia desgraciada,
No pida otra ocasion el que quisiere,
Si aborrecido de quien ama fuere.

Si bien yo fuese donde nace el dia
De nueva lumbre y resplandor vestido,
El poderoso sol flaco sería
Contra las sombras deste ingrato olvido:
Que desta ausencia la tiniebla fria
En que me tiene el desamor metido,
Ni donde sale el sol, ni donde acaba,
La luz podrá hallar que le alumbraba."

Dijo, y al curso de su amor dudoso
Cogió la rienda, y aflojóla al llanto,
Y sintiendo no en gusto desdeñoso
El leonés su dolor hizo otro tanto,
Que es de cruel pecho, á un caso doloroso
Tener el corazon de duro canto:
El rey su llaga aprieta en lo secreto,
Que aunque estaba afligido era discreto.

Con pecho heróico el grato mal reprime
Del ardiente furor de su agonía,
Aquella diosa en su memoria imprime
Que tantos sacrificios le debia:
Y porque el corazon no desanime
Finge esperanza donde no la habia:
"Quizá, dice, el dolor del mal que siento
Será algun dia especie de contento.

Cual pecho avaro en allegar tesoro
Con deleite el trabajo facilita,
Que la hambrienta codicia y sed del oro
Á insufribles tormentos necesita:
Tal esta dulce muerte, en quien adoro,
Mi vida alegra, mi alma resucita
Con el nuevo placer, y el gusto nuevo,
Que en morir por tan noble causa llevo."

Así el rey Persa al gran Bernardo hablaba
Y entre esperanzas y temor moria,
Que este con sobresaltos le ahogaba
Lo que aquella adulando le ofrecia:
Con nuevo miedo amor su pecho agrava,
Y la confusa guerra en que venia,
Es no saber si la beldad robada
Segunda vez á Creta fué llevada.

Que aquel divino brazo riguroso
Que la robó con superior violencia,
Será en ambas desgracias poderoso
Á ejecutar del hado la sentencia:
Todo tiene su fin triste, ó dichoso,
Darse debe á los dioses la obediencia,
No es su poder como el del hombre estrecho,
Mas siempre lo que el cielo ordena es hecho.

Bernardo afable aquel dolor consuela,
"Todo, le dice, está en su sábia mano,
Ni el pie se mueve, ni la pluma vuela,
Sin licencia y acuerdo soberano:
Es fuerza que el dolor lastime y duela,
Que es duro golpe en corazon humano;
Mas la cordura en todas ocasiones
Los gustos mide, y templa las pasiones.

Y esta funda mortal que al alma viste
Es lumbre de esmaltada vidriera,
Que si es dorada, azul, alegre, ó triste,
Tal luz dentro en la sala reverbera:
Y bien que el punto del valor consiste
En grave pecho de igualdad entera:
Mas cuerpo humano de contrarios hecho
No puede al alma dar mas firme pecho."

CANTO XI.

ARGUMENTO.

Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcangélica, bella princesa del Catay, y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de la que él se escapa nadando sobre una entena.

Así el noble leonés, y así el persiano,
Uno sus cosas cuenta, otro las guia,
Y en blanda paz mitiga el pecho humano,
Cual suele la agradable compañía:
Cuando del feo Triton el reino cano
Crespo se revolvió, y se escondió el dia,
Braman los vientos, crece la tormenta,
Perdido el norte, el cómputo, y su cuenta.

Ahora es tiempo, oh luz del tercer cielo,
Que alegre llueves dulce amor fecundo,
Y tú, resplandor quinto, cuyo vuelo
El ocio quita y flojedad del mundo,
Que ambos templados enviéis al suelo
A mi pluma un feliz saber profundo,
Con que cante en espíritu doblado
Un tierno Amor, y un fiero Marte airado.

Seis veces tras la lámpara febea
Con la suya Diana alumbró al mundo,
Y siempre el viento en áspera pelea
Feroz luchaba con el mar profundo;
Cuando entre hinchados tumbos de marea,
Impedido el primero del segundo,
Fue la persiana vela descubriendo
De un conflicto naval el ronco estruendo,

Y allí un gigante que en favor de un barco
Contra todo un ejército pelea,
Volviendo de azul rojo el hondo charco
Un bauprés espantable que voltea:
Y con mas vidas á sus pies que el arco
Derribar suele de la muerte fea,
Al combatido leño saltó, cuando
Los dos á ver su furia iban llegando.

Pusiéronse á mirar; mas ya informados
De la alevosa desigual batalla,
En favor del jayan, entre quebrados
Bajeles pasan por la vil canalla:
Cuando lloroso grito en los costados
De una galera fácil de abordalla
Se oyó de presos, cuya voz aguda
A Dios pedian venganza, al mundo ayuda.

Saltó el diestro Leonés en la aferrada
Fusta buscando á quien favor pedia,
Y allí, esgrimiendo su atrevida espada,
Rayo entre flacas mieses parecia:
Uno hiende, otro parte, otro, tajada
La cabeza por medio, al agua envia,
A cual hiere de punta, á cual de tajo,
Y á cual arroja al mar del bordo abajo.

Con tantá gallardía volteaba
La diestra espada el jóven valeroso,
Que ya el de mas denuedo se apartaba,
De sus mortales golpes temeroso:
Así en el turbio Egéo la mar brava,
Soplando hielo el aquilon nubloso,
Escombra de sus piélagos hinchados
Navíos y navegantes destrozados.

Bajó donde la triste voz salia
Sin temor del primer impedimento,
Que quien vivo quedó, mas pretendia
Que su propia venganza su contento:
Bajó, y vió que en prision estrecha habia
De cerradas cadenas de tormento
Una bizarra escuadra de doncellas,
De tierna edad, y de figuras bellas.

A Creta las llevaban los corsarios
Cautivas para ser sacrificadas,
De islas diversas y de pueblos varios,
Ó bien por fuerza, ó por traicion robadas:
Bernardo, ya rendidos los contrarios,
Y las duras cadenas quebrantadas,
Cercado salió de ángeles gozoso,
Como de estrellas el lucero hermoso.

Un bravo caballero halló entre ellas
De bello rostro y gracia soberana,
Cuya gran perfeccion dió en las mas bellas
Menos perfecta su altivez lozana:
Como la luna humilla las estrellas,
Ó á los nortes la luz de la mañana,
Él así, desarmada la cabeza,
Con la beldad rendia y la braveza.

El cabello, que al oro oscurecia,
En un nudo de perlas enlazado,
El claro rostro como el nuevo dia,
Cuando sale de aljófares bañado:
Y aunque armado un dios Marte parecia,
Todavía su semblante delicado
Mostraba entre caricias y desvíos
De dama mas que de varon los brios.

Los negros ojos con belleza armados
De unas largas pestañas retorcidas,
Como el coral los labios delicados,
Los dientes perlas de rubíes ceñidas,
Las mejillas dos soles deslumbrados
De un claro y fino rosicler teñidas,
Y la serena frente tersa y pura
Cielo donde se adora la hermosura.

Bellos arcos las cejas, que á galanos
Golpes la muerte enarca y amor tira,
Y las flechas sus ojos soberanos,
Con que enamora y mata á quien los mira:
El cuello altivo, y las torneadas manos,
De quien la rara perfeccion se admira;
Si aquel sustenta una techumbre de oro,
Estas de amor reparten el tesoro.

Traia descubierto el rostro bello,
Y todo lo demas del cuerpo armado,
Dado al descuido un nudo en el cabello,
Descuido hecho para dar cuidado:
Nadie lo vió, que entre el placer de vello
No quedase en sus hebras marañado,
Y no á pocos tambien costó la vida
La red de mano del amor tejida.

Quedó Bernardo viendo su hermosura,
Si no del todo preso, ya emplazado,
Que á su grave y honesta compostura
Cierto heróico valor sintió mezclado:
Y en el brio, el donaire y la figura
De Angélica un vivísimo traslado,
Solo que esta beldad le parecia
Mas tierna, y de mas lustre y gallardía.

No se engañaba el español con ella,
Ni en lo que toca á su beldad se engaña,
Que en el oriente de la reina bella
Del gran Catay nació en una montaña:
Ó sea Medoro, ó sea la quinta estrella,
Padre feliz de la belleza extraña,
Ella es hija de Angélica, y por ella
La llaman Arcangélica la bella.

Del todo la verdad está encubierta,
Solo se sabe que esta alegre hija
De la célebre Angélica cubierta
De hierros iba allí en prision prolija,
Mas bella que la aurora descubierta,
Cuando al mundo su aljofar regocija,
Y á quien ahora la mira, mas hermosa
Que entre el rocío de abril temprana rosa.

Bien que toda esta gracia y hermosura
Para mayor martirio le fue dada,
Que Venus, por le ser madrastra, jura
Que en amor ha de hacerla desgraciada:
Y la beldad, faltándole ventura,
No es mas que para lástimas criada,
Y pocas gozan de ambas en sus puntos,
Que tantos bienes nunca acuden juntos.

Traía lumbroso arnés, y armas grabadas
Con rosas blancas, y plumages de oro,
De varia luz y pedrería sembradas,
De grueso aljofar oriental tesoro:
Con roja sangre á golpes salpicadas,
De braveza y beldad nuevo decoro,
Desarmadas las manos y cabeza
Por extremos de gala y fortaleza.

Sintió el tierno Leonés su almá asaltada
De un ciego y no entendido pensamiento,
Juzgando por de dama delicada
Del gallardo donaire el movimiento:
Su alegre mover de ojos, su rosada
Color, su blando y dulce acogimiento,
Si bien en brio parece de otra parte,
No hija suya, mas el mismo Marte.

La gallarda princesa que ha salido
Con las demas en libertad amada,
Y el contrario poder halla rendido
A la altiva opinion de aquella espada,
El nuevo estrago mira repartido
Por la enemiga gente destrozada,
Los bravos golpes, las heridas fuertes,
Y de un solo vencer las varias muertes.

Con razon admirada del destrozo
Del Catay la princesa delicada,
De envidia lleno el corazon y gozo
La invicta mira y valerosa espada:
Y en nuevo sobresalto y alborozo
Desea ver la visera levantada
Al encubierto autor de tal proeza,
Por ver como su esfuerzo su belleza.

Mas el confuso estruendo de la armada
Que al abordado barco combatia,
A ponerse obligaba otra celada,
Mas que á quitarse la que ya tenia;
Cuando la nao de Persia acelerada
Por medio de las otras se metia,
Hasta llegar donde pelea el gigante,
Y el rey ponerse al lado de Morgante.

Bernardo que le vió, procura en vano
Su barco enderezar á darle ayuda,
Mas en un punto un áspero solano
De nuevo el grueso mar altera y muda:
El aquilon y el ábrego liviano
El dia segunda vez vuelven en duda,
Y un descompuesto huracan de tierra
A todos puso en paz con nueva guerra.

De los confusos vientos esparcidos,
Y de las crespas olas arrojados,
Iguales vencedores y vencidos
Por el revuelto mar se ven sembrados:
Todo es confusos golpes y bramidos,
De los duros peñascos azotados,
Y de la destrozada plebe el llanto,
Que de la confusion crece el espanto.

Ciérrase el aire de una nube oscura,
Y en las tirantes cuerdas brama el viento,
Suena de voces, llanto y desventura
Un triste son, y doloroso acento:
Unos toman la triza, otros la amura,
Los mas fuera de sí, y todos á tiento
Cual va á la escota, cual al chafaldete,
Cual busca la mesana, y va al trinquete.

Las tristes damas fuera de prisiones,
Viendo de nuevo el viento y la tormenta,
De nuevo comenzaron sus pasiones,
Y de nuevo cada una se lamenta:
Ruegos, votos, plegarias, oraciones,
Llantos, gritos sin número ni cuenta,
Confusas voces, quejas y gemidos
Rompen el aire, y hieren los oidos.

En ciegos y confusos torbellinos
Los cuatro vientos hacen cruel batalla,
Del crespo Egeo los turbios remolinos
Ya por sus playas el cretense halla,
Y el Jónio sus embates cristalinos
Por los riscos adriáticos encalla,
Llevando el viento en otro igual espacio
Las olas de las Sirtes al Carpacio.

No se vió confusion tan temerosa,
Ni el mar sus ondas vió tan alteradas:
Del norte con borrasca impetuosa
Mil sierras de agua vienen levantadas,
Y del austro la fuerza poderosa
Otras embiste en ellas mas hinchadas,
Dejando el barco en medio sin hundirse,
Y el mar en duda á cual furor rendirse.

Los rayos por los aires escupidos
En las olas causaban nuevos truenos,
En la nao nuevos gritos y alaridos,
En la mar nuevos montes de agua llenos,
Que hasta las altas nubes impelidos,
Sin llover cogian agua de sus senos,
Y aun el barco tal vez encima dellas,
A su pesar vió el cielo y las estrellas.

Y no furioso azota un solo viento
El combatido golfo que hervia,
Que á defender cada uno el firme asiento
Que el mundo en suerte le aplicó, porfia:
El austro al aquilon hiere violento,
El de levante al que se traga el dia,
Y cada cual por sí la mar profunda
Teme que su region le anegue y hunda.

Y desta lucha la confusa brega
Al combatido barco hacia provecho,
Que si un golpe al través de mar le anega,
Otro le ayuda á navegar derecho:
Y tan á plomo el viento y mar le llega
De aquí y de allí, que en el confuso estrecho,
Cuando en una ola zozobrando viene,
Otra al contrario llega, y le detiene.

Bien una milla fue metiendo un lado,
A punto ya de zozobrar del todo,
Las velas rotas y el timon quebrado,
Y el bordo dentro de la mar un codo;
Y otro golpe tras él desordenado
Lo enderezó por admirable modo,
Y le sacó de entre las olas, como
Ballena antigua sacudiendo el lomo.

Quebrados ambos ejes parecia
Venirse abajo la estrellada esfera,
Y que cuanto hay criado se volvia
Al ciego caos y confusion primera:
Así el diluvio universal seria
Cuando la mar voló tan altanera,
Que se tragó sus playas y arenales,
Y escondió el mundo á todos los mortales.

Bernardo en otra mas grave tormenta
Metido el corazon siente anegarse,
Y con los ojos y la vista atenta,
El alma, sin saber de quién, robarse:
Halla en mirar que el fuego se acrecienta,
Y á trueco de mirar quiere abrasarse,
No viendo mas que si estuviera en calma
Del cuerpo el riesgo, en el que corre el alma.

Hermosa vista tiene el mar cubierto
De blanca espuma en olas encrespado;
Hermoso es un gran golfo descubierto,
Y mas hermoso cuanto mas airado:
Mas es á quien lo mira ya del puerto,
Y á su contrario desde allí engolfado,
Que si hay tormenta deleitosa y bella,
Será mirando al enemigo en ella.

Iba la ciega noche amortiguando
La poca luz que sobre el mundo habia,
Y el frio viento y tempestad cargando,
La nao con nuevo miedo acometia:
Y el montañés á todos animando
Otro armado Santelmo parecia,
Que aquí y allí sin descansar un punto,
Provee, anima, acude á todo junto.

La hija de Marte, que con vista atenta
Su desenvuelto brio y gracia mira,
Y que al ciego rigor de la tormenta
Cada una en solo su valor respira;
Que es su teson quien el del mar sustenta,
Y al descompuesto viento enfrena la ira,
Con halagüeño rostro se le llega,
Y así le dice, y que descanse ruega:

"Bravo entre los nacidos, si es posible
Que de un revuelto mundo el peso junto
Hacer no puede á tu ánimo invencible
Que de su real valor descrezca un punto;
Si humillar tu fortuna es imposible,
Y de un dios de la mar hecho un trasunto
Quieres tener en peso nuestras vidas,
Que mil veces sin tí fueran perdidas,

Descansa ahora, y con tu alegre vista
Regala nuestros ojos un momento,
Y ya que el tiempo á fuerzas nos conquista,
Tambien no nos usurpe este contento:
Alza un rato, señor, la sobrevista,
Que estas damas, y yo en su pensamiento,
Deseamos conocer, no por oidas,
A quien debemos la salud y vidas.

No hay enemigo aquí que con recelo
Te pueda hacer que vivas cuidadoso,
Que aun la inclemencia del airado cielo
Basta á enfrenar tu brazo venturoso:
Y así destos azares el consuelo,
Que á nuestros sobresaltos da reposo,
Es tener de nosotras cada una
Colgada su esperanza en tu fortuna."

Dijo, y las blandas últimas razones
Con voz fueron tan dulce y amorosa,
Que mostró ser en su ademan y acciones,
No caballero, sino dama hermosa:
Y Bernardo mas dentro en sus prisiones,
"Contra la fuerza, dijo, poderosa
De amor, si es enemigo verdadero,
Poca defensa son armas de acero."

Quitóse el yelmo, y aunque el pardo dia
Por oscuros celages iba huyendo,
Su rostro así sembró nueva alegría,
Que suspendió á la noche el suyo horrendo,
Su aire, de la española gallardía
En los presentes ojos imprimiendo
Cierto gusto y placer: que siempre agrada
Cualquiera nueva perfeccion mirada.

Suele entre parda nube de aire oscuro
De oro estar una llama amortiguada,
Que á deshora rompiendo el fragil muro
Toda la vuelve en claridad bañada,
Y al que está en sus tinieblas mas oscuro
La ociosa vista deja deslumbrada:
Tal se halló la hija de Medoro
Al quitarse Bernardo el yelmo de oro.

Los blandos ojos con que amor cautiva
El virginal temor puso en el suelo,
El rostro de color de grana viva,
Cual con celages de oro el claro cielo:
Tan bella entre turbada y pensativa,
Que arder hiciera un corazon de hielo,
Dando en la gravedad de su semblante
Nuevo asalto á los ojos de su amante.

Ella los suyos en Bernardo á veces
Como al descuido pone, calla, y mira,
Aquí, y allí los vuelve, y los combeces
Del barco mide, y sin querer suspira:
Y viendo sus soberbias altiveces
Rendidas sin pensar, cruel se aïra:
Que amor es blando fuego, y donde prende,
Mientras que mas le ceban, mas se enciende.

Cual simple pajarillo, que en la fuente
De una falsa hermosura convidado,
Su presto vuelo entre la liga siente,
Sin ver cómo, impedido y atajado:
Y mientras menos su prision consiente,
Mas revuelto se halla y mas ligado,
Hasta que al fin se deja de vencido
En el lazo quedar que le ha prendido;

Tal la princesa del Catay hermosa
Sin conocer de quién, se halla vencida,
Y como de una fuerza poderosa
El alma á un dulce sinsabor rendida:
Y el Leonés con su vista deleitosa
No tiene el alma con menor herida,
Que á cada encuentro de ojos, por su palma
El corazon le ofrece, y rinde el alma.

"¿Si son verdades, dice, ó son antojos,
Bellos ojos, mostraros tan amigos?
¿Si es con cuidado darme los despojos,
De que los mios son fieles testigos?
Mas no es posible que en tan bellos ojos
Caber pueda celada de enemigos,
Que ojos alegres de cualquiera suerte
Son señales de vida, y no de muerte."

Esto en su corazon Bernardo siente,
Y en los libres espíritus del alma
Cierta oculta virtud, que en fuerza ardiente
Rendir le hace á su altivez la palma:
Y la nueva beldad que ve presente,
Mientras le tiene su recelo en calma,
Sin saber cómo, en un divino modo
En sí lo rinde y lo trasforma todo.

Mas á este tiempo en la tormenta horrible,
Que de un revuelto infierno era el trasunto,
A un tiempo el ciego viento y mar terrible
El flaco barco acometieron junto:
Cuando el Leonés con ánimo invencible
El diestro gobernalle asió en tal punto,
Que salir le hizo en admirable modo,
Al tiempo que iba á zozobrar del todo.

A nadie le dejó color entero
En rostro y pecho la ocasion presente,
Que no hay tan esforzado caballero
Que asirse á fuerzas con la mar intente:
Pero con todo, el español guerrero
Un punto no humilló su brio valiente,
Como si fuera sin zozobra alguna
El rey del mar, ó el dios de la fortuna.

La bella hija de Angélica llevada
De otra no menor fuerza poderosa,
En dulces pensamientos ocupada,
Ni en la tormenta ni en su mal reposa;
Ya al timon, ya á la vela, ya cansada
Del grave peso de la flecha ansiosa,
Mientras no puede mas toda rendida,
Por los ojos descubre la herida;

Cuando en el austro un negro torbellino
La triste nao acometió de lado,
Con que el árbol mayor al agua vino
Por la firme carlinga destroncado:
Rompió el vaiven dos curvas de camino,
De una amura el bauprés quedó colgado,
Rota la triza, y fuera de su engaste
El cuadernal, roldanas, y el guindaste.

De nuevo aquí el peligro hizo doblado
El miedo, el ansia, y voces afligidas,
Que ya el barco en rigor se vió anegado
Por dos tablas de un golpe desmentidas:
Nadie saldrá, si no es delfin, á nado:
Las damas, en sirenas convertidas,
Lloran la miserable humana suerte,
Que en mar ó en tierra no hay huir la muerte.

Así tal vez en la nevada altura
Del helado Apenino hiere el viento,
Los montes gimen, brama la espesura,
Y á los Alpes asorda el ronco acento:
Y si la encina en su vejez madura
A fuerzas quiere conservar su asiento,
Nunca la tempestad ni el viento pasa
Hasta dejarla por el suelo rasa.

Un barco en esto al grueso bordo atado
Del suyo el gran Leonés vió que venia,
Nueva esperanza al pecho alborotado
Que mas fuerzas mostraba que sentia:
Pues del confuso viento y su cuidado
Nada en su alma sin tormenta habia,
Siendo el riesgo mayor en el que ahora
El recelo le pinta á su señora.

Mas, no tan presto en la montaña de Ida,
De Júpiter el águila ligera,
Tras de la amada presa conocida
De la encubierta nube salió fuera,
Y á la tierna beldad troyana asidá
Con su robo á buscar volvió su esfera,
Como el brio español el barco puso
Del bordo al agua, y en el agua al uso.

Y sobre un firme cabo reforzada
Su inquietud contra el sordo mar y el viento,
De las damas la escuadra alborotada
Del bajel ocupó el humilde asiento:
Y ayudando la hija regalada
De Angélica al autor de su contento,
En un punto dejaron el navío
De hermosura y de lágrimas vacío.

Solo faltaba el nuevo caballero,
Y de la bella china una doncella
Por saltar dentro, cuando el viento fiero,
Al cruel rigor de una enemiga estrella,
Rompiendo el cabo le apartó ligero;
Que Venus sigue á su entenada bella,
Y tiene por de burlas la tormenta,
Si el soplo de la ausencia no la aumenta.

Así tal vez por la caverna oscura
Del sacro monte Ténaro sin vida,
De Eurídice la sombra mal segura
A los ojos se fue desvanecida
Del amante de Tracia sin ventura,
Que á detenerla con su amor asida,
Los brazos le arrojó, y sacó en la mano
La ocasion sola de llorarla en vano.

Tal el barquillo lleno de hermosura,
De luceros, de estrellas, y de soles,
Por el espanto de la noche oscura,
Sin ver dónde, escondió sus arreboles.
No hay persona en la mar ni hora segura,
Todo en ella es mudanza y tornasoles,
Que es reino de una dama que sin duda
De solo ser mudable no se muda.

Lo que allí sucedió al bajel hermoso
Parte despues será de un nuevo aliento,
Que ahora veo en gran riesgo al mas brioso
Pecho que ató la mar, ni rompió el viento:
Y á su arruinado barco perezoso,
Sin gobernalle ya, y sin movimiento,
Cada golpe de mar que le da entero,
De la fortuna parecia el postrero.

Es el mudable Jónio un mar violento,
De tempestades lleno, y de bajíos,
De yertos arrecifes, donde el viento
Rompe y hace pedazos los navíos:
Sus islas pobres, y de mal asiento,
Ásperas, escabrosas, de aires frios,
Donde Itaca fue un tiempo celebrada,
Por del prudente Ulises patria amada.

Entre ella y el seno Ámbrico famoso,
Que ahora son los golfos de Lepanto,
Donde el hijo de Carlos poderoso
Al espanto del mundo puso espanto,
Al roto barco del Leonés brioso
La luz le amaneció del cielo santo,
La mar algo tratable, el recio viento
No tan desconcertado ni violento.

Parecia que fortuna ya cansada
De luchar con los aires se rindiese,
Y vencida, á la fusta no domada
La palma y vencimiento concediese:
La tierra ya de lejos saludada,
Que el alto Épiro se entendió que fuese,
Por donde el vasto Jónio se atraviesa,
Y el firme pie al Acroceraunio besa.

Mirando estaba el español valiente
De Alcinoo los jardines celebrados,
Y Léucada engolfada al mar de oriente,
Siendo antes tierra firme sus collados;
Y el promontorio Fálaro eminente,
Que en uno de sus riscos encrespados
(Si debe ser la antigüedad creida)
La nao quedó de Ulises convertida.

La florida Zacintos, y á su diestra
Los altos montes de Cefalonía,
Donde el reino Teléboe se le muestra,
Que por sus costas de robar vivia;
Y la hondosa canal á la siniestra,
Que abrió á pesar de Italia estrecha via,
Para pasar sus olas enrizadas,
De nobles terebintos coronadas.

Aquí el barco á la luz del nuevo dia
Perdido se halló, aunque no anegado,
Ya sin fuerzas la gente que tenia,
Si alguna en tanto riesgo habia sobrado:
Olfa, que así la dama se decia
De la princesa del Quinsay dorado,
Perdida su señora de improviso,
Arrojarse en la mar turbada quiso.

Y mil veces sin esa lo hiciera,
Si el nuevo amante no la reportára,
Y en discreto decir, la pena fiera
Que el alma le oprimió no le ablandára:
Donde á vueltas tambien le ruega, quiera
Decirle algo de aquella beldad rara,
Que á ambos dejó en confuso desconsuelo,
Quién sea, de qué nacion, qué tierra, ó cielo.

Olfa, que en las grandezas del mancebo
Ser algun disfrazado dios creía,
"Marte invencible, dijo, á quien ya debo
Mil vidas, oye...." y proseguir queria;
Cuando con nueva voz y espanto nuevo,
El roto barco en dos ven que se abria,
Que ya encallado en una firme peña,
La muerte á todos dió la postrer seña.

El sentarse en el áspero bajío,
Y hacerse á un golpe dos ¡extraña cosa!
Fue todo á un tiempo, y con un norte frio
Bramar la mar de nuevo temerosa:
De todos solo el castellano brio
Quedó entero en su fuerza poderosa,
Que los demas con solo el temor ciego
Por muertos se contaron desde luego.

Fuese hundiendo el barco destrozado
En ancho y espumoso remolino,
Donde bien su valor mostró abreviado
Del Casto Alfonso el sin igual sobrino:
Que de su arnés lumbroso despojado,
Sobre la gruesa rosca de un gran pino
La bella china puso desmayada,
Ya en sus mismos temores anegada;

Y dando con sus armas á la entena
Rico peso, tambien por no dejallas
Donde el antiguo griego en nueva pena
Por culpa suya trate de guardallas:
Entre la crespa mar de espumas llena,
De sus olas rompiendo las batallas,
La playa busca, cuando al turbio viento
Fortuna al parecer da nuevo aliento.

Cual bello cisne sobre el crespo vado
De Meandro, sin que en él se le consuma
Del blanco pecho el tumbo levantado,
Cercos engarza de liviana espuma;
Y en remolinos de cristal cuajado
Humedeciendo va la hueca pluma,
Hasta que al fin entre la juncia verde
Al suave son de su cantar se pierde;

Así luchando el español guerrero
Por las saladas ondas discurria,
Diestro piloto hecho y marinero
Á la pesada entena en que venia :
Dando consuelo al llanto lastimero
De Olfa, que en hermosura parecia
Bella sirena, si de cuando en cuando
En cantar convirtiera el ir llorando.

Que sea el fuerte Triton, ó el rey Neptuno,
Ó la mudable imágen de Proteo,
El crespo mar sospecha, que ninguno
Que sea mortal alcanza igual trofeo:
Y asi por dios del mar de uno en uno
Cuantos los campos cruzan de Nereo
Le rindieron debido vasallaje,
Y anunciaron el próspero viaje;

Hasta que la fortuna, ya afrentada
De verse de un mortal brazo vencida,
En el tumbo espumoso disfrazada
De la ola de un leveche embravecida,
Á Olfa, su amparador, y la aferrada
Entena echó á la costa encanecida,
Por donde de Beocia en corva raya
El rio Cefiso rompe la ancha playa.

CANTO XII.

ARGUMENTO.

Justas de Acaya por Crisalba, infanta de Creta. Un caballero desconocido aventaja á todos los concurrentes: Bernardo justa con él, y el desconocido le cede la victoria.

Es Crisalba hija del señor de Creta,
De su tierra heredera obedecida,
Tierra á quien infeliz virtud secreta
En tristes llantos tiene consumida:
De adonde la alemana huyó discreta
Con su nieta, que es alma de su vida,
Y la que en Creta es reina por empresa,
De Acaya es, antes de heredar, duquesa.

Tiene en Milene corte y real palacio
De su ancha mar en la espumosa raya,
Donde con grave pompa en largo espacio
Lo mejor de sus golfos atalaya:
Aquí desde el Ligurio al mar Carpacio
Tributa y da su cristalina playa,
Para adorno y regalo de su corte,
Cuanto la Libia encierra, y mira el norte.

Y aquí de cinco reyes comarcanos
Pedidas fueron sus alegres bodas;
El rey de Licaonia, el de romanos,
El de Sicilia , el de Corinto, y Rodas :
Pero su padre con temores vanos,
Viendo en su daño las demandas todas,
Con el acuerdo de su astuta abuela,
Que en el bien de la infanta se desvela;

En el real campo de Milene quiere
Alegres justas se hagan , donde acuda
Á conquistar mujer , quien la quisiere,
Con lanza que hable, y con la lengua muda:
Y que sea la duquesa de quien fuere
Mas valeroso , sin que quede en duda,
Si su padre le dió ó quitó imprudente
Esposo mas ó menos excelente.

Es nuestro rey Tifeo advenedizo
Á estas ardientes islas, de aquel suelo
Á quien el encubierto norte hizo
Guerra ordinaria de importuno hielo:
Amor le trajo á Creta, allí su hechizo
De su patria olvidar le hizo el cielo,
Y el cetro de gran duque de Colonia
Al de Acaya trocó, y de Macedonia.

Un bárbaro sajon su rico estado
Por fuerza de armas usurpó á Gloricia,
Que, de tesoros rica , su hijo amado
Huyó de la tiránica avaricia:
Y por volver al cetro despojado
Solo un yerno magnánimo codicia,
Y á este fin son las fiestas , y á esta fama
Su clarin un entero mundo llama.

La codicia de joya tan preciosa
Llena le dió de príncipes la tierra:
Que por tal reino, y tan gallarda esposa,
¿Quién del suyo no sale, y se destierra?
Nunca ganaron mas bizarra diosa
Los gigantes que al cielo hicieron guerra,
Aunque ya con victoria en las estrellas
Á la luna escogieran las mas bellas.

Y, sin los reinos que heredando viene,
Le da Gloricia seis castillos de oro,
Que el mundo todo en su caudal no tiene
Junto ni repartido igual tesoro:
Mas ya no hay cosa que su gusto llene;
Todo es luto y temor, despues que un moro,
Que en Getulia nació, con brio orgulloso
Subió tambien á pretension de esposo.

Es de alma aceda, y desabrido trato,
De miembros y estatura de gigante,
Del vaporoso Encélado un retrato
En brutal pecho y ánimo arrogante:
Este, en bárbaro estruendo y aparato,
Á las fiestas llegó en bajel triunfante,
Y el mismo dia en orgulloso brio
En un cuartel fijó este desafio:

Que un año justará lanza por lanza
Con cuantos presumieren estorballe
De la bella Crisalba la esperanza,
De que ya goza, de gozar su talle:
Hoy hace un mes que con feroz pujanza
Su partido defiende, sin que halle
Quien la segunda justa le mantenga,
Y al suelo del primer chocar no venga.

Vuelan los tres las dos pequeñas millas,
Que de la real ciudad nació la fuente,
Y en la plaza entre nuevas maravillas
Al rey Argante miran, y á su gente;
Y que á sus lanzas sin poder sufrillas,
Las demas se le dan calladamente,
Cuando á la plaza por la calle opuesta
Un caballero entró á aumentar la fiesta;

Cubierto de enlutada sobrevista,
El caballo tambien negro enlutado,
Blanca en la frente una pequeña lista,
De ambas las manos y de un pie calzado,
De hermoso talle, y de gallarda vista,
Lozano huello, altivo desenfado,
Y hácia Argante se fue, que oyendo estaba
Diferentes las nuevas que esperaba.

Pidióle justa, y él con el disgusto
De la contraria desabrida nueva,
Furioso respondió, "de mejor gusto
La batalla haria á toda prueba:"
"Así sea," replicó el valor robusto,
Antes cortés, y una dorada greba
Por gaje le arrojó, y para encontrallo,
Como con alas revolvió el caballo.

Suspendióse la plaza, estuvo quedo
El viento, y en los pechos mas briosos,
Ó sea de sobresalto, ó sea de miedo,
Darse latidos vieron presurosos:
Y partiendo ambos en igual denuedo,
Al chocar los encuentros poderosos,
Sembró hechas astillas por el aire
Ambas lanzas la furia y el donaire.

Como dos huecas nubes retocadas
De azul retinto, y lóbregos asientos,
Si de contrarios humos amasadas
Las impelen tambien contrarios vientos,
Del cierzo y austro ardiente arrebatadas,
Al encontrarse, dejan sus violentos
Vapores de los rayos y los truenos
Las vistas ciegas y los aires llenos;

Así del uno y otro caballero
En los firmes encuentros resurtia
El ronco son del relevado acero,
Que el aire de relámpagos cubria:
El de lo negro, en firme y en ligero,
Un morcillo centauro parecia,
Que sin que nada baste á perturballo
Nacido va inmudable en su caballo;

Y aunque Argante tambien guardó la silla,
De dos ningun estribo guardar pudo:
Hincó al pasar el bayo una rodilla,
Y su dueño perdió lanza y escudo.
El pueblo, en ver que el bárbaro se humilla,
Trocó en alegre fiesta el estar mudo,
Y él, corrido del caso no pensado,
De vergüenza quedó y temor turbado.

Bien que blandiendo la desnuda espada,
Vuelve buscando alegre á su enemigo,
Que cabe él con la suya levantada,
"Primero, dijo, quiero como amigo
Tu nombre conocer, si á la jornada
Encubrir no te importa lo que digo:"
"Argante, rey de Fez, porque te asombre,
Sabrás, si no lo sabes, que es mi nombre."

"El tirano, no el rey, dijo el del luto,
Que al verdadero rey tú le mataste,
Y en fe traidora, y pecho disoluto,
De su heredera el reino despojaste;
Y pues mi espada el pretendido fruto
De su venida halló, lo dicho baste,
Que de los dos el uno por concierto
Sobre esta causa herede el campo muerto."

"Como lo pides," le respondió Argante;
Y haciendo á un tiempo golpe las espadas,
Con solo aquel, en opinion bastante
Sus personas dejaron aprobadas:
Y el del luto á su yelmo resonante
De estrellas vió las bóvedas sembradas,
Y á sí mismo con ellas, y su cielo,
En grandes riesgos de venir al suelo.

El tirano de Fez sobre el caballo
Por la plaza fue un rato sin sentido,
Y aunque pudo el del luto degollallo,
Quiso, mas que valiente comedido,
Que vuelva sobre sí por no matallo,
Como él á su señor mató dormido:
Volvió en su acuerdo, y vió del yelmo de oro
Por el suelo sembrado su tesoro;

Y del tranzado arnés la rubia malla,
Que el prado argenta, y su contrario fuerte,
Que no estimando el fin de la batalla
Le aguarda sin temor, vió el de la muerte,
Que aun en los pechos bárbaros se halla:
Y él que la suya irreparable advierte,
"Si es forzoso morir, muera conmigo,
Dijo, á pesar del cielo, mi enemigo."

Cerró con él á ejecutar su intento,
Sin reparar á tiempo un altibajo,
Que en golpe fue cortando tan violento,
Que el brazo del escudo le echó abajo:
Y al ya vencido moro sin aliento,
Al caer del caballo, un diestro tajo
Así á compás corrió su ligereza,
Que arrebató á los hombros la cabeza.

Miró la plaza en suspension notable,
Hecho piezas el rey de Berbería,
Que aun no dos horas antes espantable
Los hombres solo con mirar vencia:
Cogió su gente el cuerpo miserable,
Que un destroncado roble parecia,
Y el vencedor con gallardía robusta
En su puesto se puso á esperar justa.

No venia de intento á ver las fiestas,
Sino á vengar á Flérida de Argante,
Que en él sus nuevas esperanzas puestas,
Para hacerlo le dió poder bastante:
Mas viendo sin pensar tan bien dispuestas
Sus pretensiones, quiso en lo restante
Probar la gentileza y gallardía
Que en los valientes de aquel reino habia.

Salió el duque de Arcadia valeroso,
El jóven rey de Tebas, y Erimanto,
Salió el robusto Ménalo furioso,
Que á todos daba su grandeza espanto:
El jayan Adargusto pavoroso,
Por vengar de su muerto rey el llanto,
Salió tambien, mas uno á uno todos
Al suelo fueron por diversos modos;

Y sin hacer desden ni movimiento,
Ni revés el caballo ni mudanza,
Diez derribó de los de mas aliento,
Y algunos dellos sin romper la lanza;
Con tanto gusto y general contento,
Como si cada uno su esperanza
Empleada la tuviera por entero
En el brazo y valor del caballero.

Bernardo, aficionado á su destreza,
Quisiérale probar sin enfadalle,
Que ha hecho tanto en tan pequeña pieza,
Que pedirle mas justa es agravialle:
Mas, viendo que mil soles de belleza
Del real balcon le hablan con miralle,
Que en verle sin justar toda la tarde
Le tendrán por remiso, ó por cobarde;

Llegando al bravo y singular guerrero,
"Aunque parezca, dijo, desacato
Demandar nueva justa á un caballero
Que tanto ha hecho en tan pequeño rato;
Ese heróico valor, que tan entero
Se muestra, es quien nos vende por barato
El pundonor de ser vuestro vencido,
Por el riesgo y dolor de haber caido.

Y así no os causará, señor, disgusto
Añadiros de nuevo esta victoria,
Que nadie justa ya, ni yo ahora justo
Para usurparos la alcanzada gloria;
Mas por un rato de solaz y gusto,
Ó altiva presuncion y vanagloria,
De no salir de aquí (decirlo quiero)
Sin probar lanza de tan gran guerrero."

Dijo, y sin responder á sus razones
Mas que con una humilde cortesía,
Dieron á un tiempo vuelta los frisones,
Que el mas pesado una ave parecia:
Y con iguales términos y acciones
De gentil apostura y gallardía,
Hundiendo vuelven con furor la tierra
Los dos soberbios rayos de la guerra.

Volaron por el aire las astillas
De las quebradas lanzas, los guerreros
Tan firmes y compuestos en las sillas,
Como si fueran pajas sus aceros:
Ni los ojos pudieron percibillas,
Ni la herida de golpes tan ligeros;
Ellos solos en modo extraordinario
Cada uno se admiró de su contrario.

Toman segundas lanzas escogidas,
Y armándose de nueva fortaleza,
Por el cielo en astillas esparcidas
Asombros dió á la plaza su braveza:
Procuran otras, y otras mas fornidas,
Y estimando del otro la destreza
Cada uno á propia mengua, á cada encuentro
La tierra hacian temblar hasta su centro.

Seis veces se encontraron, y en seis truenos
La ciudad resonó, cuando el del luto,
Quizá temiendo en algo el ir á menos,
Sacó la espada, y dijo resoluto:
"Esta mejor decir podrá á lo menos,
Si ya romper mas lanzas es sin fruto,
Cuya ha de ser deste solaz la gloria,
Pues para dos no es harto una victoria."

El español, si con su honor cumpliera,
De gusto le rindiera la batalla
Por su propia aficion, y porque fuera
Contento general el excusalla:
Mas viendo acometerse, sacó fuera
De la vaina la espada, y al sacalla
Dijo, "por esta juro que contigo
Mas deseo obras de amor que de enemigo."

Mas el del luto, ó ya por el coraje
De no poder vencer un caballero,
Ó porque á punto no entendió el lenguaje,
Por respuesta le dió sobre el plumero
Un golpe tal, que hizo que se abaje
Mal de su grado hasta el acion primero,
Que tiene á desenvuelta villanía
Que le hablen sin hacelle cortesía.

Perdió con esto el godo el sufrimiento,
Y hecho nueva serpiente ardiendo en ira,
Un golpe, y otro, y otro en firme aliento
Le da, le carga, le redobla, y tira:
Y él, dando escudo á su furor violento,
Ni por ellos se aparta ni retira,
Antes así con su rigor revive,
Que dos le da por uno que recibe.

Hirió el del luto al español de punta
Por medio de los pechos con tal fuerza,
Que la cabeza con las ancas junta
El cuerpo le hace con dolor que tuerza:
Y otra tras ella al corazon le apunta
Por debajo del peto, que era fuerza,
Á no torcerse sin pensar la espada,
Quedar la injusta brega rematada.

Mas paró en un rasguño el riesgo todo,
Aunque la sangre que sacó la espada,
Si en lo fino mostró que era de godo,
Mejor lo descubrió en quedar vengada;
Que aferrando la suya, de tal modo
Le asentó la respuesta en la celada,
Que la plaza asombró, y el ya confuso
Seso que dentro estaba perdió el uso.

No reforzado tiro de bombarda,
De vivo azufre y de salitre lleno,
Á quien el fuego en descender mas tarda,
Que él en formar de su estampido el trueno;
Ni respuesta envió en la nube parda
Mas presta, ni del aire el hueco seno,
Al escupir sonó el rayo encendido
En mas medroso y súbito ruido.

Arrodilló el caballo ambas las manos,
Y caida en las ancas la cabeza,
Á su dueño llevó en clamores vanos
Sin tiento por la plaza larga pieza:
Quedaron los del muerto Argante ufanos:
Usar del poder todo no es grandeza,
Y así el jóven no quiso, aunque herido,
Su furia ejecutar en un rendido.

Volvió á la vida cuando ya por muerto
La plaza le lloraba: vuelve, y mira
Cuán cerca della estuvo, y cuán cubierto
De gloria su contrario se retira:
El destrozado escudo sin concierto
De envidia arroja, y de dolor suspira,
Y á la venganza llama al enemigo,
Que antes merece premio que castigo.

Corre á dar muerte el uno, el otro atiende
En bizarro ademan: llegan, y á un punto
Sobre cada uno de los dos desciende
Del contrario rigor el poder junto,
Con que de nuevo así el herir se enciende,
Que de la muerte son vivo trasunto,
Y forzoso llorar al uno muerto,
Si ya no es morir ambos lo mas cierto.

Tienen al pueblo oscuro deslumbrado
De su herir los relámpagos dudosos,
Que el dia ya su luz se habia llevado
Por esconderla á golpes tan furiosos:
Cada uno del contrario está admirado,
Y el mundo de ambos pechos valerosos:
Y aunque es la igualdad grande, todavía
No es del luto, si la hay, la mejoría.

Pudieran combatir á las vislumbres
De los dorados rayos y centellas,
Que en las grabadas armas la costumbre
Del dar y resurtir volvian estrellas:
Mas del palacio real pomposa lumbre
De infinidad salió de antorchas bellas,
Que á pesar de la oscura noche fria
A la plaza salió de nuevo el dia.

Pareció con las luces mas hermosa
Y de mayor espanto la batalla,
En seis horas de tiempo así dudosa,
Que un punto apenas de ventaja se halla;
Cuando el bravo del luto en rabia airosa
Se atrevió de una vez á rematalla,
Y lanzándose á tiempo á su enemigo
En duro abrazo le apretó consigo.

Hizo cada uno presa en su contrario,
Y en ella mas vistosa la contienda,
Porque del caracol revuelto y vario
No hay quien la entrada ni salida entienda;
Que al brio de los caballos voluntario
El suyo dejan, sin curar de rienda,
Y así en su lucha se asen y se ligan,
Que á ellos les fuerzan que sus vueltas sigan:

Y aunque no por holgados ni lozanos
Los frisones rifaron á su modo,
Y altas las manos con relinchos vanos
Sacó el morcillo en alto el cuerpo todo;
Y su dueño en las garras de las manos
De la cabeza el fino yelmo al godo,
Que por desencajarle de la silla
No le dejó de aquel vaiven hebilla;

Y dando la victoria por ganada
Caer le deja, y de su espada afierra,
Cuando en él la hermosura vió extremada,
Que viva en su feliz memoria encierra;
Y en nueva admiracion la altiva espada
Con furia arroja á la sangrienta tierra,
Y "¡ay triste!" dice, y tras el ay profundo,
"¿Quién podia ser, sino la flor del mundo?

Goza como mereces la victoria,
Y el rico venturoso premio della,
Que yo doy la ventaja por notoria,
Á tí en valor, y en la ventura á ella:"
Dijo, y con arrogante vanagloria
El caballo picó, y la plaza huella,
Dejando convertido su denuedo
En nueva admiracion el primer miedo.

El valiente español, que en el bastardo
Resonar de la gente y pueblo rudo,
Y con el alboroto y el resguardo
De hacer nueva celada de su escudo,
La oscura voz, y el ademan gallardo
De su contrario fiel notar no pudo,
Viéndole ahora salir de la batalla
Como huyendo, está suspenso, y calla.

CANTO XIII.

ARGUMENTO.

Bernardo, vencedor en las Justas, declara libre á Crisalba de elegir el esposo que mas le agrade. Gloricia le ofrece la mano de su nieta, que él cortesmente rehusa. Quiere partir de Creta: sentimiento de Crisalba: final separacion de los dos.

Dieron las nunca vistas maravillas
De sus armas al Godo declarado
Por digno sucesor de las dos sillas
De la de Acaya, y del cretense estado:
Y que ante la princesa de rodillas,
De inmortales laureles coronado,
El rico premio goce, y joya puesta
A la honrosa victoria de la fiesta.

Subió en medio del griego pueblo ufano
Al real dosel el vencedor guerrero,
Donde la infanta con gallarda mano
La guirnalda y su amor le ofrece entero:
Y él con bizarro estilo cortesano,
"Señora, dijo, el premio verdadero
Mio será que el lauro se mejore,
Donde el mundo le envidie, y yo le adore.

Y vuestra soberana frente sea
Divino templo á su trofeo de gloria,
Para que como yo pretendo vea
Mas que los cielos alta mi victoria:
Y á vos gallarda y celestial idea
Tambien por premio quede y por memoria
Deste humilde servicio, como es justo
Entera libertad en vuestro gusto,

Para eligir con él esposo dino
A vuestro real valor y heróica casa,
Sin que con temerario desatino
Nadie en esto os dé ley ni ponga tasa:
Él solo sea la regla y el camino,
Y de vuestra eleccion la libre basa,
Que vos que habeis de dar al mundo leyes,
No es bien que las tomeis de agenos reyes.

Y si algun descompuesto caballero,
Por humilde interés, violar quisiere
Desta mi nueva libertad el fuero,
Campo y armas señale, y sea quien fuere:
Que la puerta del gusto no es de acero,
Ni á Palas Venus sujetar se quiere,
Antes sin estimar su escudo y lanza
Sola y desnuda la victoria alcanza."

Engrandeció el cretense señorío
Del hidalgo español el noble intento,
Perdió en oirle la princesa el brio,
Zelosa aun de su mismo pensamiento:
No sabe si es de amor, ó si es desvío,
El fin del generoso ofrecimiento,
Que á un empeñado gusto en dulces bienes
La alegre libertad sabe á desdenes.

Y hecha de un cielo de placer trasunto,
Ahora de uno y luego de otro modo,
De su amoroso pensamiento el punto
Claro descubre al encubierto Godo:
Y en fiestas puesto el griego reino junto
A entretenerle en gusto atiende todo,
Y ella en cuidosa prevencion atenta
De mil cosas le pide y le da cuenta.

Ya en agradables músicas, ya en cazas,
El gusto y el placer se dan las manos,
Y en reales mesas espumantes tazas
La alegría hacen y el amor hermanos,
Con que tú, oh niño celestial, enlazas
De la doncella los cuidados vanos,
Y de su ilustre huesped siempre á tiento
De uno en otro se vuela el pensamiento.

Gloricia en tanto, á quien la oculta ciencia
De sus mágicos versos adivina
La masa real, y heróica descendencia,
Que al mundo en siglos por venir camina
Destas dos sangres, que hoy en diferencia
Tiene el amor, y el cielo determina
Que una se hagan, y su nudo santo
Honra á la fama dé, y al suelo espanto,

Un dia así con el valiente Godo,
En su real cuadra á solas retirada,
"¡Oh valor, dijo, en quien por dulce modo
De nuevo mi esperanza veo cifrada!
Si el cielo no hizo diferente en todo
Mi antiguo origen de tu patria amada,
Y ahora ordena que aumentado quede
Con tu real sangre, lo haga como puede.

Yo de Colonia huí la acerba muerte,
Y las crueles cadenas del tirano,
Y á Creta me arrojó la adversa suerte,
Un reino entonces mas que ahora humano;
Donde Crisalba, que en placer convierte
Cuanto su vista ve y toca su mano,
Con solo el gusto de hallarla pudo
De mi alma conservar el frágil nudo.

Con ella huyendo del horrible infierno
En que arde el reino, y mi obstinado hijo,
Aquí me retiré, y su pecho tierno,
A que con gusto y gravedad corrijo:
Y de mi ley cristiana el pacto eterno
En mi alma tengo, y en la suya fijo,
Deseando desta humilde tierra oscura
Volar con ella á mas constante altura.

Mi intento á esto trazó las reales fiestas,
En que su ánimo muestre el mas lozano,
Porque en tan valerosos hombros puestas
Mis pretensiones corran de su mano:
La tuya no la sé, las mias son estas,
Cobrar mi antigua patria del tirano
Que ahora la usurpa, y á mi nieta bella
Lejos de Creta ver reinando en ella."

La prudente Gloricia en este modo
Su ofrecimiento y diligencias hizo,
A quien el firme y generoso Godo
Con discretas palabras satisfizo:
Era de su liviana excusa el todo
La injuria con que un rey antojadizo
Puestos tenia sus padres en prisiones,
Su estado en riesgo, su honra en opiniones.

Con esto el jóven por entonces puso
A aquel nuevo fervor silencio y pausa,
Bien que en sí mismo sin saber confuso
Quien el cuidado y suspension le causa:
Admírase tambien que se dispuso
La bella Olfa á le dejar sin causa,
Y sin darle razon de su partida,
Ni se sabe el por qué, ni á dónde es ida.

Cercado destos varios pensamientos,
La ociosa soledad por compañía,
Dando y tomando cuenta á sus intentos,
Y el medio que en seguirlos tomaría,
Viendo cual juegan con la mar los vientos
Desde el real mirador estaba un dia,
Cuando un villano vió con una carta,
Que absorto de mirarle no se harta.

Y en el humilde suelo una rodilla,
"Señor, le dijo, un caballero andante,
Que de luto vestido, una cuadrilla
A un grave entierro lleva semejante:
Al tiempo de embarcarse en una villa
Que da á un puerto de mar playa inconstante,
Este papel me dió, que en propia mano
Os diese...." y puesto allí, calló el villano.

Vió que conforme el simple mensajero
Las claras señas da, la carta viene
Del ausente enlutado caballero,
Que en cuidadosa suspension le tiene:
Y en gusto deseando mas entero
Lo que el secreto del papel contiene,
De sobresalto lleno y de alegría,
Al desdoblarlo vió que así decia:

"La encubierta princesa de la China,
Del tiempo perseguida y sus azares,
A tí de estirpe al parecer divina
En tus proezas y hechos singulares,
Salud, si el que á deseártela me inclina
Darla á tí puede, como á mí pesares,
Porque con ella en años no veloces
El nuevo gusto en que te empleas goces.

El cielo sabe, oh jóven soberano
A quien la vida tantas veces debo,
Que despues que por tí en el mar greciano
A ver volví mi libertad de nuevo;
Ni te estimé en tan poco, ni en tan vano
Cuidado el que me dan tus cosas llevo,
Que á no ir ciega cual fui en mi desafio,
Nunca contra tu brazo alzára el mio.

Perdona, oh felicísimo guerrero,
Si en algo estorbo fui á tu nuevo gusto,
Aunque salir con el honor entero
Jamas dudase tu ánimo robusto:
Mas por lo que mereces y te quiero,
Aunque excediendo del estilo justo,
No sé si ahora diga que me pesa
De haberme desistido de la empresa.

No por vana arrogancia de vencerte,
Que serlo yo de tí tengo por gloria,
Ni por hacerme á mí, ni deshacerte,
Ni acortar con la mia tu memoria:
Pero quizá de envidia por no verte
El gran premio gozar de la victoria,
Que el dolor deste vicio sin provecho
¿Á qué altiva mujer no escarva el pecho?

Mas, ya que esta intencion es devaneo,
Tu gusto que se extienda á los extraños
Eterno goces como yo deseo,
De azares libre, y de temor de engaños:
Aunque el ver sepultados cual los veo
Dentro en Acaya tus floridos años,
No sé si ya por lo que á tí se debe,
Mas que no á envidia á compasion me mueve,

A tus felices bodas fuera justo
Quedarme, y celebrarlas cual conviene;
Mas en materia de alegría y gusto,
Nadie es posible dar lo que no tiene:
Yo habia de estar sobrada, donde al justo
El resto en igualdad se anuda y viene,
Y así esta breve falta tuve en menos,
Que agüerar con mi mal gustos agenos."

Bernardo, alborotado el pensamiento
Con la carta y la nueva, habiendo al justo
Trazado el tiempo de uno y otro intento,
Seguir quiere los rastros de su gusto:
Que es fuego amor, y con cualquiera viento
El corazon altera mas robusto:
Y ya impaciente de su ociosa vida
Y sus gustos, ordena la partida.

Y para atravesar el hondo charco,
Que tiene el reino de fortuna en peso,
A toda diligencia aprestó un barco,
Que hace gemir las aguas con su peso:
Y en medio el sesgo puerto, al tumbo y arco
De crespas olas, y de aljofar grueso,
La áncora corva en el arena agarra,
Y al primer viento ha de dejar la barra.

Sintió Crisalba el pensamiento nuevo
De su querido huesped, en quien puso
Amor su gusto, y la fortuna el cebo
De las lisonjas que á su honor compuso:
Pierde el color, marchítase el renuevo
Que en su deseo florecia confuso,
Y queda entre recelos sin sosiego,
Ya confiando, y desconfiando luego.

Mas viendo del partir la hora llegada,
Y que ya su licencia sola espera,
Con el dolor el alma traspasada
Del miedo los recatos echó fuera:
Y en seca lengua al paladar pegada,
La voz quebrada, y la congoja entera,
Así habló, de la pena los enojos
Reventando las señas por los ojos:

"¡Oh valor para todos de provecho,
Para mí sola de tormento y daño,
En quien el cielo dió á mi alma hecho
El de toda su gloria á tu tamaño!
Si ya no cubre en tan hidalgo pecho
Siniestro azar la capa del engaño,
¿Cómo es posible que tan presto al viento
La esperanza hayas dado de mi intento?

¿Qué se hizo aquel gran bien que amanecia
Con la luz de tu fama en mi memoria,
Que aunque contaba menos que yo via,
No era menor que mis deseos su gloria?
¿Cómo, señor, tan presto de la mia
Huérfana quedaré, en queja notoria
De la alegre esperanza que me diste,
Cuando venciendo tuya me hiciste?

Goza en tanto á lo menos del descanso
Que este revuelto tiempo se mitiga,
Y el tempestuoso mar se muestra manso,
Y en menos olas su arenal fatiga;
Mientras que de los rios el remanso
A dar claro tributo al mar prosiga,
Y vayan no tan turbios y abultados,
De ordinarias riberas abrazados.

Ya por mi mal he visto en suerte loca
Gente á dudosos vientos confiada,
El rigor darla de una oculta roca
Por el áspero mar toda sembrada:
Si tan de lejos mi dolor te toca,
Que por él no merezco alcanzar nada,
Ablande ahora ese tu duro pecho,
Ya que no mi dolor, ver tu provecho.

No te pido la fe del casamiento
Que mi vana altivez me prometia,
Ni que á esa cuenta dejes tu contento
Por el remedio de la pena mia;
Solo que aguardes que te ofrezca el viento
Mas firme soplo, y apacible dia:
Mira, si aunque en tu pecho yo estuviera,
Mas breve y corto don pedir pudiera.

No quiero cansar mas, da la sentencia
Que ya en tus ojos se conoce clara,
Que si entendiera que esta triste ausencia
Hasta acabar de oirme se alargára,
Por no verme apartar de tu presencia
Eternamente sin cesar hablára,
Quedando así, en las causas que me pones,
Igual tu sinrazon con mis razones."

Dijo, y dijera mas, si la congoja
Mas ánimo le diera, y mas aliento;
Mas vuelta en gualda ya la color roja,
La habla á un tiempo perdió y el movimiento:
Quedó cual de alhelí marchita hoja,
Y al Español su tierno sentimiento
Anuncia, si no abrevia la partida,
De amor tan fino su lealtad vencida.

Y así en los brazos de Faustina bella,
Y otras llorosas damas desmayada,
Que en triste asombro acuden á valella,
La real casa les deja alborotada:
Y el constante mancebo huyendo della,
En ojos tiernos va, y alma obstinada,
Al ciego mar, á donde en frágil barca,
Que á él solo espera, sin pensar se embarca.

Y dando al viento las latinas velas
El ligero batel deja la playa,
Que un amor y otro amor sirven de espuelas
Para que huyendo ahora de ambos vaya:
Un amor descubierto sin cautelas,
En vez de encender fuego le desmaya,
Que siempre el gusto incierto se sublima,
Y lo dado de balde no se estima.

Volvió de su amoroso desacuerdo
La bella infanta, y al abrir los ojos,
Aunque alterada, con semblante cuerdo
La causa fue á buscar de sus enojos:
Y no viéndola allí, puesta en su acuerdo,
Y el desdeñado espíritu entre abrojos,
Torna á cerrarlos, que sin ver su amante,
Tiniebla es todo cuanto ve delante.

Mas ya certificada en su partida,
Y en la muerta esperanza de su gloria,
Si el cruel dolor no le acabó la vida,
Fue por darlo mayor con la memoria:
Y entre una y otra pena divertida,
En todas de su muerte ve la historia,
Hasta que vuelta ya á mejor discurso
Dió al alma vado, y á sus penas curso.

Y recogiendo á lo mejor del pecho
El grave mal que su quietud destruye,
Gozar un rato quiere sin provecho
De ver su huesped por la mar cual huye:
De un rico balcon de oro al antepecho
El crespo golfo vió, y en verlo arguye,
Si un tan gran cuerpo mueve un aire vano,
No es mucho sea como él el gusto humano.

Vió volar el pequeño barco altivo,
Surcando el mar con todo su tesoro:
"¡Ay, dijo, cruel, cobarde, fugitivo,
Que solo huyes de mí porque te adoro!
Si tanto el mar te agrada, un mar al vivo
Verás en estas lágrimas que lloro:
Vuelve, y navega en él á tu contento,
Que mis suspiros servirán de viento.

Vuelve, y verás el gusto de quererte
Hecho verdugo de mi amarga vida,
Y cuan vecina de mi triste muerte
La vana ocasion fue de tu partida:
Mas no vuelvas, cruel, que en solo verte
El alma, que ya tengo aborrecida,
Por tuya cobrará su aliento y brio,
Para pena mayor y agravio mio.

Que ese mar, como tú inconstante y vario,
Trono de la fortuna sin asiento,
Si ahora afable, como á mí contrario,
Paso te ofrece y favorable viento;
Yo espero que volviendo á su ordinario
Tu barco arroje con furor violento
Sobre algun pardo risco en que fenezca,
Y en lo duro y cruél se te parezca.

Mas si solo por ser venganza mia
Olvidare su estilo la fortuna,
Estos suspiros que mi pecho envia
De tí no han de dejar reliquia alguna:
Tu barco anegarán, mas ¡ay porfia
Vana, que á quien mi vista es importuna,
Los suspiros que doy, bien se concluye
Que serán viento en popa, cuando huye!

Mas sean en tu favor, sean en mi daño,
Como quiera que son te los envio,
Que en amor verdadero no hay engaño,
Y eslo en su fe por excelencia el mio."
Así la infanta dijo, y con el baño
De perlas lleno el rostro de rocio;
Como la luz quedó de la mañana,
Que el sol aun no le dió color de grana.

Y entre tanto la playa lisonjera,
Como si sorda oyera su agonía,
En huecos tumbos se alza de manera,
Que sus deseos ya en temor volvia;
Y lo que si no amára le vistiera
El vengativo gusto de alegría,
Ya en pálido temor el riesgo mira
Del que antes anegar queria la ira.

Cuando el barco, en confuso torbellino
De roncas olas, al amigo puerto
Entre peñascos saludando vino,
Ya de los dos el un costado abierto:
Corrió la infanta al reino cristalino,
Ya el pecho sin recato descubierto,
A recibir el fugitivo rayo
Del sol, que á su alma da un florido mayo.

Con roja tez el español valiente
Segunda vez tomó puerto en Acaya,
Si bien como discreto alegremente
La furia alaba de la ronca playa:
"No es bien dejar ciudad tan excelente,
Ni que yo huyendo de mi bien me vaya."
Dijo, y á la princesa en la ancha plaza
Pide humilde perdon, y ella le abraza.

Y ya en solemne triunfo victoriosa,
Cercada de su pueblo cortesano,
Del alcazar volvió á su cuadra hermosa,
Con su vencido huesped de la mano:
Y con alma en sus gustos recelosa,
Que no es durable juzga el bien humano,
Y al que ahora le dió el viento busca modos,
A conservarle encaminados todos.

Y no hallando ninguno poderoso
Al importante fin que pretendia,
Tierna le pide al jóven valeroso
Hasta Colonia le haga compañía:
Con que su estado cobre, ó su reposo,
Ó juntos ambos bienes en un dia,
Que amor es hijo de un hidalgo trato,
Y la ausencia parió al olvido ingrato.

Fue de Gloricia traza este concierto,
Que de su amada nieta el bien desea,
Y por mil experiencias halla cierto
Cumplido de valor el que allí emplea:
Y aun lo que convirtió al vecino puerto
En raudales de viento la marea,
Artificio tambien fue de la sábia,
Forjado en mezcla de aficion y rabia.

No pudo el Español por mas que quiso
El cuerpo ahora hurtar á esta demanda:
Encubrió el sentimiento, y con aviso
A la alegre jornada aprestar manda:
No es en sus gustos el amor remiso,
Que con dos alas por los aires anda,
Y así como por ellos en un punto
Cuanto importó al partir se halló junto.

Un preñado galeon de nuevo lleno
De aparato y riquísimo tesoro,
Que Dédalo labró en un bosque ameno,
Lo mas precioso dél de nacar y oro:
Hecho al compás y bordos de su seno
Un mudable jardin, alegre coro
De aves parleras, donde su armonía
Los parabienes da al reir del dia:

Aquí en real pompa á la marea liviana,
Que al huir del sol parió un celage pardo,
Por la barra saltó de espumas cana
Con la princesa el Español gallardo:
Seguia por majestad la capitana,
Mas que para defensa ni resguardo,
Ociosa flota, que el valiente Godo
Todo lo ampara, y lo asegura todo.

La crespa mar con un templado viento
Por sus golfos les abre ancho camino:
Dejan á Macedonia á barlovento,
El Jónio estrecho, el cabo de Paquino;
Y volteando del trinacrio asiento
Con viento en popa el yerto mar vecino,
Al dar la vuelta al cabo de Peloro,
Que huye de Italia por llegarse al moro,

Un pequeño batel entre ola y ola
Andar de lejos vieron sobreaguado,
Que ni las velas nadie le enarbola,
Ni dellas tiene ni el timon cuidado:
Solo de cuando en cuando una vez sola
El viento rasga, y del rumor quebrado
En las letras del eco que resuena,
Mas que palabras manifiesta pena.

Gobierna á ver el real galeon de Creta
El pequeño batel que no se mueve,
Y cuanto mas se acerca, mas perfeta
El viento trae la voz ligera y leve;
Y á todas partes, de la mas secreta
Del leño sale el ay confuso y breve,
Entre un horrible estruendo de cadenas,
De que parecen sus cavernas llenas.

Y en un tapete de oro recostado
Sobre la corva puente un caballero,
El solo hermoso rostro desarmado,
Vestido lo demas de limpio acero,
De lágrimas cubierto y de cuidado,
Y en el semblante y gravedad severo;
Bernardo que le vió perdió el sentido,
De su presencia y suspension herido.

Conoció la beldad que amor le puso
En lo mejor del alma retratada,
Y vió que el que allí va triste y confuso,
Ó es sueño, ó su Arcangélica agraviada:
Quiso arrojarse dentro, mas traspuso
La nao de velas y de amor preñada,
Quedándose el batel pequeño en calma,
Que al tierno montañés le robó el alma.

Manda el galeon parar, manda la infanta,
Sobresaltada en el temor de oillo,
Saber la causa que en presteza tanta
Al mar se arroja su español caudillo:
Cuando al bajel, cuya quietud espanta,
Su barquillo arribó, y de su barquillo
A penas saltó dentro, que el mar ciego
En crespas olas enrizó el sosiego.

Quedó en mayor espanto que primero,
Habiendo en su combés reconocido,
Ser un arnés pintado el caballero,
Que la princesa habia parecido;
Y el son de las cadenas lastimero,
Ó fue imaginacion, ó fue fingido,
Y el frágil barco, si tambien no engaña,
El que una noche le sacó de España.

Alteróse la mar, y el raudo viento
La flota al barco le escondió y el dia,
Y él sin remos ni vela, un pensamiento
En su ligero vuelo parecia:
Perdió el grave Español el sufrimiento,
Burlado de su ciega fantasía,
Que un nuevo gusto le pintó en el seno
Del vacío bajel, de engaños lleno.

Teme sin ocasion haber dejado
La cretense beldad, teme y suspira
Por ello ser de sin verdad notado,
Y su aficion hallar trocada en ira;
Que aunque no está rendido á su cuidado,
Ni al dulce premio de su amor aspira,
Es efecto de amor propio ó forzado,
Amar de un modo ó de otro el que es amado.

Mas, entre los recelos y el disgusto
De hallarse en el batel burlado y solo,
Cuando tocaba en horizonte al justo
Del mar de Fez la lámpara de Apolo,
Cobrando aliento su ánimo robusto,
La noche oscura, y encubierto el polo,
Á ver se puso la ligera priesa
Con que el golfo su góndola atraviesa.

Juzga de su volar que no anda tanto
De un nuevo amante el pensamiento altivo,
Como ella envuelta en el confuso manto
De la noche, sin luz y el golfo esquivo:
Cruza mil sierras de agua, cuyo espanto
Otro ánimo dejára apenas vivo,
Cuando ya por entre una y otra roca
De un rio profundo le tragó la boca.

Y los prolijos golfos reducidos,
Á una angosta canal mira abreviadas
Sus olas, y él y su batel metidos
Entre riberas de árboles copadas;
Por donde, de la furia compelidos,
Que allí los dió á las ondas sosegadas,
Del cristal de Ebro la barquilla altiva,
Cual rayo sube la corriente arriba.

CANTO XIV.

ARGUMENTO.

Encuentro y combate primero de Bernardo con Roldan. Cae el conde en tierra sin sentido: Bernardo le lleva su escudo, y deja aplazado el fin del combate para otra vez.

Y el dia siguiente caminando en duda,
Sin conocer la tierra donde estaba,
Al darle el tumbo á una cuchilla aguda,
Que el seguido camino en dos cortaba,
Pidiendo vió en el llano al cielo ayuda
Á un hombre, á quien cruel verdugo ataba
Un lazo al cuello, y en engace doble
Al corvo gajo de un nudoso roble.

Estaban otros cuatro por testigos,
Y el leonés, viendo el lastimoso paso,
"Teneos, á voces dijo, tené amigos,
Sepamos la ocasion, suspendé el caso:"
Y por entre alcornoques y quejigos
Á toda rienda sale al campo raso,
Cuando ya ellos tambien á toda priesa
El nudo daban á la soga gruesa.

Él por llegar á tiempo, ellos por dalle
Muerte, sin que haya estorbo que lo impida,
Todos priesa se dan : á mí dejalle
En esto, la que tengo me convida,
Que veo á Orlando en un profundo valle
De ciego monte, y áspera salida,
Donde para volver á su camino,
Si el caballo cobró, no cobró el tino.

Dejó la humilde casa del engaño,
Y aquel que serlo en ella parecia,
Y el astuto Garilo, con el daño
Que en el robado anillo hecho habia,
Tras el perdido conde el pais extraño
Á ciegas cruza, y al huirse el dia,
Del grave sueño en la quietud profunda,
El caballo le hurtó la vez segunda.

Saltó en la silla, y á la luz menguante
De la fria luna, "¡oh capitan robusto!
¿Vos sois, le dijo, el príncipe de Anglante,
Y el general baston del cetro augusto?
¿Así en desvelo y guarda vigilante
Las reliquias poneis de vuestro gusto?
Quien en el sueño como vos se olvida,
Ni su honra tiene en mucho, ni su vida."

Despertó el conde, y viendo á Brilladoro
Segunda vez en manos de Garilo,
La paciencia perdió, perdió el decoro,
Y de su autoridad el grave estilo:
Y cual vencido garrochado toro,
Á quien acosa de la gente el hilo,
Los ojos cierra, y con la corva frente
Por los palenques rompe, y por la gente;

El impaciente conde así en gallardo
Y altivo brio, saltó arrogante y fiero,
Que á hacerse el presto Brilladoro tardo,
Ambas deudas cobrara por entero.
Huyó el ladron, y cual ligero pardo
Siguiendo un ciervo, va tambien ligero,
Y al que le huye su caballo fuerte
Le salva á un tiempo, y le condena á muerte.

Aquella noche, y el siguiente dia,
Y sin ese otros seis siguió su alcance,
Que á uno el enojo, á otro la alegria,
De uno los empeñaba en otro lance;
Cuando una tarde el catalan que huía,
Temeroso que el rayo no le alcance,
Á la ancha entrada de una estrecha puente
Á Deudonio encontró, y su franca gente.

Volvia de Zaragoza, adonde vino
Por sábio embajador de Carlo Mano,
Á grangear del rey, que por vecino
Favor ni gente preste al asturiano:
Y viendo el descompuesto desatino
Con que al sudado potro aguija en vano
El medroso ginete, y que él bufando,
Á falta de voz, dice que es de Orlando:

Hizo alto el escuadron, cuando él en medio
De cien franceses puesto de improviso,
Aunque con sus embustes dar remedio
Al impensado aprieto y riesgo quiso,
Faltóle en el brevísimo comedio
Para saber fingir tiempo y aviso,
Y así antes de advertirse del suceso,
Sin pensar que lo estaba, se halló preso.

Llegó tras él el príncipe de Brava,
Que ya tan al estribo le seguia,
Que donde un pie el caballo levantaba,
Los suyos él por le alcanzar ponia:
Mandó al ladron colgar, que era á quien daba
Del sin piedad verdugo la porfia
Espantosa lanzada, cuando pudo
Bernardo á tiempo ver el mortal nudo.

No vió á Dudon, ni al ofendido conde,
Que iban ya dentro de la selva espesa,
Y del árbol ninguno le responde,
Listos á darse en lo que hacen priesa:
Visto el rigor, el español por donde
Mas breve el paso vió, fiero atraviesa
Á socorrer el riesgo, que es de modo,
Que á un pie de dilacion se pierde todo.

Y por ver si la nueva espada corta,
Alta en la mano, y alto el brazo fuerte,
"Paso, dice, cobardes, que me importa
Saber la causa de esa infame muerte:"
Cuando uno de los cuatro le reporta,
Y en blanda voz: "señor, le dice, advierte
Que esa lazada al cuello es propia ajorca
De un ladron, y su tálamo la horca:

Y este, en los de su oficio el mas cursado
Que de Jaca amparó la inculta sierra,
Ya dos veces á Orlando le ha robado
Su caballo, y su fino arnés de guerra:
Hale traido ofendido y acosado
Desde su patrio suelo al desta tierra,
Adonde hoy le prendió Dudon el noble,
Y él ponerle mandó en el primer roble.

Púdolo hacer el Senador romano,
Por ser quien es, y porque dello gusta;
Firma es esta sentencia de su mano,
Y basta el serlo para ver que es justa:
Los dos al pie del bosque comarcano
La dan por tal: si te parece injusta,
No van lejos de aquí, ni un mundo es lejos
Para libres volver por sus consejos."

Así el franco, y así el leonés llegando
La aguda punta el lazo cortar quiere:
"Sea todo eso verdad, sea el conde Orlando
De Roma Senador, sea lo que fuere,
El preso es noble, y español; y cuando
Esas fingidas culpas cometiere,
No es Francia dueño, Roma es parte extraña
Á castigar por sí culpas de España:

Y sobre esto á la franca gente junta,
Si toda viene, estorbaré esta muerte."
Dijo, y corriendo la delgada punta,
La lazada cortó del nudo fuerte:
Y el que en cortés respuesta á su pregunta
Satisfecho dejó, ya de otra suerte,
Al dulce corte de su aguda espada,
Su honra satisfacer quiere agraviada.

Al verdugo feroz manda ejecute
Su oficio, mientras él el de su saña,
Porque ningun cobarde arnés le impute
Flaqueza al noble suyo en tierra extraña,
Saca su espada, y quiere que conmute
En sangre su primer piedad España,
Y el godo al noble término obligado
Ofender no pretende al que no ha errado.

Y así en la muerta fama de su escudo
Los vivos golpes sin le herir recibe:
Los que al diestro esgrimir del filo agudo
De humilde amparo ven que se apercibe,
Cobarde ánimo cobran, y en menudo
Combate en su grabado arnés escribe
Feroz cada uno la destreza que usa,
Mas él de cuatro á solo el uno excusa.

Que á tres golpes la falda de la sierra
De los tres heredó cuerpo y acero,
Y el cuarto ya la mal trabada guerra
Paró asombrado, y dijo al caballero:
"¡Oh ilustre parto desta invicta tierra,
De nobleza y virtud un cielo entero!
Quiero estimarle ya, pues me le ofreces,
Un vivir que te debo tantas veces."

Y como absorto en ver su gallardía
El caballo volvió á seguir su gente,
Y el godo hácia Garilo, que venia
Á le ofrecer la libertad presente:
En cuya peligrosa compañia,
Al pie de un sauce, al márgen de una fuente,
Agradable reposo la espesura
Al luto ofrece de la noche oscura.

El falso catalan, por no negalle
Su premio al beneficio recibido,
Tenerle quiso compañia en el valle,
Que es servirle mostrarse agradecido:
Y por mas á su intento desvelalle,
Largos cuentos fingió, y despues dormido
La rica espada hurtó al siniestro brazo,
Llave sutil del mal logrado lazo.

Despertó al rubio sol el noble Godo,
Y hallando al huesped y á su espada menos,
Vió que es volver por un ladron en todo
Hacer propios agravios los agenos:
Sintió el perder sus armas, sintió el modo
De pagarle tan mal deseos tan buenos,
Y que sea de su patria ingrato vicio
Afrentar con desden el beneficio.

Buscó el caballo, y viendo hurtado el freno
Agradeció la mano comedida,
Que quien á él la espada, y á otro el heno
Robó, robar tambien pudo su vida:
Volvió, y siguiendo de disgustos lleno
La senda menos agra, y mas seguida,
Como en rastro del alba los luceros,
Parir la selva vió dos caballeros.

Dudon el uno, el otro el conde Orlando,
Que en busca suya, y del traidor Garilo,
La siempre amarga envidia devanando
Memorias de dolor los trae de hilo:
Fue el vencido Francés así ensalzando
La libre espada, y el compuesto estilo
Del victorioso Godo, y la jactancia
De defenderse en campo á los de Francia,

Que ardiendo en ambiciosos movimientos,
Dueño cada uno del agravio todo,
Sin darse uno á otro parte en los intentos,
En busca entraron del ausente Godo:
Corriéronse de ver sus pensamientos,
Al encontrarse heridos por un modo
De una envidia, y que dos tan graves lanzas
Á un agravio le busquen dos venganzas.

Y sin torcer el curso acelerado,
Cada uno al otro pide el ir delante,
Cuando el florido tumbo de un collado
Les dió un muerto escuadron poco distante,
Sin espada y á pie un doncel armado:
Dudan si es él, si bien su real sémblante,
Á quien le mira da en lenguaje mudo
Mas voces que la fama de su escudo.

Sus tres fanceses mira Orlando muertos,
De tan nuevas heridas asombrado,
De los golpes los dos por medio abiertos,
Y sin hombro el tercero, y sin costado:
La voz suspensa, y los cabellos yertos,
Al contemplarlos deja al mas osado:
Cuando así el conde al príncipe de España,
Quien sea el autor pidió de tal hazaña.

"¿Sabreis, señor, sabreis, señor, decirme
Destos tres golpes donde está la espada,
En alentado pulso y brazo firme,
Mas que en consejo ni en razon fundada?
¿Quién hay que tal crueldad por buena afirme?"
Á quien Bernardo, la visera alzada,
"Señor, le respondió, la espada bella
Ayer fue mia, ahora no sé della;

Que el mismo á quien dió vida en este valle,
Sin salir dél la hurtó lleno de engaños,
Que excusar á un ladron la muerte, es dalle
Osada libertad á nuevos daños:
Yo que hice mal confieso en alargalle
La indigna vida á mal gastados años,
Mas fue fuerza volver en mi hazaña
Por la ofendida libertad de España."

"Á estar allí esta mia, dijo Orlando,
La potencia de España no pudiera
De mi decreto suspender el mando,
Ni al ladron estorbar que no muriera:
Vos sois alguno de su infame bando,
Pues volvistes por él de esta manera:
Que si es ladron quien hurta, ya se entiende
Que lo será tambien quien lo defiende."

Reportóse Bernardo, y dijo: "vienes
Con justo sentimiento alborotado
Del nuevo estrago que presente tienes,
De una injusta ambicion ocasionado:
Ni puedo responder á tus desdenes,
Hasta que Orlando, como lo he jurado,
Perdon á mis pies pida del exceso
De haber tenido un libre español preso."

Hallóse el sagaz jóven puesto en duda
De cuál fuese Dudonio, y cuál el conde,
Y en esta estratagema quiso aguda
De los dos conocer quién le responde:
Orlando con su lengua tartamuda,
"Yo soy, dijo, á quien buscas, mira adonde
Á morir has venido, á serme dado
Dar la muerte á un muchacho desarmado."

No al brio gallardo de un ginete mozo,
En el alegre orgullo de la caza,
El presto gamo causa mayor gozo,
Que el bosque con sus cuernos despedaza;
Ni al vulgo juvenil mas alborozo
Un presto toro en medio la ancha plaza,
Que á Bernardo causó tener delante
El tan nombrado príncipe de Anglante:

Y así le respondió: "tienes tan tuya
La fama, invicto conde, que en su mengua
No sé si tus hazañas atribuya
Mas á tu heróico brazo, que á tu lengua:
Mas ahora las aumente, ó disminuya,
Hecha un golfo de mar que crece y mengua,
No es todo falso en sí lo que pregona,
Segun la majestad de tu persona.

Y pues tal dicha el cielo me ha ofrecido,
En tenerte á mi brazo y voz presente,
Para saber si tienes, ó has tenido,
Lo que la fama cuenta de valiente;
En lo que dices que ladron he sido,
Como ahora tú quien lo dijere miente,
Y mentirá tambien quien no confiesa
La ventaja española á la francesa.

Y porque á falta de mi arnés entero
La batalla no excuses deseada,
Al que contigo viene le requiero
El caballo me dé, y preste su espada,
Con que ganando ya la tuya, quiero
Dejar la que me hurtaron mejorada;
Y si de voluntad no me la diere,
Habrá de ser por fuerza, sea quien fuere."

Dudon, que á los principios la cordura
Del mancebo estimó, su talle y brio,
Ya por loco le tiene, y por locura
Cuanto habla, y su razon por desvarío:
Y al agravio de tal desenvoltura
Deja el caballo, y toma el desafio,
Y la desnuda espada que apetece
Por la delgada punta se la ofrece.

Puso el brioso español mano á su daga,
Y al francés bravo, que blandiendo tiene
La relumbrante hoja, antes que haga
Seguro golpe que sus brios enfrene,
Rebatiendo una punta al pecho amaga,
Y á la vista á compas volando viene
El agudo puñal, que al yelmo fino
Quitó mil luces, y á Dudon el tino.

Y ayudando á su nuevo desacuerdo
Con él cerró á cobrar su acero agudo,
Y en abrazo enemigo mas que cuerdo
Hechos fueron al verde prado un nudo:
El Leonés vivo al franco sin acuerdo
La daga que á su mano volver pudo,
Ya ciego en su primer ventaja, prueba
Á darle lugar nuevo, y puerta nueva.

Rompió al grabado yelmo las hebillas,
Y al aire dió la desarmada frente,
Y en sus vencidos pechos de rodillas,
Que vuelva espera en sí el que allí no siente:
Cobró vista el francés, vió maravillas,
Piensa que es sueño lo que ve presente,
Que es al vuelo de un tiempo tan escaso,
Mudarse todo un hombre extraño caso.

Era Dudon gran duque de Marsella,
De fuertes miembros y ánimo excelente,
De la real Francia, y de los bravos della,
De diez, de seis, de cuatro el mas valiente
En comenzar batalla, y fenecella,
De colérica espada, y brio ardiente;
Ahora de un golpe se halla en tal estrecho,
Que ni brio ni espada es de provecho.

Así tal vez se vió pino lozano,
Beldad y sombra del vecino otero,
Que á un estallido por el suelo llano
Su duro tronco echó rayo ligero;
Al dar en tierra, el segador cercano
Que á ampararse á su sombra iba primero,
Suspenso, ni se acerca, ni retira,
Mas asombrado y triste, calla y mira.

"Yo no quiero de ti, dijo Bernardo,
Mas que espada y caballo, con que vea
Este invencible paladin gallardo
Lo que ahora como yo tambien desea:
Á que con gusto me lo des aguardo,
Ó la vida con ello: tuya sea
La culpa, si por bien no me concedes
Lo que ya defender por mal no puedes."

Asombró á Orlando el valeroso hecho:
Dudonio, lleno de confuso espanto,
La espada ya en su mano sin provecho
Libre dió, y del caballo hizo otro tanto:
Y en fuego ardiendo de venganza el pecho,
El conde puesto por testigo en tanto,
Á la batalla se aprestó, en que piensa
Tomar de tantos daños recompensa.

Bien que atento á las fuerzas del contrario
Su vivo aliento, su altivez ligera,
El breve asalto, el golpe temerario,
Y del suceso la victoria entera,
Las mudanzas temió del tiempo vario,
Y esta dicen que fue la vez primera
Que al conde halló el temor, y tuvo á una
Por varïable el rostro de fortuna.

La blanca garza, á quien de la Noruega
Los prestos sacres siguen por el viento,
Callando sube, y remontada niega
La vista al mundo, alcance al pensamiento;
Y aunque uno le da, otro le llega,
Otro la sigue, y la encaraman ciento,
Cuando el que ha de matalla sale al vuelo,
Á quejarse comienza desde el cielo.

El mismo impulso al corazon del conde
En el presente trance dió latidos,
Y sin ver causa, ni saber por donde,
Sus fuerzas siente y pulsos impedidos;
Y una nueva tibieza corresponde
Á los alientos antes no vencidos
En esta lid, que le hace entrar en ella
Con pocos alborozos de vencella.

Estaba el conde en la grandeza dina
De su antigua opinion de miedo agena,
Como en el fértil campo parda encina,
De antiguos años y despojos llena,
Que ni el viento la mueve, ni le inclina
De los nudosos ramos la cadena;
Antes en medio de los bosques puesta,
Á sola ella hacen los pastores fiesta.

Bernardo de otra parte altivo estaba,
Si no de tanto nombre de mas brio,
Con un bullicio y lozanía que daba
Al de mas fama y opinion desvío;
En vencer solo con destreza brava
Sin otros medios puesto el albedrío,
Y en salir con real pecho y osadía
A cuanto la ira y gusto le pedia:

Cual presto rayo que su lumbre ardiente
Por los aires derrama repartido
El mundo asombra, y de temor la gente
Dando paso se humilla al gran ruido,
Y él deslumbrando cruza de repente
El rico alcazar que dejó abatido,
Que ni de antiguo muro hace caso,
Ni el bronce oprime, ni le ataja el paso.

Y él en tanto la silla del caballo
En aire brioso cobra, y le revuelve,
Y al deseo de justar para incitallo
La firme lanza empuña, y feroz vuelve:
Conoce el Conde que es desafiallo,
Y en vengar tanto agravio se resuelve,
Partiendo con tal cólera á buscalle,
Que el bosque hizo temblar, y gimio el valle.

No el monte Olimpo, y su vecino el Osa,
Si arrebatados de contrarios vientos,
Por fuerza de violencia milagrosa
La eterna raiz faltase á sus cimientos,
En medio el Tempe junta mas furiosa,
Ni golpes sonarian mas violentos,
Ni del Pelion los riscos al encuentro
Mayor bramido harian en su centro,

Que el hueco valle y montes comarcanos,
Al ronco trueno y súbita estampida,
Con que los dos guerreros á las manos
De su furia vinieron encendida:
Y habiendo vuelto en átomos livianos
Dos pinos, que aun se estaban con la vida,
Mas firmes los contempla el campo raso,
Que el cierzo á las dos puntas del Parnaso.

Asombró cada cual á su enemigo,
Y Dudon lo fue allí de lo que via,
Que al grave caso puesto por testigo,
Que sueña piensa, y que le engaña el dia:
Y aunque con ojos y aficion de amigo
Al Conde acata y mira todavía,
Halla que si hay ventaja, ó puede habella
Entre los dos, que el Godo está con ella.

Mas ellos las espadas ya en la mano,
Y su furia y rigor en los escudos,
Con tal priesa se hieren, que hacen vano
El cuidado de golpes tan menudos:
En Flegra, en el combate soberano,
Cuando sobre los Titanes membrudos
Llovia Júpiter rayos, sus espantos
Ni fueran en rigor tales, ni tantos.

Dió el Conde á su contrario un altibajo,
Que á la fama cortó brazo y clarines,
En el grabado escudo, y á él le trajo
A besar del caballo cuello y clines;
Y á alcanzalle el segundo por mas bajo,
Francia gozára mas sus paladines,
Y aun él quizá tambien de esa manera
Por invencible el mundo le tuviera.

Mas resbaló la espada por lo alto
De la celada, y el valiente Godo,
De honor herido, y de paciencia falto,
A vengarse ó morir se arrojó todo:
Y puesto en los estribos, dando un salto
Su frison, alcanzó al francés de modo,
Que le hizo besar á un mismo vuelo,
El su caballo, y su caballo al suelo.

Dió un grito don Dudonio del espanto
Que el golpe le causó, y mayor le tuvo
Cuando vio que el feroz mancebo, en tanto
Que el Conde volvió en sí, parado estuvo,
Que á segundar con otro, ni el encanto
Del yelmo de Mambrino, ni el que hubo
De Almonte, ni su hadada fortaleza,
Libre del riesgo dieran su cabeza.

Mas, ya viendo en su acuerdo el triste estado
En que aquel brazo y su valor le tiene,
Con la afrenta y furor desesperado
La espada aprieta, y á buscarle viene:
Y el español no menos arriscado
Con la suya á dos manos le detiene,
Hasta que en rebatir furioso á una
Del hado tientan la última fortuna;

Y vueltos á encenderse en su refriega,
Con mas aliento y brios que primero,
Donde uno se retira, el otro llega,
Y ninguno al herir llega el postrero:
Uno el escudo hiende, el otro siega,
Cual trigo de sazon, mallas de acero:
Uno da, otro recibe, y ambos juntos
Ni atienden ocasion, ni aguardan puntos.

Cual dos fieros centauros, que á las cumbres
De Osa zelosos muestran su braveza,
Porque de Deyanira las dos lumbres
Con igual gusto miran su destreza;
De sus duros peñascos las vislumbres
Vueltas centellas giran larga pieza,
Resuena el bosque, y cúbrese la tierra
De los destrozos de la horrible guerra:

Así la honra francesa, y la española,
Zelosas de la fama que las mira,
Como el hinchado Egeo entre ola y ola
En fuerzas crece, y se derrama en ira:
Resuena el valle, el aire se arrebola,
De las centellas de oro que retira
Del rebatido acero, que el desierto
De rajas tiene y confusion cubierto.

Dió el francés un mandoble en el escudo,
Que de la fama al suelo echó un pedazo,
Y no fue el godo en responderle mudo
Del firme acero con el gran recazo:
Que á alcanzarle la espada mas de agudo,
A cercen de los dos llevara un brazo,
Mas del hombro y encaje de una greba
Sobre el campo salió una luna nueva;

Y tras él otro y otro le segunda,
Como sobre su yunque el duro Bronte,
Cuando en masas de fuego forja y funda
Rayos contra el flamígero Faetonte:
La sima al hondo valle mas profundo
Suena, y los ecos del preñado monte
Hacen un triste son y estruendo horrible,
A solo el duro mar apetecible.

Ya del dia la mitad la blanda yerba
Del bosque el cruel teson sufrido habia,
Y á ellos entre un palenque de superba
Gente, que en busca de Dudon volvia:
Ningun brio allí ni maña se reserva,
Que á la victoria de su gran porfia,
Aunque hay muchos, no quieren mas testigo
Que un muerto, y que ese sea el enemigo.

Cansados de herir con las espadas,
A brazos hacen de sus fuerzas prueba,
Las manos por los hombros anudadas,
Cada uno al otro aquí y allí le lleva:
Crujen las duras grebas apretadas
Entre el brio de los músculos que ceba
Su furor en la lucha, y los caballos,
Ni pueden ya traellos, ni llevallos.

Gimen, sudan, anhelan, y arrodilla
El mas brioso caballo; uno se estaca,
Otro la yerba en caracoles trilla,
Y de su centro las raices saca:
Petos, golas y arneses deshebilla
Del teson duro la mortal resaca,
En un grueso anhelar, y aliento vario,
En que cualquiera bebe el del contrario.

Sacó el Conde una daga, y al costado
Arrimarla probó del enemigo;
Mas él, no en tales lances descuidado,
Picó el caballo, y le llevó consigo:
Perdió la silla, y fue á buscar el prado:
Saltó el Godo tras él, que no es amigo
De ventajas; mas viéndose la suya,
Medroso está Dudon que la concluya;

Y ellos con nuevos brios y denuedo
Tras su porfia quieren acaballa,
Y como ya se hieren á pie quedo,
Mayor espanto pone la batalla:
Solos los dos del riesgo estan sin miedo,
Que los demas que se hallan á miralla,
Aun desde fuera no se ven seguros
Del grave riesgo de sus golpes duros.

Así el horrible Marte con Briareo,
Si proballe tal vez le cupo en suerte,
Darian soberbios golpes, y al deseo
Diversos modos de hallar la muerte:
Tales los dos en su combate veo,
Y el batir las espadas de tal suerte,
Que como con cien brazos á un momento
Se dan un golpe y otro, treinta y ciento.

Ya el sol, que por mirar su gentileza
Aquel dia madrugó á alegrar la gente,
Tibia su luz, y ardiendo la braveza
De los guerreros vió desde el poniente;
Y contemplando el número y grandeza
De golpes y heridas, juzga y siente
Que era en su batallar mayor el vuelo
De su ira y su furor, que el de su cielo;

Y no queriendo ver de compasivo
La muerte de los dos, ni de ninguno,
Cerró la noche, y con un golpe esquivo
Roldan con su colérico importuno:
No quedó rostro ni semblante vivo,
Ni de los que le vieron pecho alguno
Que no se estremeciese al estallido,
Y el corazon le diese algun latido.

Fuè tan cargado el golpe, que sin tino
Traspies dió por caer el firme Godo,
Y á no volver la furia en desatino,
Fuera el segundo vencedor del todo:
Mas erró este postrero el paladino,
Y su contrario se arrestó de modo,
Que arrojando de sí el mellado escudo,
Con su furia llegó hasta donde pudo;

Y á dos manos la espada, el yelmo fino
Al fiero golpe resonó tan hueco,
Que á las grutas del monte, y al vecino
Bosque se vió sonar una hora el eco:
Cayó al suelo el famoso paladino
Vivo, mas sin sentido: ¡extraño trueco
Y vuelta de fortuna! que por junto,
Cuanto en mil años da, lleva en un punto.

Pudo á su voluntad darle la muerte,
Ó de veras saber si era encantado;
Mas nunca en un rendido un pecho fuerte,
Con sangre noble, dió golpe sobrado;
Antes, dolido de la adversa suerte
Que un hombre tal ha puesto en tal estado,
Solo el escudo le quitó, en memoria
De que por suya queda la victoria;

Y á don Dudonio dijo: "este le llevo
Para que el bravo Conde me le pida,
Cuando por bien tuviere que de nuevo
Nuestra batalla quede fenecida."
Y cual presto neblí, el feroz mancebo
Ya en la silla, hace que el caballo mida
El campo en tan lozana gallardía,
Como si al fresco hubiera holgado el dia.

Y haciéndole en bizarra contenencia
Salir ligero, al tiempo del sacallo,
"Señor, dijo á Dudon, con tu licencia,
Llevo, pues mas no puedo, tu caballo:
Y á Dios, que ya la luz ha hecho ausencia,
Y yo que no sé en el puesto en que me hallo,
Buscar quiero acogida, antes que llegue
La noche á su rigor, y me la niegue."

Y sin otra respuesta, á lo cerrado
Del bosque tomó el paso mas derecho,
Dejando el campo en suspension callado
Al increible aliento de su pecho;
Celebrando el silencio, el no esperado
Fin, la insigne victoria, y raro hecho,
Con que á Roldan, de un golpe sin herida,
La fama le quitó, y dejó la vida.

Corrió Dudonio á socorrerle cuando
Del desacuerdo con furor volvia,
Y á su ausente contrario amenazando
La espada entre los suyos esgrimía:
Quiérenlo sosegar, pero no hallando
Muerto á sus pies al que antes combatia,
Con un nuevo dolor pierde el sentido
Que el corazon le da, que está vencido;

Y aunque Dudon, lo menos mal que pudo,
El caso le doró, y cubrió la afrenta,
El verse sin contrario, y sin escudo,
Le hace mas que el amigo engaño sienta:
Y dando de ansia á la garganta un nudo,
Tal tragedia el honor le representa,
Que á ser menor de Astolfo el beneficio,
Segunda vez se hallara sin juïcio.

Pero á sola una rama que le queda,
Que es morir, ó vengarse, echa la mano,
Y sin que nadie detenerlo pueda
Parte á este fin el Senador romano:
Mas cuando la ventura queda fuera,
Es darse priesa caminar en vano,
Que en vano ara la mar quien desde el suelo
Los cursos piensa gobernar del cielo.

Desvolvió en seguimiento de la saña,
Que un infierno labró de su memoria,
Tras su venganza lo mejor de España,
Y tras su pena la perdida gloria:
Dejando del furor que le acompaña
De ilustres hechos una heróica historia,
Que fuera de aparato y alegría,
A poderla aquí hacer suya, á la mia:

Que feroz de aventura en aventura,
De arar cansado el real solar de España,
Sin hallar de la muerte que procura
El rastro, tras que el dulce honor le engaña,
Arrojado del tiempo, y la ventura,
Del Pirineo pasó la alta montaña,
Y á su campo llegó el alegre dia
Que el César admitió en su compañía.

CANTO XV.

ARGUMENTO.

Encuentra Bernardo á Olfa que le da noticias de Arcangélica, y los dos parten en su alcance. Llegan al Castillo del Carpio: Bernardo vence su encantamiento: ve en un hermoso espejo la descendencia de la casa de Castro. Halla allí á su ayo Orontes y á trescientos caballeros de su linaje, con los cuales parte á la corte de su tio el rey Alfonso.

De otra parte, despues que el grave peso
De su batalla el vencedor Bernardo
Libre arrojó de sí, y en largo exceso
Vencido dió de Francia al gran bastardo;
Ni mas ufano ni arrogante en eso,
En cortés compostura, y paso tardo,
Dejó el suspenso campo, y al vecino
Bosque á buscar reposo abrió camino.

Aquí, al amparo de un peinado risco
Que el pie un arroyo de cristal le baña,
Entre la verde grama y el lentisco
La humilde paja vió de una cabaña;
De serrano pastor seguro aprisco
Juzgó la choza el príncipe de España,
Cuando del prado vió en las flores bellas
Sobre un muerto llorando dos doncellas.

Admiróle del sitio la extrañeza,
Y de la nueva compasion llevado,
Conoció de las dos la una belleza,
Y en verla allí y llorar quedó turbado:
Era Olfa, que en sus faldas la cabeza
Del cuerpo sustentaba desangrado
De un gallardo mancebo recien muerto,
De sangre todo y de beldad cubierto.

La otra doncella, cuyo sentimiento
La dura roca á compasion movia,
Ya con furiosa voz, ya sin aliento,
A suspenderse en su dolor venia:
Bernardo, hallando en tan extraño asiento
La que en Grecia perdió su compañía,
Cual ligero neblí se arroja al prado,
La visera y el yelmo levantado.

"¡Santo cielo! (dijo Olfa, conociendo
Al gallardo Leonés) ¡qué encuentro extraño!"
Y el nuevo gusto y alegría creciendo
La pena olvida del ageno daño:
A pedirle las manos fue corriendo,
Y el bello jóven dice: "¿si es engaño
Mostrar con ceremonias que me precia,
Quien solo me dejó sin causa en Grecia?"

Y al blanco cuello en nudos deleitosos
Afable ciñe los honestos brazos,
Y con mil pensamientos deliciosos,
Que esté de aquella selva en los ribazos
La diosa de sus gustos amorosos:
Nuevas le pide de los dulces lazos
En que amor le prendió, y de cualquier modo
De la que es de los dos el dueño en todo.

¿Cómo, ó por donde, en el lugar presente
La piedad, ó el rigor, la echó del cielo?
¿Qué tragedia infeliz de hado inclemente
Llorando yace en su sangriento suelo?
¿Quién un doncel mató tan excelente?
¿Quién puso en tal beldad tal desconsuelo?
¿Y donde su princesa está divina?
Dijo, y le respondió la hermosa China:

"Señor, desde aquel dia que por vella
Salí, sin ver como salí, de Acaya,
Siempre con rastro fresco, y nuevas della,
De golfo en golfo vine, y playa en playa:
De Grecia á Libia, y desde allí á Marbella,
De allí á Toledo, y desde allí á la raya
Deste monte, en que ayer de lance en lance
A darle vine al fin dichoso alcance.

Mostró alegre placer de mi venida,
Y en no saber de tí la vi suspensa,
Y hoy de un suceso en otro divertida
Al bosque entró desta arboleda densa,
A donde al tiempo que llegó perdida,
Sin poderle tener en su defensa,
Mancharon seis villanos caballeros
En esta limpia sangre sus aceros.

Movida á compasion de la hermosura
Que ves sobre ese cuerpo desmayada,
En procurar consuelo y sepultura
A mal tan grave me dejó ocupada;
En tanto que ella con su arnés procura
La infame deslealtad dejar vengada
En los cobardes seis, que á toda rienda
La vuelta hurtaron desta estrecha senda.

La triste causa á esta infeliz desdicha
Aun no la sé, ni á eso lugar me ha dado
La enmudecida pena; tú, si á dicha
Templar sabes dolor tan destemplado,
Llega afable, y al alma que entredicha
El sentimiento tiene, darán vado
Tus discretas palabras, y sabremos
La extraña sinrazon del mal que vemos."

Dijo, y ambos con blando sentimiento
El suyo templan á la mora bella,
Que en triste son, y doloroso acento,
Quejas envia á su enemiga estrella,
Pidiéndole si sabe el fundamento
De tal crueldad; á quien con llanto ella,
Entre desmayos y ansias, sin ver dónde,
Ni á quién habla, ó pregunta, así responde:

"¡Ay alma noble y bella, que desnuda
Con tal rigor del rico monte tuyo,
No es mucho que en tu esfera estés en duda,
Si es tu cuerpo mas bello que no el suyo!
¿De qué provecho? ¡ay triste! ¿de qué ayuda?
¿De qué recurso es ya lo que rehuyo?
Ó ¿por qué temo hacer triste memoria
Del infeliz suceso de tu historia?

¿Qué importa ya en el mundo haber nacido
De justa causa ó pensamiento reo,
Si dejar ya no puede de haber sido
(¡Ay cielos! ¡cómo vivo, si tal veo!)
Del noble Doriscán hijo querido?
Esposo, vida, luz, alma, deseo,
Nombres mas propios son de tí, mi cielo,
Que el que heredaste de Dedran tu abuelo.

¡Ay cielos! ¿qué es posible que ya al mundo
No vive?...." y sin poder pasar delante,
El alma llena de un dolor profundo,
A dejarla de él libre fue bastante:
Y el pecho, que en amar fue sin segundo,
Sobre el cuerpo cayó del muerto amante,
Siendo del *vive* el último suspiro
Puerta del alma, y de la muerte el tiro.

Acudió por valerle la doncella,
Creyendo ser desmayo el de la muerte;
Y hallándola sin vida, huyó della,
Asombrada de fe y amor tan fuerte:
¿Qué ojos habrá sin lágrimas en vella,
Aunque á verla el Neron del mundo acierte?
Bernardo, y su amorosa compañera,
Ambos lloran allí de una manera;

Y al pie del risco, al márgen de la fuente,
En flores dieron pobre sepultura,
A los que mereció su fuego ardiente
Sombra piramidal de insigne altura:
Y de la altiva peña en lo eminente
Puso el noble Bernardo esta escritura:
"Á dos cuerpos dió amor tierra tan breve,
Séales él favorable, y ella leve."

Y habiendo toda la siguiente tarde,
Con las tinieblas de la noche fria,
Hecho de su esperanza un rico alarde,
Por si su premio cual quedó volvia:
Viendo que ya en la nueva lámpara arde
De la aurora la luz del tierno dia,
Determina buscar la oculta dama,
Ó por el rastro suyo, ó de su fama.

Algunos dias á términos contrarios
Llevados de uno en otro desatino,
Por sendas fueron y caminos varios,
Y á las veces sin senda ni camino;
Cuando uno, por huir senos voltarios,
Que un ancho arroyo hace cristalino,
Dos caballeros al salir de un monte,
La blanca ceja abrió del horizonte.

Juntáronse en el llano, y preguntando
El gallardo español por la que adora:
"Señor, respondió el uno suspirando,
Bien os diré del que buscais ahora,
Que pudiera hacer suyo peleando
Cuanto hay de adonde estamos á la aurora;
Mas su mismo valor, y alma atrevida,
Antes de tiempo le quitó la vida.

En rastro de seis moros caballeros,
De quien habia un agrabio recibido,
Deste prado á los árboles postreros,
Que ya testigos de su esfuerzo han sido,
Pedazos hechos en sus golpes fieros,
Su victoria cantó el laurel florido,
Que al fugitivo Tormes acompaña,
Y él de frio cristal sus troncos baña.

De allí á ver el Castillo de la Fama,
Que hoy tan grande la tiene en esta tierra,
Su altivo brio y presuncion le llama,
Con lo que entre su ardiente seno encierra:
Probó del fuego azul la rubia llama,
Tragólo entre su luz, tembló la tierra,
Y enterrado en su báratro profundo,
Hasta hoy le espera en su combés el mundo.

Tres dias dudando de la adversa suerte,
Restituido esperamos verle al valle,
Y tantos nos dió lástima su muerte,
Aficionados de la traza y talle:
Mas con mago furor no hay pecho fuerte:
Por demas pienso que es, señor, buscalle:
Si dais fe entera á la verdad que os digo,
Bien desde aquí os podreis volver conmigo."

"En nada, respondió el discreto Godo,
De cuanto me habeis dicho pongo duda,
Que á su valor y al vuestro es creible todo;
Mas, si á un pecho valiente el cielo ayuda,
Yo dudo que sea muerto de ese modo,
Lo que tambien vuestro discurso duda,
Que las fingidas sombras del encanto
No llegan mas que á un aparente espanto.

Son huecos personages, cuya saña
Asombros forma de amasado viento,
Que solo con temor fingido engaña,
Y hace aparente y falso movimiento:
La vista sola con su humo empaña,
El sentido suspende, y el aliento,
Y lo demas lo acaba á poca pena
La fortuna del astro á quien se ordena.

Y así, por ver si en esto me acomodo
En algo á la verdad con vuestro gusto,
Saber querria deste caso el todo,
Ó lo que dél tuviéredes por justo;
Que aunque para probarlo no haya modo,
Ni en mis venas aliento tan robusto,
Ni en verlo siento riesgo, ni me ofusco
En ir allá á buscar al que aquí busco."

"Señor, dijo el guerrero de la selva,
No lejos del raudal deste ancho rio,
Que su florida juncia y grama enselva,
Como por aquel bosque veis florido,
Un pequeño collado hace que vuelva
En rosca de cristal el suyo frio,
Y besándole el pie sus flores ata
Con blandos grillos de bruñida plata.

Allí, ó sea del hado, que encubiertos
Al ciego mundo sus secretos tiene,
Ó que de Clemesín á estos desiertos,
Y á su cueva en antigua herencia viene,
Un muro altivo, cuyos gajos yertos
Las huecas nubes el menor sostiene,
Al aire claro, y á la luz del mundo,
Poco ha que en Tormes lo parió el profundo,

De cien torres altísimas cargado,
Que en torno hacen gemir el corvo suelo,
Sin otras diez, que en cuello levantado
De en medio suben á escalar el cielo:
Mas la que vuela en chapitel dorado,
Así á las huecas nubes tiende el vuelo,
Que no hay garza que tanto se abalance,
Ni vista que le alcance á dar alcance.

De hermosas rejas con balcones de oro
El infinito ventanaje crece,
Á quien si de la luz llega el tesoro,
Con su vivo brillar desaparece:
De vario jaspe, y de metal sonoro,
El amasado muro resplandece;
De rojo bronce las grabadas puertas,
De corvas puntas aceradas yertas.

Las altas torres con relieves varios,
De almenas coronadas y molduras,
De real estuco sutil lazos voltarios,
De alegres contrapuestas ligaduras:
Y en colunas de mármoles contrarios
Huecos globos, bellísimas figuras,
Que en pompa adornan, puestos por niveles,
El peso á los bruñidos chapiteles.

De noche esta gran máquina vestida,
De claras y encendidas luminarias
Ardiendo toda en torno, convertida
Se muestra en sombras de colores varias;
Y en diverso matiz de luz ceñida,
Forma en el hueco viento iris contrarias,
Como si su confusa pedrería
El jaspe fuera que la Scitia envia.

Por las soberbias torres sus almenas
Bellos cercos componen y guirnaldas,
De varias luces de colores llenas,
Rojas, verdes, de azul, carmin y gualdas,
Contrahaciendo al brillar luces serenas
Mil zafiros, topacios, esmeraldas,
Amatistas, rubís, perlas, diamantes,
Y otras nuevas bellezas semejantes.

La altiva puerta en quicios resonantes,
Que el limpio muro en firme bronce embebe,
De ardientes llamas da pasos triunfantes
Á quien pasarlos sin quemar se atreve;
Por donde invictos ánimos, bastantes
Á heróicas obras, se ha tragado en breve
La máquina voraz, y últimamente
Tragó al guerrero que buscais valiente.

Sobre la mayor torre, hueca masa
De rojo fuego en claridad difusa
El aire enciende, y el contrario abrasa,
Y en luz eterna la tiniebla excusa;
Cual si del limpio sol la ardiente brasa,
Que alegre hace la sombra mas confusa,
De un peñasco en la cumbre se pusiese,
Donde mejor tocada y vista fuese.

Esto es lo que de fuera se halla y mira;
Lo que en su oculto seno se describe,
¿Quién lo podrá decir? ó ¿á qué fin tira
El gran saber que en sus cavernas vive?
Sobre un padron de bronce, cuya mira
Á lo de dentro apunta y apercibe,
Estas palabras, y estos versos muertos,
En oro están como vereis abiertos:

"Labrado fue para el mejor del mundo
Este ardiente Castillo de la Fama:
El que se hallare en el lugar segundo
No pruebe entrar por la encendida llama:
Que del tesoro que hay en su profundo
Por su dueño al mejor del mundo llama,
Como á la rica fuente de quien viene
La nobleza mayor que España tiene."

Esto es, señor, lo que al castillo toca,
Que desta sierra le hallareis vecino;
Pero si á verlo su beldad provoca,
El probarlo parece desatino."
Dijo: y á ver la celebrada roca
Bernardo alegre prosiguió el camino,
Despues de haberse en término debido
Del cortés caballero despedido.

Con nuevos pensamientos, que el cuidado
De la princesa del Catay les puso,
Olfa, y su caballero enamorado,
Del encantado bosque entran al uso:
La una medrosa, el otro desvelado,
Cuando sembrando fue el aire difuso
Por sus ojos la máquina hermosa,
De alegre bulto, y gallardía vistosa.

Las puntas de oro que en diversos trajes
Volando sube el edificio altivo,
Entre huecos y altísimos celajes
Vivos realces parecen del sol vivo:
Crecen los globos, crecen los plumajes,
Y cunde por el aire fugitivo
El real palacio, que á la ilustre cima
De un monte carga da, y al mundo grima.

No probára Bernardo la aventura
Habiendo leido su padron primero,
Si no fuera buscando la hermosura
De quien amor le hizo prisionero;
Que de su noble pecho la cordura
El brio hace humillar mas altanero,
Para que no por verse que es bastante
Á la empresa, se pierda de arrogante.

Mas del sin fin deseo arrebatado,
Que allí en tan varios trances le ha traido,
Por la encendida puerta se entró armado,
De su espada y escudo apercebido;
Donde apenas el quicio ardiente, helado
Con diestro pie pisó, cuando encendido
De rojas llamas de oro largo espacio
Su contorno gimió, y tembló el palacio.

Y no en ronco bramar de horrible estruendo
Cual los demas guerreros recibia,
Mas todo en nueva hermosura ardiendo
Vuelto se vió en suavísima armonía,
Que en las doradas bóvedas rompiendo
Los resonantes ecos, parecia
Que el mundo allí de todas sus regiones
El contento lloviese en varios sones.

Con esta salva, de un florido espacio,
Que en siete arcos triunfales se extendia,
Del acerado muro al real palacio
Pasado el singular guerrero habia:
Llegó en música al patio, en que el topacio
De oro ardientes relámpagos bullía,
Y al punto se trocó, cerróse el muro,
Manchando el claro cielo de aire oscuro.

La hueca nube de su claro seno
De cruel fuego llovió rojo granizo,
Que el acerado arnés, cual seco heno,
Sobre el real cuerpo le abrasó, y deshizo:
Quedó de ciego humo el patio lleno,
Y él sin las armas que Vulcano hizo,
Cuando entre el humo y el granizo de oro
Los cuernos vió salir de un fuerte toro.

Pudiera, si le hallára descuidado,
Ponerle á un golpe la victoria en duda,
Mas en su ligereza confiado
El encuentro huyó, y con él se anuda:
Firme el toro, resuena en lo enlazado
De la techumbre, de oro no desnuda,
El grueso aliento, que á la oscura loma
Del soberbio animal Bernardo doma.

Hizo firme hincapié la honra de España
En el de una coluna, y revolviendo
Sobre el toro un vaiven con fuerza y maña,
Rodando el uno fue, y ambos cayendo:
El hueco patio de grandeza extraña
La oscura boca abrió de un pozo horrendo,
Que ambos á un tiempo en observados puntos
De un aspecto infeliz los tragó juntos.

Asi en las playas del tiznado infierno
Si algun peñasco horrible se desgaja,
El agua salta, suena el lago Averno,
Y de amarilla espuma y pez se cuaja:
Suenan los bosques, que en silencio eterno
Del mundo guardan la mortal baraja,
Asombrando los árboles vecinos
Sus negros espumosos remolinos.

Resurtió el agua fuera con bramidos,
Y por la sima oscura, y sus taladros,
Vomitó el suelo globos encendidos,
Y dió el aire tristísimos baladros,
Truenos confusos, roncos estallidos,
Que el blanco estuco en los sutiles cuadros
Temblar hicieron, y pensar si habia
Llegado el mundo á su última agonía.

Cundió confuso el espantoso estruendo
Por las cavernas y techumbres de oro
Del hueco alcázar, que del son horrendo
Temblando el muro está en gemir sonoro;
Y el gallardo Español, que al ir cayendo
Se dió por muerto, al despeñarle el toro
Al lago oscuro asi perdió el sentido,
Cual si en las ondas diera del olvido.

No volvió en sí, ni pudo en largo rato,
Suspenso al delirar de un dulce sueño,
Que en caricia amorosa y tierno trato,
De un rostro alegre el pecho zahareño
Un noble gusto le vendió barato,
Y de un rico tesoro le hizo dueño,
Trocado en bella dama el fiero toro,
La laguna en cristal, la sima en oro.

Ni fue todo quimera lo soñado,
Que vuelto en sí de la pasada riña,
No con un toro se halló abrazado,
Mas á una tierna y delicada niña:
Sobre alfombras y telas de brocado,
De aljófar y diamantes cada piña,
En rica cuadra, y aposento hecho
De jaspe el muro, y de alabastro el techo,

Cercada de doradas vidrieras,
Que le sirven de bellas luminarias,
Por donde el rosicler de mil maneras
El aire tiñe de vislumbres varias,
Y los rayos y luces verdaderas,
Que forman del cristal iris contrarias,
Quebrándose en el oro y pedrería,
Añaden luz á la que saca el dia.

Hurtan sus miradores y ventanas
Suaves olores de un jardin ameno,
Que de rosa y clavel manchas tempranas
De agradables guirnaldas le hacen lleno:
Prende el olmo gentil parras lozanas,
La grama trepa por el verde heno,
La yedra por los muros, y las flores
El aire y suelo manchan de colores.

De las arpadas lenguas la armonía
Con que alegran los árboles el viento,
Al contrapunto que al romper del dia
La luz al mundo vuelve su contento,
Nueva hermosura da, nueva alegría
Del rico cuarto al agradable asiento,
Con los tiernos redobles que al canario
El ruiseñor alienta el tiple vario.

Era en cien pasos de contorno hecho
De alegre jaspe y firme arquitectura,
De oro y verde nielado el blanco techo,
Que las estrellas busca con su altura:
Y entre realces de estuco trecho á trecho
Primores de pincel y de escultura,
Y en rasguños, bosquejos y perfiles,
Escorzadas sin luz sombras sutiles.

Bernardo, que domando un fiero toro
Se vió en los lances de su agudo cuerno,
Y libre ahora en el regazo de oro
De una tierna beldad de un mirar tierno,
Admirado de hallar gusto y tesoro
Donde encontrar pensó pena é infierno,
Así con suspension y regocijo,
Alegre vuelto á la doncella dijo:

"Grandes son los milagros desta casa,
Grande el saber que los trazó y los hizo,
Sus techos de oro, su encendida masa,
Su horrible sombra, su áspero granizo;
Mas lo que á todo junto excede y pasa,
Y la primera admiracion deshizo,
Es el placer y gusto que retoza
Por esta alegre cuadra, y quien la goza.

Y tú, bulto gentil, luz peregrina,
Ó seas diosa inmortal, ó sombra humana,
Si huele á humano cosa tan divina,
Si es de la tierra luz tan soberana,
Ora de honor mortal, ó inmortal dina,
De eterna vida, ó de caduca y vana,
Dime ¿á cuál dios le debo deste templo
El bien que gozo en él, y en ti contemplo?

¿Qué deidad rige, qué virtud alumbra
Estas cuevas y sótanos del mundo,
Cuando les falta el oro que relumbra
Siempre en tus sienes, y ahora en tu profundo?
Tu bello rostro, que al del sol deslumbra,
Y de valor le da el lugar segundo,
¿De qué esmero de gloria, de qué cielo
Amor le hizo para bien del suelo?"

Dijo el Leonés, y la beldad gallarda
Compró unos nuevos bellos arreboles,
Que el temor le labró, que le acobarda
En ambas las mejillas sendos soles:
Al fin, con voz medrosa, y lengua tarda,
Haciendo el rostro varios tornasoles,
"Toda, dijo, señor, esta armonía
Es solo un medio á la ganancia mia.

Hércules hizo esta espantosa cueva,
Y en ella enterró vivo un agorero,
Al sábio Clemesí, que en luna nueva
Via todo junto el mundo venidero:
Cuyas cenizas por bastante prueba
Esta urna guarda de bruñido acero,
Y parte de su espíritu esta sala,
En lo que al tiempo por venir señala.

Era en los Carpios de Africa nacido,
Y del antiguo origen de su tierra,
Por mayor gloria el suyo dió añadido
Á esta que ahora su sepulcro encierra:
De aquí el Carpio nació, cuyo apellido,
Si el gran saber de Clemesí no yerra,
Será por las hazañas de tu mano
Mayor que el Uticense y Africano.

Prendióle Alcides, y enterróle vivo,
Porque en supersticiosa hipocresía,
Ó con alma envidiosa, ó pecho altivo,
Estorbar sus grandezas pretendia:
Y como al claro Betis fugitivo
Á Sevilla usurpó, tambien queria
Á Tormes impedir con sus conjuros
De Salamanca los insignes muros.

Llegando Hércules libio á las riberas
Del fresco Betis, que en templado cielo,
Entre las flores dan fuentes parleras
Blando ruido y cristal al fértil suelo,
Fundar quiso á las gentes venideras
Ciudad que fuese á su valor modelo,
Cuando el astuto y envidioso mago
Con un conjuro lo estorbó aciago.

Pasó el hijo de Osiris belicoso
Su reino á Italia; Hispal entre tanto
Con el paterno brio al pueblo honroso
Felices muros dió, y principio santo:
Volvió de Tuscia el capitan famoso,
Y del frio Tormes en el rico manto
Otro pueblo trazó, y el sábio en vano
Quiso segunda vez irle á la mano.

Sabía por su astronómica experiencia
Destos dos sitios en el mundo raros,
Que de aquel en aumentos de excelencia,
Grandeza, majestad, y hechos preclaros,
Y deste en letras, santidad, y ciencia,
Al mundo con la luz de ingenios claros
Nacerian mas Hércules y Apolos,
Que al cielo estrellas sobre entrambos polos.

Y envidioso que Alcides de su mano
En la tierra dejase tal memoria,
La primer poblacion le estorbó ufano,
Y á Hispal pasó de tanto honor la gloria:
Mas, porque pretendió tambien en vano
La segunda impedir, es firme historia
Que aquí le enterró vivo, y deste agüero
Á Salamanca dió nombre primero.

Es tradicion que en los antiguos años,
Que á Clemesí esta cueva tuvo preso,
Sin dar recurso á sus presentes daños,
Ni destos montes sacudir el peso:
Puntos en su saber alcanzó extraños,
Labró esta sala real, y en ella impreso
De los futuros siglos un discurso,
Que al mundo iguala en duracion su curso.

De España las grandezas mas notables
Al venidero siglo y al pasado,
De gurbios y pinceles admirables
Es cuanto está en contorno dibujado:
Sus reyes, sus monarcas, sus afables
Príncipes, sangre, majestad, estado,
Graves sucesos, reales sucesiones,
De ilustres casas, de ínclitos varones.

Mas donde el sábio mágico dispuso
El punto echar, y de su ciencia el resto,
Donde mas fuerza de planetas puso,
Y el cielo á su intencion halló mas puesto,
Fué en aquel rico espejo, en quien difuso,
Con mágicos carácteres compuesto,
A los ojos dejó un discurso entero
Del mundo que pasó, y del venidero."

Así dijo, y, tomando por la mano
Al regalado jóven, se levanta,
Y al fiel cristal, que del tesoro humano
La mas antigua muestra y rica planta,
Con él se va, y en modo cortesano,
"Aquí, dice, señor, se encierra cuanta
Nobleza y sangre ilustre España encierra,
Y de la tuya heredará su tierra."

Era el valiente artificioso espejo
De medio globo en proporcion ovado,
De alto diez codos, de cristal parejo,
En firme y rica tarja relevado,
Donde el diestro buril del sábio viejo
Excedió al pensamiento mas delgado,
Pues siendo de oro y pedrería gran parte,
A toda la materia vence el arte.

Así en tan nueva perspectiva hecho,
Que salir de su centro parecia
Un movible escuadron, que trecho á trecho
Por el lustroso alinde se extendia:
Y aunque en espacio de compás estrecho,
Puesto en tales diámetros, que hacia
En la mas firme vista la figura
De entera proporcion y hermosura:

Ahora el techo y distancias de la sala
En tal aspecto y reflexion tuviese,
Que cuanto en ella por adorno y gala
El pincel puso en su cristal se viese;
Ó el arte allí á lo natural iguala,
Ó con cercos su artífice fingiese
Bullirse tras la clara vidriera
Encantadas figuras de oro y cera.

En él se vian notables hermosuras,
Gusto á los ojos, y al sentido espanto,
Y por su limpio seno las figuras,
Aunque muertas, moverse por encanto:
Y en bellos ademanes y posturas
Dar deleite á la vista, y entre tanto
Que Bernardo lo goza desde afuera,
La dama prosiguió desta manera:

"Antes de declarar las maravillas
Que este cristal en su artificio encierra,
Cual en lengua sutil supo decillas
El que me trajo á conocer tu tierra,
Desde las pallagónicas orillas
Donde nací, y me dió la primer guerra,
Con mil dudas y asaltos al deseo,
El gusto de la gloria que poseo:

Contarte quiero el espantoso enredo
Por donde amor me trajo á conocerte:
Perdone el pundonor, que ya no puedo
Mas encubrir el bien que gozo en verte.
Sabrás, señor, que entre esperanza y miedo,
La suerte varia de mi buena suerte
Me tiene aquí esperando tu venida,
Poco menos que el tercio de mi vida.

Despues que en los ejércitos troyanos
Fué Pilemon con griegas armas muerto,
Y á Paflagonia llena de tiranos
Los Henetos dejaron sin concierto;
Cuando en Italia dieron por sus manos
A Padua muros, y á Venecia puerto,
Un hijo que quedó del rey vencido,
En Asia fue por tal obedecido.

Deste fue nieto Clicio el elocüente,
Que en el boreal Carambe peñascoso
Asombró el mundo, y gobernó la gente
Que en torno riega el Hales caudaloso:
De aquí Acrisio nació, de aquí Valente,
Y Cenon deste tronco generoso,
Fue emperador de Grecia, y deudo suyo
Orontes, que es mi tio, y ayo tuyo.

Sobre las playas que en el Ponto Euxino
Atruena el sonoroso Termodonte,
Y con ruïdo y curso cristalino
Á Farnacia hace muro y horizonte,
De mi padre fue el reino mas vecino,
Á quien su infiel hermano Anfimedonte
Mató á traicion, y con injusta guerra
Por rey se alzó de la usurpada tierra.

Quedé yo sola y niña al riesgo puesta
De la violenta espada del tirano,
De donde me libró, y me puso en esta
Gruta, de Orontes la prudente mano,
Con firmes esperanzas, que dispuesta
Mi causa por el cielo soberano,
Libradas me trairia el bien de verte
Ricas mejoras de ventura y suerte.

A este fin me ha traido aquí escondida,
Y en muchas veces que de tí me hablaba,
De tu valor, tu sangre, y tu venida,
El gusto con sus cuentos me endulzaba:
De tu real sucesion la no vencida
Grandeza y real progenie me contaba,
Los héroes que de aquella imagen tuya
Al mundo han de salir por gloria suya.

Mas, aunque de este espejo soy maestra,
Por lo mucho que en él me habló mi tio,
Aquel nuevo escuadron que allí se muestra
Nacer de ambos retratos tuyo y mio,
Y ocupada de cetro real la diestra,
Es traslado aquel jóven de tu brio,
No sé, aunque lo sospecho, cuyo sea,
Hasta que mas probables causas vea.

De estotra sucesion de sangre ilustre,
Que trae de tantos reyes su corriente,
Y de tu pecho hereda un nuevo lustre,
Como del claro sol el fresco oriente,
Que sin que le carcoma ni deslustre
La polilla del tiempo esa creciente,
Por mil siglos dará su heróica rama
Principes dignos de gloriosa fama:

De esta sí te diré lo que aprendido
Me dió el deleite de prolijos años;
Oye, Leonés, el cuento nunca oido,
Y los sucesos en grandeza extraños,
De los que el español reino perdido
Librarán de mil riesgos y mil daños,
Y con prudencia y fortaleza entera
A su opinion le volverán primera.

Aquí verás, y no de industria mia
Fingida historia, mas del justo cielo
Ricos favores que á tu España envia,
Que á sus castigos sirvan de consuelo;
Que aunque hoy está cual ves su monarquía,
Tiempo vendrá que de su santo zelo
Gobierno y leyes tomen en una hora
Los que el ocaso habitan y la aurora.

Aquella gran princesa de Colonia,
Que hace á tu imagen dulce acogimiento,
Cuya caricia y tierna ceremonia
A tí causa placer, y á mí tormento,
Rayo es de aquel valor que en Macedonia
A Julio Cesar puso atrevimiento,
De acometer con pecho furibundo
La empresa que le dió señor del mundo.

Yo digo de aquel ínclito Crastino,
De Viriato ilustre descendiente,
Por quien tambien despues lo fue Turino,
En lengua y manos bravo y elocuente:
Este en el fiel ejército agripino
Por hijo tuvo un capitan valiente,
Que á Colonia le dió campos seguros,
Y sobre el reino levantó sus muros.

Destos príncipes fue Astirán caudillo,
Que á los Helvecios trajo arrinconados,
Y el que á los Hunos defendió el castillo
De rota puerta y muros arruinados;
Y el valiente Alencastro, que un portillo
Libre solo guardó á tres mil soldados,
Y su valor y nombre dió en herencia
A esta insigne é ilustre descendencia.

Deste gran Duque es digna sucesora
La que hará alegres tus felices años,
Despues que la francesa y gente mora
De esa espada á tus pies llore sus daños:
Cuando tu ingrata patria burladora
A tu padre te niegue, y los extraños
Te ofrezcan cetro de oro, y real corona,
Llamados del valor de tu persona.

Entonces, ya cansada de mudanzas,
Y de trazarte agravios y desdenes,
Trocando la fortuna las balanzas,
Con este bien te colmará de bienes:
Y en legítima union, si á verlo alcanzas,
Un dulce nieto te dará en rehenes,
Que á Asturias volverá tu casa ilustre,
Dando á Flandes envidia, á España lustre.

Aquel blanco aleman, que resplandece
Cual nuevo Marte en las moriscas lides,
En quien tu sangre y tu valor florece,
Con los roeles del gentil Persídes,
Si ya no es sueño cuanto aquí parece,
Tu nieto espera ser Nuño Belchîdes,
Y esta su esposa, hija del que apenas
A Burgos reformó, y vistió de almenas.

Vesle allí en Peñalonga disfrazado
Con bordon y esclavina de romero,
Que á visitar de Cristo el primo amado
Bajó á Galicia, y quiso ver primero
El claustro en que estará depositado
Tu cuerpo real al siglo venidero,
Dando de una alta fe y nobleza indicios
Su católico voto y sacrificios.

Aquel que allí le espera, para dalle
Su condado y su hija en casamiento,
Y con nudo legítimo obligalle
Que haga en su primera patria asiento,
Es don Diego Porcelos, que en su talle,
En su eleccion, y grave entendimiento,
Representa un monarca, y en Castilla
El supremo gobierno, y primer silla.

Estos dos, que en braveza y hermosura
A la española vencen y alemana,
En quien tu sangre gótica mas pura
Corre que en el oriente la mañana,
Dos nietos suyos son, Nuño Rasura,
Juez de la real grandeza castellana,
Del conde Hernan Gonzalez digno abuelo,
Luz de Castilla, y norte de su cielo:

Otro es Bustos Gonzalez, padre ilustre
De aquel que lo será de siete infantes,
Que á la sangre de Lara han de dar lustre,
Y la suya á mil riesgos importantes:
Y sin que envidia y muerte les deslustre,
Esta masa de estrellas radiantes
Héroes serán, cuya gallarda saña
Miedo á Libia dará, y honor á España.

Mas ¿qué valor habrá en su monarquía,
Que del suyo no tome su creciente?
¿Qué armas, qué antigüedad, qué hidalguía,
Que casa, qué solar, qué honor, qué gente?
Querer contar su número, sería
Medir á puños de agua la corriente
De Tormes, de ambos polos las estrellas,
Y los gustos que amor contempla en ellas.

Que todo aquel vellon, neblina, ó velo,
De sombras y de luces marañado,
Como en el lácteo círculo del cielo
Los globos de oro, de que está amasado,
Serán estrellas del iberio suelo,
Si el tiempo les da luz, y vuelo el hado:
¿Quién bastará á contar su muchedumbre,
De aspectos, rayos, cursos, lustre y lumbre?

Solo hasta aquel mancebo generoso,
Que un Júpiter parece entre sus dioses,
Cuyo ademan gallardo, y brio airoso,
Temo que á remedar apenas oses:
Aquel, que en freno de oro poderoso
Un mundo afable hará, y que tú reboses,
En virtud de ser él tu descendiente,
Por las bocas y lenguas de la gente.

¡Oh heróico pecho! en cuyo real semblante,
No un mundo, mas un cielo resplandece,
Con mas glorias que estrellas carga Atlante,
Cuando á su vista el sol desaparece;
Dé priesa el hado á un bien tan importante,
Y el reino que en el rico abril florece,
De tu valor, sin que jamas fallezca,
Cual tú en virtud, asi en tus honras crezca.

¿Quién como tú á los mundos donde suenas
Saldrá príncipe y sabio todo junto,
Cuando tu real palacio ser de Atenas
Podrá en graves filósofos trasunto?
Dándole tú, cual nuevo Augusto, llenas
De honra las letras, y al dificil punto
De la virtud con tus heróicos pasos
Subida facil, y caminos rasos.

Ya veo colgar de tu ánimo prudente
Del occidental orbe el noble peso,
Y en tu grave modestia, y sangre ardiente,
De Marte el brio, y de Minerva el seso:
De tu espíritu altivo y elocuente
En todas facultades el exceso,
Con que así en las materias te adelantas,
Que al sábio admiras, y al soberbio espantas."

Dijo la sábia, y en rumor sonoro,
Que al alma sus oficios suspendia,
Con graves arpas cien estatuas de oro
La gloria celebraron de aquel dia:
Quedó absorto Bernardo, ardió el tesoro
Del real palacio en fuegos de alegría,
El castillo tembló, y del nuevo espanto
El mundo al rico peso hizo otro tanto.

Mas, luego que en la grave pesadumbre
Que al corvo monte la ancha espalda oprime,
El resonar del oro en la techumbre,
Y el nuevo asombro con que el bosque gime
Sosegándose fue, y la clara lumbre,
Que en rayos de oro por el aire esgrime,
Ya el vivo resplandor volvió á su seno,
Y dejó el aire en su quietud sereno,

En el uso perfecto del sentido,
De su resplandeciente arnés armado,
El valeroso Godo reducido
Fuera se halló del término encantado;
Donde en el mago espejo entretenido
La corriente feliz contempla al hado,
Y el prevenido vió fruto fecundo,
Que de su sangre real espera el mundo.

Huyóse de la máquina presente
El mágico furor desvanecido,
Y el rico alcazar pareció patente,
De fuerte muro natural ceñido:
De arquitectura y fábrica excelente,
No con perfumes bárbaros fingido,
Mas en mármol y bronce, el jaspe y oro
De firme majestad hacen tesoro.

Por altos patios, y anchos corredores,
Confusa tropa vió de armada gente,
Que con ilustres títulos y honores
Honrando vienen su ánimo valiente,
Tras la anciana vejez, y años mayores,
Del grave Orontes, que en saber prudente,
Y en vida allí contemplativa vive,
Y con alegres brazos le recibe.

Tres centurias de ilustres caballeros
Con este ardid juntó el cuidoso anciano,
En sangre godos, en las armas fieros,
Deudos los mas del jóven asturiano,
Lanzando otros cualquiera aventureros,
Que á probar iban el castillo en vano,
La blanda llama entre su humo extraño,
Sin mas riesgo que el miedo del engaño.

Estos con ricas armas en tesoro,
De fina pedrería y luz sembradas,
Y espumantes frisones de sonoro
Nevado freno, y clines alheñadas,
Hiriendo al viento los jaeces de oro,
Y al timble en presuncion plumas doradas,
Y alzando estrellas por los aires mudos
El vivo centellar de los escudos.

Alegre hacen y noble compañía
Al bello jóven y al prudente mago,
Que de Leon á la corte partió un dia,
De cuantos pudo el menos acïago,
A ver su Casto tio, y si podria
De su nueva presencia el tierno halago
Ser á sus presos padres de provecho,
Y del rey ablandar el duro pecho.

CANTO XVI.

ARGUMENTO.

Descripcion de la noche: sueño de Carlo Magno: reseña del campo francés.

Ya Febo sobre el mar del pardo moro
Templaba al rojo carro las centellas,
Desguarneciendo al mundo del tesoro
De su luz, y bordándolo de estrellas:
Del yugo ardiente las coyundas de oro,
Las rubias horas, y las ninfas bellas
Le desatan, y puestas en contorno
De majestad le sirven, y de adorno.

Quien las riendas le toma de la mano
Cargadas de encendida pedrería,
Quien la corona, quien el manto ufano,
Que el cielo y tierra visten de alegría;
Quien peina á su cabello soberano,
La luz de á donde al mundo nace el dia,
Quien le alivia el calor, quien la maraña
De oro en rocíos de olor le templa y baña;

Quien el fogoso pértigo levanta
Al carro que anda trastornando sinos,
Quien los caballos da, quien los enmanta,
Frenos tascando de diamantes finos;
Quien de los piensos de la ambrósia santa
Á sus pesebres da colmos divinos,
Y quien le carga á la encubierta noche
De dulce sueño el enlutado coche.

Apoderóse la quietud callada,
En sesgo vuelo y pasos descuidados,
De la fria tierra sin color sembrada
De nuevos animales desmayados,
Al sabroso sosiego encomendada
La importuna batalla de cuidados,
Las doradas estrellas encendidas
Sus cursos abreviando, y nuestras vidas.

Cuando en la sala real ardiendo en oro,
En blanda pluma, y en pomposo lecho,
Al grave César hurtan el tesoro
Del sueño los cuidados de su pecho:
Cércanle el alma, y sin guardar decoro
Al tiempo, á la persona, ni al provecho,
En parlero silencio no se halla
Cosa que en su quietud no ande en batalla.

Entre el rico brocado y blando lino
Reposo busca en vano de mil modos,
Aquí vuelve y allí, y ningun camino
De paz encuentra, aunque los prueba todos;
Que el descuidado sueño en mejor tino
Viene á la humilde plebe que á los godos,
Y siempre goza dél en mayor suma
La seca paja, que la blanda pluma.

Tras larga noche al fin el dulce frio
Del alba, en perezoso y tardo sueño,
El rostro le bañó, y con su rocío
La pasada inquietud quedó sin dueño:
Huyeron los cuidados, perdió el brio,
Y de la altiva majestad el ceño
Quedando en el olvido, y el semblante
A los demas mortales semejante.

Mas como el gran sentir de una alma grave
Mayor estruendo y máquina revuelve,
De interiores figuras, el suave
Sueño, que en la del César ya se envuelve,
Al real tesoro destorció la llave,
Y en pomposo aparato y forma vuelve
Cercado de fantasmas fugitivas,
Que aunque son muertas le parecen vivas.

Y por la ociosa y libre fantasía
El pintado Morfeo, en el concurso
De un grave teatro representa y guia
De nuevas cosas un fatal discurso;
Y en unos valles lóbregos, que el dia
Ni el sol alcanza á trastornar su curso,
Por entre pardas grutas y anchas quiebras,
De dragones peinadas y culebras;

Cercado de sus bravos paladines,
En pomposo ademan caza gallarda
Empezar le parece, y que á los fines
Del monte un rojo leon feroz le aguarda,
A quien de aquellos riscos los confines
Por su defensa tienen, y por guarda
De un rico arbol que lleva pomas de oro,
Mejor que Atlante, y de mayor tesoro.

Aficionó al francés la nueva fruta,
Y la piel roja del leon gallardo,
Y con sus doce príncipes la gruta
Altivo escala, y sube al risco pardo,
De donde cada cual le da y tributa
Al desenvuelto leon un presto dardo,
Que él victorioso en su escombrada plaza
Con dientes y uñas rompe y despedaza.

No queda flecha sana, ni arma entera,
Que no destrocen sus valientes garras,
Solo se salva el que ligero afuera,
Saltando del palenque, huye las barras
De sus lanzas: la suya por postrera,
Ya en posturas lanzar queria bizarras,
Confiado de le dar con ella alcance,
En presto golpe, y en seguro lance,

Cuando el limpio venablo en brio certero
Rompiendo el aire el rey dormido arroja;
Mas no tan presto el relumbrante acero
Del crespo cerro halló la espalda roja,
Que atrás recio tornó, volviendo entero
Al rey, que huyendo va en mortal congoja
Por no hallar de las suyas arma entera,
Que todas las rompió y tragó la fiera.

Sueña que huye entre quebradas breñas
Del monstruo horrible que tragó á los doce,
Sobre difuntos cuerpos, cuyas señas
En oscuras fantasmas desconoce:
Cuando en las puntas de unas altas peñas,
Que un cielo hacen que la vista goce,
Sobre colunas de cristal parece
Que una abultada real máquina crece

De un suntuoso palacio, alto motivo
De arquitectura y mármoles de Pario
Bellas estatuas, donde el bronce vivo
Majestad crece sobre el jaspe vario,
Vuela la pompa, sube el arco altivo
En hombros de oro su alto lacunario,
Cargado de bellísimos despojos,
Gloria á su vencedor, gusto á los ojos.

Gime la firme tierra con la carga
Del palacio y su inmensa pesadumbre,
Que es donde menos el valor se alarga
Cristal los frisos, y oro la techumbre;
Y de hadas allí de vida alarga
Una sombría y ciega muchedumbre,
Dando á Demogorgon, que está presente,
Pesadas quejas dél, y de su gente.

A cuya cruel venganza, por decreto
De las oscuras Parcas, de unas quiebras
Salir horrible vió á la furia Aleto,
A peinar sobre Francia sus culebras;
De quien llover notó fuego secreto
Entre sus negras marañadas hebras
A su infeliz ejército, de modo
Que todo ardia, y lo abrasaba todo.

Las demas Furias del confuso averno
Blandones vió arrojar y hachas ardientes,
Y al cruel barquero del pasaje eterno
Por una barca hacer dos largas puentes:
Vió ensancharse los senos del infierno
Para hacerse capaces de mas gentes,
Y que las Parcas no podian unidas
Los hilos cercenar de tantas vidas.

Bien que de un mago cerco la figura
El fuego ardiente sin pensar le apaga,
Y con los rayos de otra nube oscura
El un incendio al otro incendio traga;
Cuando al rey del cuidado la apretura
Lo dulce así de su quietud le estraga,
Que el sueño le escondió, y él sin aliento
Manos y ojos abrió, y asió del viento.

Turbada el alma, el pensamiento lleno
De las medrosas formas que antes via,
Suspenso mira de la luz el seno
Donde murió su sueño, y nació el dia;
Y aunque ve que es el delirar sin freno
Vana obra de inconstante fantasía,
Por mas que de la suya alza la mano,
Sacudir de sí el miedo intenta en vano.

Y en tanto que de Libia el suelo ardiente
En preparar ejércitos se tarda,
Y del rey Casto la invencible gente
Sobre Pamplona á la de Francia aguarda:
Del César puesto ya el campo potente
Entre los Pirineos, acobarda
Las armas y naciones extranjeras
Con solo el tremolar de sus banderas.

Allí en carro imperial, á quien la esfera
Del suelo adora entre realces de oro,
Gustoso ver pasar su campo espera
Al grave aliento de un clarin sonoro:
Fue de Angelinos la primer bandera,
Y de sus armas el mayor tesoro,
Sobre un frison furioso, á cuyo huello
Los campos tiemblan, y el contrario en vello.

Como el soberbio Marte, cuando en Tracia
Su alfanje esgrime, y de su yelmo ardiente,
En quien el sol los rayos de oro espacia,
Rigor influye en su inmudable gente;
Tal el francés en ademan y en gracia
Delante el campo va resplandeciente,
Haciendo á las feroces gentes guia,
Que en torcida corriente el Reno enfria.

Cual en el libio mar olas espesas,
Si el armado Orïon las alborota,
En crespos montes de avenidas gruesas
Sobre la playa hierven mas remota;
Ó cual la roja mancha de traviesas
Espigas, á quien céfiro alborota
En crespas ondas; tales los agudos
Plumeros vuelan, y arden los escudos.

El gran Dardin Dardeña, primer voto
En las francesas cortes, le seguia
En caballo alazan, cuyo alboroto
A todo el brioso campo le ponia:
Este de los jaeces de Carloto
Fue grave presidente el triste dia
Que vengar intentó con pecho fuerte
De Baldovinos la alevosa muerte.

Sobre un caballo remendado á manchas,
Que el Albis le crió entre juncia verde,
De cerviz corta, y de narices anchas,
Y que en los ojos al correr se pierde;
De ricas piedras y grabadas planchas
El sonoro jaez, que en oro muerde,
A quien las perlas dan, y aljófar grueso,
Vislumbres nuevas, y soberbio peso;

Fiero enemigo á la nacion hispana,
Con ocho mil Sajones representa
El disforme Centauro, que en lozana
Rueda en el polo Antártico se sienta,
Con la robusta gente comarcana,
Que al mar Britano sus resacas cuenta,
Y los diestros venablos mal parejos
Al distante escuadron envia de lejos.

Siguióle allí el fortísimo Organtino,
De los Tabanes real fruto excelente,
Del sábio Malgesí hijo adivino,
Y de la reina de la Orcania ardiente:
Esta en nocturnos caractéres vino
A Montalvan mil veces del oriente,
A probar de sus cercos los efetos,
Y del mago francés ciencia y secretos.

Llevaba éste dos mil tras su estandarte
De Champaina abundante en rojo trigo,
Con otros tantos mas que le dió aparte
De su encubierta madre el sábio amigo:
Tras del, al huello de un templado Marte,
La fama hecha de su honor testigo,
De Rusellon pasó el duque Gerardo,
Brioso jóven de ánimo gallardo.

Pasó Tudon, pasaron los hermanos
Angelin y Angelieros, pasó el fiero
Galtier de Maunleon, y los lozanos
Avinio, Abonio, Oton, y Belenguero:
Pasó el bello Drusian de ojos livianos,
Vestido mas de seda que de acero,
Hijo del rey famoso Brasalante,
Brioso jóven, cazador, y amante.

El ambicioso Galalon, armado
De azules recamadas armas de oro,
Tras estos se seguia, y á su lado
Su bello hijo Salier, lustre y decoro
De todo el rico magancés estado,
Envidia al campo franco, espanto al moro,
Gran cazador de fieras, y en seguillas
Diestro hombre de á caballo en ambas sillas.

De diez mil de su casa acompañado,
Todos de una librea, y de unos fueros,
De azul, tela de plata, y de morado,
Y de las mismas plumas los sombreros,
Semejante al lucero coronado
De las flores de mayo, y sus plumeros,
Digno por cierto que le diera el hado
Vida mas larga, y padre mas honrado.

Pasó el gran Durandarte, pasó el fiero
Farfarelo, Franconio, y Matalista,
Bracamonte el galan, Guido el severo,
El rico Astolfo, y el sutil Arista,
Aimo, Hermion, Liofan, Claudio, y Galtero,
Y Egibardo en dorada sobrevista,
Del César y del cielo tan amado,
Que alcanzó sin envidia á ser privado.

Este solo nació y vivió en la tierra
Sin le haber murmurado, este hombre solo
De émulos se libró, y á la cruel guerra
De acedos zelos fue encubierto polo:
¡Oh cuanto odio mordaz la envidia encierra!
Pues en el gran combes que alumbra Apolo,
Uno solo ha pasado en feliz vuelo,
Y aun ese ignoro si nació en el suelo,

Que Egibardo de todos los anales
Por un hombre marino es referido,
Que en el mar de Sicilia entre corales
Un pescador le halló recien nacido;
De á donde el tiempo en cercos desiguales
A ser segundo en Francia le ha subido,
Si ya á dicha es segundo, y no primero,
Y un privado no es todo un reino entero.

Pues de tí, oh noble Lanio, que ya fuiste
Nieto del vengativo Balisarte,
Que de Carlos Martel en luto triste
Del reino recibió el real estandarte,
¿Cómo contaré el brio con que diste
Placer al campo todo, envidia á Marte,
En tu gallarda entrada, mas vistosa
Que del florido mayo el alba hermosa?

Juzgóse encima de un overo armado
Al dorado Orion, cuando espantoso,
De pardas nubes y furor cercado,
Sobre el Carpacio mar hierve espumoso:
De los floridos pueblos rodeado,
En gruesa tropa y escuadron vistoso,
Que en el rio Liger con nevadas vueltas
Las aguas hurtan á los montes Celtas.

No llevan estos, ni usan armas nobles
De acicalado acero relucientes,
Ni en carros suben, ni los duros robles
En lanzas enderezan eminentes:
Mas de sus diestras hondas los redobles
Grandes riscos arrojan, y en valientes
Cercos escupen, al voltear parejos,
Muertes al enemigo desde lejos.

Antea, que del Soldan hija se llama,
Y del primer asirio rey desciende,
Y por ver solo á Montalvan es fama
Que la suya por todo el orbe extiende,
Guerrera la hizo amor de tíerna dama,
Que en la escuela de amor, ¿qué no se aprende?
Y hoy es en la reseña su persona
En beldad Venus, y en furor Belona.

Dos mil de su frison siguen la huella,
Con ricas telas de oro, y con turbantes,
De lo mejor del Cáucaso, donde ella
Cien castillos y mas rige importantes:
Un sol parece entre su escuadra bella,
Y los que van tras ella semejantes
A las ardientes lumbres de alegría,
Que tras su capitan la noche envia.

Mas ya de la imperial bandera el vuelo
Con las ágilas negras campeaba,
A cuyo tremolar tiembla del suelo
Cuanto el mar ciñe, y con sus tumbos lava:
Roldan guia este cuartel, Roldan, que el cielo
Espada no crió ni alma mas brava,
Dichoso, si entre tanta hazaña fuera
Otra alguna antes desta la postrera.

Así el campo pasó, y así en serena
Majestad hizo el águila su vuelo,
Unos llenos de gusto, otros de pena,
Unos de orgullo, y otros de recelo:
Cada uno tras su suerte mala, ó buena,
Que es destas varias frutas plaza el suelo,
Y con fortuna próspera, ó escasa,
En las alas del tiempo todo pasa.

CANTO XVII.

ARGUMENTO.

Batalla de Roncesvalles.

El nuevo orgullo del cercano dia,
Que habia de ser de tantos el postrero,
Al clarin de oro despertó, que hacia
Pomposa salva al rayo del lucero:
Resonó el aire, y el furor que ardia
Las fuerzas refinó al templado acero
De aquellos mundos, que en dudosa suerte
Las estrellas guiaban á la muerte.

Con el furor que la impelida llama
De un recio viento á un bosque seco arroja
La tragadora furia, en que arde y brama
En resonante hervir la selva roja,
Suda el verde laurel, arde la grama,
Vuela del fresno en humo el tronco y hoja,
Y todo al fin por do el incendio pasa,
El monte asombra, y su ladera abrasa;

Así, al son de trompetas y atambores,
Y con igual furor sube marchando
Por los riscos altivos miradores
Del grave Pirineo el francés bando:
Tiemblan los pinos, gimen los alcores
Debajo el grave peso; y no bastando
A refrenar su furia, el valle escaso
Les da á no poder mas humilde el paso.

El viejo y encorvado Pirineo,
A quien del cielo el brazo eterno puso
Con riendas de oro al paso del deseo
De un pueblo y otro de su trato y uso:
Y por mejor y altísimo trofeo
De paz y eternas treguas le compuso
Entre las dos naciones, que feroces
Hoy su sosiego han perturbado á voces:

De las huecas alcobas, donde tiene
En estrados de plata reclinada
La grave espalda, que corriendo viene
De la una mar á la otra mar salada;
Al rumor de la gente que detiene,
Su cabeza de encinas coronada
Dicen que alzó entre riscos, y la tierra
Tembló al abrir sus ojos la gran sierra.

Y viendo por sus hombros derramadas
Del francés reino las legiones fieras,
De las lustrosas armas las doradas
Luces, y el tremolar de las banderas,
Las leyes de sus límites quebradas,
Y que por pretensiones altaneras,
Lo que el cielo apartó en concordia sana,
Juntar pretende la ambicion humana;

"¿Quién, dijo, con tan bárbaros intentos
Del mundo la quietud ha rebelado?
¿Qué nuevos monstruos de ánimos violentos
Por mis revueltas breñas se han sembrado?
¿A qué fin con tan graves movimientos
De armas mi inculto seno veo preñado,
Que con ciego alboroto y son de guerra
Los confines asordan de mi tierra?

¿Qué mas discordia habrá, cuando en el cielo
El sol se abrase, y queme las estrellas?
¿Cuándo la mar se extienda sobre el suelo,
Y sus olas levante encima dellas?
¿Cuándo del tiempo el concertado vuelo
Se quiebre y rompa, y las lazadas bellas,
Que encadenaban toda esta armonía,
Las deshaga y consuma el postrer dia?

Cuando quebrada la mortal coluna,
Que ahora es firme asiento de las cosas,
Tras la enlutada esfera de la luna
Las estrellas se arrojen perezosas;
Y en la mar anegadas de una en una,
Se encienda el aire en llamas espantosas
Que los polos abrasen, y entre tanto
Todo se vuelva á su primer espanto:

Ni entonces podrá haber mayor revuelta,
Ni mundo mas confuso y alterado,
Ni aquella eterna noche en sombra envuelta
Le pondrá mas suspenso y enlutado:
La tierra veo un mar de sangre vuelta,
El aire de cometas rodeado,
Las estrellas sin luz, y en medio el cielo
Cubierto el sol de un amarillo velo.

Ya otras veces mis hombros deste peso
Cargado, y estas mismas armas tuve,
Mas no tan graves, ni de tanto exceso,
Como el que ora por cima dellos sube.
Ó aquí el mundo ha juntado el gran proceso
De sus edades, y esta densa nube
Preñada va de su potencia y saña,
Ó cual sentir caduco el mio se engaña.

Mas peso y carga de mayores gentes
Nunca de España el belicoso suelo
Junta oprimió, ni á brazos mas valientes
En un solo escuadron dió aliento el cielo;
Ni cuando á saquear de mis vertientes
Las ricas costras de argentado hielo,
La hambre de Fenicia, ni el estrago
Sobre mí vino de la gran Cartago:

Ni cuando á sus soberbios pensamientos
El fiero hijo de Isman alzó pendones,
Cuyos mal reprimidos movimientos
Desmembraron de Siria estas regiones;
Y de Meroan cortando los intentos
Al reino cordobés dieron blasones,
Con que al mundo temblar, y á España hizo
Humillarse á un tirano advenedizo:

Ni al tiempo que el mancebo Abenhumea
En Portunio abatió su media luna,
Ni cuando en riesgo la servil ralea
De esclavos le embistió guerra importuna;
Ni el cruel desman de otra francés pelea,
Triste ensaye y agüero de fortuna,
A este se iguala, con que altiva intenta
De toda su ambicion tomarle cuenta.

Mas si el oculto discurrir del hado,
Y de las Parcas el estambre y huso,
A la francesa majestad han dado
Su crecimiento hasta este punto incluso;
Si hasta aquí tiene el cielo decretado
Que llegue, y por sus límites le puso
La cumbre, que ya sube y quiere á una
Que della le despeñe la fortuna;

Yo doy lugar á lo que el cielo ordena
El paso libre, y el camino llano."
Esto á la gran montaña de años llena
Es fama que le oyó el bosque cercano;
Y el feroz campo, cuyo curso atruena
Los vecinos contornos, llegó ufano
A la alta cumbre, donde en vista fiera
El español ejército le espera.

Tembló el brio francés viendo al contrario,
Y de pálido y triste horror cubierto,
Volvió en semblante humilde el temerario,
Con que antes el vencer tuvo por cierto:
Y ya en mas órden mide y pesa el vario
Brazo de la fortuna sin concierto,
Que hace diversos visos y reflejos
Ver la muerte á los ojos, ó de lejos.

En tres gruesas escuadras su potente
Ejército el francés ordena y parte,
El diestro cuerno con la invicta gente
Que arrastró de Girona el estandarte,
Hecha á vencer lombardos, y al valiente
Gradaso, y Mandricardo, da y reparte
A cuenta de Reinaldos, que á su lado
Parece un invencible Marte armado.

La segunda de ricos precios llena
Del destrozado campo de Agramante,
Que su fama á la ardiente Libia atruena
En bélico aparato y voz triunfante,
Con mas palmas que nacen en su arena,
Y mas triunfos que alerces cria Atlante,
A tí, fiero Dudon, y á tu braveza,
Dió el César por gobierno, y por cabeza.

Lo restante del campo, que á la trompa
De la fama añadió sonoro aliento,
Y sin que el tiempo el de sus bronces rompa
Sobre su altar tendrán eterno asiento,
Con el César, que en grave aplauso y pompa
Príncipes le acompañan ciento á ciento,
A cuenta va del gran señor de Anglante
A un invicto Centauro semejante.

De la otra parte el grave Alfonso empieza
A mover con su ejército asturiano
En número inferior, mas no en braveza
A ningun pecho ni valor humano:
Por gallardo caudillo, y por cabeza
Del Carpio ilustre el dueño soberano,
Cual delante del sol sale el lucero
Ardiendo en llamas de oro, y limpio acero,

Sobre un caballo negro azabachado,
De pequeñas orejas y cabeza,
De un sol blanco en la frente remendado,
Fogosos ojos, llenos de viveza,
Tresalbo, ancho de pecho, y levantado,
De corta clin, y presta ligereza,
Las hinchadas narices con su aliento
Son espuma al jaez, y fuego al viento,

Enaspando las manos de brioso,
La cola entre las piernas escondida,
De concertado freno, y paso airoso,
Y á blanda rienda su altivez rendida;
Armado el rico arnés de oro fogoso,
Que ya fue de Vulcano obra escogida,
Ardiendo en rayos de sus piedras bellas,
Como el cielo en la luz de sus estrellas.

De blancas plumas un penacho altivo,
Que el aire en crespo tremolar le enreda,
De oro grabado el peto, en que el cautivo
Pecho, mas no de amor, salvarse pueda:
En el escudo de fortuna al vivo
Hecha pedazos la inconstante rueda,
De perlas, oro, y pedrería sembrada,
Y por letra, "no hay otra que mi espada."

Cual sobre el austro ardiente al pardo moro
El soberbio Centauro mide el cielo,
Y en márgen de cristal tiembla el sonoro
Golfo al ver trastornar su raudo vuelo,
Y él con mallas de plata, y peto de oro,
Su estrellada grandeza muestra al suelo,
Tal en arnés vistoso relumbrante
Bernardo está á su ejército delante.

Su venerable rey, que la potencia
Del orbe sobre España venir siente,
Y que para tan grave resistencia
Cuanto tiene le importa de valiente;
Mostrando en todo que su real presencia
Es alma invicta á su invencible gente,
De en medio della, con saber profundo,
Así empezó á hablar, y escuchó el mundo:

"Invictos héroes, que por tantos modos
El tiempo en vuestros pechos examina
El gran caudal que en los soberbios godos
El feliz temple castellano afina;
Hoy, por daros de un golpe juntos todos
Los triunfos de la tierra, determina
Rendir á vuestros pies, por vuestras manos,
Los que en vencerla toda están ufanos.

Por no poder llevar vuestras espadas
A trastornar los montes del oriente,
Ni á vencer las regiones escarchadas
Del norte, ni de Libia el suelo ardiente;
Los triunfos todos de esas derramadas
Naciones os los trae en esta gente,
Que hoy cuanta honra ha ganado por la tierra
Al pie os la viene á dar desta alta sierra.

Ni penseis que los siglos han mudado
A estas como á otras cosas las corrientes,
Habiendo allí crecido, aquí menguado
Los ánimos y brios de las gentes:
Los mismos son que fueron: ya probado
Tiene esta nuestra sierra y sus vertientes
Su esfuerzo: sus dorados lirios bellos
Bien saben vuestros brazos deshacellos.

El bravo orgullo es este que delante
Con fantásticos miedos os asombra.
La causa de la guerra su arrogante
Soberbia, otra aparente y vana sombra;
Ambiciosa codicia es lo restante,
Aunque el ofrecimiento mio la nombra:
Vuestro derecho, oh héroes asturianos,
Es librar nuestro reino de sus manos.

Quien de su amada patria el fiel regazo,
Donde el dichoso nace, vive y muere,
Y de la nueva esposa al dulce abrazo
Volver sin mancha á su nobleza quiere;
Quien del pequeño hijo el tierno lazo
Tornar al grave cuello pretendiere,
Y no humillar de la cerviz altiva
El libre suyo á sujecion cautiva,

Con la enemiga sangre derramada
Le importa iluminar la ejecutoria;
Honor perdido, ó libertad ganada,
Es ganar ó perder esta victoria.
¡Oh intrépido escuadron! á cuya espada
El cielo ofrece semejante gloria,
Librad la invicta patria, y haced vuestra
De un golpe la honra que de aquí se muestra."

Dijo, y á su discurso el campo altivo
En bélico furor se enciende y arde,
Suena el arnés de Marte vengativo,
Fuego ardiente al feroz, hielo al cobarde:
Quien del diestro venablo, quien del vivo
Filo del corvo alfanje hace alarde,
Y quien, blandiendo la nudosa lanza,
Sin moverse al contrario se abalanza.

En tanto el francés campo el aire impuro
Lleno de agüeros tristes mira atento,
El negro valle de un celage oscuro
En torno le entoldó, y espesó el viento:
Del lado izquierdo, sobre un risco duro,
Sonó de un pardo buho el ronco acento,
Y de tres cuervos un combate fiero
Entre la nube y su enlutado agüero.

Desvaneció la sombra, salió el dia,
Cubierto el sol con un sangriento velo,
Y del norte una alegre compañía
De doce blancos cisnes batió el vuelo;
Cuando una águila altiva, que venia
De hácia el campo español, cubriendo el cielo
En pompa de alas, y de artejos bellos,
Con engrifadas garras se entró en ellos.

Mezclóse al escuadron, creció la suma
La reina de las aves, cuyo brio
Hace que el blanco cerco se consuma,
Y que las nubes den de sangre un rio:
Caen los destrozos de nevada pluma,
Y muertos uno á uno el aire frio
Los doce cisnes vuelve, cuyo vuelo
Antes de blanca cinta ciñó el cielo.

El César de tan graves causas lleno,
Su cuidadoso discurrir revuelve:
Mas, ya empeñado el crédito, en sereno
Semblante el alterado pecho vuelve:
Rompe á la altiva majestad el freno,
En ver el fin del hado se resuelve,
Y fingiendo el placer que no tenia,
Así al campo habló que le seguia:

"¡Oh ya del mundo diestros vencedores!
Pueblo indomable, á cuyos brazos fieros
No hay pechos tan osados, ni furores
Que no os rindan humildes sus aceros,
De á donde en aromáticos olores
Del tierno dia beben los primeros
Rayos de alegre luz, al mas distante
Pueblo, á quien da su sombra el viejo Atlante;

Ya de la gran jornada el postrer dia,
Con tantas diligencias procurado,
Vuestra braveza llama y desafía
Al modo de vencer acostumbrado:
De los gallardos brazos la osadía
Que el mundo hizo temblar, hoy con doblado
Esfuerzo es el mostrarla conveniente
En el vencer esta indomable gente.

No hay nacion tan remota y apartada,
Desde donde la oculta Tile humea,
Hasta el feroz Centauro, que en dorada
Uña en el polo Antártico pasea,
Que al filo agudo de esa invicta espada
Nuevo trofeo de altivez no sea,
Ni desde el indio oculto al mar de oriente
Quien no se asombre á su vislumbre ardiente.

Ya pues, para que en carros de leones,
Y en triunfo universal goceis la tierra,
A vuestra fama solos los mojones
Resta allanar desta enemiga tierra;
Con esto haceis de todas las naciones
Un reino solo; solo en esta guerra
Está el ser invencibles, ó que el mundo
Aun todavía os dé el lugar segundo.

Mas ¿para qué en palabras entretengo
El triunfo que tal brio me asegura,
Si lo poco que en ellas me detengo
De corriente le quito á mi ventura?
Esto les doy de vida, hasta aquí vengo
A serles franco rey: gocen segura
Libertad este rato, ya el postrero
Que el hado les otorga, y vuestro acero;

Sola una cosa, oh jóvenes gallardos,
La fe me otorgue de ese pecho fiero,
Que contra los rendidos vuestros dardos
Ni se armen de rigor, ni sean de acero.
Al que en ligero vuelo, ó pasos tardos,
Se os rindiere, tendreis por compañero;
Sea vuestro ciudadano el que huyere,
Ó el que por no morir se defendiere,

De los demas, sin reservar viviente,
La sangre riegue vuestros lirios de oro:
Muera su rey falaz, muera su gente,
Muera el leonés, el árabe, y el moro:
A ellos, invicta casta, descendiente
Del que á Hector engendró, y á Polidoro,
Que aun ya desde esta altura donde estamos
Por superiores suyos nos contamos."

Dijo, y en frio silencio amortiguado
Se vió el primer orgullo bullicioso,
De la vecina muerte demudado
El pálido semblante al mas brioso:
Da latidos el pecho al mas osado,
Temen el arrogante y el medroso,
Y entibiar en tal trance los guerreros
Es el peor de todos los agüeros.

Mas no solo temblaron los presentes
De su cercano fin al triste ensayo,
Que no se halló francés entre las gentes
Que entonces no sintiese algun desmayo:
Ó fuesen de los hados las corrientes,
Ó de signo infeliz precioso rayo,
Que á las francesas armas poderosas
El curso trastornaba de las cosas.

Vanse acercando, suenan los clarines
Entre las peñas con quebrados ecos;
Y puestos ya en los últimos confines
Del fatal monte y sus peñascos huecos,
Del vario tiempo los dudosos fines,
Y del triste hado los variables truecos
Su orgullo asombran, y al dudoso caso
Suspenso dan el amagado paso.

Muévense entrambos campos, semejantes
A dos tejidas selvas, cuyos pinos
Son espigadas lanzas relumbrantes,
Y las copadas hayas yelmos finos,
Las ramas sus plumeros tremolantes,
Donde hace el viento bellos remolinos,
Y á las varias centellas del acero
En que el sol quiebra, se arde el bosque entero.

Llega junta á chocar la muchedumbre
Al son de belicosos instrumentos,
Gimió de Roncesvalles la alta cumbre
En roncos y tristísimos acentos:
Suena el acero, asombra su vislumbre,
Y el Pirineo tembló por los cimientos;
Las madres dentro en los vecinos techos
Sus hijos abrigaron á sus pechos.

El bravo Durandarte, el gran Ricardo,
Gaiferos, Naimo, Oton, y Bellenguero,
Anselmo, don Turpin, Avivio, Alardo,
El aleman Godofre, el fiel Rainero,
De todos hecho un escuadron gallardo,
Lanzando rayos de su ardiente acero,
Por el revuelto ejército de España
Rompiendo van en mortandad extraña.

Destrozan, hieren, matan sin concierto,
Rompen, desarman, y en sangriento lago
Un número increible dejan muerto,
Y entre los vivos un horrible estrago:
Quien el costado, quien el cuerpo abierto,
Sin sentir de la muerte bebió el trago;
Aquí uno, dos allí, y acullá ciento,
Por tierra arroja su furor violento.

A un tiempo ambos ejércitos difusos,
Sin órden, modo, sin concierto, ni arte,
En espantosa trápala los usos
Y reglas quiebran del sangriento Marte:
En ciegas tropas, y en monton confusos,
De aquí y de allí, por esta y la otra parte,
De á caballo y á pie, todos á una
Al gran desman se mezclan de fortuna.

Ni los diestros sargentos, ni el prudente
Capitan pueden reducir á modo
La descompuesta confusion de gente
En que se enreda y enmaraña todo:
Mezclados el cobarde, y el valiente,
El español, francés, normando, y godo,
El noble, y el plebeyo, el alto, el bajo,
El que viste armas, y el que no las trajo.

Retumba el hueco valle á los acentos
Del ronco y triste son de las espadas,
Hieren las voces los confusos vientos,
Y el romper de las armas encontradas:
Corren del monte horrible rios sangrientos,
Volcando arneses, grebas y celadas
A los vecinos valles, ya cubiertos
De enteros escuadrones de hombres muertos.

Mas ¿cuál dios, oh Quevedo, el gran torrente
De tu amorosa vena trocar pudo,
Y de poeta altivo y elocuente
Te trajo á ser entre las armas mudo?
¿Quién por pluma te dió la espada ardiente,
Por dulces versos el pesado escudo,
Y el mal seguro yelmo que ahora tienes,
Por el laurel de tus heróicas sienes?

Si querias guerras, con tu musa á solas
Las pudieras cantar, cual ya hiciste
Otro tiempo, las armas españolas,
Y de Rodrigo la tragedia triste:
Mira, oh gallardo jóven, que las olas
De antojos con que Apolo el alma embiste,
Otras que no estas son, y que es de otra arte
El poético furor que no el de Marte.

Apenas de oro el escarchado vello
Hacia invisible sombra á tus mejillas,
Cuando tu verso el mundo oyó, y en ello
De Venus y de Adonis las mancillas:
No sé por qué dejaste, oh jóven bello,
De cantar las batallas por seguillas,
Que para darnos desto una gran suma,
Mas que tu espada nos valia tu pluma.

Mas con deseos de cantar á España
De sus invictos héroes las heridas,
De acero armado, y de tu misma saña,
Fuiste al campo á aprendarlas, no de oidas:
Con limpio arnés que el aire en lumbres baña,
Y sobre el yelmo plumas esparcidas,
Que en lo pomposo y hueco de su rama
De las alas parecen de la fama;

En el escudo por empresa bella,
Aludiendo al amor en que se funda,
Tu vihuela, sin otra cuerda en ella
Que una prima, y por letra "sin segunda."
Ó sea la luz que te guió, tu estrella,
Tu música, tu canto, ó tu profunda
Vena, todo era tal, y de tal modo,
Que á todo junto ajusta, y cuadra á todo.

Deste gallardo y belicoso aliento,
Ó espíritu gentil acompañado,
A los mayores riesgos mas contento
Entrar te hacia tu ánimo arrojado;
Y matando enemigos ciento á ciento
Ya cantar tu victoria habias trazado,
Cuando el deseo de alcanzar á Arbante
Al golpe guiar te pudo de Morgante.

Cual fiero leon, si al corto dia de invierno
Tras larga noche ayuno se levanta,
Y al salir de su cueva un ciervo tierno,
Ó nuevo toro ve entre planta y planta,
A quien aun no ha salido firme el cuerno,
Ni á los pechos le cuelga la garganta,
Deja otras ocasiones, y al presente
Las garras tienta, y apercibe el diente;

Tal el gigante al jóven peregrino
Su cruel hado le hizo que revuelva
Con una lanza de un entero pino,
Que ya fue adorno de una inculta selva:
Pasó el dorado escudo, el peto fino,
Y á salir hizo que la punta vuelva
Por las espaldas, y el altivo cuello
Caer dejó al un lado el rostro bello.

Mas ya es tiempo, oh deidades de Helicona,
Que todas juntas deis á mi alma aliento,
Que iguale, si es posible, á la persona
De quien ya quiero comenzar el cuento;
Y no en voz que se muda y desentona
À cualquier paso, y con cualquiera viento,
Mas en estilo de oro, y voz de acero,
Vean que es de la verdad la fama un cero.

Y de aquel brazo, cuyas maravillas
Asombraron un tiempo las estrellas,
Para que ahora hagan en oillas
Lo mismo que en el mundo hizo el vellas;
De esas doradas sacrosantas sillas
Bajad á oir mi canto, oh ninfas bellas,
Por cuyas manos el licor se vierte,
Que hace dulces engaños á la muerte.

Salió gallardo el príncipe de España
Luego que el francés campo vió deshecho,
Que hasta aquel punto reprimió la saña
Para mejor justificar su hecho:
Y cual hambriento leon, si en la montaña
La aguda hambre que le escarva el pecho,
El tímido rebaño, ya sin gente
Ni pastor, desde lejos balar siente,

Haciendo estrago y riza de mil suertes
Entra bañando en sangre diente y garras;
Tal el feroz caudillo de los fuertes
Montañeses saltó el palenque y barras:
Y en varios golpes, y en diversas muertes,
Lances nuevos probó, pruebas bizarras,
Asombrando su espada al campo todo,
Ya deste, ya de aquel, ya de otro modo.

Al galan Durandarte, desde lejos
En ricas plumas y armas señalado,
Pasar vió entre las lumbres y reflejos
Que el sol sacaba de su arnés dorado:
Y al verse en sus clarísimos espejos,
Tan furioso llegó, que á no ir cebado
En dar muerte al francés, si se mirara,
De su misma braveza se espantara.

Mas la gallarda espada al brazo altivo,
Igual en la fineza y la ventura,
Sobre él corrió con golpe tan esquivo,
Que ni bastó reparo ni armadura:
Hiende el escudo, el yelmo, y á lo vivo
Del costado bajó, donde en segura
Paz su Belerma hermosa está escondida,
Que pudo aquella vez darle la vida.

Traía entre un riquísimo tesoro
Su dama en el escudo retratada,
Con tan nueva hermosura, y tal decoro,
Que fuera otra Medusa bien mirada:
Un Cupido á sus pies labrado de oro
Sobre su venda dando otra lazada,
Y de diamantes esta cifra bella,
"Medroso de morir si llega á vella."

Sintió el tierno amador ver dividido
De tal manera su encantado escudo,
Que de la rica imagen de Cupido
Nada dejó á su dama el filo agudo;
Y desto mas que del dolor herido,
Con cuanto brio su arrogancia pudo
Tan fiero el brazo alzó, que al derriballe
El monte hizo temblar, y atronó el valle.

La cabeza humilló hasta los arzones
Bernardo á la agraviada hermosura,
Que en el menguado escudo sus facciones
Muestran, que aun mas se debe á tal figura:
Mas no se iguala el término á los dones,
Que él fué cortés, pero ellos de hechura,
Que al primer golpe que acertó de lleno
Dió al valiente francés por cama el heno.

Reynaldos que llegó cuando caia,
Admirado de heridas tan gallardas,
"Valiente español, dijo, este es mi dia,
Si como debes sin temor me aguardas:
Con esa tuya, y con la espada mia,
De roja sangre y de tinieblas pardas
Famosa estátua te dará la suerte
De heróicos hechos, y de honrada muerte."

Dijo, y á un tiempo igual ambos guerreros,
Á dos manos sin guarda ni cubierta,
Á buscar su victoria bajan fieros,
El uno á Balisarda, otro á Fusberta:
Esta dobló en las armas sus aceros,
Mas aquella con tal destreza acierta
Sobre el hadado yelmo de Mambrino,
Que todo el cerco de oro al suelo vino.

Cayó, y de Montalban y Claramonte
Toda la gloria junta vino al suelo.
¡Oh del mundo menor breve horizonte,
Vida mortal, tasado paralelo!
Sea á tu gran valor tumba este monte,
Fama el blason, y la capilla el cielo,
Pues tras tantas grandezas, de su mano
No te dejó otra cosa el tiempo vano.

Cayó tambien con él su leal Bayardo,
Ó atronado del golpe poderoso,
Ó que del signo triste el paso tardo
Allí acabó su curso perezoso,
Que al rey Artus sirvió, y hoy del gallardo
Reynaldos al sepulcro temeroso,
En cuya compañía el fiel caballo
Muerto, nuevo dolor ponia mirallo.

Asombró el golpe los vecinos valles,
Y volvió el mas distante la cabeza;
Roldan, que al paso está, volvió á miralles,
Y de la herida viendo la fiereza:
"¡Oh cielos, dijo, oh Francia, oh Roncesvalles,
Donde hoy cae del imperio la grandeza!
Fenezca aquí mi vida, ¡oh ciego hado!
¿Cómo tal fin á tal principio has dado?"

Traspasa este dolor su pecho ardiente,
Y á matarle ó morir sale arrogante,
Cuando en tropa gentil resplandeciente
El paso le atajó un gallardo amante;
El bello Ascanio, hijo del valiente
Duque Estroci, que en brazo y brio triunfante
Volvia de matar por su persona
Cien franceses, y un duque de Bayona.

Era el brioso jóven heredero
Del muerto duque, y príncipe de Parma,
Á quien la seda, mas que el duro acero,
La flor de sus lozanos miembros arma;
Mas aunque niño y tierno es altanero,
Y así el brio en su pecho toca al arma,
Que despreciando el ocio de su tierra
En busca de su honor vino á la guerra.

De la prudente Emilia, dulce hermana
Del conde de Saldaña, es hijo hermoso,
Unico alivio y prenda á la temprana
Muerte infeliz de su querido esposo:
Deseo del tierno primo, y de honra vana,
Al bello Ascanio le quitó el reposo,
Y entre una escuadra de toscana gente
Á la guerra le trajo á ser valiente.

De cien mancebos de su edad ceñido
De armas grabadas y plumeros bellos,
Con ricas sobrevistas de encendido
Carmesí y oro, que alegraba el vellos;
El fresco, altivo jóven, que al florido
Rostro apuntaban los primeros bellos,
En caballo tambien lozano y niño,
De la color de un no manchado armiño.

Hechas de la alheñada clin á trechos
Bellas guedejas encrespadas de oro,
La altiva frente, y los fornidos pechos,
Llenos de un grave y bárbaro tesoro:
Del precioso jaez los trozos hechos
De varias piedras, que en crujir sonoro
Hacen con orgulloso movimiento
Temblar las plumas, y asombrarse el viento.

Sus ricas armas, mas que el sol lucientes,
De carbuncos cuajadas y diamantes,
De alegres rayos dan luces ardientes,
Que los aires abrasan circunstantes:
La celada de plumas eminentes
Blancas perlas esgrime por pinjantes,
Sembrado el resto á trechos de follajes,
Alcachofadas piñas, y plumajes.

La roja espada de oro guarnecida,
De cristalina pedrería sembrada,
De los bordados tiros detenida,
En rica vaina de marfil grabada:
La varia sobrevista entretejida
Por su celeste azul plata escarchada,
Y en sus bordados por divina traza
Del bello Adonis la imprudente caza.

Vianse del fiero jabalí vengados
Entre claveles sus perdidos tiros,
Que si allá fueron flores de los prados,
Aquí rubís ardientes y zafiros:
Los bellos ojos del amor preñados
De aljófar, y los labios de suspiros,
Y su cárdeno cuerpo entre las flores
Vertiendo sangre, y derramando amores,

Con tan bello primor, que sobrepuja
Á la verdad la historia dibujada,
Dulces cuidados de la diestra aguja
De su tierna y ausente esposa amada;
La limpia lanza en la dorada cuja,
La vista alegre, el alma enamorada,
Cuyo capote y ceño, si se aíra,
Da gusto y regocijo á quien lo mira.

Era el luciente yelmo que traía
De perlas y diamantes estrellado,
Donde un bello zodíaco ceñia
La altiva cresta y el gorjal labrado:
Los signos de diversa pedrería,
Y en el vellon de Colcos de un dorado
Topacio hecho un sol, cuyo fecundo
Rayo un nuevo verano abria al mundo.

Mas cuando en el fervor de la batalla
Con su aliento el bruñido acero entibia,
Del grave peso, y su dorada talla,
Buscando aire el cabello crespo alivia;
Y al que delante su ventura halla,
Auque sea el risco del Peñol de Libia,
De amores vence, y mata con la vista,
Que á ella, ó su espada, no hay quien se resista.

Traía en el valiente y ancho escudo,
Para mostrar la gloria que profesa,
Sobre un peñasco de oro inculto y rudo
De Alcides las colunas por empresa;
Y señalando con lenguaje mudo
La hermosura que en su alma vive impresa,
En torno escrito de rubís, "si os viera,
Sobre vuestra belleza las pusiera."

Agrada á todos su hermosura y brio,
Él solo ni se estima, ni se precia,
Que con desdenes, y áspero desvío,
Su blanda condicion quiere hacer recia:
Mas, por bien que en compuesto señorío
Se ensaña, y á quien le ama menosprecia,
Nunca su agrado pierde deleitoso,
Que mientras mas airado es mas hermoso.

Vuelven sus enemigos á otra parte
Las lanzas por no herir el rostro bello,
Y él de ese amor se ofende de tal arte,
Que los querria despedazar por ello:
Atiza sus enojos, y reparte
Ira suave entre el placer de vello;
Mas ya destas sus flores placenteras
Las parcas van hilando las postreras.

¡Oh bello jóven! diestro en el bullicio
De la caza sagaz y sus engaños!
¿Quién te trajo á tan áspero ejercicio
En lo mejor de tus floridos años?
Aquel ya de tu edad fue propio oficio,
Y tú incapaz de otros mayores daños;
Mas dióte el hado en sangre y hermosura
Mucho de estado, y poco de ventura.

¡Mísero! que fiado en tus engaños
De Marte sigues el clarin sonoro,
Para causar deleite á los extraños,
Y á tu madre infeliz tormento y lloro;
¿Quién volvió azar tus florecientes años,
Y agüero tus grabadas armas de oro?
Rico trofeo, en quien la adversa suerte
Principios dió de gloria, y fin de muerte.

Habia con su gallarda escuadra hecho
Vistosos lances en la franca gente:
Traspasó á Sergio el arrogante pecho,
De la region gascona el mas valiente:
Mató á Menon, á Galvo, y al contrecho
Esquilo, en dulces versos eminente;
Y á ti, sesgo Foscion, que no supiste
Reir, ni llorar, ni estar alegre, ó triste.

Pasó en diestro venablo la garganta
Á Démedes voraz, gloton, hambriento,
Que despues que pasó á su vientre cuanta
Renta dejó de Sergio el testamento,
Se hizo alferez, y al fin por donde tanta
Hacienda entró, tambien entró el violento
Hierro, y fue en el tragar tan bruto y fuerte,
Que cuando mas no halló tragó la muerte.

Cual cachorro leon de poca prueba,
Por los rebaños de Getulia ardientes,
Que antes la madre le traía á la cueva
Conformes á su edad pastos recientes,
Sintiendo al cuello la guedeja nueva,
Las corvas garras, y los limpios dientes,
Corre lozano en torno la campaña,
Y á volver á su cueva no se amaña;

Así el hermoso Ascanio tras su muerte
Por el francés ejército corria,
Y en medio puesto de su escuadra fuerte
Lucero entre celajes parecia;
Cuando el rigor de la infelice suerte
Al paso le sacó donde venia
Del fiero conde Orlando la pujanza,
A tomar en Bernardo cruel venganza.

Asombróle el furor del francés fiero,
Tembló en ver el denuedo que traía,
Faltáronle las fuerzas, y el entero
Brio que en su alma nueva amanecia:
Vió que la guerra pide mas que acero,
Y que no es la imprudencia valentía,
Echa de ver que es niño, y no bastante
Su fuerza á resistir á tal gigante.

Quiere volverse atrás, mas no le deja
La honrada sangre que en las venas tiene;
Teme el ir adelante, y en perpleja
Lucha el miedo y la honra le detiene:
Cúbrele un frio sudor, que la guedeja
De oro á llover menudo aljófar viene,
Y en triste agüero una amarilla sombra
Volando en torno con temor le asombra.

Cual blanco cisne á su cantar atento,
Si de las frescas juncias del Pó mira
El águila de Júpiter, que al viento
La sombra en torno de sus plumas gira,
No hallando abrigo á su furor violento,
Tiembla, suspende el canto, y se retira,
Y en la tierra quisiera entrarse al centro
Por huir de sus uñas el encuentro;

Tal el hermoso jóven, que se halla
Al golpe puesto del Francés gallardo,
Sin esperanza cierta en la batalla,
Ni á su espada cruel hallar resguardo:
No viendo ya razon con que excusalla,
De un frio miedo impedido el brazo tardo
Contra el conde le alzó, mas por defensa,
Que por hacer á su arrogancia ofensa.

Mas el soberbio y cruel señor de Anglante,
Que viendo á su querido primo muerto,
Al tierno Adonis, y á su bella amante
Que hallára, atropellára sin concierto;
Al romano gentil que vió delante,
De plumas, oro, y pedrería cubierto,
Cual hambriento leon, que en diente y garra
Tierno cordero á su sabor desgarra;

Así, yendo á vengar su rabia ardiente
En el bravo español que le ha ofendido,
Hallando sin pensar el inocente
Pecho, dió en él la furia y el bramido:
Retira el paso, oh jóven excelente,
Da lugar á que acuda tu querido
Primo, que ya á valerte con su escudo
La vuelta daba, mas llegar no pudo,

Que con tal furia á Durindana embiste
El conde sobre Ascanio, que á su acero
Ni el suyo basta, ni rigor resiste,
Que escudo y peto rebanó el primero:
Al segundo, anublado en muerte triste
El semblante poco antes placentero,
Cayó, y sintió al caer, mas que su muerte,
La rota estampa de su escudo fuerte.

Bernardo, que al morir su primo amado
En la defensa de su amor llegaba,
Con el nuevo dolor quedó atajado
De ver la prenda tal que en tanto amaba:
"¡Oh bello jóven, dijo, malogrado!
¡Oh enemigo cruel! ¡oh furia brava!
El poder todo que hay en los humanos
No te podrá dar libre de mis manos."

Cual generoso leon, que entre el rebaño
De algun collado de Getulia estrecho,
Cansado de matar, y de hacer daño,
Las garras lame, y el sangriento pecho,
Si un dragon ve venir de bulto extraño,
La oveja que á matar iba derecho
Deja, y en crespa clin, y aire brioso,
Se arroja al enemigo poderoso;

Así el bravo español, viendo de lejos
Lucir las armas del señor de Anglante,
Tras sus nuevas vislumbres y reflejos
Feroz sale á ponérsele delante,
Herida el alma de los tristes dejos
Del malogrado primo y tierno amante;
Bien que el Marte francés al desafío
No salió con menor aliento y brio.

Antes en fuego de honra ardiendo el pecho,
Y en deseos de venganza: "¡oh fiero hispano,
Dijo, que el mundo á golpes has deshecho!
¿Quién te dará ya libre de mi mano?
Bien que la recompensa al daño hecho
Será buscarla igual cuidado vano,
Mas muere, y deje ahora aquí mi espada,
Si no el agravio, la honra reparada."

Así dijo, y cual dos dragones fieros,
Que en los marsilios campos con la ardiente
Ponzoña que vomitan los postreros
Arboles se arden, y su hervir se siente,
Gimen las costas y escamados cueros,
Tiembla del grave monte la eminente
Altura, y ellos la abrasada arena
De roscas tienen y de golpes llena;

Tales los dos furiosos combatientes
En su horrible batalla andan cubiertos
De espantosas heridas, y valientes
Golpes, furias, coraje y desconciertos;
Rotas las finas armas, los ardientes
Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
Sus penachos, escudos y testeras
Ya hechos rajas cubren las laderas.

Dió Orlando al de Leon con Durindana
Á dos manos un golpe en el escudo,
Que ni el temple acerado, ni la sana
Pasta valerle en su defensa pudo,
Que ya partido en dos hasta la grana
De sus venas no entrase el filo agudo,
Matizando el color la malla toda
Del fino rosicler de sangre goda.

Y él, viendo ya el escudo sin provecho,
Y sin provecho el dilatar la muerte
De un enemigo tal como le ha hecho
El cielo en brazo poderoso y fuerte;
Alta la espada, y levantado el pecho,
Su agudo filo envió de suerte
Que le partiera en dos, si la visera
En menos cercos encantados fuera.

La sierra atronó el golpe, y con su tarda
Lengua el eco sonó por las cavernas,
Y al darle la encantada Balisarda
Su fuerza y sus virtudes mostró internas,
Que si las firmes armas su bastarda
Cuchilla no halló del todo tiernas,
Tampoco en la dureza que primero
Mostraba al mundo su inviolable acero;

Antes, llevando á cercen la alta cresta
Del encantado yelmo sin segundo,
Bajando al hombro la cruel respuesta,
Vivo llegó su filo á lo profundo:
Corrió la primer sangre á la floresta
Que del fuerte Roldan conoció el mundo,
Y él de ver su arnés roto, y él herido,
Quedó mas que del golpe sin sentido.

La vista absorta, y el cabello yerto,
La sangre le cuajó un sudor helado,
Y el negro bulto de su primo muerto
En triste sombra se le puso al lado:
Mas ya del breve frenesí despierto,
De todo el golpe de su honor llevado,
Uno y otro redobla al godo altivo,
Milagro que con tantos quede vivo.

No en los fornidos yunques de Vulcano,
Sobre las derretidas masas de oro,
Labrando rayos á la diestra mano,
Que sola rige el estrellado coro,
Con los membrudos cíclopes el vano
Aire retumba en eco mas sonoro,
Que el valle á las confusas estampidas
De sus mortales golpes y heridas.

Llenos de horror y sangre, y los paveses
Por el campo sembrados; los caballos,
De las vueltas, vaivenes y reveses
Ni ya pueden aquí ni allí llevallos:
Hechas sangrientas rajas los arneses,
Por ver si así podrán mejor quebrallos
Á brazos se asen, y en alientos mudos
Los pechos gimen en los fuertes nudos.

De los guerreros la indomable fuerza
La de los dos caballos trajo al suelo,
Donde saltando cada cual se esfuerza
A mostrar la que en él ha puesto el cielo:
Crecen los nuevos golpes, y refuerza
El honor lo que falta, que el recelo
De perderle en el alma que le estima,
La punta es de rigor que mas lastima.

Dió el Francés á Bernardo una herida
Tan á sazon, que pudo desarmalle
Todo el hombro siniestro, y de encendida
Sangre darle una nueva fuente al valle:
Corrió notable riesgo de la vida,
Mas cuando ya volvia á segundalle,
Tan recio entró con él, que por las faldas
De un gran peñasco le hizo dar de espaldas

Y antes que hallase tiempo conveniente
De rehacer su furia, con dos manos
Alta la espada, sobre el yelmo ardiente
Bajó gimiendo por los aires vanos:
La celada rompió el golpe valiente,
Sonó el eco en los valles comarcanos,
Y aunque no cayó el conde, del ruido
Quedó atronado el uso del sentido.

Queríale ya dejar, y un bulto mudo,
Del muerto primo sombra temerosa,
Vió en el aire pasar, y el dolor pudo
Volver cruel su alma de piadosa:
"Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
No te puedo dar mas, oh alma dichosa;
Muere ahora, cruel, muere, homicida,
Que aquí todo se paga con la vida."

Dijo, y alzando el brazo vengativo,
Al dar sobre él lá fiera arma encantada,
Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
Su heróica frente, y la enemiga espada;
Cayó muerto Roldan, quedando vivo
Su eterno nombre, su alma arrebatada
Feroz voló á su esfera, y su gallardo
Cuerpo á los pies cayó del gran Bernardo.

NOTAS Y OBSERVACIONES.

Pág. 5.

CANTO I.

Perteneciendo á una misma obra todos los fragmentos que se incluyen en este tomo, y presentando, por el método que se ha seguido al ordenarlos, la apariencia de un todo regular, ha parecido conveniente darles el nombre de *cantos*, como si fueran divisiones de un poema completo. No se ha adoptado el de *libros*, que llevan las de las obra original, por evitar la confusion que resultaria de una identidad de título, siendo diversa la distribucion de la materia.

No se crea, por eso, que hemos tenido el intento de construir un poema nuevo con los materiales del antiguo: esto no era conveniente, ni posible. Lo que se ha procurado es, que los episodios y trozos escogidos tengan algun enlace y relacion entre sí, de modo que produzcan mas interes y agrado, que el que resultaria de trozos absolutamente aislados y dispersos. Las transiciones á la verdad no son siempre tan oportunas y claras como debieran; y aunque esto hubiera podido remediarse variando algun tanto el sentido en ellas, semejante licencia está expuesta á mayores inconvenientes, y se ha tenido por mejor guardar todo respeto al texto, y que no haya un verso, una palabra sola, que no sea de Balbuena. Para la inteligencia de los pasajes mas oscuros bastarán las ligeras explicaciones que van al fin de estas notas.

Pág. 7.

Tuvo el rey Casto una gallarda hermana.

Hay dos exposiciones diferentes en el Bernardo: una la de Alcina á Morgana que está primero, y otra la de D. Teudonio al conde de Saldaña en el castillo de Luna que va despues, enlazadas, ó por mejor decir, confundidas é interrumpidas extrañamente entre sí. Para graduarlas algun tanto mejor, se ha invertido su colocacion, y puesto primero la de D. Teudonio, con lo cual á nuestro parecer adquiere la narracion mas despejo y claridad.

Pág. 51.

Y yo al sabor de su parlar atento,
Tambien bebí de su discurso el viento.

¡Extraño descuido! Suponerse el autor oyendo la conversacion de las dos Hadas, sin que antes ni despues se vea suposicion, ni invencion ninguna que lo apoye y justifique. Esto manifiesta la precipitacion con que Balbuena escribia.

Pág. 52.

CANTO III.

Aquí empiezan las aventuras de Ferragut, que se enlazan muy poco con la accion principal, y no tienen en la obra su terminacion conveniente. Lo mismo sucede despues con las de Cardiloro, Argildos y Florinda, y con las de Orimandro y Angélica, aunque estas últimas tienen mas conexion con los sucesos de Bernardo. Pero unas y otras estan muy agradablemente contadas, y las bellezas poéticas que ofrecen, no permitian que se las desechase entre el monton de los demas episodios omitidos. Conviene siempre tener presente lo que se

ha dicho arriba, que en la serie de estos extractos no se pretende formar un cuadro ajustado y regular.

Pág. 18.

Tres veces encenderlo intenta, y luego
Otras tantas lo hurta al mortal fuego.

Tum conata quater flammis imponere ramum,
Coepta quater tenuit. OVID. MET. *Lib.* 8.

La fábula de Calipso y Dulcia es una imitacion de la de Altea y Meleagro en Ovidio, de la misma manera que la de la Ninfa Iberia lo es de la de Aretusa; en las cuales, como en otras, Balbuena rivaliza en facilidad y abundancia con el poeta latino. Esta de Dulcia es la mas feliz de todas; y el entusiasmo de su amor, sus quejas lastimeras cuando se siente morir, y sus expresiones tiernas á su hermana Crisalba, en cuyos brazos espira, no tienen modelo ninguno, ni en Ovidio, ni en otro poeta ninguno de su clase. Aqui se ve lo que Balbuena podia haber hecho en la poesia patética, asi como en la personificacion del Pirineo y otros altos pasajes, hasta donde alcanzaba, cuando se proponia ser grande y su ingenio le sostenia.

Pág. 85 de la Introduccion.

Dijimos alli, que ofendian sobremanera los desatinos de vieja delirante, que alguna vez se permitia Balbuena, y nos referimos por prueba á la descripcion de la gruta del mago Tlascalán. La descripcion es la siguiente:

Era esta cavernosa cuadra hecha
De un amasado risco de esmeraldas,
Que un fresco mirador arroja y echa
Del jardin bello á las floridas faldas,
De á donde un cielo ve y un mundo acecha,
La vista al sur, y al norte las espaldas,
Con un rio que al romper de peña en peña,
En verde juncia y ovas se despeña.

A cuyo ruido el canto de las aves
De altivo sirve y dulce contrapunto,
Y el tiple agudo en los bemoles graves
Afinándose mas sube de punto:
Al fin juncias, bémoles, cantos suaves,
Rio, flores y peñas, todo junto,
Entretiene, suspende, alegra, engaña
La vista, el campo, el bosque, y la montaña.

Aquí el mago tenia de sus ciencias
El estudio, instrumentos y aparato;
Aquí su anatomía y experiencias
Con vigilancia hacia, y con recato;
Aquí de globos varias diferencias,
Ó por necesidad, ó por ornato,
Que en paredes y bóvedas colgaban,
Alegre asombro á quien las via daban.

En huecos bultos de sombrías figuras
Sus malogradas almas detenidas,
De las regiones lóbregas y oscuras
Por nuevos rumbos mágicos traidas;
Y aunque á la vista son simples pinturas,
Estrechas gozan y espantosas vidas,
Dando al mago en diversos tiempos juntas
Sospechosa respuesta á sus preguntas.

Tiene de yerbas, raices y de gomas,
Venenos, piedras, sierpes, monstruos, fieras,
En cajas, urnas, vasos, botes, pomas,
Varias sumas de hechizos y quimeras;
De agua del rio Averno dos redomas,
De las tres furias nueve cabelleras,
Hollin del barco de Caron, y entero
Un colmillo y dos uñas del Cerbero:

De pardo lobo ayuno, que enmudece
Los perros con su vista, buche y pelo,
Cabellos de Prosérpina, y el pece
Rémora, que á un navío entume el vuelo,

Hiel y ojos de trimelga, que entorpece
Al pescador el brazo del anzuelo,
Un grano de alcanfor, y otro de helecho,
Y de dos escorpiones cuello y pecho:

Un aspid soñoliento, una escamosa
Piel de serpiente azul de manchas llena,
Corrupta sangre de mujer zelosa,
Mortal cicuta, mágica verbena,
Plumas de salamandria calurosa,
Espuma de doblada anfesibena,
Soga de hombre ahorcado en acebuche,
De arpía las garras, y de un buho el buche:

De la serpiente emórrois el veneno,
Que despide en sudor la sangre humana;
De la sedienta hidra el cuero lleno
De ponzoña, y del sirio can la lana:
La ala del presto yáculo, que al seno
De la peña se arroja mas cercana;
Dipsas, que al que su tósigo salpica,
La sed hasta la muerte multiplica:

Un corazon de niño, que la hambre
Los huesos enjugó y secó la vida,
De la rueca de Cloto el blando estambre,
A quien del mundo está la hebra asida:
Una cabeza de encantado arambre,
De contrahecha voz, y alma fingida;
Los ojos de un dragon y un basilisco
En sangre de camello berberisco:

Dientes de cocodrilo y elefante,
Dos buches de avestruz, menstruo de vieja,
De la grulla la piedra vigilante,
Y la electroria húmeda y bermeja:
Del buho el ojo izquierdo penetrante,
El diestro de la aguda comadreja,
Con la piedra de la águila, que dentro
Va con preñados senos á su centro:

Yerba del pito contra el hierro duro,
Ceniza de hombre muerto de algun rayo,
Estéril tierra de sepulcro oscuro,
Dos huesos de abubilla y papagayo,
Yedra cortada de arruinado muro,
Ruda encantada con rocío de mayo,
Pares de un abortivo, y la testera
De unicornio, habaela, y de pantera:

Un cuerno de cerasta, que en la arena
Arma escondida venenosos lazos;
De la engañosa y lóbrega hiena
Las azules escamas de los brazos,
Con que en las tristes sepulturas suena,
Haciéndo los cadáveres pedazos;
De la ave fenix una roja pluma,
Y de una hidra el tósigo en espuma.

Y en mas virtud y adorno de la cueva,
En maga ostentacion y fuerza oculta,
De noble pedrería un cielo lleva
En realces de oro por la peña inculta;
Así en signo observado y luna nueva,
Que de su variedad y luz resulta
Belleza al muro, estimacion al arte,
Y á la mágica ayuda por su parte.

El cristalino erindro, que humedece
Con su frialdad el aire circunstante,
Y dando siempre lágrimas, parece
De algun ausente gusto tierno amante:
La dura celosía, á quien no empece
El fuego, y el zelonte penetrante,
El adivino y verde silenite,
Que con la luna en la inquietud compite:

Las castas esmeraldas, el topacio
Contra el vacío tumor de la locura,
El balax, casa hermosa y real palacio
Del carbunco, y la onix triste y oscura,

La verde orites, que en pequeño espacio
Bebida hace abortar la criatura,
Y la andromata de agradables rayas,
Que el mar Bermejo escupe por sus playas.

. . . .

La roja peridonia, que las manos
Con su disimulada lumbre quema;
La preciosa bezár, que los lozanos
Ciervos del buche crian en la flema;
La ágata, llena de manchados granos;
La encendida amatista, que desflema
De Baco el humo; el zafiro, y á este
El jacinto, salud contra la peste:

. . . .

La amandrina de agudos resplandores,
De agoreros autora y adivinos;
La acates de jardines y de flores
Llena, y rasguños de oro peregrinos;
La aquelonia sembrada de labores,
Los duros inmortales abestinos,
En quien si el fuego prende sus centellas,
Ni ellos se gastan, ni se apagan ellas.

. . . .

No faltó la pantera á maravilla
De encontradas colores salpicada,
Ni la que en su celebro la abubilla
A entender da los sueños aplicada;
Ni á tí, liparis bella, faltó silla,
Que de flecha jamas fuiste hallada;
Ni á tí, diacodos, que á las noches manas
Vanos asombros, y fantasmas vanas.

De este cielo de estrellas amasado
La alta bóveda el suyo componia,
Y un elitrepio en humedad bañado,
Que entoldar suele de tiniebla el dia,
Con la que del celebro coronado
Del gallo nace, y de su humor se cria,
A vueltas de diamantes y rubazos,
Que alegres hacen y vistosos lazos.

Y en medio los festones y guirnaldas
Que tejen de grabada enlazadura,
Rojos rubís y alegres esmeraldas,
Como pomposo rey de la hermosura,
Dando centellas de oro y luces gualdas,
Hacia un carbunco de la sombra oscura
De aquel rico desvan, si sombra habia,
A pesar de la noche eterno el dia.

BERNARDO: LIB. 18.

Parece imposible que la imaginacion humana pueda reunir en tan breve espacio tantos y tan grandes desatinos.

Pero como no seria agradable terminar esta obra con el mal sabor que ellos dejan, léase este otro pedazo, en que ya Balbuena muestra lo que es cuando su buen Genio no le abandona. Trátase en él del descubrimiento del Nuevo Mundo, y debe tenerse presente que los que conferencian sobre esto son el sabio francés Malgesi, Morgante y Orimandro, que van viajando en un barco encantado por los aires.

Así el sábio francés volando abria
Camino por las nubes con su barco,
Que ya por cima el Betis revolvia
La proa á ver de Océano el gran charco,
Y un nuevo curso comenzar queria,
Que al mundo haga con su vuelta un arco,
Y como el sol en su carroza bella
Le ciña en torno tras los rastros della.

Cuando de Persia el rey, que en gusto atento
De la sabrosa historia iba colgado,
Y sin perder accion ni movimiento,
En su sábio discurso embelesado,
Alegre al discurrir del dulce viento,
«Señor, le dijo, pues habeis tomado
Por gusto nuestro tan hermosa punta,
Satisfacedme ahora una pregunta.

He oido que hay dudosas opiniones
De sábios hombres, y de cuerda gente,
Que tienen por soñadas invenciones
Los que Antipodas llama el vulgo ausente:
Y que de cinco, solas dos regiones
El mundo goza en temple suficiente
De poderse habitar, y el demas suelo,
Ó lo abrasa el calor, ó abruma el hielo.

Deseo saber ¿si el Orion armado
Dejó tal dia de cernir su nieve?
¿Si el frio Bootes tiene el mar cuajado,
Ó cual los otros él sus ondas mueve?
¿Si el Sirio Can en llamas abrasado,
Que fuego al mundo de inclemencias llueve,
Tiene algun temple en su tostada estrella,
Ó siempre humean los carbones della?

¿Dónde este inmenso mar se acaba? y ¿dónde
Sus olas hallan término y ribera?
¿A dónde el sol, cuando de aquí se esconde,
Con sus dorados rayos reverbera?
¿Si es de creer que allí la luna ronde
En perpetuo silencio y noche entera?
¿Ó el dia le dé lumbre y luz diversa."
Dijo, y el sábio asi respondió al Persa:

«Ha estado en opinion, y lo está ahora,
¿Si hay otro mundo mas que aquí parece,
Ó si es gente soñada la que mora
Donde ni el dia crece ni descrece?
¿Si hay pueblos adelante de la aurora,
Y el sol á otras naciones amanece?
¿Ó cuando esconde aquí su luz divina
Es todo soledad cuanto camina?

¿Si en el aire la tierra está colgada,
Y por abajo la rodea el cielo?
¿Si anda la gente en ella trastornada,
Y es posible tenerse en aquel suelo?

¿Si es region firme, ó solo imaginada?
¿Ó si el rojo calor, ó el blanco hielo
Con su rigor la tienen consumida,
Sin cosa en ella que sustente vida?

Ya hubo grave opinion que nos dió escrito,
Que al ancho mundo en torno le abrazaba
Un vacío de inmenso circuïto,
A quien llegando sin pasar paraba,
Y en que podia volar tiempo infinito,
Quien se arrojase á su profunda cava,
Sin le hallar eternamente suelo,
Ni él recibir cansancio con su vuelo.

Otro que estaba, dijo, sobre Atlante
La coluna que al cielo sostenia,
Y que la tierra y mar de allí adelante
Con rojo fuego en su calor hervia:
Y para hacer mas mundo en lo restante
Otras varias quimeras componia
De sombrios centauros y dragones,
Pigmeos menudos, y anchos Patagones.

Son fábulas del vulgo así admitidas,
Que tiene por error verlas dudadas,
De ignorancia engendradas y nacidas,
Y con la larga edad acreditadas:
Mas vendrá tiempo en que serán sabidas
Las gentes que detrás del mar sentadas
Aparte hacen su mundo y vida ahora,
Y nuestra noche tienen por aurora.

Entonces se verá, que aunque colgada
La tierra tenga el aire, está sujeta
A ser de humanos pies toda pisada,
En firme globo de igualdad perfeta:
Y llegará esta edad de oro cargada
El dia que España á hierro y fuego meta
La grave carga que ahora le hace guerra,
Y de una ley y un Dios haga su tierra.

Entonces sus banderas victoriosas,
Llevando al sol por relumbrante guia,
Tremolando darán sombras vistosas,
Donde se acaba y donde nace el dia:
Verán pueblos y gentes monstruosas,
Y descubriendo cuanto el mar cubria,
Podrán decir que hallaron y vencieron
Mas mundo que otros entender supieron.

BERNARDO: LIB. 16.

EXPLICACIONES

para la inteligencia de algunos pasages oscuros.

PAG. 12: OCT. 1.ª— *En esta insigne casa de contento,*
De alcaide el fiel Garilo nos servia.

Este dictado de *fiel* es aqui irónico. Garilo era un falso catalán, compañero de D. Teudonio en muchas de sus expediciones y empresas. En la ocasion mas grande de su vida le habia urdido una traicion, que por falta de tiempo no pudo lograrse. Alcaide despues de Miduerna, por gusto de Arlinda, esposa de D. Teudonio, tenia inteligencias secretas con Mahamud, un moro comandante en Mérida, el cual queriendo vengarse de Alfonso, y bajo el pretexto de enviarle una embajada y un presente, dispone, ayudado de Garilo, la emboscada que ocasiona el encuentro que D. Teudonio va á contar, el peligro del Rey, y la primera hazaña de Bernardo.

PAG. 20: OCT. 3.ª— *El herido doncel tras un caballo:*

Ha sido preciso abreviar mucho la relacion de este combate, que en el original está algo confus y sobradamente prolija. El verso citado alude á una herida que recibe Bernardo en su choque con uno de los tres gigantes, el cual se ha omitido por fantástico y no necesario.

PAG. 28: OCT. 1.ª— *La guerra que con Francia está aplazada*

Del mundo, sin porqué, mortal rüina,
Es toda de ambicion ocasionada,
Y de imprudente traza repentina.

Este último verso alude al nombramiento de Carlo Magno para sucesor del Rey Casto, hecho por este sin conocimiento de sus vasallos. Ellos repugnando ser súbditos del Emperador, logran de Alfonso que aquel nombramiento se revoque solemnemente. De aqui la guerra entre los dos estados: queriendo Carlo Magno sostener su eleccion á fuerza armada, y los españoles su independencia.

PAG. 120: OCT. 2.ª— *El moro que el caballo antes seguia.*

Alude á la aventura del caballo Clarion, animal encantado, y estrago y perdicion de todo el que le montaba. Ferragut, prendado de su hermosura, le habia ido siguiendo mucho tiempo para cogerle y apropiársele: pero el caballo se le escapaba siempre, y el moro fatigado habia renunciado á su intento, cuando dió con la tienda de Arleta.

PAG. 192: OCT. 2.ª— *Arrojarse la luz tras quien venia.*

Esta luz es una doncella hermosa, sentada sobre una cierva, que se habia aparecido á Bernardo y Gandémaro, y entrándose por un bosque, los dos la seguian por diferentes caminos.

PAG. 203: OCT. 3.ª— *No los negros moscones, ni las fieras*
Llamas, etc.

Alusion á una batalla alegórica que antes ha tenido Bernardo con un gigante, de cuya cabeza al herirle salian, en vez de sangre, bandas de moscas negras y abispas.

PAG. 235: OCT. 2.ª— *Dió por verdugo la disforme fiera,*
Que le vengára, si por mí no fuera.

Dragon monstruoso, enviado á Creta por Mercurio en venganza de la muerte de Dulcia. Orimandro le habia combatido y muerto, para libertar á Angélica la bella, que el dragon se llevaba entre sus garras.

PAG. 260: OCT. 3.ª— *De donde la alemana huyó discreta.*

Esta alemana es Gloricia, duquesa viuda de Colonia, madre de Tifeo, rey de Creta, y abuela de Crisalba.

PAG. 263: OCT. 1.ª— *Vuelan los tres las dos pequeñas millas.*

Bernardo, Olfa, y una doncella griega, á quien Bernardo habia libertado de un leon, y en cuya boca pone el poeta la relacion de los hechos que motivan las fiestas de Acaya.

PAG. 291: OCT. 2.ª— *Todos prisa se dan: á mí dejalle*
En esto la que tengo me convida,
Que veo á Orlando, etc.

Para entender esta transicion, bien oscura por cierto en el original, conviene tener presente, que Garilo, el traidor catalán de quien se habló en el primer canto, ha robado diferentes veces á Orlando y á sus compañeros; y que persiguiéndole el conde para cobrar de él su caballo Brilladoro, los dos habian entrado en el castillo del Engaño, habitado por un alquimista. Alli el conde, aunque cobró su caballo, no pudo castigar al robador, el cual despues de hurtar al alquimista el anillo encantado de An-

gélica, vuelve á despojar al conde de Brilladoro; y huyendo, cae en las manos de Dudon y de su tropa.

PAG. 341: OCT. 3.ª—*Y entanto que de Libia el suelo ardiente*
En preparar ejércitos se tarda.

Alusion al armamento que hacian los moros en África, para venir á la guerra de España, de cuyo ejército ha hecho el poeta reseña anteriormente.

ERRATAS.

INTRODUCCION.

Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
77	15	hijo del Amor	hijo del amor
85	22	ocupan	ocupa

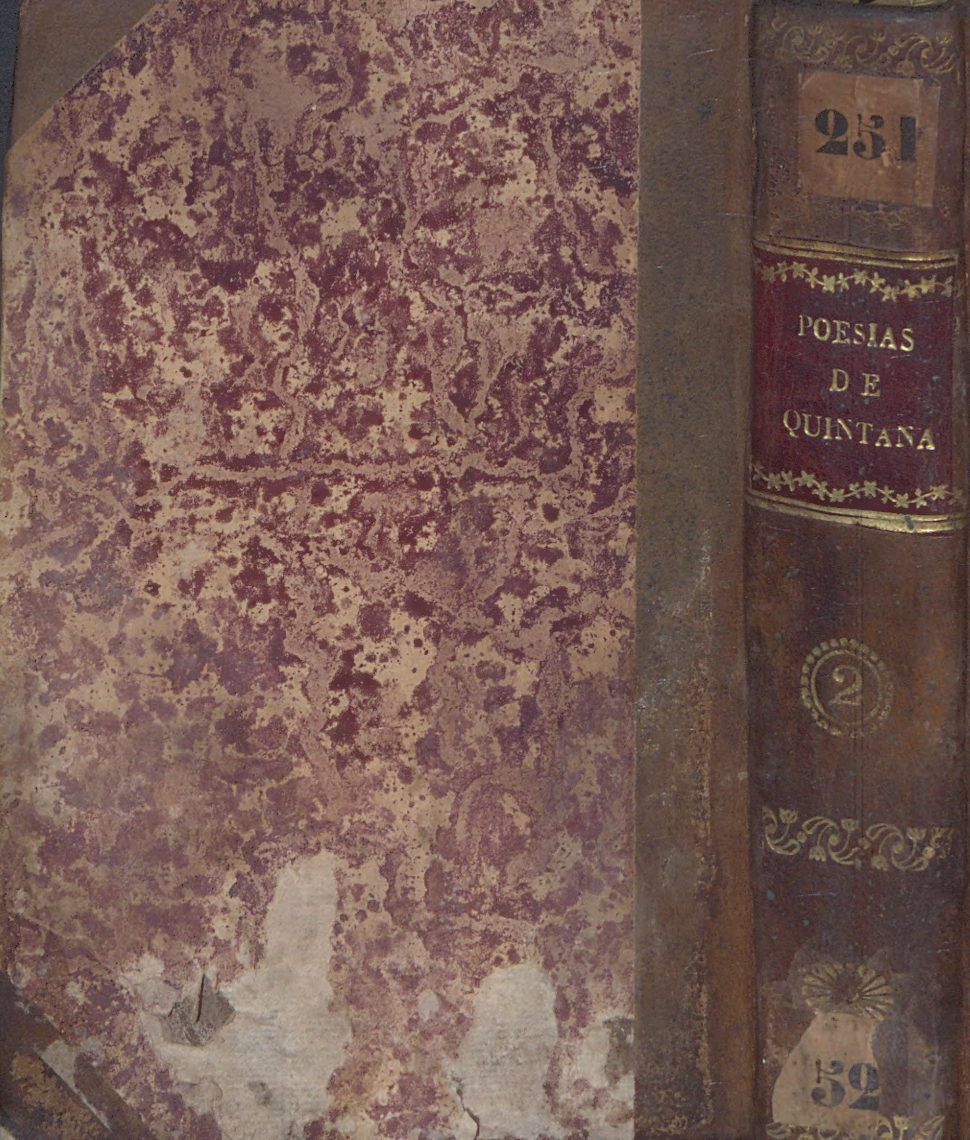
TEXTO.

TOMO I.

Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
136	13	ragedias	tragedias
id.	16	lustrar	ilustrar
486	4	indomita	indómito

TOMO II.

Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
4	42	coleccion	edicion
17	7	Aljabas	Aljubas.



251
POESIAS
DE
QUINTANA
2
52


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm